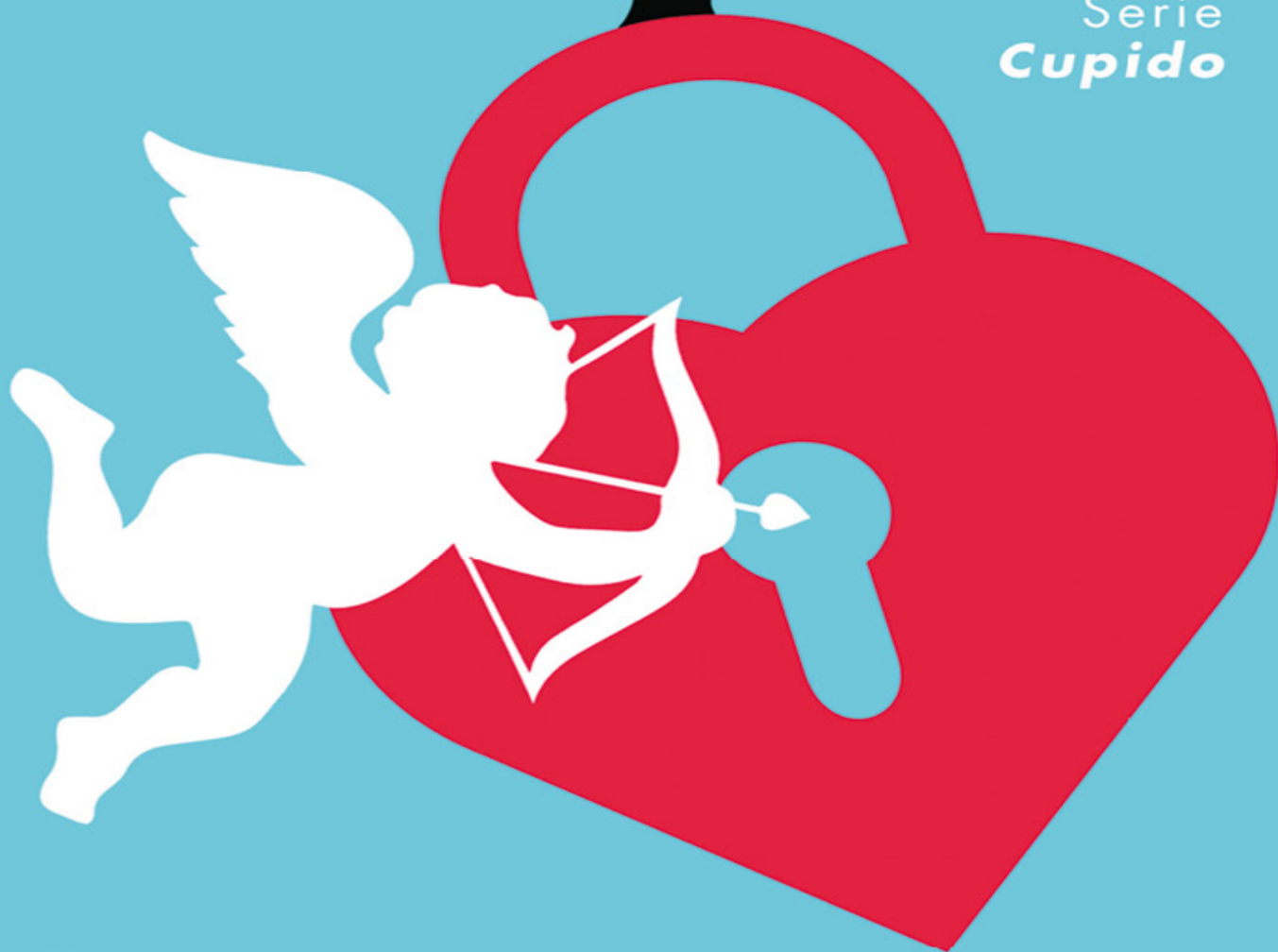


K i s s i n g B o o t h

# Hit me, Cūpid

Serie  
*Cupido*



Publicado por:

**Nova Casa** Editorial

[www.novacasaeditorial.com](http://www.novacasaeditorial.com)

[info@novacasaeditorial.com](mailto:info@novacasaeditorial.com)

© 2019, **KissingBooth**

© 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Daniel García P.**

Portada

**Vasco Lopes**

Maquetación

**María Alejandra Domínguez**

Revisión narrativa

**Daniela Gresely**

Revisión ortotipográfica y de estilo

**Nadín Velázquez**

Primera edición: febrero de 2019

Depósito Legal: B 3723-2019

ISBN: 978-84-17589-68-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

KISSINGBOOTH

Hit me,  
Cupid



Nova Casa Editorial

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epilogo](#)



A veces lo que quieres es una cita, alguien con quien estar, ya sea por una tarde o por tiempo indefinido, pero el problema es que no hay nadie disponible que sea medianamente decente. Así que, ¿qué haces? Te sientas y esperas a que él o ella aparezca. Y ahí es donde entro yo.

La mayoría de las personas ni siquiera me ve. La gran parte de los que sí notan mi presencia me conoce como la chica detrás de los libros o como la chica intelectual en la esquina de las clases. Mis profesores me conocen y adoran como Srta. Jones. Los pocos amigos que tengo me conocen como April.

Pero nadie conoce a la persona detrás de la máscara tranquila que son los libros.

El susurro sufragado a través de los pasillos por aspirantes y parejas estables. El murmullo que hace que esa persona especial se materialice si solo dejas caer tu nombre en el casillero 420, el tercero a la izquierda en el ala C. La persona sin nombre.

Conocida solamente como... *Cupido*.



# Capítulo 1

## APRIL

Siempre es gratificante caminar por los pasillos de la escuela y ver a las parejas felices en todas partes: en el armario del conserje, en los pasillos, mirando fijo a los ojos del otro. No se podía escapar de ellas. Sobre todo ahora que era el comienzo del año, donde todo el mundo todavía estaba abrumado por una especie de humo de color rosa después de haber pasado un verano glorioso. Todo eso era un homenaje a mi habilidad, el talento que permitía que más de noventa parejas terminasen felices o al menos en una ruptura amistosa. Y las pocas veces que rompían era porque me pedían a alguien que no era el adecuado o la adecuada.

Sí, también tengo en cuenta las peticiones. Aunque no pasa muy a menudo; la gente no suele decirle a Cupido cómo hacer su trabajo. Las personas confían en el juicio de Cupido más que en el propio, lo cual es bueno, porque, por lo general, yo sé lo que quieren más que ellos mismos.

Y eso se nota, debido a que la gente que yo escogí es más feliz que las personas que me pidieron a alguien.

—Tú.

No le presté la menor atención a esa voz mientras me inclinaba para abrir mi casillero.

—Chica de los libros.

La voz era profunda y masculina, refinada, pero fría como el hielo. Me obligué a no responder de mala manera y continué guardando mis libros.

—¿Me estás ignorando? —Su incredulidad tenía más bien un tono de rabia, y tuve que contener la risa.

Pobre chico, frustrado por una *nerd*. Me levanté con pereza hacia él.

—Lo siento —contesté mientras me ponía de pie—. Pensé que no me estabas hablando a mí.

Mis ojos viajaron por un cuerpo bien construido y vestido con ropa de diseño. Me di cuenta de que era mucho más alto que yo antes de detenerme en sus ojos. Las palabras casi se atragantaron en mi garganta cuando vi a quién me estaba dirigiendo. Si hubiese sido una novela del siglo XIX, me habría desmayado.

—Me dirigí a ti con toda claridad —declaró Darren.

En cualquier otra persona habría marcado su observación como una réplica, pero todo el mundo sabía que él no se rebajaría a esos niveles. Las réplicas implicaban que había algo que defender y eso era imposible. Al menos para Darren McGavern, el Príncipe de Hielo, el chico más rudo de la escuela, al que nadie le plantaba cara. Cuando decía «saltad», todos los demás luchaban por la oportunidad de preguntarle cuán alto.

—No, te referiste a mí como «chica de los libros». Por lo que yo sé, ese no es mi nombre.

—Entonces es obvio que no estás bien informada —se burló—. ¿Dónde está el casillero 420?

En ese momento, mi sonrisa interna desapareció. La gente decía que era intimidante, y en todo caso, creo que eso era un eufemismo. Simplemente me negaba a bailar al ritmo de su música, o eso es lo que siempre pensé hacer en el caso imprevisto de que él un día hablase conmigo. Estaba satisfecha de haber mantenido mi juramento hasta ahora.

—¿Negocios con Cupido? —le pregunté, mirándolo con tanta inocencia como me fue posible mientras ocultaba la risa.

Esta sería una tarea divertida. ¡Darren McGavern!

—Algo así. —Frunció el ceño. En cualquier otra persona, esa expresión me habría parecido horrible. En él, no—. Ahora, April Jones, ¿dónde está el maldito casillero?

Intimidada por fin y sin palabras, hice un gesto hacia el armario que estaba justo encima del mío. No pude ver lo que metió dentro, ya que su alto cuerpo me lo impidió, pero estaba segura de que había metido algo. Se dio la vuelta y



me frunció el ceño una vez más, y luego se alejó sin siquiera un gesto de agradecimiento.

Intenté volverme loca por ello, de verdad que lo hice. Traté de enfadarme, especulando sobre las cosas que podría haber hecho para mostrar su gratitud sin comprometer su dignidad. Pero no importaba cuánto lo intentase, solo había una frase en mi mente que anulaba el enojo.

«¡Sabe quién soy!», pensé, tratando de no sonar demasiado aturdida ni siquiera para mí misma. «¡Él sabe mi nombre!».

## DARREN

No podía pensar con claridad. Esa chica... ¿De verdad pensaba que podía desafiarme? Ella, que apenas me llegaba a la barbilla, a la que podría partir a la mitad sin ningún esfuerzo, se enfrentó a mí. A mí, Darren McGavern, el heredero de la fortuna McGavern, millonario por derecho propio.

Fruncí el ceño mientras le daba la espalda y me alejaba, contemplando su insolencia. Se atrevió a corregirme, incluso a fastidiarme. Bueno, por supuesto, la puse en su sitio. ¡Ninguna chica podía decirme cómo hablar!

Le robé una mirada sutil y sonrió. Tiré mi cabeza hacia atrás. Ella no era nadie. No valía la pena.

Se estuvo riendo en mi cara, aunque tratase de convencerme de lo contrario. Pero esos ojos enormes estaban riendo y sonriendo.

Ahora ella era una puta peligrosa, porque me había visto poner la nota en el casillero de Cupido. Ahora, cuando Cupido la encontrase, podría rastrearla con facilidad hasta llegar a mí. Maldita sea. Maldita niña, que se vaya al infierno a donde pertenece con su ropa de tienda de segunda mano y sus joyas de diez centavos (no, no creo ni que fuese a la joyería). Tal vez, si tenía suerte, sus padres trabajaban para los míos, al igual que la mayoría en esta escuela, y quizá podrían expulsarla. Eso sería genial.

—¡Hey, D-Money!

Brock. Mi mejor amigo, la única persona a la que podía soportar en cualquier período. Es cierto que no era tan rico como yo, tan solo los

Lexington lo eran. Sin embargo, era fácil de llevar, no discutía y se lo dominaba fácilmente. Solo yo podía, por supuesto. Siempre hacía lo que le decía o, al menos, casi siempre.

—Hola, Brock —respondí con indiferencia.

—Amigo, ¿hay alguna fiesta esta semana? —preguntó, trotando con alegría a mi lado.

Mis piernas podían ser más largas ya que era más alto, pero él era más atlético que yo. Claro que hacía deporte, no era un hombre débil, pero Brock tenía un don para el fútbol (era el mariscal del equipo). Sin embargo, no necesitaba el deporte. Mi buena apariencia y el dinero me daban a todas las chicas que jamás podría desear. Bueno, tal vez no todas, pero en el futuro concebible. No necesitaba de ningún Cupido mitológico para ayudarme a encontrar el amor. Diablos, ni siquiera necesitaba amor.

—...porque necesito algo de estímulo después del gran partido. —Brock aún seguía parlotteando—. Es probable que ganemos, pero un plan para relajarse y emborracharse un poco siempre es necesario.

Y ese era Brock, siempre entusiasta. Demasiado entusiasta. Y hablador. Me vi obligado interrumpirlo mientras seguía divagando.

—Sábado. En casa de Lexington.

—Amigo, eso es genial. Lex celebra fiestas increíbles.

Por lo general, pero tenía razón y más de una vez lo había admitido en voz alta. Las fiestas de Lex eran casi tan buenas como las mías.

—Es solo una fiesta, Brock. Vamos a una casi todos los días —le respondí.

—Pero quizás esta vez esa nueva hermanastra de Lex se deja ver. No la he visto antes y debe estar buena.

—¿Lex tiene una hermana?

Odiaba preguntarle cosas a Brock, era estúpido, pero en este caso era casi una obligación. Conocer a chicas nuevas era siempre bueno. Ahora casi todas tenían pareja gracias a ese maldito Cupido. Una nueva chica sin ataduras podría ser una buena distracción.

—¿Vas a ir? —preguntó Brock.

Siempre preguntaba y siempre respondía lo mismo. Otro ejemplo de su idiotez imperante.

—Claro. ¿No lo hago siempre? —sonreí.

Me fijé en una chica de segundo año que pasaba a mi lado y ella retrocedió con prisa, mirándome con cara de asombro mientras se pegaba a la pared. Se ruborizó y huyó.

Mi sonrisa se convirtió en una mueca de desprecio.

# Capítulo 1

## APRIL

Tan pronto como Darren se fue, abrí de nuevo mi casillero. Nunca nadie notó el agujero en el fondo del casillero 420 porque eran demasiado cobardes para abrirlo; tenían miedo porque creían que el hechizo de Cupido se desharía y las parejas se romperían.

El apocalipsis.

Tanteé a través de las notas en el fondo de mi casillero. Algunas eran de agradecimiento (siempre agradables cuando mi confianza estaba baja), otras eran peticiones, un par de sobornos y una airada carta de la perra de la escuela que «por error» junté con un completo bastardo. Solo estaba haciendo mi trabajo. Ellos eran el uno para el otro, de verdad.

En otras palabras, no había nada inusual en el casillero. Todo estaba firmado y ninguna era de Darren. Pero lo vi meter algo en el casillero. Él no me habría preguntado dónde estaba si no era para dejar algo.

Me puse de pie y miré a mi alrededor. No había nadie en el pasillo, como de costumbre. Tener un casillero en el extremo más alejado era útil en ocasiones.

Abrí la puerta del 420. Nunca me molesté en bloquearlo. Aunque la gente intentase coger algo, todas las notas las pasaba a mi casillero, y el agujero era lo bastante discreto como para que no notasen nada. El casillero 420 siempre estaba vacío.

Entonces me di cuenta de que en el agujero donde las notas caían del casillero 420 al mío había atascada una rosa escarlata con un trozo de papel pegado. Alcé la ceja con extrañeza, ¿de qué servía una rosa? Los sobornos monetarios eran más prácticos. Desdoblé el papel. Era una nota. Había tres palabras escritas.

«Quiero a Cupido».

Sin nombre, sin remitente, no había manera de saber quién lo había escrito. Pero solo había una persona. Tenía que ser Darren. Era la única opción concebible, por inconcebible que fuese. Incluso la letra coincidía con lo que sabía de él.

Pero ¿cuál era el punto de la nota? ¿Por qué haría eso? Tuve que sofocar una risa, dándome cuenta de que quería estar conmigo. No tenía sentido. Y Darren McGavern no hacía nada sin una razón sólida detrás, todo el mundo lo sabía. Pero él me quería. No, no a mí, quería a Cupido. ¿Cómo sabía siquiera que era una chica? ¿Y cómo pensaba que Cupido iba a darse cuenta de que era él? Nunca le había escrito antes. No podría saberlo por la letra.

—¡April!

Mi debate interno se interrumpió. Cerré de golpe el casillero, me levanté y metí todo en la mochila. A toda prisa me giré para enfrentarme al chico que se acercaba.

—Hola, Allan.

Como siempre, él frunció el ceño ante su nombre de pila. Su ceño fruncido era casi la única razón por la que lo llamaba así, en lugar de su apodo. Su rostro se aclaró de inmediato; nada le molestaba por mucho tiempo.

—¿Por qué estás en el casillero de Cupido?

—No estaba —le repliqué con facilidad.

Quería a Allan hasta la muerte, pero él no era el cuchillo más afilado del cajón, lo que me servía en ocasiones como esta.

—Está bien. —Rodé los ojos y le di unas palmaditas en el hombro con afecto. Apartó mi mano—. ¿Te llevo a casa? —preguntó.

—Ya te he dicho... —le dije con condescendencia, pero él me interrumpió.

—Que no quieres que nunca te lleve. Lo sé. Pero no entiendo por qué.

Claro que no lo entendería. El problema era que Allan había sido popular desde preescolar.

—No va a ser nada bueno para tu reputación —le expliqué—. Y tampoco quiero ser popular solo por asociarme contigo. No quiero que ninguna de las dos suceda.

—¿Por qué no? ¿No quieres gustarle a la gente? —preguntó, confundido.

—Estoy bien con los amigos que tengo, y no quiero gustarle a la gente porque ya te gusto a ti —le informé—. Así que no voy a subir a tu coche.

—Bien. —Hizo un mohín.

Sonreí. Descubrí que era incapaz de enfadarme con Allan por mucho tiempo. Iba a alejarse, pero lo detuve; una idea repentina irrumpió en mi cabeza. Era una posibilidad remota, pero...

—Allan, ¿qué sabes sobre Darren McGavern y Cupido?

## DARREN

—Amigo, esto es imposible —se quejó Brock.

Asentí con la cabeza de manera cortante. Por una vez, estaba de acuerdo. La gente en los pasillos se movía más lento que una tortuga, como perezosos, caracoles o amebas. Estos idiotas no habían comprendido que no debían interponerse en mi camino si no querían ir al infierno de una patada.

—Moveos —mandé, no gritando, pero alzando la voz lo suficiente para ser oído a través del bullicio.

La gente se presionó contra las paredes mientras caminaba por el pasillo y Brock se arrastró a mi lado.

—Hey. —Lex estaba caminando hacia nosotros sin dificultad; la gente se apartaba de su camino sin que él tuviese que decir nada.

En una zona especialmente concurrida, apartó a una chica de su camino y la colocó a un lado con un educado «perdona», pero en su mayor parte lo dejaban pasar. No sabía por qué, no podía ser que lo respetasen. Tal vez era el olor. Él, al igual que Brock, venía directo de la práctica de fútbol y apestaba a sudor y barro. Aprendí desde el principio de nuestra amistad a evitar ese olor. Ninguno de los dos o el resto del equipo sería nunca capaz de entender que eso no era atractivo.

Brock saludó a Lex con un golpe exuberante en el hombro. Estaba bastante sorprendido de que Lex lo soportase. Yo estaría en el piso si recibía el impacto de ese puño.

—Hey —gritó Brock—. He oído que haces una fiesta el sábado.

—Seh. Incluso convencí al anciano para que pagase —respondió igual de feliz.

—¿Tendremos posibilidades de ver a tu hermana?

Vi a Lex mirar entre la multitud como si buscase a alguien, pero antes de que pudiese rastrear su mirada, sus ojos volvieron a Brock.

—¿Cómo sabéis de mi hermanastra tan rápido? —preguntó, y estaba casi sorprendido, a pesar de todo, en un intento sutil de distracción.

—Oh, rumores. Dicen que tienes una nueva madrastra, así como quince hermanos y veinte mascotas.

Lex y yo lo miramos fijo.

—¿Qué? —Brock se encogió de hombros—. La gente en esta escuela dice de todo. Así que ¿irá tu hermana?

—Oh, bueno. —Lex había decidido que una distracción no funcionaría. Brock a veces podía ser muy testarudo—. No creo que se deje ver.

Encendí un cigarrillo con tranquilidad, ocultando mi leve conmoción. La mayoría de las chicas en esta escuela saltaban a la oportunidad de ir a una fiesta de Lex. Ellas sabían que yo iba a estar allí.

—¿Está buena? —Arrastré las palabras mientras cogía humo del cigarrillo.

Lex se volvió hacia mí y me sorprendí al ver su expresión, aunque tuve la precaución de no demostrarlo. Él era evidente. Su cara cambió a toda prisa de nuevo a su habitual sonrisa ligeramente ridícula, pero estaba seguro de que había dicho algo para hacerlo enojar, y nada provocaba a Lex. Todos sabían eso.

—¿Y? —insistió Brock.

—Amigo, esa es una pregunta capciosa —exclamó Lex, con el rostro fijado una vez más en una sonrisa—. Está bien, supongo.

—Pero tendrías que decirlo, ¿no? —dije con pereza, haciendo caso omiso de la multitud escuchando la conversación—. Dinos la verdad. ¿Lo está o no?

—¿Por qué, McGavern? —replicó—. ¿Pensando en utilizar a Cupido como el resto de mortales?

—¿Por qué necesitaría a Cupido? —me burlé—. Soy capaz de encontrar a chicas por mi cuenta para tener sexo.

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de una figura que se movía más rápido que el resto. Todo lo que capturé fue un destello de piel pálida y una ropa oscura antes de que ella se alejase de mi vista. Esa chica, Jones. Sin hacer nada, me pregunté qué le habría pasado para correr de esa forma, pero lo descarté enseguida. No importaba, y no lo haría nunca.

Brock silbó para mostrar su incomodidad. ¿Cómo Lex podía mencionar a Cupido, si debía saber tan bien como yo que evocaba malos recuerdos en Brock? Lo maldije mentalmente. Ahora tendría que ser yo el que lidiase con él.

—Estoy seguro de que muchas chicas pueden estar de acuerdo —respondió Brock a mi comentario engreído, como si no le molestase en absoluto. Era muy bueno en eso. Lo conocía bastante bien como para saber que estaba deprimido, pero nadie más lo haría—. Vamos, Dar. Nos vemos más tarde, Lex.

Se alejó con la cabeza alta. Esta vez, fui yo el que siguió la estela de Brock después de darle una mirada condescendiente a Lex, solo para que supiese que había hecho algo mal.

—¿Qué te carcome, tío? —preguntó mientras nos acercábamos a nuestros coches.

—¿Qué mierda quieres decir? —respondí con irritación.

Tenía la intención de preguntarle lo mismo para que pudiese expresar lo de Cupido. Él no tenía derecho a entrometerse en mis problemas.

—Eso. Gritas en el pasillo, luego te enfadas con Lex y ahora estás enfadado conmigo. ¿Qué te hizo estallar?

Brock estaba siendo perspicaz. Pero ya sabes lo que dicen, incluso un reloj parado acierta dos veces al día.

—Estoy aburrido.

No podía admitir que una chica que podía partir a la mitad se había burlado de mí en mi cara.

—No, eso no es por lo que estás de mal humor. ¿Qué es lo que pasa de verdad?



No me iba a dejar en paz, me di cuenta. Era mejor decírselo ahora que tener que soportarlo durante días hasta que lo consiguiese.

—Una chica molesta —murmuré.

Brock resopló.

—Amigo, necesitas una vida. ¿Una chica te tiene de mal humor?

Me quejé y me estiré a medida que llegábamos a mi coche.

—Voy a estar destrozado —le informé—. Así es mi vida.

Brock se rio entre dientes mientras corría a su coche.

—Amén a eso, hermano, amén.

# Capítulo 1

## APRIL

Guardé silencio mientras me deslizaba por la puerta principal, mis pasos resonaron en el enorme vestíbulo. Un verano no era suficiente para acostumbrarme a esta casa. Olvida eso, esta no era una casa, era una mansión, y era impecable. No podía tirar mi mochila en cualquier sitio como hacía en mi antiguo hogar. Aquí me quitaba los zapatos y los colocaba con cuidado en el zapatero antes de subir por las anchas escaleras y caminar por los pasillos maravillosamente caros.

—¡April! —Mi madre vino corriendo hacia mí, con su corto cabello rubio alborotado mientras corría.

—Hola, mamá, ¿qué haces aquí?

Estaba muerta. No me malinterpretes, amaba a mi madre, pero su entusiasmo me ponía nerviosa. Mucho. Ella me dio una risa rápida antes de pasar corriendo.

—Tengo que irme, cariño. Jack se ha olvidado unos papeles.

Sí, mi madre era la secretaria de su marido, y sí, han estado involucrados durante más del medio año que llevan casados, pero al menos hizo lo correcto. Jack no estaba mal para ser un hombre de negocios.

Seguí el camino por el que mi madre había salido corriendo hacia la otra ala, cubierta de alfombras suaves y una apariencia apenas más vívida, aunque todavía estaba impecable. Abrí la puerta y me derrumbé sobre la cama de mi bendita y desordenada habitación, dejando la mochila y la chaqueta en el suelo.

Como si fuese una señal, sonó mi teléfono. Contenta de tener una razón para ser perezosa, lo cogí y contesté.

—¡Hola! —Una voz alegre se oyó desde el otro lado del aparato.

—Hola, Rhi —respondí con un gruñido—. ¿No es un poco tarde por allí?  
—Consulté mi reloj—. Son como la una, ¿no?

—Me dieron azúcar después de las diez —chirrió.

Mala idea. Ella era hiperactiva en su estado normal, pero con un nivel alto de azúcar, era aterradora. Ni siquiera quería saber cómo sería tomando drogas.

—¿Cómo van las cosas por allí? —pregunté.

—Están bien, supongo —dijo, serena por la idea—. No es ni de lejos tan bueno como estar en casa.

—Es obvio. ¿Y cómo está el encantador Lord Culo, lo siento, Baslon?

Ella rio.

—Igual de idiota que siempre. Quiero decir, sé que me está engañando y todos en ambas familias lo saben, pero no pueden demostrarlo y no me dejan ir.

—Mira, esta es la razón por la que no me gustan las personas ricas —anuncié.

La distraje, justo como pretendía.

—Ahora eres una persona rica, April —bromeó.

—Sí, claro, como si alguna vez hubiese actuado como un McGavern.

Casi pude escuchar su interés repentino.

—¿Qué pasó con él?

Reduje la negación instintiva. Nada la pondría en camino como una réplica rápida.

—¿Qué quieres decir? —respondí casual.

—¿Por qué lo mencionas? —presionó—. ¿Por fin admites que te gusta? ¿Te preguntó si querías salir con él? ¿Te...?

—Bueno, no exactamente...

—Dime, cuenta —gimió—. ¡Vamos!

Con tal impulso, ¿cómo podría resistirme? Le conté toda la historia. Rhi era la única que conocía la identidad de Cupido, esperaba. Ella me había ayudado antes de irse.

—¿Así que ahora ha pedido a Cupido a pesar de que no le gusta o incluso sin saber quién es por algún motivo desconocido? —aclaró Rhi.

—Así es, sí —acordé.

—Guau, estás jodida —me informó Rhi, y luego de una pausa calculada siguió hablando de manera informal—. ¿Cómo va el negocio? ¿Gente interesante?

—Él no me ha pedido a nadie —le aseguré, viendo a través de su actitud despreocupada—. Apenas ha mirado a una chica desde que te fuiste.

De acuerdo, era un poco exagerado, pero en sentido figurado, era cierto. Él no había mirado con seriedad a una chica.

—¿Todavía está triste? —preguntó en voz baja, como lo hacía cada vez—. ¿Está enfadado?

—Rhi, parece que lo abandonaste sin razón alguna. Sí, yo diría que está triste y enfadado. No es que vaya a saltar de alegría cuando aceptes mi oferta de matar a Lord Bastardo y regresar a casa.

La hizo reír, como pretendía. Lo había pasado mal al encontrar a su pareja ideal solo para perderla un tiempo después debido a obligaciones familiares de las que no quería formar parte.

—Ojalá, April. Quiero volver a casa. Quiero volver con él.

—Lo sé, Rhi. —Le ofrecí la mejor comodidad que pude—. Lo sé.

## DARREN

Era más de medianoche cuando entré en casa y colapsé en un sofá en el salón principal sin siquiera llegar al ala familiar.

—¿Darren? —Se oyó una voz por el pasillo.

Gruñí. Un momento más tarde, la castaña cabeza de mi hermano se asomó por la puerta.

—Oye, Dar, ¿estás bien?

—No hables tan fuerte —gemí—. ¿Por qué sigues levantado, enano?

Entró en la habitación, sus ojos se abrieron ante mi ropa y mi pelo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, pero ya lo sabía. Me había encontrado muchas veces peor que esto—. Vamos, sube arriba. Mamá y papá nos matarán si te ven aquí.

—Nuestros padres no harán nada —contradije—. Pasarán de nosotros como de costumbre.

Tan pronto como lo mencioné, deseé haberme callado. Troy se estremeció como si le hubiese dado un puñetazo. Él prefería mantener la ilusión de que nuestros padres nos querían.

—Aun así, tienes que irte a la cama o mañana no podrás ir a clase —me informó, tirándome del brazo para que me levantase.

Salí de su agarre tan pronto como estuve de pie.

—Puedo llegar por mi cuenta —repliqué—. Usted, señorito, váyase a la cama.

—Después de ayudarte —afirmó.

Maldito niño, él podía ser tan obstinado como yo.

—Estaré bien.

—No, no lo estarás.

—Tengo diecisiete años. Tienes diez años. Creo que lo sé mejor que tú.

Me balanceé sobre mis pies y casi me desplomo. Troy me agarró del brazo y me arrastró hacia arriba.

—¿Has visto que no? Vamos.

—No me has respondido, ¿por qué sigues levantado? —pregunté, quedándome en mi sitio con terquedad.

—Tenía sed —respondió encogiéndose hombros, renunciando a arrastrarme con él.

—Entonces esperaré. Ve y tómate un vaso, y luego podrás ayudarme.

Esta vez no iba a ceder.

—Bien. —Se fue a la cocina.

Suspiré y volví a sentarme en el sofá. No estaba borracho en realidad, solo agotado y algo contento, pero no tanto como para ser inmune a la mirada asustada en los ojos de mi hermano. Mi cabeza se hundió en mis manos, no

podría dormir después de esto. No, Troy tenía que verme en mi peor momento. Dios, odiaba la ironía.

Volvió a entrar arrastrando los pies, medio dormido. Se sentó en la silla frente a mí, adoptando una postura extrañamente simétrica.

—¿Cómo te va todo? —pregunté, tratando de pasar el rato.

—Nada mal. —Sorbió del vaso—. Pero Alexa todavía no se dio cuenta.

—Lo hará —le aseguré.

Él me dio una sonrisa engréida, aunque soñolienta.

—¿Quién no? —Sí, ese niño era mi hermano. Su sonrisa se desvaneció—.  
¡Pero han pasado dos años y todavía no se ha dado cuenta!

—Tienes la ligera desventaja de que todas las otras chicas te quieren.

—Eso no te detiene —observó.

—Niño, tienes diez años. Tienes una ligera discrepancia de edad.

Me miró, inquisitivo.

—Tengo un poco más de experiencia —expliqué.

—Pero nunca seré tan bueno como tú. —Suspiró—. Nunca me querrá.

Su voz se apagó. Cuando levanté la vista para ver si planeaba continuar, tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y regular.

Sonreí. Trataba de actuar como alguien mayor y maduro y luego su edad lo traicionaba.

Me puse de pie y gemí, estirándome. Recogí a Troy y lo llevé arriba, todavía dormido. Con suavidad y cuidado lo metí en su cama. Revolví su cabello con una rara sonrisa cariñosa. Parecía tan inocente como solo un niño puede serlo yaciendo allí. ¡Y estaba triste por no ser como yo que todavía creía en una chica! Tenía tanto que yo no tenía, felicidad, bondad y fe. La fe en la humanidad, la fe en el amor y, sobre todo, la fe en mí.

—No —le dije—. No quieres ser como yo. Nunca seas como yo.

# Capítulo 1

## APRIL

Observé distraída desde mi asiento en la esquina trasera cómo Darren entraba a clase, temprano por primera vez. Se dejó caer en la silla en la esquina trasera opuesta y se inclinó hacia atrás, cerrando los ojos y apoyando los pies en el escritorio. Volví a mi libro, haciendo caso omiso de todo de la manera más completa; él no me había notado.

Un momento después, un olor familiar se desvió hacia mí. Levanté la vista. Darren seguía siendo el único al otro lado de la habitación y estaba en la misma posición que antes, el único cambio fue el cigarrillo que sobresalía de su boca.

Logré sofocar un gemido. No podría lidiar con esto, no tan temprano por la mañana, no de él y no después de haber pasado toda la noche agonizando sobre cómo responder a su nota. Eché un vistazo a mi reloj. Faltaban unos buenos siete minutos para que comenzase la clase. ¿Por qué hoy, de todos los días, tenía que estar tan temprano? Otra mirada de soslayo me mostró que Darren no tenía intención de moverse hasta que llegase el profesor, y puede que ni siquiera entonces.

Cerré mi libro, me levanté y caminé en silencio por la habitación. Me moví para pararme frente a Darren. No abrió los ojos, pero se movió ligeramente, como si estuviese listo para salir disparado dada la provocación.

—¿Podrías, por favor, apagar eso? —pregunté.

Bien podría intentar la cortesía, por inútil que pueda ser.

Él me ignoró. Lo repetí, esta vez más fuerte. Su única respuesta fue una larga calada a su cigarrillo. Suspiré, resignada. Esto tomaría un tiempo para discutir y no creía poder aguantar tanto. Solo había una solución viable.

Extendí la mano y quité el cigarrillo de su boca. Sus ojos se abrieron de golpe y se sentó. Por desgracia, se olvidó de que tenía los pies sobre el escritorio, así que se cayó. Ignoré sus payasadas apagando el cigarrillo con calma y arrojándolo a la basura.

—¿Acabas de hacer eso? —inquirió con frialdad.

No fue la exposición de ira que alguien más hubiese usado. Se había recuperado de su malestar y ahora se elevaba sobre mí, en apariencia sereno.

—Depende. ¿Qué es «eso»? —dije, arrastrando las palabras.

Esta confrontación sería mucho más fácil si él no fuese una cabeza y media más alto que yo.

—Acabas de quitarme el cigarrillo.

Su voz era dura.

—Sí.

No tenía mucho sentido negarlo, ¿verdad? Tiré de mi cabello largo, lacio y castaño, y me encontré con sus ojos cerúleos con audacia. Parecía ofendido por mi facilidad para desafiarlo.

—¿Y puedo preguntar qué fue lo que te precipitó a tal acción?

—Redacción impresionante —observé con sequedad.

Me miró. Creo que la mayoría de la gente tenía miedo de encontrarse con esa mirada, pero no tuve ningún problema. De acuerdo, solo tuve uno. No era suficiente para detenerme; si de verdad me iba a hacer daño, ya lo habría hecho. Sus ojos azules estaban casi blancos de ira, por mucho que intentase ocultarlo.

—¿Respóndeme! —demandó.

—Sí.

Su mirada confundida, aunque fugaz, no tenía precio.

—Me preguntaste si podías preguntar. Te digo que sí, puedes preguntarme —aclaré.

Ja, toma eso.

—¿Por qué me quitaste el cigarrillo? —escupió.

Eso fue divertido, había reaccionado tan fácil.



—Te pedí dos veces que lo apagas. Al negarte a responder, tomé tu silencio como una afirmación.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque no me gustan los cigarrillos —le expliqué en un tono maternal—. Sin mencionar que no están permitidos.

—¿Crees que me importa? —Su voz se estaba volviendo peligrosa.

—No, pero a mí sí.

En realidad eso era una mentira, no me importaba que estuviese infringiendo las reglas. Si él quería meterse en problemas, aleluya para él, pero fue una excusa conveniente para explicar cosas de las que realmente no quería hablar.

—¿Y por qué crees que me importa lo que tú piensas?

Logró pronunciar la palabra «tú» con todo el disgusto que su arrogancia podía reunir, y eso era bastante.

De acuerdo, este tipo estaba empezando a ponerme de los nervios con su actitud de «soy más poderoso que tú», en serio necesitaba superarlo. Claro, él era atractivo y guapo y en ocasiones lo notaba encantador, pero alguien tenía que llevarlo a otro nivel.

No me digné a responder a su pregunta por un momento, solo me puse de pie desafiante delante de él. Asustado, él no se alejó de mí, como yo había medio esperado que hiciese.

En ese momento, sonó la campana y pude escuchar la estampida que siempre procedía retumbando fuese del aula.

—Eso es lo que tienes que averiguar. —Sonreí y caminé de regreso a mi asiento, asegurándome el privilegio de que las mujeres teníamos la última palabra.

Pude sentir sus ojos en mí mucho después de sentarme y de guardar mi libro.

 DARREN

Mientras veía a la chica volver a su asiento, no pude evitar sentir que había perdido, aunque ella huyó. ¿Y a qué diablos se refería con su última frase?

Como estaba absorto por estos pensamientos, el resto de la clase vino corriendo y me forzó a regresar a mi asiento. Sin embargo, mantuve los pies en el suelo y me senté. Me gustaban las matemáticas y era decente en ellas, era por eso que estaba en la clase más avanzada. En realidad, contrariamente a la creencia popular, estaba en la mayoría de las clases avanzadas o de honor, cuando tenía ganas de demostrar, pero siempre demostraba para las matemáticas.

El maestro arreó a los rezagados mientras el resto de la clase sacaba sus libros. Me gustaba el Sr. Kaplan, era un buen maestro y parecía que no le importaba mucho que mi padre fuese Gregory McGavern.

—¿Estamos listos? —preguntó, su señal de que la clase estaba a punto de comenzar.

Negué con la cabeza para despertarme. Por el rabillo del ojo, vi a April Jones guardar su libro.

¿Desde cuándo ella estaba en esta clase? Nunca antes la había notado, aunque por lo general ella no estaba bajo mi atención, pensaba que conocía a todos los de esta clase. Tal vez ella solo se escondió en la esquina y nunca habló, no podría ser buena en matemáticas junto con cualquier otro tema.

El Sr. Kaplan comenzó a hablar sobre la resolución de sistemas de cuatro ecuaciones. Un poco simple para precálculo, pero todavía estábamos repasando. No podía esperar hasta que terminase el mes de repaso y pudiésemos aprender algo interesante.

—Ahora, quiero que resolváis este sistema. —El Sr. Kaplan escribió cuatro ecuaciones en el pizarrón—. Cuando lo hagáis, os acercáis y lo corrijo. El primero en hacerlo bien recibirá un premio.

Sonreí con aire de suficiencia mientras inclinaba mi libreta. No me importaba el premio, no había nada valioso que pudiese ofrecer, pero más fama siempre era útil y era bueno en álgebra. Esto estaba ganado, además, era seguro de mí mismo y competitivo.

Diez minutos después, el sonido de una silla arañando el suelo me hizo mirar hacia arriba. April Jones caminó con rapidez pero sin prisas al escritorio del maestro y le ofreció su libreta para que la inspeccionase.

—Muy bien, señorita Jones —exclamó el Sr. Kaplan, entregándole una barra de Kit-Kat—. ¡Has ganado el premio!

Asombrado, miré mi papel. Tenía una variable más que resolver. ¿Cómo pudo haberme vencido? La miré con enojo, pero mordía la barra de chocolate mientras estaba absorta en su libro de nuevo. Alertada por algo (mi mirada), levantó la vista y me miró. Sus ojos se rieron de mi furia inútil y apreté los puños. Ya había contenido mi ira antes, si intentaba enfrentarme de nuevo, estaría muerta.

Sonó la campana y salí corriendo. Caminé hacia mi casillero, a pesar de que mi clase estaba justo al lado de la clase de Matemáticas y mi casillero estaba en la mitad de la escuela. Hoy no tenía ganas de hablar inglés. Necesitaba ir a algún lado, a cualquier parte.

Cuando doblé la esquina del ala A, donde estaba mi casillero, fui recibido por un abatido Brock caminando hacia mí. Levantó la mano a modo de saludo, pero su bienvenida por lo general ruidosa no estaba a la vista.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté sin rodeos cuando estaba a una distancia de escucha decente.

—Jess rompió conmigo.

—Pero pensé que dijiste que no te gustaba —aclaré.

—Y no me gusta. Pero me dejó ella. Amigo. Eso nunca sucedió antes desde el año pasado. Se supone que soy el único que puede romper. Ahora no puedo tener novia por más de una semana.

—En realidad no quieres —le expliqué mientras me volteaba para poder caminar con Brock a su clase, enterrando mi propia furia.

Necesitaba terapia, rápido.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó—. Si la tuviese, ¿estaría tan deprimido?

—Estás tratando de reemplazarla.

Eso lo detuvo en seco. Di unos pasos más antes de volver a mirarlo.

—No estoy tratando de encontrar otra Rhianna —dijo rotundamente—. Eso es imposible —añadió en un murmullo para sí mismo.

—La querías, entonces quieres encontrar otro amor —respondí sin rodeos, apresurándolo.

No podía permitirse una detención más, esta semana su entrenador estaba de mal humor.

—¡No necesito amor! —replicó enojado.

—Bien. Sigue diciéndote eso. Así que ni Jess ni Rhianna importan. Ve a clase.

Lo metí en su clase y se tambaleó hasta su asiento, un poco menos abatido que antes.

Caminé de regreso a mi casillero y el mal humor regresó con toda su fuerza. ¿Brock estaba enojado porque su amor se había ido? Debería estar jodidamente agradecido a Dios de haber tenido amor.

Abrí la puerta de mi casillero y arrojé los libros en él. Ya me estaba alejando cuando una voz vacilante me detuvo.

—¿Perdón? —Un chico me miró con evidente terror.

—¿Qué? —espeté.

—S-s-se te cayó algo —tartamudeó.

Miré hacia atrás. Un destello rojo estaba en el suelo frente a mi casillero. Asentí con brusquedad al chico y se escabulló mientras me acercaba al casillero una vez más.

A pesar de mi horrible estado de ánimo, sonreí. Todo estaba yendo tal y como lo había planeado; había logrado obtener la atención de Cupido. La primera parte y la más fácil estaba hecha.

«Tendrás que hacerlo mejor que una flor, McGavern».

# Capítulo 1

## APRIL

Tan pronto como acabaron las clases, corrí hacia mi casillero lo más humana y rápidamente posible que mis piernas me permitieron. Tenía que ir a trabajar en veinte minutos y me llevaba unos buenos quince llegar al café. Jack me había ofrecido un coche, y lo cierto era que tampoco necesitaba trabajar, pero odiaba depender de Jack, lo que significaba que corría al trabajo cuatro días a la semana. Pero siempre miraba el lado positivo, al menos estaba haciendo ejercicio.

Por desgracia para mis planes apresurados, los pasillos estaban llenos de estudiantes que iban en la dirección opuesta a mí (amaba la ironía) y me empujaban hacia atrás, hasta que por fin logré abrirme camino. Esa era una de las muchas veces que desearía tener una altura suficiente para ser notada. Después de una eternidad agonizante, logré llegar a mi casillero. Cogí algunos libros, esperando que fuesen los correctos, y cerré de un portazo. Con el impacto, la puerta se volvió a abrir y algunas notas cayeron al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamé, inclinándome hacia atrás para recogerlas con rapidez.

La escritura de Darren me llamó la atención. Eché un vistazo al reloj y luego a la nota. Maldiciendo, la agarré y la metí en el bolsillo antes de apresurarme, con la mochila rebotando mientras me abría paso entre la multitud.



—¡Sé que llego tarde! —jadeé mientras patinaba hacia la parte trasera de la cafetería Perro Negro, quitándome la mochila y poniéndome el delantal del uniforme.

—Está bien —dijo Cass, mi compañero de trabajo—. El Sr. Dictador se creyó la historia del cuarto de baño. Has estado allí durante, aproximadamente, diez minutos.

—Gracias. —Le sonreí, recogiendo mi pelo en una cola de caballo—. ¿Me veo medio presentable?

Me gustaba parecer decente. Después de todo, en el fondo, era una chica presumida.

—Sí, a medias.

Hice una mueca.

—¡Eso es el doble que tú, querido! —repliqué, deslizándome detrás del mostrador.

—¡April! ¡Has llegado! —El Sr. Dictador, como lo habíamos apodado con afecto, apareció.

Bromeábamos sobre el hecho de que él era malvado y estricto, pero era el hombre más amable que conocía.

—Sí, siento llegar tarde. Me retrasé —le respondí, tomando su lugar en la caja registradora.

—Todo lo que importa es que ya estás aquí, cariño —dijo—. ¡El mostrador es tuyo, voy a revisar el almacén!

Se alejó. Compuse mi cara en su habitual mueca dolorosa disfrazada de sonrisa. La gente de aquí era excelente, pero la clientela dejaba mucho que desear. ¿No podían leer el maldito menú? Por fortuna, tenía unos minutos para estar tranquila antes de que llegasen todos los estudiantes.

La nota de Darren se arrugó en mi bolsillo. Si la sacaba, podría comprometer mi doble identidad. Cupido sería demolido, condenado al ostracismo.

Saqué la nota del bolsillo y la alisé en el mostrador. Nadie de la escuela estaría aquí por unos minutos. La nota tenía la misma letra, el mismo papel grueso, pesado y, por supuesto, caro.

«Una hermosa flor para una hermosa chica, a pesar de que la rosa se desvanece en comparación».

Puse los ojos en blanco. Eso era demasiado cliché, y conocía los clichés. Era parte del negocio. ¿De verdad esperaba que Cupido, alguien que se ocupaba del romance y por lo tanto de los clichés todos los días, se dejase vencer por unas pocas palabras poco originales? Supongo que lo había sobreestimado, y eso sería en extremo difícil. Mi suposición había sido peligrosamente baja. ¿Qué tan idiota podría ser este chico?

Comencé a garabatear mi respuesta, esta vez no tuve que agonizar por eso. Si él no intentaba hacer esto interesante, yo tampoco lo haría. Podría ignorarlo y no estar peor. Él fue quien persiguió a Cupido y no al revés. Solo respondía para complacerlo y tratar de adivinar sus motivos. No es que Cupido disfrutase de sus atenciones, no es como si yo...

Sonó la campana que anunciaba la entrada de un nuevo cliente. Volví a meter el papel en el bolsillo antes de mirar hacia arriba. Cuando lo hice, casi gimo en voz alta.

Darren McGavern entraba en el café.

¡Maldición, odio la ironía!

## DARREN

Dejé un billete de cincuenta en el mostrador.

—Café grande y negro —exigí, sin mirar a la persona que trabajaba.

Una mano pequeña y pálida tomó el dinero en silencio y me ofreció el cambio.

—Cinco minutos —afirmó.

No faltar al respeto aquí era la norma. Es por eso que venía. Sin embargo, esta chica debía de ser nueva. La persona que me atendía de costumbre sonaba más vieja.

Levanté la vista. Una pequeña espalda estaba frente a mí, un cuerpo delgado mezclaba con competencia la bebida. Dios, ¿qué pasa conmigo y por qué tenía que ver tanto a April Jones en el último tiempo? ¿Vivía en una puta novela romántica?

Cuando me volví para esconderme en mi rincón habitual, un destello de papel que sobresalía del bolsillo de su delantal captó mi atención. Se veía exactamente como mi papel de nota personalizado.

—¿De dónde sacaste eso? —pregunté, haciendo un gesto hacia la nota.

Ella, cuidadosa, terminó de preparar mi café antes de volverse hacia mí.

—No veo por qué deba ser asunto tuyo.

Si bien tenía que reconocer su punto de vista, al menos para mí, no podía admitírselo.

—No veo por qué me debería importar que no veas que es asunto mío. —Hice una mueca cuando salió de mi boca.

Ella solo alzó las cejas y me ofreció la bebida. La tomé, pero no me fui.

—No me importa lo que pienses —aclaré—. ¿Cómo lo conseguiste?

—¿Alguien te ha dicho alguna vez —dijo con una voz extrañamente monótona— que eres en extremo desagradable?

¿Y quién era ella para regañarme? Una chica trabajadora que por obiedad no tenía dinero para vivir. Quiero decir, ¿trabajando mientras estudia? Apreté los puños alrededor del café.

—La opinión común te diría que estás equivocada. —Logré sonar casi civil.

Ella ni siquiera hizo el esfuerzo.

—La opinión común suele equivocarse, en este caso incluso más de lo habitual.

—¿Y tienes derecho a decir algo sobre la incivilidad?

—Más que tú. —Fue el tiro que regresó.

—No fui grosero hasta que tú lo fuiste.

—Señalar con los dedos. Muy maduro. —Sonrió, pero incluso yo podía decir que era más para molestarme que para expresar cualquier cantidad de alegría.

—Intento de provocación. Incluso más maduro.

—¿Quién dijo que te estaba provocando?

—Yo.



—¿Y por qué debería importarme lo que piensas?

Inteligente, usando mis propias palabras en mi contra. Pero mi respuesta no fue tan enigmática como la de ella.

—Porque siempre tengo razón.

Con eso me alejé, por una vez con la última palabra. No me interesaba no haber descubierto lo que me había propuesto, que aún guardase el secreto del papel para ella. Tenía la última palabra, lo que significaba que había ganado y eso era todo lo importante.

# Capítulo 1

APRIL

—¿Esa es mi nota?

Dios, ¡este tipo es persistente hasta el infinito! Fui a limpiar la mesa de Darren y él me dio pena una vez más, ¿no podía tan solo dejarlo ir?

—Quizá. —Me volví para regresar al mostrador.

Él agarró mi brazo, manteniéndome allí. Lentamente, me volví para mirarlo. ¿Quién era él para tocarme cuando no era ni necesario?

—¿Cómo conseguiste ese papel? —demandó.

Vale, Darren McGavern, ¿pero no podía darle un descanso a una chica?

—Busqué en la basura algo que hubieses tocado para poder fingir que te estaba tocando a ti —dije arrastrando las palabras.

Habría sido una línea de salida maravillosa, pero la mano de Darren seguía apretada alrededor de mi muñeca y no valía la pena lastimarlo solo para escapar.

—¿Es eso verdad? —preguntó.

Oh, qué considerado. Es lamentable que las chicas de la escuela hiciesen algo así.

—Quizás.

Intenté alejarme, pero su agarre era firme. Más fuerte de lo que parecía. Él debía tener unos músculos...

—¿Sí o no? —insistió.

Aunque tuviese un cuerpo al parecer musculoso, este tipo era un bastardo, uno demasiado persistente.

—Quizá. —Le sonreí con picardía, y fruncí el ceño cuando su agarre se hizo más fuerte. Si continuaba apretando, como buena pacifista que era, iba a ser

asesinado—. Ahora, necesito ir a trabajar.

—Entonces ve —escupió.

—Sigues agarrándome —observé—. Es decir, si me encuentras tan irresistible...

Soltó mi mano como si tuviese alguna enfermedad desagradable. Me froté la muñeca. Era mejor que no hubiese dejado un hematoma o le pondría a Allan encima.

—¿No puedes decírmelo? —presionó, con suerte, por última vez.

—Sí, podría.

—¡Entonces hazlo!

—Si no te importamos mis opiniones ni yo, ¿por qué eres tan insistente?

—Me gusta conocer a todas mis acosadoras —respondió con frialdad, reclinándose en su silla como si hubiese llegado a una conclusión con la que había tenido dificultades—. Parece que necesito agregarte a la lista.

—Eres un bastardo arrogante.

Quise que fuese casual, una observación diferente. Debió de salir mucho más vicioso de lo que pretendía, ya que sus ojos brillaron con lo que podría haber sido dolor en otra persona. Tal vez no era tan buena para contener mi enojo o él no podía tomar la verdad. Yo prefería lo último.

Pero él mostró una sonrisa brillante y burlona.

—Parece que eso es algo malo.

Lo fulminé con la mirada. Él me la devolvió. Un punto muerto.

—¡April! —Allan se acercó a la mesa y notó con quién estaba hablando—. ¿Hay algún problema?

Tener a un jugador de fútbol enorme y voluminoso cuidando tu espalda hacía maravillas para el coraje, incluso si hubiese podido con Darren por mi cuenta. Nunca era de las que dejaba pasar a los guardaespaldas.

—Oh, no, Allan. —Le sonreí a Darren—. McGavern y yo estábamos teniendo un debate amistoso.

Darren frunció el ceño, pero no me contradijo. Incluso él estaba intimidado, aunque no lo demostraba.

—Entonces, ¿querías algo? —pregunté, volteando hacia Allan y bloqueando por completo a Darren.

—Solo quería saber cuándo sales de tu turno y si querías que te lleve a casa.

—Allan, te he dicho un millón de veces...

—Y todavía no tiene sentido —se quejó.

—Espera —interrumpió Darren—. Lex, ¿la conoces?

—Tu incredulidad me halaga tanto —dije arrastrando las palabras, sobresaltando una sonrisa divertida de Darren.

—Sí, la conozco —dijo Allan—. Parece que tú también.

—Vamos, Allan. —Sonreí ante la mirada afligida de Darren—. Tengo que volver al trabajo.

Me alejé. No estaba retrocediendo, estaba dejando al enemigo derrotado lamer sus heridas. Allan me siguió, sacudiendo la cabeza con pesar.

—No deberías hablar con él —amonestó.

Eso me confundió. Allan era la última persona que diría algo así acerca de cualquiera. Nunca conocí a alguien menos suspicaz, excepto quizá Brock.

—¿Por qué no? —pregunté desconcertada—. Puede ser imbécil o engreído, pero es inteligente.

—Es peligroso. ¿Oíste lo que le hizo a Mia Smith el año pasado?

Por supuesto. Ella había pedido a otra persona, pero antes de que yo llegase, Darren la sorprendió, y ella no era una prueba en contra de sus encantos. El otro tipo que habría sido bueno para ella fue olvidado, y Darren fue un bastardo. Todo porque no había llegado a tiempo.

—Darren McGavern nunca me vería de esa forma —le aseguré a Allan con una risa falsa que no captó—. No ni por todo el dinero del mundo.

## DARREN

Todavía no sabía si esa era mi nota. Maldita sea esa chica, ella era demasiado evasiva por su propio bien. Bueno, más para mi bien, pero eso era todo lo que importaba.

Mis ojos vagaron por la habitación para acabar fijándose en April y Lex, todavía hablando. Ella rio y luego caminó hacia el mostrador. Parecía aceptar que era una risa real, pero sabía que no era así. Era un experto en risas falsas, las estuve usando durante años.

Pero, aun así, era otro misterio que agregar a la lista de April Jones. ¿Cómo la conocía Lex? ¿Cómo sabía ella tanto de Lex? Ni siquiera podía recordar el nombre real de Lex, había sido Lex por tanto tiempo.

Tal vez ella era su misteriosa hermana, pero eso no encajaría; se rumoreaba que su madrastra había sido pobre y April había ido a nuestra escuela por un tiempo. Creo. La verdad es que no la había notado antes. Ahora que lo pensaba, tal vez ella solo había venido el año pasado, ¿pero no estaba en mi clase de Inglés en el primer año?

—¡Darren! —me arrulló una voz chillona, sacándome de mis pensamientos.

Gruñí, apenas logrando mantenerlo inaudible. No estaba de humor para *groupies*.

Una multitud de rubias blanqueadas convergió en mi mesa.

—Te extrañamos en el almuerzo. —Candy hizo un puchero.

—Y yo extrañé toda la belleza que usualmente ofreces. —Sonreí, pero sus ojos ya estaban recorriendo la habitación. Dirigí mi atención a las otras chicas —. Me enfadé después del primer periodo. Necesitaba un descanso.

—¡Pobre bebé! —exclamó Jess—. ¿Necesitas otro café? ¡Por supuesto que sí!

Empecé a declinar, pero ella insistía y se levantó para ordenarlo. Me rendí y le sonreí al resto del rebaño. Candy se sentó en la silla junto a mí.

—¿Por qué te marchaste? —preguntó—. Te vi y, o sea, parecías enojado.

—No hay razón —le dije. Ella no me presionó, a pesar de que era una clara invitación a dejarme despotricar. Cuando ella no entendió la indirecta, continué—: ¿Me perdí algo?

—No...

—¡Me gusta mucho! —interrumpió Lila.

Ella comenzó una larga historia sobre una ruptura y alguien que casi fue expulsado de la escuela. Nada me importaba demasiado como para corromper

mi cerebro. Mi mente comenzó a vagar, Candy era la única de estas chicas que de vez en cuando tenía algo que decir y todavía estaba buscando algo por la habitación.

La voz de April hizo eco en mi cabeza. ¿Qué derecho tenía ella para llamarme «bastardo»? ¡O negarme lo que quería saber!

¿Pero por qué fui tan insistente? A mí no me importaba, salvo como curiosidad ociosa, si ella tenía o no el papel. Otro acosador no me molestaría y ella debía saber que no tenía ninguna posibilidad. Incluso podría ser interesante, ya que estaba segura de acechar de alguna manera inteligente, pero seguí insistiéndole, incluso si respondía de la misma manera. No era como si a ella le valiera la pena discutir, sin importar lo que le hubiese dicho a Lex. Incluso si ella era más ingeniosa que cualquier otra persona con quien había hablado. Además, no le importaba quién era, solo lo que decía.

—¿Puedes, o sea, creerlo? —terminó Lila con énfasis.

—No, en absoluto —respondí, distraído por mis reflexiones.

Nadie lo notó, y mis pensamientos continuaron hasta que Jess dio un paso atrás y golpeó su silla sin preocuparse por su costosa falda.

—Esa chica es como, o sea, muy grosera —se quejó.

Miré hacia el mostrador. April estaba llenando una orden con calma.

—¿Qué hizo? —preguntó Candy con simpatía, también mirando el mostrador donde Lex hablaba con April.

—Bueno, yo estaba, o sea, diciéndole que me gustaba su pulsera. Y ella, o sea, no me dijo, o sea, dónde o cómo la consiguió. ¿Puedes, o sea, creerlo?

—¡No lo hizo! —lloró Lila, junto con los otros ruidos sorprendidos y horrorizados de las otras chicas.

Apenas podía contener mi risa. Probablemente la había obtenido de una tienda barata o algo así y tenía miedo de admitirlo, ¿pero a quién le importaba?

—No debió haberte escuchado —declaró Candy—. Intentaré preguntarle cuando llegue para darle a Darren su café.

De acuerdo, Candy estaba siendo desviada por algo tan trivial. Quizá todas estas chicas eran incluso más raras que April (si eso era posible). Al menos, ella

salvaba su rareza por cosas más importantes.

April caminó con cautela llevando la taza de café en las manos. Sus mangas estaban dobladas hacia atrás y su pulsera se mostraba prominente en su delgada muñeca. No había sido así antes, ella tenía sus mangas hacia abajo.

—¡Déjame, o sea, que te coja eso! —Candy ofreció de inmediato, lanzando su cabello naturalmente rubio sobre su hombro e inclinándose sobre mí para tomar el café de April.

—Gracias —respondió April, entregándosela con los ojos brillantes.

—¡Oh! —chilló Candy—. ¡Me encanta tu pulsera!

—Gracias, mi amiga me la regaló. —April se dio la vuelta y se alejó.

—Ves —le dijo Candy a Jess—. Ella es, o sea, una chica agradable.

—De todos modos, no entiendo por qué me gustaba la pulsera —jadeó Jess—. Es, o sea, barata.

Eché un vistazo para ver si April había oído. Ella levantó la vista de su conversación con Lex y nuestros ojos se encontraron por un momento. Me di cuenta de que ella sabía lo que habíamos dicho todo el tiempo y por mucho que discutiésemos sobre otras cosas, en un punto estábamos de acuerdo.

Estas chicas eran completamente idiotas.

# Capítulo 1

## APRIL

Realmente odio los jueves. Es el día en el que la igualdad del mundo te alcanza, cuando te das cuenta de que toda tu vida es solo una repetición interminable de unas pocas acciones, un carrito de apatía sin sentido, o al menos, eso creía yo. Estaba de acuerdo con Douglass Adams: nunca podré entender el jueves.

Como siempre, corrí a la escuela. Saqué mi libro (hoy era *Las dos torres*) y anduve sin rumbo, esquivando con destreza objetos en movimiento y personas volando. Me dirigí a mi casillero, bajé el libro, cogí las cosas que necesitaba para mis primeras clases y eché un vistazo en el casillero de Cupido para ver si había algo urgente. Si había algo urgente o interesante, reflexionaba un momento antes de irme, si no era así, cerraba el casillero, volvía a abrir mi libro y deambulaba a clase mientras seguía leyendo. Mi rutina casi nunca cambiaba, no porque las personas me respetasen demasiado como para interrumpirla, sino porque no se daban cuenta de mí. Por lo general, eso era útil y divertido. Los jueves, sin embargo, eran suficientes para hacerme querer matarlos a todos.

Cuando iba a comenzar mi camino a clase, noté a alguien parado frente a mí.

—¿Podrías, por favor, moverte? —pregunté, sin apartar los ojos del libro.

—No.

Tenía que ser él, ¿no? Puse un dedo en el libro para marcar la página y lo cerré, cruzando los brazos con obstinación sobre mi pecho.

—Un caballero dejaría que una dama pasase primero —señalé.

—¿Hay una dama por aquí? —sonrió Darren.



Sus *groupies* rieron diligentes. Era obvio que no se habían dado cuenta de que también las había insultado.

—Más que caballeros —repliqué con suavidad.

Él frunció el ceño.

—Claro, porque una chica que compra cosas en una tienda de segunda mano sabe lo que debe ser un caballero —escupió.

Su rebaño susurraba como si hubiese sido un insulto. No creo que se diesen cuenta de que no me ofendía que mis opciones de compra fuesen publicitadas.

—Deberías intentar ir de compras a alguna tienda de segunda mano, quizás entonces parecerías diferente a tus compañeros clones. —Sonreí y pasé por su lado antes de que pudiese tener la última palabra.

Quizá los jueves no eran tan malos después de todo.

—No deberías insultarlo —me informó una animadora mientras trotaba para alcanzar mi ritmo apresurado. Su melena dorada se balanceaba mientras andaba.

—¿Por qué no? —pregunté, sin dejar mi libro.

—Se vengará. No acepta, o sea, ser insultado.

—Necesita ser derrotado.

—Tal vez. —Estuvo de acuerdo, sus uñas rosas perfectamente cuidadas se alzaron en un encogimiento de hombros—. Pero no por ti. Por alguien que, o sea, pudiese luchar contra él. Podría hacer de tu vida una miseria.

La miré. Parecía ser sincera, pero eso no tenía sentido. Por todo lo que había visto de ella, solo era un poco más inteligente que sus compañeras. No era suficiente para ser una filántropa.

—¿Por qué te importa? —le pregunté.

Recordé a esta chica, creo que se llamaba Candy. Solicitó a la estrella delantera del equipo de fútbol la semana pasada. Esa fue una tarea agradable y fácil. Una nota en su casillero y una nota en el de ella estableciendo una cita y estaban juntos. Me preguntaba si todavía lo estaban, aunque lo dudaba. No estaban bien el uno para el otro. Era demasiado arrogante para alguien con un mínimo de decencia.

—Conozco a personas que te quieren —explicó, bajando a un tono diferente—. Gente en la que confío. Solo ten cuidado con Darren, ¿está bien? No dejes que su mezquindad te asuste.

Y se fue. La miré un momento antes de seguir mi camino. Bueno, ese había sido un cambio refrescante, una animadora amable con una *donnadie*. Tal vez había esperanza para esta escuela.

Un atleta, corriendo por el pasillo, tan poco observador como siempre, me empujó y choqué contra un casillero.

Bien, cinismo restaurado.



—Ahora, antes de comenzar el libro —zumbó el profesor de Inglés.

Garabateé en los márgenes de mi cuaderno. Por lo general, adoraba Inglés, pero no cuando revisábamos las reglas de las comas por semana y los idiotas que se hacían llamar mis compañeros de clase todavía no lo entendían. ¿Qué tan difícil podía ser?

—Vamos a necesitar más notas, por lo que vais a hacer un trabajo...

Bla, bla, bla. ¿La verdadera razón por la que nos mandaba a hacer un trabajo? Nuestras presentaciones tomarían al menos un día, y esa era una clase menos para soportar nuestra idiotez.

—Tendrán que elegir a su autor favorito y presentar su vida y trabajos a la clase...

Entonces quizás una hora de trabajo. Lo haría rápido, si no posponía las cosas como solía hacer, y luego me sentaría a reírme mientras el resto de la clase se asustaba por la cantidad de trabajo.

—Y para dar un giro, lo haréis en parejas...

Ahora estaba entregando una hoja. Molesto, pero no horrible. Había un número impar de personas en la clase y podía ser quien se quedase sola, o podía aguantar a quien tuviese que quedarse atrapado conmigo por un tiempo. Odiaba el trabajo en conjunto, no iba a dejar que un imbécil hiciese el trabajo, podía lidiar con eso. Nadie en esta clase era demasiado horrible.

—Pero para que sea justo, las parejas se asignarán por orden alfabético. Arnold y Borlak...

Continuó su lista. Entonces, me di cuenta de que no había tanta gente en la clase, y de que (oh, casualidad) no había personas por el apellido K y L. Me senté derecha cuando me di cuenta de quién sería mi compañero.

—Jones y McGavern...

Juro que el mundo me odia.

## DARREN

—¡Esto es una broma! —grité cuando salí de mi clase de Inglés, caminando hacia donde estaba esperando Brock.

—¿Qué pasó? —preguntó con tolerancia. Ya se había acostumbrado a mi ira.

—¡No haré el trabajo! —grité—. ¡Y nadie me obligará a hacerlo! Nadie. Pero apuesto a que esa maldita chica cree que voy a hacer una parte. Tratará de obligarme, y entonces no lo hará. No lo hará y fallaré. No es que me importe, pero eso no le importa a ella. Todo es «me importa» y «debes» por parte de gente como ella. ¿Por qué Dios me hace esto? Primero invade mi cafetería, ¡y ahora esto!

Brock estaba confundido.

—Espera, ¿quién está haciendo qué a quién? —intentó interrumpir.

Lo ignoré y continué mi diatriba.

—Está loco —respondió una voz tranquila y divertida a Brock—. Porque me asignaron para ser su compañera para un proyecto de Inglés, y cree, muy en lo correcto, que no le permitiré que me quite todo el trabajo.

Su tono ligeramente condescendiente captó mi atención como ninguna otra cosa lo habría hecho.

—Mira, Jones —escupí a la pequeña chica, que estaba apoyada contra la pared—. No pedí ser tu compañero, y realmente no me importa ese trabajo, así que no veo razones por las que tenga que hacerlo.

—Piensa en ello como entrenamiento para cuando te importe —sugirió.

No es probable.

Ella se irguió en toda su altura. Habría sido más impresionante si hubiese sido una cabeza más alta que yo.

—¿Crees que estoy entusiasmada por ser tu compañera? —siseó. Sus ojos ardían—. Pero, a diferencia de ti, quiero hacer algo en mi vida aparte de vivir del dinero de mi padre, así que tengo que acostumbrarme a hacer cosas desagradables. Incluyendo trabajar contigo. Lamento informarte, pero este trabajo se va a hacer.

Me reí y ella frunció el ceño. Era obvio no estaba acostumbrada a que la gente se riese cuando hacía proclamaciones como esa. Y me llaman arrogante...

—Quieres hacerlo, bien, entonces haz todo el trabajo —propuse.

Suspiró. La ira todavía brillaba en sus ojos.

—Por mucho que me gustaría hacer eso, no mereces la A que te podría dar.

—Y dices que soy vanidoso.

—La vanidad no es cuando dices algo que todos conocen como verdad —respondió—. Es un orgullo saludable.

—Muy poco saludable, si me preguntas —observé deslumbrante.

—Nadie lo hizo —murmuró.

Sonreí.

—¿Qué fue eso? —pregunté inocente.

—Eso es lo que tú quieres —se burló.

—¿Por qué? —Mi voz estaba bajando a medida que mi temperamento se elevaba. Eso sonó como un verdadero insulto, y no tomaba los insultos de gente que podría partir a la mitad sin pensarlo.

—Porque es probable que esa sea la razón por la que no me doy la vuelta y te muestro mi ombligo como el resto de esta maldita escuela.

Su actitud sagrada me hizo perder el control. ¿Quién era ella para decirme que era mejor que todos los demás? ¿Solo porque nadie más había discutido conmigo se suponía que ella era mejor? Ella tenía que volver a la realidad.

De repente, me moví, sujetándola contra la pared con un brazo a cada lado de ella. Un destello de miedo pasó por sus ojos tan rápido como el

remordimiento por el mío. Entonces su mirada se endureció y me burlé.

—Sabes que quieres mostrarme más que tu ombligo —ronroneé.

Ante esto, incluso Brock reaccionó. Había estado en silencio durante toda la discusión, pero ahora se enderezó y lanzó un ruido preocupado, aunque no hizo ningún movimiento para detenerme. Los ojos de April se congelaron.

Entonces, me dio una bofetada.

Retrocedí, con el rostro picante. ¿De dónde diablos vino eso? Esa no era la velocidad humana, eso fue un rayo. Nunca lo había visto venir. April todavía estaba apoyada contra la pared, pero su diversión se había ido y su respiración era apenas más fuerte de lo habitual.

—No vuelvas a tocarme nunca más —ordenó—. O haré algo peor que darte una bofetada.

—¿Como qué? —me burlé.

Como si ella pudiese hacer cualquier cosa para lastimarme. ¿Otro cosquilleo, qué demonios? Incluso yo me esperaba esa bofetada.

—Puedo hacer mucho para hacerte daño, sabes —me informó. Ante mi mirada escéptica, forzó una sonrisa—. Soné como una villana de una horrible película de héroes de tercera categoría.

—Básicamente —admití.

¿Cómo podía dejar su ira tan de lado? ¿Era bipolar? Había estado lista para matarme y ahora se burlaba conmigo de sí misma.

—Entonces —dijo con facilidad—. ¿Cuándo debería ir?

—¿Qué?

¿Quién dijo algo de venir?

—No tenemos mucho tiempo en clase —me dijo—. Creo que sería mejor si trabajamos en ello este fin de semana.

—¿Por qué no podemos ir a tu casa?

En ese momento, no se me pasó por la cabeza que acababa de admitir que iba a trabajar.

—Porque estoy segura de que tu casa tiene mejores recursos —respondió con inocencia.

Ahora me estaba halagando, soy tan susceptible.

—Buen punto. ¿Qué tal el viernes?

—Dar —interrumpió Brock, hablando por primera vez—. Candy hace una fiesta el viernes.

—Es verdad —le concedí—. ¿El sábado?

—Vale. Te veré allí. —Se alejó, pero antes de llegar más lejos, regresó corriendo—. Recuerda —siseó—: harás la mitad del trabajo.

Y entonces se fue. Fruncí el ceño, trotando hacia mi casillero con Brock a mi lado.

—¿Entonces harás el trabajo? —preguntó él mientras metía los libros en mi casillero. Se cayó un pedazo de papel al suelo—. ¿Qué es eso?

Reconocí la letra de Cupido.

—No lo sé —dije con rapidez, guardando la nota—. ¿Qué estabas diciendo?

—¿De verdad vas a hacer el trabajo?

Abrí la boca. ¡Esa pequeña perra manipuladora!

—Estoy atrapado, ¿no? —pregunté sin esperanza.

—Eres un frágil —dijo Brock—. Pero bueno, tal vez ella hace todo el trabajo.

—Lo dudo —respondí con desaliento—. Vamos, tenemos que ir a almorzar.



Cuando perdí a Brock, saqué la nota de Cupido.

«¿Cómo sabes que soy una chica?».

Ahora que era un desafío me gustaba.

# Capítulo 1

## APRIL

—¡Hey, enana! —sonrió Allan mientras trotaba por la sala de estar, revolviendo mi pelo con cariño. Puse los ojos en blanco mientras me peinaba, volviendo a su aburrida e invariable rectitud.

—Solo soy dos meses menor que tú y lo sabes —repliqué, sin apartar los ojos del libro.

—Dos meses y ocho días —me corrigió con altanería.

Dejé el libro e hice una mueca al alto chico.

—Es lo mismo.

—Hija, no es lo mismo cuatro que cinco —respondió con una sonrisa. Le di un golpe con el libro—. ¡Ay! ¡Eso duele! ¿Por qué me pegas?

—Por ser un idiota. ¿Cómo fue el partido?

—Ganamos. Por mucho. 101-31. —Sonrió salvaje—. Brock era de lejos la estrella.

—¿Y por qué no estás en la fiesta?

Intentó parecer astuto.

—¿Quién dijo que hay una fiesta?

No hace falta decir que falló miserablemente.

—Allan, siempre hay una fiesta después. No es aquí, ¿verdad? —Miré a mi alrededor en pánico, en busca de signos de fiesta.

Él se rio.

—No te preocupes. Será en casa de los Maloney. Solo he venido a ducharme y a cambiarme.

Levanté las cejas. Eso era inusual; por lo general, iba directo a la fiesta, no importaba lo mucho que apestase.

—¿Quieres impresionar a alguien? —le sugerí ociosa, observando su reacción.

Pareció sorprendido y un leve rubor manchó sus mejillas bronceadas, pero hizo un buen trabajo ocultando su reacción, algo que había esperado que hiciese.

—No, ¿por qué dices eso? —preguntó, con una voz cuidadosa y casual.

Sonreí, el plan de Cupido ya comenzaba. Por lo general, solo ponía en contacto a personas a petición de ambos, pero podía hacer una excepción con mi hermanastro. Él podría necesitar ayuda para ganar a su dama.

—No hay razón. —Me encogí de hombros—. Diviértete en la fiesta.

Se detuvo en la entrada y me miró.

—Podrías venir, sabes —propuso con cautela—. No es solo para jugadores y animadoras. McGavern ha ido a la mitad de ellas y nunca ha estado en un partido. No creo. No desde segundo año. Serías bienvenida.

—Gracias, pero de ninguna manera.

Mi negativa fue tan definitiva como la bienvenida que llevaría allí. Ni siquiera el mecenazgo de Allan haría que me aprobasen, en especial porque Darren no era mi mayor admirador. Las posibilidades de que me aceptasen en esa fiesta eran las mismas de que Darren McGavern y yo nos hiciésemos amigos.

Allan se encogió de hombros. Ya habíamos discutido ese punto antes y él sabía que no podía ganar. Me negaba (y siempre lo haría) a ir a un lugar donde me insultarían por estar cuerda.

Además, no podría lidiar con todos esos cigarrillos en un solo lugar sin hacer nada estúpido.

—Entonces, te veo luego —me dijo, desapareciendo por la puerta.

—Adiós. —Pero no me escuchó.

Sus pasos pesados se perdieron en la distancia hasta que el único sonido a mi alrededor era el del agua de la ducha corriendo. Odiaba las casas grandes y su silencio no tan silencioso.



Volví a mi libro, perdiéndome en la historia. Ni siquiera quince minutos después, una puerta se cerró de golpe y supe que Allan estaba fuera para cortejar a su chica, quienquiera que fuese. La tranquilidad ahora era completa. Odiaba las casas grandes y su quietud vacía.

Intenté leer, pero el silencio era opresivo. Jack y mi madre habían salido a una de esas fiestas supercaras y Jan, nuestra ama de llaves, tenía el día libre. Estaba sola en una mansión un viernes por la noche, demasiado como una película de terror para mi comodidad.

Una vez que mi mente comenzó a sacudirme de mi libro en cada indicio de ruido, me di cuenta de que era hora de dejar de leer. Corrí a mi habitación, ignorando con determinación los oscuros pasillos y habitaciones.

Al final, me derrumbé en mi cama. La casa gimió con el viento, el único sonido que podía escuchar aparte de lo que estaba haciendo. Casi podía sentir el vacío aplastándome. Eran noches como estas en las que daría cualquier cosa por retroceder algunos años atrás y haría que Rhi volviese. Por supuesto, hace unos años, la oscura y silenciosa mansión habría sido un departamento oscuro y silencioso, y el complicado sistema de sonido con el que me estaría metiendo sería un viejo radiocasete, y mi cama de plumas de cuatro columnas sería una cama dura, pero lo dejaría todo para poder llamar a Rhi, llamar a alguien y tenerlo como compañía en esta tarde solitaria.

Saqué mi trabajo de Cupido. En la parte superior había una de las notas de Darren, la desplegué despacio.

«Porque a los hombres no les importan las almas gemelas, además de que no tienen la percepción de qué hacer si les importasen».

Sí, fue perspicaz o lo que sea, pero realmente no me ayudaba, ¿verdad? Me incliné sobre el escritorio y vacié la mochila. Bien podría hacer algo, ya que el sonido de *Friend Like Me* de Aladdin llenó la habitación.

Iba a ser una noche solitaria.

The logo features the name 'DARREN' in a serif font. The letter 'D' is significantly larger and more ornate than the other letters, with a decorative flourish extending from its top left. The remaining letters 'ARREN' are in a smaller, standard serif font.

Abrí los ojos llorosos, luego los cerré de inmediato cuando la brillante luz del sol los golpeó. ¿Qué tan tarde era? No había logrado llegar a casa a las cuatro y mi fuerte dolor de cabeza me dijo que había bebido demasiado.

—¿Dar? —La voz de Troy era lo único que podría haberme sacado de mi estupor.

—¿Sí? —gruñí, sentándome.

Estaba sentado en el extremo de mi cama, mirándome con curiosidad.

—Solo me preguntaba si estabas despierto.

Le di un puñetazo en broma.

—Bueno, ahora lo estoy.

Salté de la cama y me puse de pie con un gemido. Tomando una aspirina que cogí de la mesa con práctica facilidad, tropecé somnoliento hasta la cocina sin siquiera molestarme en ponerme una camisa.

—No creo que sea una buena idea ir allí ahora, Dar —advirtió Troy mientras se arrastraba a mi lado.

—¿Por qué no? —murmuré—. Necesito mi dosis de cafeína.

Me detuve mientras me tambaleaba hacia la cocina. Mi madre estaba sentada en el mostrador, comiendo con delicadeza su ensalada *gourmet*.

—Darren —reconoció.

—Madre —respondí con la misma calidez.

Troy miró entre nosotros, confundido.

—¿Dónde has estado esta mañana?

—Durmiendo. Es lo que se hace generalmente por la mañana.

—¿Por qué dormiste hasta tan tarde?

—Estuve en una fiesta —le informé.

Me aseguraba de no mentirles a mis padres. Ellos no se lo merecían.

—Si la gente te ve asociarte con ese tipo de personas...

—Fue en la casa de Maloney. No te preocupes.

—Pero si la gente te hubiese visto beber tanto... —Se interrumpió en señal de advertencia.

—Madre, no arruinaré tu perfecta imagen. Todos allí ya conocían mis hábitos.

Saqué un tazón de cereales.

—Bien. Asegúrate de mantenerlo así. Tu padre y yo trabajaremos hasta tarde.

Ella se fue sin otra palabra. No hubo broma de despedida, ni afecto para arrojar a sus hijos hambrientos.

Me senté en un taburete y comencé a comer los cereales, sorbiendo una mezquina venganza contra mis padres *snoobs* que me formaron a su imagen en contra de mi voluntad. Troy se sentó a mi lado, mirándome comer.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó, agarrando una barra de chocolate.

—¿El qué?

—Hablar con mamá de esa forma.

—¿Cómo? —Cogí otro puñado de cereales.

—¡Fuiste cruel con ella!

—Ella también lo fue conmigo.

—No, ella quería asegurarse de que estabas bien —contradijo, con el rostro arrugado en un esfuerzo por creerse a sí mismo.

—Tienes razón, enano. Lo haré mejor la próxima vez.

Ninguno de los dos realmente me creyó, pero no dijimos nada. A Troy todavía le gustaba fingir que nuestros padres se preocupaban por nosotros, y no quería aplastar sus ilusiones.

Comí el resto de los cereales en silencio hasta que el sonido del timbre reverberó en toda la casa.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté a Troy.

Él negó con la cabeza, tan desconcertado como yo. Nadie venía aquí durante el horario de trabajo, excepto ocasionalmente Brock.

—Alfred lo atenderá —observó Troy.

—Sí —respondí distraído.

¿Estaba olvidando algo? Si tan solo pudiese recordar... Necesitaba recordar todo ahora.

El intercomunicador se encendió.

—Señorito Darren, alguien lo busca —anunció Alfred.

—¿Qué...? —Corté el impropio justo a tiempo, para no exponer a Troy a demasiadas palabrotas.

Él se encogió de hombros, comprendiendo mi significado.

Corrí hacia el pasillo de la entrada, haciendo demasiado ejercicio para mi cerebro empapado de alcohol. Patiné hasta detenerme justo antes de la puerta, mi cara se dibujó en una sonrisa despreocupada.

April Jones estaba al otro lado del pasillo, casi sin hacer ruido en los azulejos hechos específicamente para amplificar el movimiento de aquellos que eran torpes o de clase baja.

April se detuvo frente a mí, sus ojos apenas se detuvieron en mi pecho sin camisa. Me ofendí de inmediato por eso. Era mi pecho, bien musculoso y duro, podría agregar, ¿no valía la pena babear? ¿Y qué tipo de chica no se quedaba mirando a un chico sin camisa?

La fulminé con la mirada.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

# Capítulo 1

## APRIL

Esto fue suficiente. Él me invita a venir, está bien, lo manipulé para invitarme a su casa, ¡y luego se sorprende cuando aparezco! Incluso había planeado darle tiempo para que pudiese dormir bien de su resaca. Es cierto, Allan aún no se había levantado, pero supuse que Darren era más ligero que Allan. Además, Allan bebía por todos.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —escupí, negándome a mirar su pecho sin camisa (había tenido razón, tenía músculos).

Se apoyó contra la pared, y pude ver que sus ojos estaban un poco cansados. No estaba en condiciones de discutir. Bien, eso significaba que iba a ganar.

—Sí —repitió—. ¿Por qué estás aquí?

—Me invitaste —le informé.

—¡No lo hice!

—Sí lo hiciste.

—No.

—Sí.

—No.

Entonces sonábamos como un par de niños que están en el jardín de infantes. Ojalá tuviese una grabadora. Esto sería un buen chantaje.

—¿Dar? —Ambos giramos para enfrentar el pasillo y la interrupción de nuestra discusión. Un niño, quizá de unos diez años, estaba mirando por la puerta—. Le dijiste que viniese. Ayer te estabas quejando con Brock.

Darren abrió la boca como para gritar, luego la cerró. Repitió el proceso varias veces, durante el cual tuve que luchar contra la tentación de observar

que se parecía más a un pez. El chico me sonrió a través de su cabello marrón como el chocolate.

—A veces tiene problemas para recordar cosas así —me informó, haciendo caso omiso de las payasadas de Darren.

—¿Solo a veces? —dije arrastrando las palabras.

Darren me fulminó con la mirada, pero alborotó el cabello del niño. Había estado esperando que se pusiese frío y arrogante como solía hacerlo, pero no lo hizo.

—Bueno, gracias por hacerme perder la discusión —bromeó, y podría jurar que detecté un rastro de sonrisa real y sincera en su rostro.

Que se pare el tiempo. ¿Darren McGavern realmente quiere a alguien? Los risueños ojos cerúleos del chico se encontraron con los míos, y supe quién era. Sus ojos coincidían con los de Darren cuando estaba en uno de sus raros buenos humores.

—¿Tu hermano? —le pregunté a Darren. Él asintió—. ¿Por qué nunca he oído que tenías un hermano?

Él no sabía por qué eso era tan extraño. La mayoría de la gente no sabría cosas así. Pero pensé que sabía lo básico, cosas como hermanos.

—Nadie viene aquí —me iluminó.

—¿Qué hay de tus fiestas? Organizas la mitad del equipo de fútbol.

Que se pregunte de dónde saqué esa información.

—Se quedan fuera del ala familiar. Los aísló —respondió—. Troy, yo y April...

—April y yo —corregí por lo bajo.

Los errores gramaticales me molestaban. Él se burló de mí.

—April y yo tenemos que trabajar. Ve a divertirte.

Bueno, al menos tomó mi corrección.

—Pero, Dar... —El niño, Troy, gimió.

Darren rodó los ojos con afecto.

—Ve y haz tu tarea —ordenó—. Me dijiste que tenías muchos deberes de sociales. April es mejor que yo en eso, así que, si terminas mientras está aquí,

puedes pedirle ayuda.

Su hermano hizo una mueca, pero salió corriendo.

—Gracias por ser mi secretario —le dije.

—De nada.

—Entonces —me burlé—. ¿Soy mejor que tú en sociales?

Él gimió.

—No puedo discutir con hechos, Jones. Obtienes las calificaciones de Historia más altas.

En realidad, no. Hay un sénior que hace todo lo que hace, pero obtiene mejores notas que yo. No es que deba informar de eso a Darren.

—¡Venga! —ordenó, caminando por el pasillo.

Corrí para mantener el ritmo, solo mirando hacia atrás una vez. El mayordomo había desaparecido. ¿Todos los sirvientes saben cómo hacer eso? Si lo hacen, iba a servir a la escuela para aprender.

Darren estaba lejos. Miró hacia atrás, irritado.

—¿Vienes? —demandó.

Me apresuré hacia él, y siguió caminando sin decir una palabra más. Esta casa era aún más grande que la de Jack, y no solía pensar que eso fuese posible. Puse toda mi energía en memorizar el camino. Demonios, para no perderme en la Mansión McGavern, o para evitar que Darren me mostrase la puerta.

Finalmente nos detuvimos en una guarida pequeña (en comparación), completa con un ordenador portátil y un escritorio. Ordenador portátil de última generación, por supuesto.

—Puedes trabajar aquí.

Levanté las cejas en mi mejor mirada escéptica. Estaba casi tan patentada como la sonrisa de Darren.

—¿Dónde vas a trabajar? —pregunté con ingenuidad.

—No lo haré.

Dejé escapar un suspiro exasperado.

—¿Tenemos que pasar por esto otra vez, McGavern? Harás la mitad del trabajo. Ni más ni menos.

—¿Por qué? —Por un segundo, sonó (y miró) como su hermano cuando le dijeron que hiciese su tarea—. Sabes que bajaré tu calificación.

Me reí. Ante la mirada incrédula en su rostro después de esa risa, estallé en una más histérica. Él me miró, desconcertado.

—¿Qué? —exigió mientras me ponía seria.

—McGavern —le dije, manteniendo una cara seria esta vez—. Podría fracasar en este proyecto y aún tener un aprobado en esa clase. ¿Crees que la calificación me importa?

—Es obvio que no, a pesar de que lo afirmaste el jueves —respondió con frialdad, tratando de sonar digno.

Es difícil parecer digno cuando has sido el blanco de los ataques de risa.

—Declaré que tenía que aprender a trabajar con bastardos, no que necesitaba la nota —corregí con la misma frialdad—. Ahora, siéntate. ¿Quién deberíamos hacer?

Se sentó, más por sorpresa que por cualquier deseo de obedecerme. Aun así, punto para mí.

## DARREN

—¿A quién quieres? —respondí en tono que esperaba transmitir el honor que le estaba otorgando al dejarla elegir.

—Bueno. —O yo no era tan bueno manipulando las voces como pensaba, o ella ignoró por completo la inflexión—. Pensaba en Tolkien o Louisa May Alcott, pero puedo hacer cualquiera.

—Alcott —consideré un momento—. ¿No escribió ella *Little Women*?

Ella alzó las cejas, y podía decir que estaba impresionada.

—Entre otras cosas, sí —estuvo de acuerdo—. Pero si es demasiado femenino para ti, puedo respetarlo. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Me castraría demasiado. ¿Qué tal Joseph Heller?

—¿Te gusta *Catch 22*? Interesante.

—¿Por qué?



¿No creía que fuese lo bastante inteligente como para gustarme un libro real? Bueno, tal vez eso estaría justificado, pero se suponía que ella debía ser observadora.

—No te hubiese tomado por un rebelde —respondió, todavía estudiándome con la cabeza ligeramente inclinada, como si tratase de ver a través de mí.

—Me siento halagado —dije arrastrando las palabras.

Ella puso los ojos en blanco.

—Entonces, Heller suena bien. ¿Sabes algo de su vida?

—No mucho. —Abrí el ordenador y comencé a buscar—. Pero mi padre tiene algunas cosas que podríamos usar, si podemos conseguirlo.

Se inclinó sobre el ordenador mientras navegaba con habilidad. Antes de darme cuenta, estábamos trabajando duro. Ella ni siquiera cantó su victoria sobre mí.



—¿Ya habéis terminado?

Una pequeña cabeza se asomó a la habitación. Puse una nota final en nuestro papel (April dijo que su letra era demasiado desordenada como para ser leída, así que escribí todo mientras ella trabajaba en el ordenador) y April echó un vistazo al reloj.

—Sí, tengo que irme a casa. Podemos terminarlo en clase.

—Bien, podemos hacerlo en clase. Te acompañaré hasta la puerta.

—No tienes... —comenzó, pero Troy la interrumpió.

—¿Pero no pude hacer la pregunta! —se quejó, dejando que su labio inferior se estremeciese con el puchero final del cachorro que podía sacarle cualquier cosa a cualquier persona.

April no fue la excepción. Se rio entre dientes y volvió a sentarse.

—¿Cuál es la pregunta?

—Um... —Miró con timidez al suelo y me di cuenta de que la estaba inventando en el acto—. ¿Te gusta mi hermano?

April y yo intercambiamos miradas de horror.

—Dijiste una pregunta sobre la tarea —renunció con rapidez.

—Dije una pregunta. ¿Te gusta?

Casi podía escuchar los pensamientos corriendo por su cabeza. Aunque las últimas horas, a pesar de estar trabajando, no habían sido una tortura, y bromear con April se había vuelto casi agradable, lo mejor que podía esperar era que ella atemperase su declaración lo suficiente como para no darle a Troy una idea demasiado horrible de mí. No sabía cómo actuaba en clase, y si me salía con la mía, nunca lo haría. Si April no fuese censurada, tendría el presentimiento de que «bastardo» surgiría de su boca, junto con muchos otros adjetivos que no entendería. Aunque si lo hiciese, eso significaba que Troy tampoco...

—Para nada en la forma en que estás insinuando —afirmó, y dejé escapar la respiración que había estado conteniendo.

Al menos ella no había sido demasiado prolija.

—Ahora —continuó—. Tengo que irme a casa. Esta noche hay cena familiar.

Yo también me levanté.

—Te acompaño —me ofrecí.

Era fácil perderse en esta casa laberíntica, y no había forma de que ella pudiese encontrar el camino de regreso sola. Brock todavía tenía problemas, y habíamos sido amigos por años.

—Estoy bien. —Levanté una ceja—. No, puedo ir sola.

—Si te pierdes —le informé con moderación—. Pulsa el botón del intercomunicador.

—Gracias, pero estaré bien. —Se encogió de hombros—. Encantada de conocerte, Troy. Darren, no hagas nada estúpido hasta después de acabar el proyecto.

—Lo mismo para ti —repliqué.

Ella se burló y salió corriendo por la puerta. Ella siempre trotaba. Tal vez era porque sus piernas eran mucho más cortas que las de los demás, tenía que

correr para mantenerse al día.

Troy también la vio irse, mientras me preguntaba si tenía coche para llegar a casa, y si debería haberme ofrecido para llevarla. Quizás alguien venía a recogerla.

—Me gusta —anunció Troy.

—Felicitaciones.

—Deberías invitarla más —sugirió—. Es mejor que esas otras chicas que vienen a tus fiestas.

—Quizás.

Sonó el timbre del intercomunicador. Sonriendo con arrogancia, lo respondí.

—Solo quería decírtelo —me informó April con un triunfo reprimido que incluso pude escuchar por el intercomunicador—. Estoy fuera. Así que no tienes que preocuparte por mí.

Bueno, «mejor» es una cuestión de opinión.

## Capítulo 10

### APRIL

El proyecto había funcionado bien, detestaba admitirlo. No solo Darren había hecho su parte del trabajo con quejas mínimas (después de haber superado los obstáculos iniciales), sino que también había presentado con facilidad, algo que no pensaba emular. No al frente de todas esas personas, al menos. No me importaba lo que pensasen de mí, pero si me humillaba, nunca me lo perdonaría a mí misma. Pero con él como mi compañero, tal vez, había obtenido una calificación más alta de lo que podría obtener sin él. Por supuesto, conmigo obtuvo una calificación mucho mejor.

Me recliné en la silla y vi el último par de hoy (Robertson, Smith) terminar. Habían tropezado y tartamudeado durante toda la presentación y terminaron con una nota anticlimática, pero fueron bastante mejores que el resto de tontos. Al menos no habían declarado nada descaradamente falso, como la afirmación de un grupo de que la Primera Guerra Mundial comenzó en 1912.

Sonó el timbre, sacudiéndome con incomodidad de mis pensamientos. Incluso estando distraída, todavía era una de las primeras que llegaba a clase, una habilidad que había perfeccionado durante largos años de práctica.

Por supuesto, ayudaba que ya había empacado todas mis cosas, pero ese detalle era insignificante.

—¡Jones!

Me obligué a no congelarme ante la voz dominante de Darren, sino solo para volverme de forma casual. Necesitaba a alguien que no lo obedecería ciegamente.

—¿Sí?

Caminó rápido, sin apresurarse para un McGavern, hasta mí.

—Lo hiciste bien —me informó.

Lo habría tomado como un cumplido, excepto por la condescendencia que saturaba su voz.

—¡Gracias! —arrullé con sinceridad falsa—. Tú también.

Él se estremeció. Fue apenas perceptible, pero en definitiva fue una mueca de dolor.

—Para —ordenó con sequedad.

—¿Para? ¿Qué?

Él medió tembló.

—Hablas como ellas.

—¿Cómo quién?

—Mis *groupies* —explicó.

Sonreí. Bueno, ahora sé lo que le asusta...

—Claro. —Estuve de acuerdo con el mismo tono que antes.

Él frunció el ceño, pero parecía menos peligroso que antes, casi de buen carácter. No estaba enojado, eso lo sabía, pero aún se alejó sin responder. Al parecer, sabía que después de dar esa opción de debilidad, estaba condenado a perder. Marca otro punto para mí.

Pero era extraño que él ni siquiera intentase discutir. En nuestro inusual estallido de interacción del último tiempo, él siempre había luchado con uñas y dientes hasta que uno de nosotros perdiese (por lo general él). Se sintió... bien el tener una conversación casi civil. Bueno, civil para nosotros. Tal vez (casi incluso un tal vez es descabellado) no era tan malo como pensaba. La arrogancia insufrible y la insensibilidad podían ser solo un escudo.

Me giré al oír un gemido detrás de mí. Un estudiante de primer año se escabulló del camino de la mirada de Darren para permitirle el paso.

O podía ser un bastardo intolerable.



Me senté en mi habitación, con las notas extendidas sobre el escritorio. Estaba haciendo mi verdadero trabajo: mezclar y unir a estas personas hasta que la mayoría posible estuviese feliz.

Los nombres estaban extendidos en dos columnas, los chicos a la izquierda y las chicas a la derecha. Para aquellos que no aplicaron (trabajaba también con parejas homosexuales, siempre y cuando me informasen sobre la homosexualidad de ambas partes) había una columna en la izquierda para ser tratada más tarde.

Escogí el primer nombre al azar desde la derecha. Grace O'Shea. Ella era una chica popular, un poco frívola, pero una de las mejores. No era una *groupie* de Darren o cualquiera de los deportistas. Ella solo era molesta debido a un optimismo persistente e ingenuidad, junto con la falta de habilidad para concentrarse por mucho tiempo. Necesitaba a alguien para contrarrestar eso. Tal vez... Sí, Joe Morrato. Era menos popular, bastante menos, pero tenían muchas cosas en común, aunque estaba más castigado y cansado de compensar a Grace.

Saqué una hoja de papel, y comencé a redactar mis notas para ellos de forma anónima. En la nota incluía un nombre, hora y lugar. Para él podía tomar más esfuerzo, ya que ella había sido agregada a su lista de intereses, así que escribí lo que debería usar y hacer.

El restaurante tailandés cerca de la autopista debería ser el lugar de encuentro. Tenían buena comida, pero no era frecuentado por muchos estudiantes, lo que sería importante para Grace. Sin embargo, yo no lo permitiría; nadie podía quitar una cita de Cupido. Era bien sabido que, si lo hiciesen, Cupido ya no trabajaría para ellos, y muy poca gente quería arriesgarse. Aun así, sería una buena idea dejar que Grace se acostumbrase a Joe antes de que salgan a bolsa.

Ahora todo lo que quedaba era averiguar cuándo serían libres y trabajar desde allí. No sería demasiado difícil, Allan podía contarme la mayoría de los chismes sobre Grace y tenía conexiones con los amigos de Joe. Una semana y ese par podría agregarse a mi columna de éxitos.

—¿April? —Allan tocó a mi puerta.

Ya era una regla bien establecida que llamasen todos los que querían entrar en mi habitación, y si no había respuesta, no ingresar. Eso tomó un tiempo y

unos momentos embarazosos para instituir, pero por fin se había quemado en el cerebro de Allan.

—¿Sí?

Guardé todo en un cajón y abrí la puerta. Allan sostenía su teléfono un poco lejos de su oreja.

—Es para ti —me informó vacilante y lo puso en mi mano.

Ahora estaba confundida. ¿Quién demonios me llamaría al teléfono de Allan? Casi nadie sabía que nos asociamos, y ninguno de ellos querría hablar conmigo.

—¿Jones?

Casi dejo caer el teléfono. ¿Por qué demonios estaba Darren McGavern llamándome?

## DARREN

De acuerdo, tal vez fue una mala idea. Seguro que alguien, en algún lugar, debía estar libre. Por supuesto, después de eso planteé la pregunta de si les confiaría o no mi casa o a mi hermano, pero aun así... Aunque en realidad no confiaba en nadie, entonces nada de eso importa.

Pero es que nada de esto había sido culpa mía. No podía controlar si mi padre decidía informarme que la niñera habitual de Troy no estaba disponible para el miércoles, sin tener en cuenta mis planes para mañana. ¿Y cómo diablos pensaba que podría conseguir una niñera en ese corto plazo? Supongo que podría no ir a la fiesta, pero eso en último recurso. Greco organizaba las mejores, o al menos las mejores en los días laborables. Era muy bueno en llevar a todos a su casa sin alertar a sus padres. Entonces tampoco quería perderme la fiesta. ¡Pero debía haber otra forma!

El teléfono al otro lado estaba sonando. Supongo que podría encontrar una manera alternativa de contactar a April, pero este era el mejor esfuerzo y la mayor humillación para mí. O eso había parecido hasta que el teléfono comenzó a sonar.

—¿McGavern?

—Lex —respondí, levantándome y dando vueltas en mi habitación con pasos rápidos—. ¿Tienes el número de Jones?

Pude escuchar su respiración aguda. Eso lo confundió, podía decirlo, lo que acabó por confundirme a mí.

—Puedo darle mi teléfono —sugirió, algo sospechoso en Lex.

Entonces él no quería que tuviese su número. ¿Por qué era tan protector con ella?

—Está bien. ¿Puedes hacerlo ahora?

Estuve de acuerdo. No servía arriesgar la inexistente ira de Lex por algo trivial.

—Voy a buscarla. Espera un segundo.

Los segundos de sus pasos resonaron a través del teléfono. Así que Lex estaba cerca de April, eché un vistazo al reloj: las siete. Extraño. ¿Qué hacían juntos?

Pude oír un golpe a través de la línea telefónica, luego suaves negociaciones para que April abriese la puerta. No solo estaba con ella, sino que estaba en su casa. Qué demonios.

Finalmente, el teléfono cambió de manos y pude escuchar la respiración más suave de April en el otro lado.

—¿Jones?

—¿Darren?

Por un momento su sorpresa me sacó de mis nervios, no es que estuviese nervioso, esto solo era una situación extraña, pero luego me recuperé y me preparé para la inevitable batalla.

—¿Qué quieres?

—¿Haces algo el miércoles por la tarde?

Bueno, eso fue raro.

April no dijo nada durante un largo momento. No había dejado de moverme desde que había descolgado el teléfono.

—¿Por qué? —Rompió el silencio con sus sospechas.

Casi me rio de alivio. Confiaba en que April no saltase a conclusiones horribles.



—Porque estoy buscando una niñera para Troy —le expliqué, arrogante.

—¿Y yo soy tu elección? —Arrastró las palabras—. Me siento honrada.

—En serio, Jones —repliqué—. La niñera de Troy llamó y dijo que estaba ocupada, es el día libre de Alfred, no puedo encontrar a otra niñera en tan corto plazo y yo...

—Tienes que ir a la fiesta de Greco —interrumpió—. Lo sé. ¿Pero por qué yo?

Mi mente se detuvo en su conocimiento de mi agenda.

—Cómo diablos... —comencé, pero ella me interrumpió de nuevo.

—Allan también irá. Pero ¿por qué yo?

¡Por fin una explicación que tenía sentido!

—Porque eras la persona más probable sin planes para mañana —respondí.

—Sabes que las chicas enamoradas de ti harían cola para ayudarte de cualquier forma posible. Así que, repito, ¿por qué yo?

—Cierto. —Estuve de acuerdo con algo más que un toque de mi presunción habitual—. ¿Pero has visto a esas chicas? No les confiaría ni mi casa ni a mi hermano por un instante.

—¿Entonces confías en mí? —preguntó de inmediato.

—Más que en ellas. —Me reí entre dientes—. Pero eso no es difícil.

Su ceño fruncido penetró la distancia entre su casa (donde sea que estuviese) y la mía.

—Seguro que sabes cómo halagar a una chica —replicó.

—Oye...

—No estoy segura —dijo, pero estaba casi seguro de que ahora solo estaba burlándose de mí.

Ella tenía todas las tarjetas, podía permitírselo.

—Mira, Jones —escupí, cansándome de este juego. Por lo general era divertido, pero por una vez hablaba en serio—. Dime sí o no, necesito encontrar a alguien.

Ella rio. Se rio en mi enojo. Tenía la mala costumbre de hacer eso.

—Por supuesto que lo haré —arrulló. Ese tono fue incluso más aterrador viniendo de ella que de cualquiera de mis *groupies*. Pero luego su voz volvió a su habitual tono enérgico—. No tengo nada mejor que hacer mañana, tienes suerte.

De cualquier otra persona, habría sido una admisión total de debilidad en nuestra guerra de ingenio. De ella, sin embargo, solo le estaba ofreciendo a Tantalus una uva.

—Lo sé —respondí con la misma arrogancia.

Casi pude sentir sus ojos en blanco.

—Entonces, ¿mañana a las seis en mi casa? —confirmé antes de que tuviese tiempo de ofenderse y retroceder.

—Claro. —Estuvo de acuerdo.

—Bien. Nos vemos.

Casi había terminado la llamada antes de que ella replicase.

—No, todavía tenemos que hablar de algo.

—¿De qué?

A pesar de mi tono flojo, me estaba preocupando un poco. Sonaba demasiado presumida como augurarme algo bueno. Podía decir que estaba sonriendo con malicia.

—No hemos hablado del precio —dijo con tono sibilante.

Casi gemí.



Me desplomé en la silla después de una larga sesión de negociación con Jones. Habíamos elegido un precio satisfactorio para ambos, en principio porque no me importaba, solo que era divertido discutir con ella.

Una arruga en mi bolsillo me recordó la nota de Cupido que había recogido antes. La saqué para leer.

«*Touché*, Darren, *touché*. Pero aún necesitas mejores líneas».

Primero Jones, luego Cupido.

Dios mío, ¿en qué me he metido?

## Capítulo 10

### APRIL

Respiré profundo mientras caminaba hacia la Mansión McGavern. La última vez que había estado, me había centrado tanto en descubrir cómo convencer a Darren, bueno, manipularlo, para que trabajase que había tocado el timbre y había entrado antes de que pudiese intimidarme. Esta vez, los pilares macizos y las decoraciones rocosas me desafiaron un poco. Yo, con mis vaqueros y con mi sudadera holgada, no tenía derecho a estar cerca del lugar, según la casa. Y, siendo sincera, la opinión de la casa estaba superando a la mía.

Eché un vistazo al reloj. 17:59. No tenía sentido esperar, solo me pondría de mal humor. Troy parecía agradable, pero quién sabe cómo Darren lo había influenciado. Llamé al timbre y lo oí débilmente por la casa. Se oyeron pasos y la puerta se abrió de golpe.

—Pasa —ordenó Darren, casi arrastrándome por el vestíbulo hacia el ala familiar—. Justo a tiempo. Gracias.

—¿De nada?

La prisa de esto me confundía un poco. Soltó mi muñeca cuando llegamos a la cocina immaculada.

—Hay dinero ahí encima, si quieres algo, bueno, cualquier cosa, hay comida en la nevera, mi número de teléfono y otros números de emergencia están en el pasillo al lado del teléfono. Volveré a medianoche para ayudarte, su hora de dormir es a las nueve y no dejes que te engañe con algo más tarde, siéntete libre de dormir o haz lo que sea, solo no quemes la casa.

Yo estaba asintiendo, absorbiendo toda la información que él escupía con una facilidad que provenía de largas horas de dar órdenes.

—¿Lo has captado?

Asentí. Levantó una ceja escéptico, pero no me contradijo.

—Bien. Troy puede decirte cualquier otra cosa, si ves que va mal, puedes llamarme, pero eso solo en caso de emergencia. No me llames para tonterías. Por cierto, ¿dónde está Troy?

—¿Cómo iba a saberlo? —dije arrastrando las palabras.

Estaba demasiado presionado para preocuparse por el insulto implícito. Era bastante divertido, la verdad, un chico arrogante y bastardo de diecisiete años que actuaba como la madre de su hermano.

—Pregunta retórica —respondió sin ayuda—. ¡Troy, baja aquí!

—¡Voy! —La voz del chico se oyó por las escaleras.

—También tiene que hacer su tarea. —Darren se volvió hacia mí—. No dejes que se libre.

—Está bien. —Me encogí de hombros—. Si prestases esa cantidad de atención a tu propio trabajo.

Él se giró con toda su fuerza de seducción casi sonriéndome. Había visto a chicas desmayarse (literal) por esa mirada. No tenía poder sobre mí. Bueno, no dejaba que tuviese poder sobre mí.

—Bueno, al menos ahora tengo una A.

Puse los ojos en blanco.

—¿Practicas tus tácticas de seducción?

—No necesito practicar —replicó, arrogante.

—Bueno, solo consigue llegar aquí con los pantalones puestos antes de medianoche —le respondí burlona.

—Sabes que te gustaría quitármelos.

—Y de preferencia, sobrio —agregué, ignorándolo deliberadamente—. Y hazme un favor, mantén a Allan a raya. Se supone que debe llevarme.

—Lo haré —dijo sarcástico, sacudiendo su cabello castaño.

Troy llegó trotando justo a tiempo para cortar mi respuesta ingeniosa. Lástima, habría sido un buen golpe, pero Darren cambió de inmediato al modo madre.

—Aquí está April —anunció—. Ya os conocéis. Tengo que irme. Divertiros, chicos.

—Porque la fiesta no puede empezar hasta que él no esté allí —le susurré a Troy con una voz muy audible.

Intentó contener una carcajada, pero explotó. Darren me frunció el ceño y alborotó el cabello de su hermano.

—¡Sé bueno! —gritó desde el pasillo—. ¡Eso no solo va por ti, Troy!

Puse los ojos en blanco y me volví para mirar al niño. Estaba radiante hacia mí, su expresión era diferente de la sonrisa habitual de su hermano o su ceño fruncido como el día y la noche.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté, apoyándome en la encimera.

Se encogió de hombros, todavía con una amplia sonrisa.

—No sé. ¿Puedo cenar, por favor?

—Claro.

Abrí la nevera. Una gran cantidad de alimentos que no tenía ni idea de cómo empezar a preparar se encontraron con mis ojos. ¿Qué pensaba que era Darren, una maldita chef? Me volví hacia Troy.

—Si puedes decirme qué quieres.

Saltó de su taburete y caminó hacia el otro lado, riendo por lo bajo.

—Macarrones con queso está bien —me dijo, tirándome una caja de Kraft.

Lo atrapé con facilidad y miré las instrucciones con recelo.

—Creo que puedo manejarlo. Pero te advierto —le avisé mientras buscaba una olla—: puedo quemar el agua.

—Está bien. —Se sentó en un taburete mientras ponía el agua a hervir—. ¿Por qué me estás cuidando?

—Tu hermano me llamó desesperado —respondí distraída, centrándome con intensidad en el fuego.

—¿Es un favor para Dar? —preguntó, apoyando los codos en la encimera.

—No, también quería el dinero.

Con cuidado agregué los macarrones al agua, esperando el inevitable desastre.

—Vas a la escuela de Dar, ¿no? ¿Por qué necesitas el dinero?

¿Qué era esto? ¿La inquisición española?

—Dije querer, no necesitar. Y no todos los chicos de nuestra escuela son ricos. Hay programas de becas.

—Pero estás aquí por Dar, ¿no? —presionó.

Dios, era obvio que la persistencia de Darren era genética.

—No, porque quería el dinero y podía sacarle un buen trato.

Vertí el agua en un colador, sin matarme en el proceso.

—Entonces, ¿no te gusta Dar? ¿Nada?

Sus intentos de emparejamiento eran *amateurs*, por decir algo. Era un retoño que hablaba con un viejo roble en ese aspecto.

—No es tan malo como pensaba —admití mientras volvía a meter los macarrones en la olla—. Pero nunca pensé demasiado en él.

—Oh. —La cara de Troy cayó un poco—. ¿Todas las chicas lo quieren?

—Algo así, excepto yo.

Sacudí el queso en la olla y me moví con cautela.

—¿Tengo que actuar como él para hacer que las chicas me quieran?

Los instintos finamente pulidos me hicieron olvidar de momento la comida y sonreír al chico, cuya brillante cabeza castaña descansaba sobre sus manos. Alguien estaba teniendo problemas de cortejo...

—¿Quieres decirme el nombre de la afortunada? —pregunté con una sonrisa.

—Alexa —respondió triste, con la voz amortiguada en sus manos—. Pero ni siquiera se da cuenta de mí.

—Mira el lado positivo —sugerí, colocando el plato de macarrones y queso—. No le desagradas. Y no creo que tu cena esté quemada.

Se metió un puñado en la boca, pero me di cuenta de que no lo estaba saboreando. El único sabor en su lengua era la amargura del afecto frustrado.

—¡Pero a sus dos mejores amigas les gusto! —exclamó.

—Eso es malo —acepté—. Pero no insuperable.

Se animó, levantando la cabeza tan rápido que casi temía que se rompiese el cuello o algo así.

—¿No lo es?

—No —le dije con énfasis—. Créeme, soy buena en eso. Te doy mi palabra de que te ayudaré.

Oye, era un buen chico, parecía que valía la pena ayudarlo. Y Darren no serviría de nada. El atractivo de Troy a la luz del sol era muy diferente del melancólico y sombrío magnetismo de Darren.

—Ahora, cuéntamelo todo —le ordené.

—Bueno, nos conocimos en segundo...

Se interrumpió para tomar otro bocado de macarrones. Una expresión de sorpresa apareció en su rostro mientras tragaba. ¿Lo había envenenado? Eso no estaría bien. Maldita sea, sabía que debería haberlo probado primero. O deberíamos haber pedido pizza. La pizza siempre era la mejor opción.

—¡Oye! —exclamó—. ¡Esto no está tan malo!

Mi ego saltó a las nubes.

## DARREN

—¿Jones? —llamé con suavidad mientras entraba en la casa.

Ella no respondió, pero no podría haberme escuchado desde aquí a menos que tuviese una audición supersónica o algo así. Caminé rápido al ala familiar.

—¿April? —llamé de nuevo, más fuerte esta vez.

Troy no se despertaría, eso seguro; podía dormir a través de un huracán, un accidente de tren y un tornado, todo sucediendo al mismo tiempo. Ella no respondió. No lo habría dejado solo, ¿verdad? Miré dentro de la sala de estar y dejé escapar un suspiro de alivio. April estaba acurrucada en un sillón, dormida.

Sonreí y me acerqué a ella, planeando impresionarla para que se despertase. Sin embargo, tan pronto como llegué a un metro de ella, se sentó, parpadeando adormilada.



—¿Ya es medianoche? —bostezó.

Asentí.

—Sí.

Bostezó de nuevo y se desperezó, pero no se levantó, sino que se acurrucó.

—¿Y Allan? —preguntó, con los ojos nublados—. Será mejor que venga pronto, estoy cansada.

—No creo que venga —le informé.

Ella alzó las cejas.

—¿Por qué no?

—Porque la última vez que lo vi, estaba en proceso de desmayarse.

No podía decirle que había intentado detener a Lex y había fallado. Lex y las bebidas eran como imanes; se atraían el uno al otro. No pude detenerlo, nadie podía. Yo no puedo beber si voy a cuidar a Troy, pero él no tiene tales escrúpulos. Pero si le decía a April que lo había intentado, pensaría que no fui lo bastante duro y me echaría la culpa.

—Maldita sea —murmuró—. Supongo que iré caminando.

Se levantó, pero me moví para bloquear la salida.

—No, no lo harás —le dije—. Puedo vivir en un buen vecindario, pero no voy a dejar que una chica salga sola a estas horas.

—¿Qué podrá pasarme?

Nunca pensé que la inocencia sería uno de sus defectos, en especial no de alguien como ella.

—Muchas cosas —respondí—. Tendrás que esperar a que alguien más llegue a casa, y luego te llevaré.

—Estaré bien —escupió, tratando a medias de rodearme, pero su ira todavía estaba medio dormida como el resto de ella—. No necesitas preocuparte.

—Sí lo hago.

—De verdad eres un caballero, ¿no? —Arrastró las palabras, acurrucándose en la silla.

—No lo difundas —repliqué.

No podía permitir que la gente pensase que podía ser amable. Había una razón por la que mucha gente no sabía que básicamente había criado a mi hermano pequeño.

—Lo que tú digas. ¿Cuándo llegará alguien?

—Alfred debe venir pronto —le dije, sentándome en un sillón frente a ella.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó.

Parecía que estaba decidida a hablar, y no tenía nada mejor que hacer hasta que Alfred regresase. Me encogí de hombros.

—En algún lado.

—¿No van a volver a casa? Medianoche es tarde para estar fuera.

Maldita sea, ¿se supone que nadie debe preguntar estas cosas!

—Tal vez. Lo dudo. Están en un viaje.

La verdad, no tenía ni idea de dónde estaban. Todo lo que sabía era que no estaban en casa. Nada más que eso importaba. No es como si alguna vez les hubiese importado dónde estaba. Pero April no necesitaba saber nada sobre mi vida familiar. Sabía mucho más que nadie (excepto, tal vez, Brock) y no iba a saber nada más.

—Estás mintiendo —me informó con naturalidad.

—¡No estoy mintiendo! —espeté, picado.

¿Por qué solo asumía que estaba mintiendo? Quiero decir, así era yo, pero no había forma en que ella pudiese saberlo.

—Puedes pensar eso —me aseguró.

—No estoy mintiendo —murmuré, tratando de no sonar como un niño. Pero luego la curiosidad se apoderó de mí, como de costumbre—. ¿Por qué crees que estaba mintiendo?

—Tus ojos —respondió.

Tenía la sensación de que estaba diciendo mucho más de lo que diría si estuviese del todo despierta, y estaba dispuesto a sacar el máximo provecho de eso. Solo soy un caballero hasta cierto punto.

—¿Qué pasa con ellos?

¿Ella era una acosadora? El estudio de mis ojos era extraño. Los suyos brillaron risueños hacia mí.

—Se vuelven zafiro cuando mientes.

Sí, definitivamente aterrador. Ni siquiera yo sabía eso. ¿Y cómo podía saberlo? Creo que me habría dado cuenta si me estaba mirando a los ojos cuando estaba mintiendo.

—¿Cómo lo notaste? —pregunté.

—Hábito.

Podría decir que, a pesar de su falta de conciencia, no iba a poder sacarle nada más. Pero todavía era extraño.

—Eso es raro —observé.

Estaba casi seguro de que no se ofendería al ser llamada «rara» como lo haría cualquier otra persona en su sano juicio.

—No son mis ojos.

Eso no era lo que había querido decir, hacía un buen trabajo retorciendo mis palabras. Y ella tenía un punto.

—Así que ahora no podré mentirte más —me burlé.

Ella se rio entre dientes, su pelo marron cubría su rostro.

—Solo asegúrate de esconder tus ojos si lo haces —se rio—. Espera. —Se sentó—. ¿Haces un hábito el mentirme?

—Miento a todos —confesé.

Ella sonrió con debilidad y volvió a acurrucarse.

—No eres el único —murmuró en una voz que supuse que no debía escuchar.

¿En qué estaba mintiendo April?

—¿Cuándo llegará alguien? —continuó con voz más audible.

Eché un vistazo a mi reloj. 12:30.

—Probablemente en media hora —le informé.

Ella gimió.

—¿Qué pasó en la fiesta? —preguntó.

—Nada inusual —comenté.

Era cierto, por desgracia.

Sus penetrantes ojos se movieron hacia mí. Había salido en mi habitual estado impecable, una camisa negra, pantalones y pelo alborotado eran suficientes para estarlo. Regresé con el pelo desordenado y con la ropa en el mismo estado.

—Parece que te divertiste —observó con sequedad.

Le sonreí.

—Bueno, no bebí, pero cuando las chicas lo hacen... —Me detuve, sugestivo.

—Eres un cerdo.

Ni siquiera era como si me estuviese diciendo algo que desconocía, su tono sugería que solo estaba reiterando un hecho que todos sabían.

—¡No estoy gordo! —exclamé, deliberadamente malinterpretando sus palabras.

Ella me arrojó un cojín. Lo atrapé y lo devolví. Lo puso debajo de su cabeza, pensativa.

—De verdad que lo eres —continuó—. Aunque no eres consciente de ello.

—¿Ah, sí?

—No lo ves, ¿verdad? —dijo.

¿Qué es lo que no veía? Odiaba a las personas que definían por los antecedentes.

—Las chicas lloran por ti. Se encierran en los baños después de abandonarlas. Lloran después de que las descartas una vez que las usas...

—Eso no es así —negué enfático—. Las chicas con las que hago cosas no se preocupan por cosas como esas.

—Mia Smith.

Hice una mueca. Tenía que mencionarlo, ¿no? La única vez... ¡Y no había sido mi culpa!

—Un error —escupí—. Un golpe de mala suerte.

—No —contradijo—. Solo una encarnación obvia de una plaga generalizada.

—¿Y cuál es esa plaga? —bromeé, aunque podía decir que no estaba bromeando. Pero estaba haciendo todo lo posible para desviar la conversación.

—Darren McGavern.

—Darren McGavern Tercero —corregí con una sonrisa.

Ella suspiró.

—No estoy bromeando, Darren —advirtió.

—¡Bueno, no es mi culpa! —exclamé—. Es el maldito Cupido.

—¿Qué? —espetó sorprendida—. ¿Por qué?

—Si todas las chicas no le pidiesen nada, no habría ningún problema.

Ella se echó a reír, una risa larga, histérica.

—Eres tan arrogante, Darren. —Se rio entre dientes cuando pudo respirar de nuevo.

Me burlé.

—¿Qué quieres decir?

Se puso seria y me miró con sus enormes e ilegibles ojos, anchos e inmutables como los de un gato.

—Tan arrogante —repitió en voz baja, y tuve la idea de que ya no me estaba hablando.

Iba a preguntarle sobre eso cuando cambió de tema.

—¿Pero no iba a venir alguien?

Solo para alegrarme de dejar el tema de mis... indiscreciones, miré el reloj.

—Sí, hace quince minutos —admití.

Ella se sentó.

—Mañana tenemos clase —observó.

No jodas, Sherlock.

—Sí.

—Necesito dormir —agregó.

Como cualquier ser humano, en verdad no lo veo tan raro.

—¿Y...?

Se desdobló del sillón y se levantó, estirándose.

—Me iré a casa —afirmó.

Me levanté también y la empujé hacia el sofá.

—Te quedarás a dormir —le informé, sonriendo por su obvia debilidad—. Duerme aquí.

—¿Aquí?

—Sí. —Me encogí de hombros—. Te llevaré a casa o al instituto o lo que sea. No se lo diré a nadie.

—Como si confiase en ti —murmuró, con expresión amotinada.

Aunque sabía que no tenía elección. No la dejaría salir sola de casa, y era evidente que necesitaba dormir.

La dejé para que estuviese lo más cómoda posible en el sofá y me dirigí a mi habitación. Dejé mi despertador puesto media hora antes de lo habitual, para darle tiempo a April a que llegase a casa, y me metí en la cama.

Sus acusaciones pasaron por mi mente. No era tan malo, ¿verdad? ¿Me había convertido en alguien malo? Me moví con eso en mi mente. No podía dormir, no podía cerrar los ojos sin que Mia o los acusadores y enigmáticos ojos de April apareciesen delante de mí.

Al final, me levanté y fui abajo. Si no podía sacarla de mi cabeza, la haría sufrir conmigo.

April yacía en el sofá, mortalmente quieta. Su piel era pálida en contraste con su oscura ropa, y en las sombras parecía inhumana. Por un minuto, no se movió, y estaba aterrorizado de que mi preocupación instintiva fuese correcta.

Entonces noté que se estremecía y se acurrucaba más en su sudadera, y dejé escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo. La ilusión embrujada se disipó.

Entré en silencio. Esta vez, no se despertó cuando me acerqué. Agarré una manta que estaba junto a ella y la cubrí, luego volví a mi habitación sin despertarla.

Me dormí.

## Capítulo 10

### APRIL

Abrí los ojos sin tener ni idea de dónde estaba. No era una persona mañanera, y después de haber dormido siete horas en las últimas cuarenta y ocho, no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, excepto que el sol de la mañana nunca cruzaba mis ojos en mi habitación como lo estaba haciendo ahora.

Me quedé quieta un momento, tratando de despertarme y recordar, y las cosas comenzaron a volver. El cuero debajo de mí me recordó dónde estaba. En la Mansión McGavern. Me había quedado a dormir en la Mansión McGavern. De alguna manera, mi mente empapada de sueño no podía envolver ese hecho. Solo comprendí una cosa. Tenía que salir del lugar antes de que la gente pudiese verme y llegase a conclusiones erróneas.

De forma tan silenciosa como me fue posible (y ese es el silencio de años de entrenamiento), salí de debajo de la manta y la doblé con cuidado en el sofá. No recordaba haber dormido con una manta, pero eso era atribuido a un cerebro agotado la noche anterior. Me encogí al pensar en lo que podría haberle contado a Darren. Mi insomnio a menudo no me alcanzaba lo suficiente como para contar cosas, pero cuando lo hacía, no tenía control sobre mí misma. Solo podía esperar no haber revelado demasiado, pero apenas tenía el más mínimo recuerdo de lo que habíamos hablado.

Cogiendo la mochila y la sudadera, corrí por los largos y vacíos pasillos hasta el vestíbulo principal, mirando el reloj. Tenía tiempo de detenerme en casa antes de clase, si me apresuraba y me saltaba el desayuno. Mmm... Desayuno. Un olor a huevos y bacon flotando por los pasillos captó mi atención. Luché contra el impulso de seguirlo cuando llegué al vestíbulo principal, pero justo cuando estaba a punto de poner un pie en él, el mayordomo se materializó

frente a mí. Oh, genial, ahora decidía aparecer. No podría haber hecho eso anoche, claro, porque eso habría sido bueno para mí.

—¿Le gustaría desayunar algo? —ofreció.

A pesar de su fraseo cortés, no era una sugerencia, y yo era demasiado débil para resistir el olor. Troté obediente tras él mientras me conducía a la cocina, donde una mujer sentada a la mesa y mordisqueando una tostada me detuvo.

Me miró de arriba abajo con sus ojos azules cristalinos bajo unas cejas depiladas a la perfección. Pude sentir que su condescendencia asimilaba mi adormilada apariencia y mis ropas y cabello, que por una vez casi lograban estar desordenados.

—¿Quién eres? —exigió con arrogancia digna de su hijo mayor.

Aun así, sonreí y extendí una mano. Ser grosera con la gente de poder nunca era una buena idea, y ella era el tipo de mujer con un lado malo que no querrías ver. Si no me hubiese avergonzado de ser una idiota total, la habría llamado bruja: escalofriante, poderosa, hermosa y con aire vagamente amenazante.

—April Jones —me presenté.

Ella le dio a mi mano un apretón rápido y desdeñoso y luego la dejó caer como si fuese repulsiva.

—Claro, la nueva hija de Lexington —comentó. Oculté mi sorpresa de que ella lo supiese, mientras que sus hijos no tenían ni idea—. ¿Por qué estás aquí?

Me deslicé en una silla mientras Alfred colocaba un plato frente a mí.

—Estaba cuidando a Troy y a la persona que tenía que llevarme le surgió algo de última hora. Cuando alguien regresó para llevarme, ya era demasiado tarde para mí —le respondí con frialdad.

Esta era una mujer intimidante, sí, pero podía mantenerme en pie.

—Oh. —Fue algo simple, pero la sílaba estaba llena de significados. Sus ojos me recorrieron una y otra vez, y aunque no podía leer ninguna emoción en su rostro, sabía hacia dónde iban sus pensamientos—. ¿Y dónde dormiste?

Le sonreí, esta batalla podía ganarla. Tenía pruebas de que había dormido en el sofá, si ella quería mirar.



—En el sofá.

—Seguro que lo hiciste. —Regresó a un tono que contradecía mi declaración.

Me reí entre dientes sin humor ante lo absurdo de lo que estaba pensando.

—Se lo aseguro, señora, no quiero nada que su hijo mayor me ofrezca.

Sus cejas se levantaron. Continué comiendo, asegurándome de ser lo más delicada posible. Darren me molestaría engulléndome la comida, pero esta mujer estaba por encima de esas artimañas.

—¿Y puedo preguntar por qué estabas cuidando a Troy? —preguntó, expresando complacencia en términos corteses—. Seguramente Jack te daría todo lo que le pidieses.

—Estoy segura de que lo haría —acordé con lealtad (y como ventaja adicional, con sinceridad)—. Pero prefiero la independencia que mi propio dinero aporta.

—Tienes razón —admitió.

Escondí mi alegría al hacer que esta mujer me alabase, intenté recordar lo que había oído sobre la señora McGavern. Recordé que era la compañera de su esposo como directora general, la usaba a menudo como ejemplo de cómo las mujeres iban en aumento en el mundo de los negocios. Había logrado ascender en la escalera corporativa solo con habilidad y astucia; había sido socia de su esposo antes de casarse con él.

Ella continuó comiendo su tostada mientras terminaba el bacon y los huevos. Me levanté y puse el plato en el fregadero.

—Gracias, Alfred —le dije al mayordomo, quien asintió, enigmático—. Estuvo delicioso.

—Es un placer —respondió, alejando el plato de la señora McGavern antes de que tuviese la oportunidad de siquiera considerar limpiarlo, si es que lo había estado pensando, lo que dudaba.

Cogí la mochila y me di la vuelta para irme, asintiendo con la cabeza a la señora McGavern. Cuando llegué a la puerta, una voz de mando me llamó.

—Espera, chica —ordenó imperiosa—. Te llevaré a clase. Está de camino.

Le devolví su sonrisa calculadamente encantadora con una, en apariencia, abierta.

—Gracias, pero no —objeté—. Preferiría caminar.

Cuando salí de la casa, podría haber jurado que su sonrisa era real.



Allan se acercó a mí en el momento en el que entré en el instituto, por lo general su rostro era alegre, pero estaba lleno de ira.

—¿Dónde estabas? —demandó.

Puse los ojos en blanco.

—Me quedé a dormir en la casa de McGavern. —Abrió la boca, pero lo pasé por alto—. Y estaba en el sofá, gracias por tu confianza en mí. No tuve otra opción al ver que alguien se olvidó de venir a buscarme.

Sus ojos se abrieron de par en par y se golpeó la frente con la mano, luego la frotó al sentir el impacto.

—Oh, mierda, April, lo siento, pero...

—Ahórratelo.

Pasé junto a él, alejándome con la mayor dignidad que pude reunir. Él corrió detrás de mí.

—Creo que tengo algo de ropa en mi coche, si quieres —ofreció en tono apaciguador.

Me giré. Él conocía mi debilidad por la limpieza.

—Soy un poco más pequeña que tú —señalé condescendiente.

Él se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que puedes encontrar algo.

Suspiré con exasperación, pero lo seguí de todos modos. ¿Qué elección tenía? Rhi no estaba allí para salvarme con una solución inteligente de cómo hacer que su ropa larga me quedase bien, y no había nadie más a la cual pedir prestada ropa. Nadie más cercano a mi tamaño sabía que existía.

Rebuscó en su maletero por un momento, luego agarró unos pantalones y una camiseta. Parecían ser al menos cinco veces más grandes.

—Lo siento —dijo mientras me lo ofrecía—. Es todo lo que tengo.

Gruñí, pero los acepté. Tal vez si encontraba algo para usar como cinturón, la camisa funcionaría como vestido...

—¡Hola, Lex! —llamó una voz femenina, que titubeó cuando se acercó—. ¿Por qué le estás dando tu ropa?

Me giré. Candy estaba trotando hacia nosotros, bueno, hacia Allan.

—Um... —Allan estaba mirándola inexpresivo.

Ella ladeó la cabeza confundida, pero eso solo hizo que su camisa se deslizase un poco más abajo y los ojos de Allan se abriesen más.

—Sucedió algo y no tengo ropa limpia —interrumpí sin problemas, tratando de salvar a mi hermanastro de demasiada vergüenza—. Lex tuvo la amabilidad de dejarme algo.

Levantó las cejas lo suficiente como para perderse en su cabello rubio.

—¿Lex? —observó—. Eres mucho más grande que ella.

—Pero nadie más se ofreció —protestó, por fin encontrando su voz.

—¿Cómo, nadie?

—Nadie —confirmé.

Sus ojos me inspeccionaron con rapidez, parecían juzgarme, pero no como lo había hecho la señora McGavern. Esto era un juicio puramente superficial.

—Bueno, ahora sí. Ven conmigo. —Agarró mi muñeca.

—Sin ánimo de ofender, Candy. —Me mantuve firme—. Pero no creo que tus cosas me vayan bien.

Esta era una de las razones por las que odiaba ser tan baja. No había nada que me quedase bien, excepto lo mío.

—Lo sé. —Estuvo de acuerdo, sus uñas rosas y manicuradas se clavaron en mi muñeca—. Pero, o sea, podemos improvisar.

—Oh, qué bien —dije arrastrando las palabras.

Ella sonrió perpleja y me arrastró fuera, abandonando a Allan en su coche.

—No te preocupes —me aseguró—. Soy muy buena en este tipo de cosas. He practicado mucho.

—No es a ti a quien tengo miedo —repliqué—. Es a mí.

## DARREN

Miré ceñudo al mundo desde la esquina de la clase de Matemáticas después del almuerzo. Bueno, antes, porque no había nadie allí para mirar con el ceño fruncido, pero si alguien se hubiese desmayado, mi ira los habría alejado.

Quiero decir, ella fue grosera. Desapareció después de que me tomase la molestia de despertarme y prepararme para llevarla a algún sitio temprano. De acuerdo, me desperté a mi hora habitual a pesar de haber puesto la alarma, pero ella podría haber esperado. Cuando me levanté, me encontré la sala de estar vacía y con la manta bien doblada, como si ella nunca hubiese estado allí.

Pero, por mucho, la peor parte del asunto fue entrar en la cocina y que Alfred me informase con su monotonía por completo desapasionada que April había desayunado con mi madre. ¡Mi madre! Y no solo eso, ¡sino que mi madre parecía aprobarla!

Eso me enloqueció, porque a mi madre no le gustaba nadie excepto su esposo. ¡Ni siquiera sus hijos! Y ciertamente no me aprueba, como lo deja en términos muy claros. Pero ella aprobó el nombre de esa donnadie... Quiero decir, April. April era solo una plebe de clase baja que trabajaba. ¡Durante el instituto! ¡Cómo va a ser de clase alta! ¡Y sin embargo, mi madre la aprueba!

Estaba tan absorto en mis divagaciones enojadas que apenas noté que alguien había entrado a clase. Cuando el sonido de una silla arrastrándose me alertó de su presencia y eché un vistazo, pude ver a April encorvada en su asiento habitual al otro lado de la clase, leyendo como de costumbre.

Mi mirada se fortaleció. ¡Cómo se atrevía a sentarse allí tan inocente, como si no hubiese hecho nada, y conmigo también en clase! Empujé la silla con violencia, haciendo que chocase contra la pared. Ella solo levantó la mirada cuando mi sombra bloqueó la luz. Cruzó los brazos sobre su pecho después de marcar con cuidado la página y cerrar el libro.

—¿Qué quieres? —preguntó con impaciencia.

¡Encima era ella la impaciente!

—¿Por qué desapareciste esta mañana? —exigí, mirándola con fuerza.

Ella ni se inmutó.

—¿Desaparecer? —Su confusión parecía ser sincera, pero sabía por experiencia que era una muy buena mentirosa—. Me fui, sí, no pensé que valía la pena despertarte.

—Te dije que te llevaría —escupí.

Mírala, tratando de actuar toda inocente. Lo triste era que, si no hubiese sabido a la perfección que ella sabía de lo que estaba hablando, le habría creído. Pero cuando dije esas palabras, su confusión se aclaró levemente.

—¿Lo hiciste? —preguntó.

Asentí con la cabeza, cortante. Ella sabía que sí. Negó con la cabeza en tono de disculpa, metiendo un mechón suelto de su pelo detrás de la oreja.

—Debería haberte advertido, casi no me acuerdo de nada. Podrías haberme contado tus oscuros y más profundos secretos y no podría recordarlos ahora mismo. Siempre sucede cuando estoy muy cansada.

—Claro que sí —dije, rodando los ojos con condescendencia.

—¿Qué? —espetó, frunciendo el ceño—. ¡Es verdad!

—Lo sé —le aseguré.

Ella inspeccionó la portada de su libro.

—¿Qué haces? —pregunté, curioso a pesar de mi enojo.

—Comprobar si habías manchado mi libro con el sarcasmo que gotea de tu boca —me informó con una sonrisa vacía y brillante.

—Ja, ja, muy gracioso —respondí, mirándola—. Pero eso no significaba que estuvieses diciendo la verdad.

Se levantó, por lo que la diferencia de altura fue ligeramente menor. Ella todavía tenía que inclinar la cabeza hacia arriba, así que en realidad no importaba.

—Estoy diciendo la verdad —declaró tan peligrosamente que podría haberme asustado si hubiese estado prestando atención, pero tal como estaba,

solo la miré boquiabierto.

—Jones. —Me resistí heroico al abrumador impulso de reírme—. ¿Qué llevas puesto?

Ella trató de volver a sentarse, pero la agarré del brazo para mantenerla erguida. Cuando vi sus ojos asesinándome, perdí la batalla y me quebré.

April llevaba una falda plisada de color gris que le llegaba hasta un poco por encima de las rodillas, una camisa blanca de manga larga con cuello en V y un suéter rosa. Rosa. Ella era una chica que nunca había visto en nada más claro que el azul marino y de ninguna manera iba a usar un toque de rosa. La total incongruencia de todo eso, junto con su mirada de muerte, me hizo reír hasta que sonó el timbre y me retiré a mi asiento cuando la oleada de estudiantes comenzó a entrar. Y la mejor parte fue que no llegó a decir palabra.

No es que todavía no estuviese enojado. Estaba furioso durante la clase, enviándole miradas asesinas mientras respondía a preguntas ocasionales (inevitablemente correctas). Ella solo se veía tan... diferente que era imposible no romper en una risa histérica.

Cuando la clase terminó, no logré atraparla antes de que se fuese, saliendo con una velocidad que nunca podría manejar. Para ser un maldito genio, no parecía querer quedarse en ninguna de las clases por mucho tiempo. No pude volver a pillarla sola hasta el último periodo, cuando me estaba saltando Francés y ella... Bueno, supuse que tenía hora libre, porque no podía imaginar que se saltase una clase.

Estaba de pie frente al tablón de anuncios, al parecer estudiando un aviso de cerca. Me deslicé detrás de ella en silencio y me incliné en su oído.

—¿Pensando en ingresar al concurso de talentos?

Antes de saber qué pasaba, un codazo en mi estómago me hizo retroceder.

—¡Diablos, Jones! —lloré—. ¡No me lo merecía!

Ella me ayudó a erguirme con una sonrisa apenas oculta.

—Oh, ¡eras tú! Lo siento, fue instinto —se disculpó, contenta y nada sincera.

La fulminé con la mirada, pero ella solo la encontró con una alegría que no revelaba nada acerca de cómo demonios cambiaba de ánimo tan rápido.

—Perra —murmuré.

—Lo mismo para ti —respondió amable, volviendo a estudiar el tablón.

—Entonces, ¿quieres entrar? —presioné, inclinándome sobre ella para mirarlo, con mi cabeza sobre la suya y mis brazos aprisionándola mientras apoyaba las manos en la pared.

—No —respondió con sequedad, agachándose debajo de mi brazo—. Solo quería ver cuándo era.

—Claro que no —continué sin parecer escucharla, moviéndome para inclinar mi espalda contra la pared—. No tienes ningún talento que exhibir.

Ella se había alejado, pero cuando dije eso, se volvió, con los ojos brillantes de forma malvada.

—¿Ah, no? —respondió con monotonía—. ¿Quieres apostar?

—Claro —acordé, sacudiendo mi cabello lejos de los ojos—. ¿Cuál es la apuesta?

—Que puedo entrar en el concurso —respondió, acercándose un paso hacia mí—. ¿Qué tan preparado estás para perder?

—¿Por qué no dices una cantidad? —sugerí por encima (la ira todavía estaba presente)—. Necesito saber que realmente obtendré algo bueno.

—¿Una cantidad? —Se rio, amenazadora—. Eres tan cerrado de mente, Darren. ¿Por qué no lo hacemos más interesante?

Ahora estaba un poco asustado. Ya había sido testigo de la fértil imaginación de esta chica. No estaba seguro de querer que se volviese contra mí.

—¿Cómo qué? —pregunté cauteloso.

—Oh, qué tal... —Consideró un momento—. Si pierdes, tienes que venir al instituto vestido como una chica y llevarlo todo el día. Y si alguien pregunta, cuéntales la verdad.

Duro. Pero el concurso de talentos no era hasta dentro de ocho meses, el cual era en junio, no es como si hiciese frío o algo así. Y ella podría olvidarlo. Y, de todos modos, no había forma de que pudiese perder, así que estaba bien. Nada en lo que April fuese buena podría ser puesto en escena.

—Y si tú pierdes —repliqué—. Tendrás que profesar tu amor eterno por mí. En el almuerzo, en la cafetería. Y todos deben estar escuchando.

Con los ojos brillando con una luz malvada, tendió una mano.

—Trato —declaró.

Sacudí su mano, apretándola tan fuerte como pude. Ella ni siquiera hizo una mueca.

—Trato. —Estuve de acuerdo.

Solté su mano. Ella no demostró que le dolía la presión que le había hecho, sino que la apoyó contra su cadera.

—Entonces —continué, cambiando de tema—. ¿De dónde sacaste esa ropa?

Se estremeció de forma teatral.

—Tus *groupies* me atraparon —dijo, cruzando sus brazos de nuevo—. Creen que soy su nueva muñeca.

—No es que te parezcas a una Barbie —observé, inspeccionándola con un ojo vago.

—Eso solo lo hace más divertido y, cito, creativo —replicó.

Bufé, solo un poco. La venganza parecía suficiente o incluso un poco exagerada. No desearía que algunas de esas chicas fuesen mi peor enemigo.

—Entonces supongo que ya no estoy enfadado —anuncié.

Ella se burló.

—¿Qué te hace pensar que me importaba cuando lo estabas?

Dejé que una lenta y seductora sonrisa se extendiese por mi rostro mientras me inclinaba para estar casi al mismo nivel que ella.

—Nena, nadie puede evitar preocuparse por mí.

Ella puso los ojos en blanco y se alejó. La seguí, sin querer renunciar. Era demasiado divertida de manejar, y era extraño: no reaccionaba como todos los demás. La mayoría de las otras chicas estarían de acuerdo una vez que usase esa mirada con ellas. Para alguien que parecía tan poco mundano, no reaccionaba como la mayoría de los otros ratones de biblioteca.

—Mira, te preocupas en no preocuparte —insistí.



Siguió caminando, ignorándome con bastante más éxito que la mayoría. La única forma de que prestase atención sería conmocionándola.

—¿Quieres ir a la fiesta de Lex conmigo? —pregunté con fingida seriedad. Ella se giró tan rápido que incluso me sorprendí y tuve que modificar mi declaración—. Sabes que estaba bromeando, ¿verdad?

—¿Allan va a hacer una fiesta? —escupió, tomando una tangente que no esperaba.

—Sí.

¿Por qué incluso le importaba? No es como si estuviese invitada.

—¿Cuándo? —exigió, entrecerrando los ojos en una expresión peligrosa.

—El sábado.

Su rostro perdió toda emoción, excepto por sus ojos fríos y duros. Echó un vistazo al pasillo. Como el destino quería, Lex salió de un salón de clases cuando sonó el timbre en ese momento.

Ella se alejó, la gente se movió de manera inconsciente fuera de su camino ante la chica intimidante, empujada por una fuerza de voluntad. Lex levantó la vista y la miró, luego echó un vistazo más allá de ella y me miró con los ojos llenos de terror y una súplica de ayuda. Puse los ojos en blanco, acercándome.

April agarró su muñeca. Viendo el cuadro, no lo culpé en absoluto por estar asustado.

—Allan —susurró—. ¿Vas a hacer una fiesta el sábado?

## Capítulo 10

### APRIL

Comenzó a retroceder de inmediato.

—Um... Bueno, fue... —balbuceó—. Un impulso del momento, eh...

—Allan, cállate —espeté. Él cerró la boca, obediente. Una débil risa emanó del chico detrás de mí—. ¿Estoy equivocada o había una cláusula distinta en nuestro contrato el cual decía que me tenías que informar de todas las fiestas que tenías pensado hacer?

—¿Tenemos un contrato? —preguntó Allan, desviado momentáneamente por la confusión.

—No escrito —expliqué con impaciencia—. Pero supuse que se entendían algunas cosas, y esa era una de ellas.

Pude sentir a Darren escuchando. Maldita sea. Tendría que censurar lo que iba a decir, ya que no desperdiciaría mis mejores insultos en alguien que no los entendería, sobre todo si no quería que Darren descubriese la relación entre Allan y yo. Estaba sorprendida de que él no lo hubiese adivinado aún, pero tal vez su esnobismo y la seguridad de su inteligencia lo cegaban, pero aun así, sería difícil discutir con Allan sin decir nada.

—Sí, supongo —dijo Allan—. Y la verdad es que te lo iba a decir...

Lo miré con incredulidad. Por ahora, debería haber pasado por su mente opaca que no me importaban las excusas a menos que fuesen en extremo válidas, lo que no era el caso. Debería haberse dado cuenta de que cada palabra que decía solo estaba haciendo crecer mi ira.

—Amigo, cállate —aconsejó Darren, aunque por debajo de su tono aburrido pude detectar un atisbo de interés divertido—. No creo que esté funcionando.

—Puedo manejar esto yo sola, McGavern —escupí, sin dignarme a mover mi mirada de Allan, que estaba buscando una ruta de escape a su alrededor—.

Muchas gracias. Allan. ¿Cuándo y dónde?

—El sábado —murmuró avergonzado, mirándose los pies. No es que hubiese una gran diferencia entre eso y mirarme. Lex era obscenamente alto—. En casa, a las ocho.

Gruñí, no es que hubiese esperado menos. Allan era un buen chico, pero no entendía eso, él lo encontraba divertido, otros no. Esto significaba que todo el sábado por la mañana me lo pasaría ayudándolo a montar todo, durante la noche estaría recluida en mi habitación y el domingo por la tarde estaría limpiando. No incluyo el tiempo invertido en convencer a Jack y a mamá para que se vayan de la casa, eso me quitaba todo el fin de semana. Ni siquiera tendría tiempo de ir al gimnasio como lo había estado planeando.

—Allan —lo regañé con resignación—. Sabes que Jack dijo que se suponía que ahora me debías preguntar.

—¿Por qué habría de...? —preguntó Darren, pero lo interrumpí, girando sobre la punta de mis pies para darle una dulce y enfermiza mirada.

—Darren, por favor, ¿no ves que estoy hablando? —dije con una sonrisa falsa y condescendiente—. El tiempo de las preguntas será más tarde. Tal vez.

Se encontró con mi mirada, incluso si podía notar su estremecimiento bien oculto en mi tono.

—¿Tal vez? —preguntó.

Fruncí el ceño ante su tono arrogante que decía muy claro que no esperaba que lo negasen.

—Probablemente no. En realidad, no, el tiempo de las preguntas no será nunca —repliqué, arrogante, volviendo a Allan con un último movimiento de mi cabello.

Me estaba sonriendo en tono de disculpa, y pude sentir que la furia me inundaba.

—Allan, sabes que voy a terminar haciendo todo el trabajo. —Fruncí el ceño, el terror que estaba infundiendo en él disminuía con mi ira.

Cuando no estaba en pie de guerra, la intimidación no era mi punto fuerte.

—Lo sé —respondió—. Pero la gente de Can me preguntó ayer, y creo que tenía que decir que sí, y ahora no puedo volver atrás sin que mucha gente se enfade conmigo...

Estaba radiante como un cachorro que acababa de comerme los calcetines y estaba seguro de que era un gran logro, tan orgulloso de su hazaña que ya no podía volverme loca. Malditos perros y su sincera inocencia.

Suspiré y rodé los ojos.

—Oh, bien —gruñí, y Allan se animó de inmediato.

—¿De verdad, April? ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Muchísimas gracias! —exclamó, casi saltando de alegría—. Entonces, McGavern, ¿vienes?

—Sí —asintió Darren, volviendo de inmediato a su personaje demasiado *cool* para la escuela a medida que se hacía famoso—. Si no tengo nada más que hacer.

Allan tampoco notó ni se molestó en el insulto implícito, pero yo lo noté y me importó. Sin mencionar que la arrogancia de Darren me ponía de los nervios a veces, mucho, todo el tiempo, y necesitaba ser notificado de que no gobernaba el universo.

—Bueno —repliqué, volviendo a una mirada fría, mis rasgos cambiaron notablemente de la exasperada afición que utilizaba con Allan—. Me alegra saber que su pequeña fiesta valdrá una pequeña parte de tu exaltada atención.

¡Y esto viene del tipo al que alguna que otra vez había escuchado admitir que «Lex hacía las mejores fiestas»!

—Deberías estarlo —respondió con frialdad, sin dar la impresión de percibir el sarcasmo.

—Oh —dije—. Lo estoy.

Eso lo alertó de mi falta de sinceridad. Dio un paso más cerca de mí, así que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener mis ojos desafiantes en los suyos, ahora oscuros.

—Bien —escupió.

Allan estaba mirando entre nosotros como si fuese un partido de tenis, su cabeza se movía de un lado a otro.

—Amigo —gimió—. Estoy perdido. No sé de qué hablan.

Rompí el concurso de miradas (no porque él ganase, solo me estaba aburriendo) para poner los ojos en blanco y estirar la mano para acariciar la cabeza del castaño.

—Deberías estar acostumbrado a eso —le contesté, burlona.

Darren resopló, rompiendo su arrogante humor, pero Allan formó una amplia sonrisa.

—Gracias —comenzó, pero luego se cortó—. ¡Oye, eso no es bueno!

—¿El qué no lo fue? —pregunté y Darren sonrió.

¡Maldito sea por ser tan confuso! ¡Podría odiarlo un minuto por su arrogancia y autoabsorción, y al siguiente momento ser casi tolerable! ¿No podría ponerse en una pequeña caja como todos los demás?

—Te acaban de dejar en ridículo —observó.

Allan gimió de forma cómica y se dio una palmada en la cabeza, todavía sonriendo.

—Con Aps cerca, estoy acostumbrado a eso —admitió, alborotando juguetón mi cabello.

Le sonreí y le di un golpe en el brazo. Él saltó y lo frotó.

—¡Oye, April! —gritó—. ¡Que duele!

—Te lo mereces —le informé, ignorando su grito de dolor. Siempre había creído que el dolor era el mejor maestro—. No me llames Aps.

Darren se estaba riendo sarcásticamente. Habría notado la risa rara, excepto que fue a costa mía.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Aps? —inquirió, con los ojos cambiando a un tono casi negro mientras trataba de contener la risa, con bastante más éxito que muchas otras personas.

Por otra parte, él era un maestro en ocultar sus emociones.

—No —escupí decidida—. Nunca.

—Así que, Aps —continuó, con los ojos deslumbrados por la burla oculta—, ¿crees que la elusiva hermanastra de Lex estará en la fiesta?

—Te lo dije —interrumpió Allan con una mirada nerviosa hacia mí, de la cual esperaba que Darren no se hubiese dado cuenta—. No fue a ninguna de mis otras fiestas, no irá a esta.

—No te pregunté a ti —respondió Darren, sin apartar la vista de mí. Era obvio que estaba obteniendo algún tipo de placer sádico de esto. No es que pudiese culparlo, yo también lo tendría—. Le pregunté a Aps.

Me volví hacia Allan, apartando de una vez a Darren de la conversación.

—Allan, ¿ya hiciste planes? Solo tenemos ¿qué? ¿Dos días? —pregunté.

Él negó con la cabeza, con su cabello castaño cayendo con el movimiento.

—Llegué real tarde ayer por la noche.

—Realmente —corregí por lo bajo.

La gente necesitaba una mejor gramática, en especial con adverbios, y mi objetivo era aliviar esa carga en los oídos de la humanidad. Algunas personas lo encontraban irritante. Mala suerte para ellos.

Allan me sonrió.

—Realmente tarde —enmendó con facilidad.

De repente, algo se me ocurrió.

—Allan, ¿dormiste en casa de Greco? —pregunté.

Sus ojos chocolate estaban confundidos.

—No, me fui a casa —respondió con expresión divertida—. Lo cual fue algo bueno, porque Diana estaba muy preocupada porque no volviste.

Maldita sea, había olvidado llamar. Mamá solía ser bastante buena para dejarme tener mi independencia (al menos ahora que las cosas habían cambiado), pero estar fuera toda la noche sin llamar no estaba bien. Cuando llegase a casa, me gustaría explicarme. Pero ese no era el punto ahora mismo.

—¿Estabas borracho cuando conducías? —le pregunté con intención.

Allan gimió.

—April —se quejó—. No empieces otra vez.

Darren estaba apoyado contra una pared, solo mirándonos, juzgando sin decir nada. Era bastante desconcertante. Quiero decir, sé que yo lo hacía seguido, pero era mucho más espeluznante cuando lo hacía un tipo de casi dos

metros, sin lugar a dudas guapo, que cuando lo hacía una chica pequeña y sencilla. Y no me gustaba ser evaluada por algo tan objetivo como sus ojos.

—Allan, te lo he dicho, vas a lastimarte o lastimarás a alguien —le dije en voz baja, tratando de ocultar mi preocupación demasiado real.

Él podría estar seguro de su propia inmortalidad, pero yo lo sabía mejor.

Me estremecí cuando traté de ocultar el recuerdo del destello brillante, el calor ardiente, el dolor abrasador...

—¡Venga! —exclamó Allan, rompiendo mis recuerdos. Suspiré agradecida. No quería recordar eso. Lo había bloqueado por una razón—. No va a suceder. No va a pasar nada.

—Puedes pensar eso —espeté y me alejé, dejando que los chicos se preguntasen por qué me enfadaba tanto.

No tenían que saber por qué estaba tan segura de que algo podría pasar.

Abrí de un tirón mi casillero, dejándolo golpear contra el que estaba al lado como una manera de aliviar mi enojo. Me llamó la atención un pedazo de papel de cuaderno pesado y de calidad. Darren le había respondido a Cupido.

«Quizá lo haga, Cupido. Pero nada de lo que podría decir te impresionaría, lo he asumido. Rima completamente intencionada. No añadiré la mala poesía a mis pecados».

La nota me sacó de mi enojo mientras soltaba una pequeña risita. Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo y corté mi alegría. Era solo más evidencia de la molesta bipolaridad de la personalidad de Darren.

Era exasperante y divertido, intrigante de alguna manera que no podía identificar y que nunca antes había visto.

## DARREN

Nunca había visto la casa de Lexington demasiado impresionante. Claro, era grande, casi tan grande como la mía, y rica en sus decoraciones, pero palidecía en comparación con mi casa, que tenía las riquezas de Crespo pegadas en su fachada. Y me gustaba justo por esa razón. Mi casa, nunca mi hogar, era hermosa, por supuesto, pero era una belleza fría y arrogante que reflejaba las

actitudes de los reclusos. La casa de Lex era acogedora y reflejaba su propia personalidad, rica y bien educada, pero no fría.

—Amigo —gritó Brock, ya trotando hacia la puerta—. ¡Date prisa! ¡Ya llegamos tarde!

—¿Y qué?

Lo seguí a un ritmo mucho más digno. En efecto, podía escuchar la música y las voces débiles del interior. Bueno. No había demasiados coches todavía, así que me notarían cuando ingresase, pero no sería el primero. Ser el primero era horterera y le pagaba a la fiesta un atributo que no merecía de mí.

No nos molestamos en tocar el timbre; Lex no podría escucharlo. En vez de eso, atravesamos la entrada (el mismo mosaico que el mío, así que, por supuesto, no hice ningún ruido. Brock era apenas más alto) y caminamos hacia las salas donde siempre celebraba sus famosas fiestas, lejos del ala familiar.

—¡Hola, chicos! —farfulló Lex, apareciendo junto a nosotros.

Levanté una ceja escéptico. La fiesta solo había comenzado hacía una hora, y era obvio que ya había bebido mucho.

—¡Hola, Lex! —saludó Brock alegre.

Lo miré con sospecha. Parecía demasiado feliz de divertirse. Pero ¿qué podría estar mal? Parecía que algo había desencadenado una memoria de Rhianna, pero no vi que nada pudiese hacerlo. Pobre chico, haber sido destruido por una chica... Bueno, dos. Pero él tendría su venganza. Me estaba asegurando de eso.

Lex nos golpeó a los dos en la espalda con una fuerza ebria masiva. Brock, casi tan grande como nuestro anfitrión, pareció no sentir el golpe, pero yo, unos pocos centímetros más corto y significativamente más ligero, tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no tropezar.

—Me alegro de que estéis aquí —anunció Lex—. Todo está donde siempre está.

Le dimos las gracias, aunque no era probable que nos hubiese escuchado, y le permitimos tropezar con la gente bailando, donde una de las chicas (Candy) lo tiró con fuerza y él obedeció con una estúpida sonrisa cubriéndole la cara.



Brock y yo nos dirigimos a la barra y agarramos unas cervezas mientras descartábamos la escena. O al menos, descartaba la escena. Brock estaba siendo incluso más lento de lo que solía ser, un logro que no creía posible.

—¿Quién es tu presa esta noche? —preguntó.

Me encogí de hombros. Las chicas aquí podrían necesitar algunas bebidas más antes de que se viesen lo bastante atractivas para mí.

—No sé —le dije—. Depende de quién se muestre más tarde.

Él asintió a una morena que acababa de brincar, con una minifalda y un top tan pequeño que en efecto parecían ni estar allí.

—¿Qué tal ella? —sugirió.

—Todavía no —discrepé de inmediato.

Siendo honesto, tenía una cierta cantidad de clase. O al menos estándares. Cuando estaba sobrio.

—Oh. —Su mente no estaba allí, estaba muy, muy lejos—. Qué tal... —Se cortó.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que pasa contigo? —exigí.

No pudo mirarme a los ojos.

—Nada.

Me reí con crueldad, tratando de sacarlo de su aturdimiento.

—Nunca seas actor, eres incapaz de mentir —le informé con malicia, mirándolo con ferocidad—. Cuéntame todo, ahora.

Me miró a los ojos por primera vez en la noche y noté, con un poco de culpa, que sus córneas brillaban en contraste con las venas rojas de sus ojos inyectados en sangre.

—No puedo dejar de pensar en qué día es hoy —confesó, tomando un gran sorbo de cerveza y poniéndola, vacía, en la barra. Agarró una nueva antes de continuar—. ¡No puedo parar!

¿Hoy? No había pensado que había algo especial al respecto, no como el Día de San Valentín o algo así. Eché un vistazo al reloj para ver la fecha. Siete de noviembre...

Casi me estremezco ante mi estupidez. Por supuesto. Hace dos años, hoy, Brock había recibido la nota que lo había preparado para el llamado amor de su vida. Pero, sinceramente, ¿cómo se supone que debía recordar cada fecha relacionada con Rhianna? ¡No era el que estaba obsesionado con ella! Aun así, los ojos tristes de Brock rompieron incluso mi capa de diamante.

Le di otra cerveza y le agarré el hombro en una expresión sin palabras de la simpatía que no podía permitirme expresar.

—Vamos, hombre —engatusé para consolarlo de la única manera que sabía—. Vamos a divertirnos y olvidarnos de todo.



—¿Has visto a Lex? —gritó Candy sobre la música ensordecedora que se hizo más fuerte a medida que pasaba el tiempo.

Me encogí de hombros, tomando un pequeño sorbo de mi segunda cerveza de la noche, no sabía por qué, pero a pesar de mis palabras a Brock, no tenía ganas de beber. Dejé la lata y encendí un cigarrillo, poniéndolo en mi boca antes de responder a Candy. Mi cara nunca se movió del ceño fruncido que atraía a las chicas como si fuese un imán.

—Seguro se desmayó en alguna parte —supuse—. Estaba bebiendo lo suficiente como para noquear a un oso, como de costumbre. ¿Por qué?

Su rostro decayó, desapareció algo de la luz emocionada en sus ojos.

—No hay razón —dijo sin convicción—. Solo que me prometió otro baile.

—Conoces a Lex —respondí ocioso.

Ella era la única de las chicas que me rodeaba que valía la pena, pero no la calificaba como alguien a quien quisiese, como un amigo o algo así, y por lo tanto no merecía toda mi atención.

—No puede mantenerse alejado del alcohol. Seguro que bebió tanto que lo olvidó.

—Lo sé, maldita sea. —Hizo un puchero y se apoyó contra la encimera a mi lado. Hizo un visible esfuerzo por sonreír—. ¿Está, o sea, la otra chica aquí?

A veces, su pena también me tomaba por sorpresa. Ella podía actuar sorprendentemente cuerda, en ocasiones. Aun así, los antecedentes son cosas útiles que ella parecía despreciar.

—¿Cuál? —pregunté.

Una chica se acercó con sigilo a mí y se presionó contra mi cuerpo. Me solté de ella y la empujé lejos, evitando su mirada borracha. Incluso así, esa chica no valía ni la pena ni el esfuerzo.

—Con la que has estado pasando tiempo últimamente —explicó, su única reacción ante la distracción momentánea fue un ligero surco de su frente que se suavizó al instante.

—No he estado pasando tiempo con alguien inusual —aseguré, pero ella negó con la cabeza.

—Sí, has estado —insistió—. Esa chica con la que, o sea, Lex habla a veces. No sé cómo se llama. ¿La chica de los libros?

Tan pronto como dijo el último epitafio, me di cuenta de a quién se refería. Pero fruncí el ceño ante lo que eso significaba.

—¿April? —respondí con incredulidad—. Nah, ella no estaría aquí. Seguramente se sentaría a leer o algo así, no encajaría. Y no me he asociado tanto con ella.

Candy soltó una risita (hice una mueca ante el sonido. Odiaba a las chicas risueñas, eso era algo que April no era; rara vez se reía) y tomó un largo trago de su copa.

—Sí lo has estado —contradijo con alegría—. Estáis, o sea, siempre discutiendo.

—Eso no es pasar tiempo con ella —le corregí con altanería—. No estoy con chicas pobres que no tienen ningún concepto de respeto.

Me dirigió una mirada extraña, pero todo lo que significaba era que había usado palabras demasiado raras que no podía comprender.

—Claro. —Candy no me creyó, aunque no había dicho nada que no fuese cierto—. No sé si ella no encajaría aquí. Es buena.

Resoplé. ¿April, buena? No la que yo conocía. Ella era jodidamente mala, al menos para mí. No parecía tan antagonista con Lex.

—Voy a buscar a Lex —anunció Candy, y con un movimiento de su pelo, se fue.

Miré alrededor a las hordas de adolescentes borrachos. Brock estaba en una esquina bebiendo para olvidar y no había nadie más en toda la casa que me importase de forma remota.

De alguna manera, me encontré deseando que Candy no estuviese en lo cierto acerca de que April encajase aquí. April no era parte de este mundo en el que no podía hacer nada para ayudar a un amigo desconsolado o a un borracho, donde lo único que importaba era el dinero y la apariencia, y no había nada que hacer excepto beber para la liberación.

Y de alguna forma, eso no parecía tan atractivo hoy como lo era de costumbre.



Me senté en la escalera, no por haber bebido, porque por alguna razón no podía beber esta noche, pero sí por puro agotamiento. Ya eran alrededor de las cinco, y nadie parecía estar allí y menos despierto. La fiesta debía haber terminado, decidí mientras me ponía de pie. La gente estaba desmayada por todo el suelo, pero ninguno se movía. Espera, eso es mentira. Alguien se estaba moviendo.

Una forma delgada estaba inclinada sobre algo en el suelo, extendiendo la mano para cogerlo.

—¿April? —pregunté—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

## Capítulo 10

### APRIL

El sábado por la tarde revisé dos veces los preparativos de la fiesta de Allan. Era parte de las razones por las que odiaba que Allan hiciese fiestas; yo era la que tenía que lidiar con todo: con la comida, conseguir que los adultos permitiesen hacer una fiesta y saliesen por la noche, limpiar, tratar de no permitir que Allan me convenciese de contrabandear más bebidas y ese tipo de cosas. Allan podía decir que era su fiesta, pero en realidad era mía. Lo cual era algo bueno, ya que cualquier fiesta que yo hiciese sería mucho mejor que cualquier cosa que él pudiese organizar. No sabía cómo lo había hecho antes de que apareciese.

Después de los preparativos de la fiesta, reabastecí la mininevera en mi habitación con todo lo que podía necesitar: agua, bebidas refrescantes y zumos. No quería que me obligasen a salir de mi cuarto por inanición. O cualquier otra cosa, menos un incendio. O tal vez una inundación, aunque estaba en el tercer piso. O un terremoto. O no importaba, solo no quería aparecer en la fiesta hasta altas horas de la madrugada, cuando todos estuviesen dormidos, se hubiesen ido o estuviesen demasiado borrachos como para fijarse en mí.

A las diez, saqué a Allan de su habitación, donde aún se estaba preparando. A veces creía que él era más presumido que cualquier chica que hubiese conocido, incluidas las seguidoras de Darren. Me retiré al ala familiar, cerrándolo de forma segura detrás de mí. Volví a mi habitación, cerrando también la puerta para mayor seguridad. No sabía por qué alguien querría entrar en el ala familiar, pero nunca estaba de más asegurarlo. Por fin, mis preparativos nocturnos estaban completos y justo a tiempo. Pude escuchar la voz jovial de Allan saludar a alguien momentos después de sepultarme en mi habitación.

Me tiré en la cama, jugueteé con el control remoto hasta que mi rock alternativo estaba lo bastante alto como para ahogar el hip-hop que se abría camino a través de los pisos que me separaban de la fiesta, y agarré un libro de la mesita de noche.

Intenté leerlo por alrededor de un par de horas, pero después de darme cuenta de que había leído la misma página tres veces, me pareció inútil continuar con un caso sin esperanza y lo tiré al suelo, donde se unió a la miríada de libros que habían sufrido el mismo destino desde la última vez que me aburrí lo suficiente como para colocarlos a todos.

Me aburría. Estaba muy aburrida. Muy, muy aburrida. Eché un vistazo al reloj, más por la necesidad de algo que hacer que por un deseo real de descubrir qué hora era. Gemí. Eran solo las doce y media. Aún tendrían que pasar unas buenas cuatro horas antes de que pudiese comenzar a pensar en bajar, me conocía demasiado bien como para pensar que me quedaría dormida, y ya era demasiado tarde para llamar a Rhi. No había nada que hacer.

Mi mirada cayó sobre el escritorio, y rodé de la cama con un gemido. Me senté e intenté trabajar en el negocio de Cupido, pero no podía concentrarme con los débiles sonidos de una fiesta que emanaba de la planta baja a través de mi música.

No sabía por qué era tan difícil ignorar los sonidos de esa gente esta noche. Por lo general, leía con alegría o trabajaba en una cosa u otra hasta las tres de la mañana (si ya estaba tranquilo) y bajaba para asegurarme de que nadie estaba muerto o en muy mal estado. Pero esta noche era diferente. Me sentía (si me atrevía incluso a admitirlo a mí misma) de una forma en la que no me había sentido desde que Rhi se había mudado. Estaba contenta en mi propia compañía, pero no sabía por qué ya no lo estaba. Ta vez fue por la comunicación del último tiempo, discutiendo y haciéndonos burlas, pero aún siendo una comunicación, entre Darren y yo. Los recuerdos de haber tenido una amigo habían sido evocados y... Joder, estaba incluso comenzando a pensar que Darren era un amigo.

Era hora de llamar a Rhi.

—¿April? —respondió mi llamada en el segundo tono, no atontada como esperaba, sino ronca, como si hubiese estado llorando.

Mis planes iniciales de lloriqueo fueron abandonados al instante.

—¿Estás bien, Rhi? —pregunté de inmediato.

Me apoyé en la cabecera de la cama y dejé el teléfono en el altavoz a mi lado. Al menos con la fiesta en marcha, no era como si alguien fuese a escuchar mi conversación.

—¿Sabes qué día es hoy? —respondió, casi ahogándose con las palabras.

Pude escuchar un crujido, y estaba segura de que estaba limpiando las lágrimas de sus ojos. Ella siempre insistió (en vano, como todos, menos ella, sabían) en que parecía una bruja cuando lloraba. Y una cosa que Rhi nunca podría soportar era parecerse a algo como una bruja.

—¿Qué día es...? —empecé a preguntar, pero me interrumpí cuando me di cuenta, y cogí el teléfono poniéndolo sobre mi oreja—. Oh, mierda, Rhi, ¿estás bien?

—Supongo —sollozó, y creo que las lágrimas estaban comenzando de nuevo—. Es tan difícil, ¿sabes?

No, no lo sabía. No sabía lo que era haber encontrado una pareja con la que era del todo compatible y de quien creía haberme enamorado y luego dejarla atrás, odiando mi memoria, por algo tan estúpido como un matrimonio arreglado. Ni siquiera sabía lo que era pensar estar enamorada. Y nunca me engañaría a mí misma si tuviese algo que decir al respecto.

—Me lo imagino —le dije en un intento de equilibrar la verdad con simpatía—. ¿Pero la cosa no mejora con el tiempo?

—Un poco —admitió—. Pero no mucho. Es decir, todo me recuerda a él. Cada vez que veo a Baslon, no puedo evitar compararlo con Brock. ¡No es justo! —De repente, con sus cambios de humor instantáneos habituales, su dolor y arrepentimiento se transformaron en furia—. ¡No me quiero casar con él! ¿No son ilegales los matrimonios arreglados?

No lo sabía, pero no era algo que no me hubiese preguntado mil veces.

—¿Por qué demonios pueden mis padres arrastrarme al castillo de su familia que ni siquiera sabía porque el maldito hermano mayor de mi padre fue desheredado y de repente tengo la responsabilidad familiar de romper con mi querido novio y casarme con un bastardo como Baslon? Y...

Tuve que alejar el teléfono de la oreja para no ensordecirme por el espasmo que rompió la barrera del sonido. Pero ella tenía que despotricar contra alguien, así que solo alejé el teléfono y me resigné a una larga diatriba que intercalaba con expresiones monosilábicas de simpatía. Al menos no me iba a aburrir.

Al final, ella se calmó, tomando algunas respiraciones profundas y temblorosas, y pude escuchar su enojo reduciéndose a un dolor nostálgico.

—Pero, sinceramente, April —casi gimió, sonando tan perdida como cualquier adolescente—. Solo quiero volver. Ver a Brock, a ti, a todos.

Bueno, al menos me mencionó.

—Lo sé, Rhi —repetí, esperando no parecer tan impotente como me sentía—. Pero solo tienes que esperar un año hasta que seas mayor de edad y puedas ir a la universidad y dejar atrás a tu familia traidora.

—¡No sé si me dejarán! —contradijo, la desesperación teñía su tristeza—. ¿Cuánta educación necesitas para ser una esposa trofeo, después de todo?

—Vas a irte —le dije con mucha más convicción que antes—. Y volverás a los brazos de Brock, pero él se asustará tanto que tendrás que besarlo para que se sienta mejor, y probablemente se asuste de nuevo, estará tan atemorizado, y luego... —Me detuve a medida que mi objetivo tenía éxito: comenzó a reírse de mi imagen.

—Ojalá —aceptó con pesar.

Nos quedamos en silencio por un momento, mientras trataba de ignorar los débiles ruidos de la fiesta que solo podía escuchar si me esforzaba. Rhi acabó rompiendo el silencio.

—¿Por qué me llamaste tan tarde, por cierto?

—Allan tiene una fiesta y estoy aburrida como el infierno —informé, moviéndome inquieta.



Estaba tendida en la cama, con el teléfono en la oreja y la otra amortiguada contra las gruesas mantas. No podía escuchar nada más que a Rhi.

—¿Por qué no vas? —sugirió como si fuese la cosa más fácil del mundo—. Sé que a Allan le gustaría.

Suspiré. ¿Necesitaba tener esta discusión con todos los que conocía? Uno pensaría que uno de ellos entendería el tema. Algún día.

—Porque no encajaría —le informé con exagerada paciencia.

—No. —Ella no estuvo de acuerdo, uno de sus raros estados de ánimo se apoderó de ella en el momento equivocado, como siempre—. No es por eso. Fuiste a ese tipo de fiestas y encajas a la perfección. Mejor que bien, y lo sabes.

Me mordí el labio, dando vueltas incómodas. Maldita sea por conocerme tan bien. Y por haberme conocido desde que éramos pequeñas y haber escuchado mis historias de esas fiestas.

—Bueno, sí —admití a regañadientes. No tenía sentido mentirle cuando sabía que tenía razón, después de todo—. Pero lo dejé.

—Creo que esa es la verdadera razón por la que no quieres ir abajo —reflexionó—. No es que pienses que no encajarías, pero tienes miedo de lo que puedes hacer.

Me senté, saltando de la cama para pasear en círculos por la habitación, o un camino algo circular mientras navegaba entre las pilas de ropa y libros.

—¿Qué quieres decir?

Ella tenía razón, por supuesto, como bien sabía que lo sabía. Si volviese a ser atraída por el torbellino de acción y emoción en el que vivían Darren y Allan, salir semiintacta no sería tan fácil la segunda vez, y la primera vez no fue fácil.

—Tienes miedo si pasas el rato con Allan, porque sabes que volverías a tus viejos hábitos —dijo con todo el poder persuasivo e innecesario que pudo reunir, para no provocar una de mis diatribas indignadas.

Sabía que tenía razón, así que no me ofendí, y no tenía sentido discutir.

—Lo sé —admití, tirándome de nuevo sobre la cama, mirando hacia el techo—. Pero no quiero que nadie más lo sepa.

—¿Por qué no? —preguntó, inocente, aunque sabía muy bien mi respuesta. Se lo había contado un millón de veces.

Fruncí el ceño, y, aunque no podía verlo, estaba segura de que podía notarlo en mi voz.

—Porque entonces sus argumentos podrían convencerme —le dije con insistencia—. Y de verdad, de verdad no quiero que eso suceda.

—¡Mantente fuerte, hermana! —Se rio, luego se puso seria, y pude escuchar su verdadera preocupación por mí en su voz—. Pero una fiesta no hará la diferencia, y estás sola. Sé que lo estás. Ve a pasar un buen rato.

—¡Estoy bien! —protesté, sentándome en la cama y golpeándola para enfatizar—. ¡No estoy sola y me divierto!

—Y estás mintiendo. —Anuló mi objeción con implacable certeza—. Cariño, sé que lo estás.

—Bien, lo estoy. —Hice un puchero, molesta de que tuviese que admitir incluso esa debilidad—. Pero, de verdad, Rhi, ¿por qué iba a querer interactuar con docenas de personas en ese estado cuando no me permitiría estar igual?

—¿Para reírte de ellos? —sugirió con una risita.

Sonreí. Ella me conocía demasiado bien.

—Por mucho que me gustaría —admití con un suspiro que era en parte arrepentimiento, parte de nostalgia y alivio parcial—. No, gracias. Abriría una lata de gusanos más grande de la que se cerraría. Estoy bien sola. Mi imaginación es más divertida que cualquier otra cosa real.

Ella se rio de nuevo, entonces algo cortó su alegría.

—Cuando bajas —dijo con tristeza—. Asegúrate de que Brock está bien, ¿vale?

—Me aseguraré de que no se muera, claro —acordé con cautela, pasando una mano por mi pelo.

Esperaba que nadie estuviese en mal estado, no tenía ganas de lidiar con eso.

—No, asegúrate de que está bien de verdad —insistió con firmeza—. Porque todo será culpa mía si él no lo está.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondí.

Había leído demasiados cuentos de hadas para prometer algo y mucho más algo así, pero ¿cómo se suponía que debía consolar a su amante estrellado?

—Pero ahora tienes que ir a la cama.

—¿Estarás bien? —preguntó preocupada—. Estoy cansada, pero...

—No necesito dormir. Y estaré bien —dije—. Ahora vete.

—Estoy bien —insistió, tratando de ocultar un bostezo y fallando. Casi podía ver su rubor avergonzado—. Está bien, estoy agotada.

—Duerme bien —le ordené, luego colgué.

Eché un vistazo al escritorio, cubierto de notas y tareas y cosas que tenía que hacer. Luego miré el armario, me acerqué a él y lo abrí, sacando unos pantalones de chándal y una camiseta.

Si iba a estar en el concurso de talentos, tendría que volver a la práctica.



Me dirigí al piso de abajo, por fin los sonidos de la fiesta llevaban muertos un buen rato. Caminé a través de la gente dormida, mirando ociosa a las personas en peligro, intentando encontrar a Allan o Brock. Mientras me abría paso a través del caos, mi pie golpeó algo, y me subí los pantalones para ver de qué se trataba.

Una caja beige con un logotipo demasiado familiar estaba tirada en el suelo. Mierda. Me incliné para asegurarme de que no estaba alucinando, pero estaba en lo cierto. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Allan sabía que no podía soportar los cigarrillos. Dejé que mi mano rozase la vista una vez conocida, cediendo incluso a esa pequeña tentación. Miré a mi alrededor, pero por mi evaluación rápida, todos estaban muertos para el mundo.

Había sido buena por tanto tiempo. Tan dolorosamente largo. Había resistido a la tentación que Allan, Rhi y Darren habían extendido ante mí. Una pequeña rendición no importaría, podría rendirme esta vez.

Me incliné para coger uno, solo uno, sin duda. No más. Solo podría tomar uno, no me gustaría más. Ahora si tan solo pudiese creer eso antes de que mi mano, independiente de mí, cogiese un cigarrillo...

—¿April? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

## DARREN

Pánico puro revoloteó por su rostro durante un segundo infinitesimal. Cuando estaba más alerta, y no medio aturdida por su aparición en la oscuridad como una especie de espectro, me pregunté qué fue lo que había causado ese segundo de miedo derramado. Pero en ese momento, me sorprendió su mera presencia, y las pequeñas anomalías en su expresión facial no me concernían.

—Estoy asegurándome de que nadie está muerto —escupió después de que el pánico se despejó.

Avanzó con delicadeza a través de los cuerpos que cubrían el suelo, donde la gente había encontrado el lugar más cómodo disponible. No me di cuenta entonces, aunque después lo negaría, de cómo ella había eludido mi verdadera pregunta.

—No creo que nadie esté herido ni nada —le aseguré, aunque no estaba muy seguro en ese momento.

Ella asintió con la cabeza distraída y se detuvo en su camino para girar a la estrella del equipo de fútbol para que, si vomitaba (improbable, pero posible), no se ahogase.

—Bueno, tú no eres el mejor testigo —respondió, sonando mucho más despierta que yo mientras arrojaba una manta sobre una chica que se había acurrucado solo en una minifalda y un top—. Parece que has pasado de beber.

—¿Yo? ¿Pasar? —me burlé tan bien como pude—. Puedo aguantar el alcohol. Solo no bebí mucho.

Ella bufó. Para ser honesto, dada mi reputación, tampoco me creí a mí mismo.

—Lo creeré cuando lo vea.

Continuó su lento circuito por la habitación mientras yo intentaba arrastrar un ingenioso comentario de algún receso de mi mente. Sobra decir que no

tuve éxito. ¿Por qué alguien con quien de verdad tengo que pensar tiene que despertarme? ¿Por qué no podría haber sido Jess o alguien más sin sentido?

—¿Dónde está Allan? —preguntó de repente, su voz sonaba desde la lejanía, la quietud solo rota por ella y por mí.

Los silenciosos ruidos que hicimos fueron absorbidos por la abrumadora quietud de los durmientes.

—Le perdí la vista después de unas horas —admití, arrastrándome con lentitud.

Si Lex no la había invitado, que sería la única razón por la que vendría, ¿por qué estaba aquí? A menos que ella viviese aquí...

—No eres de ayuda —espetó, continuando su inspección.

Me encogí de hombros, más cómodo ahora que la superaba.

—Puede que esté en su habitación —sugerí, dándole una rápida mirada a la habitación y sin encontrar ningún signo de él.

Frunció el ceño, inspeccionando la sala a través de unos ojos extrañamente luminiscentes que parecían no tener problemas para ver en la penumbra en la que estaba forzando los míos. Se mordió el labio, algo que noté que hacía cuando estaba nerviosa o preocupada, mientras se dirigía a la esquina, mirando con simpatía a alguien que no pude reconocer.

—Eso espero —murmuró distraída, inclinándose sobre la figura encorvada que había en la esquina.

Me tropecé con ella, tratando de no hacer lo mismo con demasiada gente, mientras intentaba ver qué había despertado su preocupación. Brock estaba desplomado sobre una lata de cerveza vacía, con más latas cubriendo el suelo a su alrededor. Su cabello estaba lacio, a diferencia de sus habituales rizos sueltos que reflejaban el estado de ánimo de su dueño, y su cabeza caía hacia atrás de una manera que se veía terriblemente incómoda.

—¿Por qué está así? —espetó April, arrastrando uno de sus brazos sobre su hombro y poniéndolo de pie.

Se dobló bajo su peso y me moví por instinto para tomar el otro brazo. Sus palabras sacudieron mi propia conciencia despierta.

—Tenía ciertos problemas —le informé a la defensiva, tratando de impresionarla con mi impotencia en esta situación y evitar que hiciese más preguntas. Su amor no merecía ser ridiculizado—. Ahogó sus penas.

Ella me entregó el peso con gratitud y me condujo a uno de los sofás que estaban empujados contra la pared. Mientras me tambaleaba, el peso de Brock me hizo perder el equilibrio. Ella desalojó a la persona que dormía en ese lugar con un empujón casual y me indicó que lo dejase allí.

—Pobre chico —murmuró con una indirecta de lo que casi pensé que era arrepentimiento, pero eso no tenía ningún sentido. Incluso si ella supiese lo que le habían hecho, no tendría nada de qué arrepentirse—. No se merecía nada de esto.

Se giró para salir por una puerta diferente, pero la detuve antes de que pudiese irse.

—¿A dónde vas? —pregunté, colocando a mi amigo en el sofá con dificultad.

¿Me estaba abandonando aquí con Brock? No es que me importase ni nada, pero aun así... ¿Y por qué estaba aquí? ¿Ella no había respondido mi pregunta!

—A por una aspirina —explicó con una sonrisa rápida que me hizo pensar que había escuchado el indicio de mi desesperación en mi voz—. Y un vaso de agua. Ahora vengo.

Se disolvió por el pasillo oscuro, y un momento después pude escucharla hurgar. ¿Cómo demonios conocía tan bien la casa de Lex? Era casi como si viviese aquí... Pero esa era una idea demasiado absurda como para siquiera considerarla. Miré pensativo a las personas que dormían a mí alrededor, luego a la puerta por la que April había desaparecido. Parecía que estaba teniendo dificultades, por la silenciosa palabrota que pude oír, y eso seguro que le iba a tomar tiempo...

Me deslicé hacia donde la había visto por primera vez y miré alrededor del suelo, tratando de encontrar por lo que April había estado tan avergonzada. Un pequeño chantaje nunca le hacía daño a nadie, y ella parecía saber mucho de mí y yo sabía poco de ella, así que necesitaba algo para igualar el puntaje. Y la curiosidad nunca dolía. Pero no encontré nada, no había nada allí. Solo un montón de mantas y cuerpos.

Después de una búsqueda infructuosa y apresurada, escuché el grifo del agua. Parecía que April había encontrado la aspirina y estaba llenando el vaso. Regresaría pronto, y tuve la sensación de que no estaría feliz conmigo si me encontraba buscando en el suelo la razón de su vergüenza; aunque no es que me importase lo que sentía. Pero quería que cuidase de Brock.

Decepcionado por mi fracaso, giré sobre mis talones para retroceder, y casi tropecé cuando planté los pies sobre una alfombra suelta. Mientras me recuperaba con prisa, mirando a escondidas para asegurarme de que nadie se había dado cuenta, vi una pequeña caja. Me incliné para cogerla.

—¿Darren? —llamó April, volviendo a entrar.

Salté, y reflejando sus acciones anteriores, dejé caer la caja. Me dio una pequeña mirada cuando notó mi salto, pero estaba preocupada acomodando a Brock cómodamente en el sofá y no vio lo que había dejado caer.

—Ven a ayudarme. Brock es demasiado grande para mí.

Obedecí, cualquier sospecha de por qué ella podría estar allí se apartó de mi mente al pensar en por qué April estaba tan afectada por un paquete de cigarrillos. Quiero decir, claro, parecía desaprobarnos, quitándomelo cada vez que me veía con uno, pero la desaprobación era diferente a la vergüenza. Sin embargo, era otro misterio que agregar.

—April —hablé mientras me sentaba en el sofá junto a Brock—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Pensé que había sido bastante claro sobre lo que quería decir, pero eso podría atribuirse al poco alcohol que todavía estaba en mi sangre. Su mano se detuvo por un momento después de hacerle la pregunta, luego siguió moviéndose. Cubrió a Brock con un movimiento cuidadoso, casi maternal, del que no creí capaz antes de responder.

—Ninguno de vosotros estando borrachos os daríais cuenta de si alguien está realmente mal —dijo, evitando una vez más lo que ella sabía que era la verdadera pregunta.

Sin embargo, me estaba hartando de esto. Quería una respuesta directa, por una vez.

—No. —Negué con la cabeza, enfático, sintiéndome un poco como mi hermano mientras mi cabello se balanceaba en mis ojos—. Eso no es lo que quise decir, y lo sabes. Brock no estaba tan mal, en comparación con otras personas. ¿Por qué lo estás cuidando? ¿Por qué estás aquí?

Se volvió hacia la puerta, de espaldas al ala familiar, su sudadera oscura y holgada y sus pantalones de pijama se mezclaban en la oscuridad que la rodeaba hasta que la única parte de ella que realmente era visible era su rostro, brillando con el contraste de la negrura.

—No es por Brock, ni por Allan —dijo con lentitud, como si considerase cada palabra.

Una lenta sonrisa se extendió por mi rostro, mientras consideraba por quién más podría estar haciéndolo, pero me interrumpió antes de que pudiese hablar.

—Y tampoco es por ti.

Maldita sea, ella me conocía demasiado bien.

—Es por... —Vaciló un momento, mordiéndose el labio—. Viejas promesas, supongo. Buenas noches.

Y desapareció en el pasillo antes de que pudiese insistir en que contestase a mi segunda pregunta o aclarase la primera. Frustrado, me estiré en otro sofá.

Ella siempre lograba dejarme con más preguntas que con las que había comenzado.



## Capítulo 10

### APRIL

Calculé que todos estarían fuera de casa al mediodía, a más tardar. Demonios, esperaba que todos se hubiesen ido, porque si no, obligaría a Allan a echarlos, literal. Él podía ser muy intimidante, si estoy allí asustándolo hasta la sumisión. Logré convencer a mamá y a Jack de que estuviesen fuera (se merecían un día maravilloso solos) hasta por la tarde, y necesitaba tiempo para limpiar. Bueno, para también obligar a Allan a limpiar.

Así que cuando bajé las escaleras al mediodía (el insomnio era divertido, pero no era una persona madrugadora en ningún sentido), la sorpresa fue en extremo desagradable cuando encontré a gente todavía abajo, y ninguno de ellos era Allan. Uno todavía estaba dormido, como era de esperar. El otro, sin embargo, me miró con sus ojos azules cuando entré en la habitación.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espeté por instinto.

Los ojos de Darren se movieron de arriba abajo, y pude sentir cómo él asimilaba la cantidad desmesurada de piel que mostraba la camiseta sin mangas y los pantalones de pijama; no es que tuviese algo que valiera la pena mirar. Crucé los brazos sobre el pecho. ¿Dónde estaba mi sudadera cuando la necesitaba? Pero sus ojos se fijaron en los míos.

—¿Por qué no debería estar? —replicó, imitando mi ceño fruncido, aunque no con el mismo malhumor.

Nadie podría igualarme en mi estado de ánimo de cada mañana, ni siquiera el notorio y malhumorado Darren.

—Porque tengo que hacer que Allan limpie —escupí, resistiendo el impulso de enfatizar mi punto con un pisotón infantil—. ¡Y todos deben irse!

¡No estaba de humor para esto!

—Todos se han ido —observó con lo que era para él buena naturaleza.

Odiaba a la gente por las mañanas. Él hizo un gesto alrededor de la habitación. Brock y él eran los únicos que quedaban, pero me ponía igual de mal humor que si fuesen diez.

—No me importa. ¡Tienes que irte! —insistí, volviéndole la espalda con arrogancia y dirigiéndome hacia el armario donde estaban guardadas las bolsas de basura.

—Me iré cuando Brock se despierte —negoció con paciencia, como tratando de aplacarme. ¿No entendió que no estaba de humor para eso?—. No puedo irme mientras esté aquí. Y no quiero despertarlo.

No pudo ver la ceja que levanté a la pared. ¿Estaba Darren mostrando preocupación por alguien que no era su hermano? ¡Qué sorpresa! Sin embargo, dejando todo el sarcasmo de lado, el saber que se estaba quedando con un propósito altruista, no solo para molestarme, me hizo un poco menos hostil.

—Bien. —Asentí con sequedad, irritada por haber perdido la discusión. Giré y le arrojé una bolsa, que atrapó antes de ver de qué se trataba. Él la miró con completa confusión. Puse los ojos en blanco—. Si vas a quedarte, quiero que seas útil.

No dejé ningún espacio para protestar. Miró de la bolsa al suelo y luego de vuelta a la bolsa. Se encontró con mis ojos, perdido. Resoplé.

—Basura. —Señalé hacia el suelo—. Bolsa. —Señalé con la otra mano—. Haz que se unan. —Junté mis manos, como si hablase con un niño muy lento.

—Lo sé —escupió, con el ceño fruncido y obstinado—. Pero no lo voy a hacer.

Su tono fue cordial, se preocupaba por su amigo y no fue hostil hacia mí. Pero ahora se había enderezado, sus ojos se endurecieron en un zafiro cristalino (del mismo color que el de su madre) y la ira arrogante y ardiente que no había visto en un tiempo estaba resurgiendo. Cualquier persona cuerda habría corrido hacia las colinas. Pero la cordura nunca había sido mi punto fuerte y no estaba de humor para lidiar con su orgullo.

—Sí lo harás —dije, con el peligro brillando en mis ojos.

No me importaba si él era el maldito rey de Saba, él me ayudaría o, si no, se iba fuera. No dudaría en darle una patada a su culo.

—No, yo...

Interrumpí su protesta con un pisotón. Tomé una postura amplia, con las manos apoyadas en las caderas.

—Sí, lo harás —gruñí. Él me miró en estado de *shock*, no muchas personas me habían visto en un estado de ánimo sincero y bondadoso. Ignoré su sorpresa—. Y fingirás que te gusta.

Mi temperamento solía asustar incluso a los matones de mi antigua escuela, y en ese entonces apenas llegaba a sus cinturas. Ahora no era tan malo como lo había sido entonces, y Darren era más listo que esos matones. Él sabía, a pesar de su arrogancia, que no era sabio ponerse en mi contra.

—Bien —se burló, inclinándose para coger una lata de cerveza, imitando a un gato a hacer algo desagradable.

Ojalá tuviese un gato con el que compararlo, sería un estudio interesante: «Darren McGavern, ¿chico o gato?».

Una débil risa desde el sofá hizo que Darren se girase para mirar a su amigo. Sus labios se crisparon a pesar de la mirada asesina en sus ojos.

—¿Qué? —preguntó.

Brock se rio de nuevo y comenzó a sentarse, luego hizo una mueca cuando el efecto completo de su borrachera lo golpeó y se recostó rápidamente.

—Tú, limpiando. —Brock se rio, su risa solo aumentaba por la mirada homicida en el rostro de Darren—. Es tan raro.

—No es broma —acepté, sin molestarme en ocultar mi sonrisa satisfecha—. Pero la apariencia de doncella te queda muy bien.

Ja. Toma eso como un golpe a tu orgullo.

—¡No soy una doncella! —gritó, sonando como un niño mimado negando que tenía que ir a la cama—. Ni siquiera debería...

—Amigo —interrumpió Brock, frotándose las sienes—. Baja un poco la voz.

Darren me lanzó una mirada de maldad y se acercó a su amigo, dejando caer la bolsa al suelo como si quemase. Logré contener mi resoplido solo por una horrible cantidad de esfuerzo. Y él se llamaba a sí mismo maduro.

—¿Estás bien? —le preguntó a Brock, pero a pesar del tono hostil pude detectar una preocupación real en su voz y ojos.

Parecía más bueno cuanto más lo conocía. Pensamiento aterrador.

—¿Hice algo estúpido? —respondió Brock, evitando lo que yo sabía que era la verdadera pregunta detrás de la pregunta de Darren.

Darren tenía que saber sobre Rhi, la única razón por la que Brock no sabía de mí era una petición específica de que yo me quedase en el anonimato. No quería ser arrastrada al círculo de amigos con el que Rhi había comenzado a andar.

—No hiciste nada demasiado humillante. Esta vez —informó Darren, sin presionarlo sobre Rhi con sorprendente compasión, o tal vez no quería que ningún tipo de secreto periférico que lo involucrase se transmitiese donde alguien pudiese escucharlo.

La cara de Brock se llenó de alegría tan calculada que supe que no había olvidado la noche anterior, qué había sucedido o por qué estaba tan deprimido. Apreté los puños alrededor de la bolsa. Esto era mi culpa, o al menos, tenía parte de ella. No era lo bastante egoísta como para asumir toda la responsabilidad y no tenía forma de arreglarlo.

—¿De verdad? —se burló, su rostro parecía tan perruno como un cachorrito, recordándome a Allan—. ¡Pero bailar encima de una mesa es muy divertido!

Me animé, olfateando una historia.

—Oye. —Algo de la frialdad de Darren volvió con la seguridad del bienestar de su amigo—. Esa fue una experiencia que no quiero volver a repetir. Puede que no lo recuerdes, pero yo sí. Demasiado bien. —Se acercó a la mesa al lado del sofá y cogió la aspirina de la noche anterior y el vaso de agua—. Ahora tómate esto para que podamos irnos.

Solo entonces, Brock notó la medicina que le había cogido la noche anterior. Hizo una doble toma casi cómica.

—¡Oh! —exclamó, asombrado—. ¿De dónde sacaste eso?

—April —respondió Darren—. La consiguió para ti.

¿Desde cuándo me llamaba por mi nombre? ¿Desde cuándo eso me hacía sentir bien?

Brock parpadeó confundido. Pude ver las ruedas de su cerebro girar, aunque despacio.

—¿Pero por qué está ella aquí? —preguntó con inocencia, expresando la pregunta, bueno, una de las preguntas que de verdad no quería responder.

Esta, sin embargo, había estado esperando desde que Darren me había visto paseando por la fiesta la noche anterior. No me gustaban las personas que no estaban tan seguras de su inteligencia como para ver lo obvio frente a ellos.

Darren abrió la boca para responder, luego volvió a cerrarla y se volvió hacia mí. Sus ojos brillaban fríos bajo el sol que entraba por las ventanas.

—No lo sé —dijo de forma lenta, peligrosa. Oh, la fría voz del espanto—. ¿Por qué no nos dices que haces aquí, April?

Solté una risita débil. Había esperado que no hiciese esto por una confrontación directa. Era una experta en medias verdades y mentiras mencionadas de forma tan casual que nadie las sospechaba, ni siquiera las personas que me miraban directamente con ojos demasiado inteligentes.

—No te gustaría saber —repliqué, castigándome al segundo después de que eso escapó de mi boca.

Eso le anunciaba a cualquiera con medio cerebro que estaba escondiendo algo, y pude ver en la cara de Darren que en este momento estaba usando más de la mitad de su cerebro.

—Sí, me gustaría —respondió en voz baja, incluso más intimidante que sus gritos o gruñidos—. Por favor, April, ilumínanos. ¿Por qué estás aquí?

Me mordí el labio. No pude ver ninguna forma de salir de este agujero, supongo que fue inevitable desde el momento en que Darren dejó caer su primera nota en el casillero de Cupido. Todos los demás me mandaban papeles y estaban seguros de que no había nada que descubrir, pero Darren y yo nos habíamos juntado mucho últimamente como para no tener curiosidad. De hecho, me sorprendió que no lo hubiese deducido antes, aunque no es que no me hubiese contentado con su ignorancia.

Tomé una respiración profunda. Si tenía que renunciar a esto, podría hacerlo de la forma más directa. Brock y Darren seguían esperando, la cara de Brock confundida y la de Darren en una curiosidad hostil.

—Vivo aquí —dije como si fuese la cosa más obvia del mundo—. ¿No lo sabías?

Sonreí con descaro y me volví para ir a buscar a Allan. Detrás de mí, podría haber jurado que escuché la mandíbula de Darren golpear el suelo.

## DARREN

¿Ella vivía aquí?

Sabía que Lex y ella parecían pasar juntos algunas noches, y él sabía dónde vivía, ¡pero no que vivían en la misma casa! ¡Eso estaba fuera de los reinos de las posibilidades! La única posibilidad era que ella fuese una empleada de hogar o algo así, lo que no creía porque ella iba a una escuela costosa, y no actuaba como cualquier criada que yo hubiese conocido, ella estaba relacionada de alguna manera con Lex. Y la única forma era que ella fuese la hermanastra de Lex...

Me quedé boquiabierto. En el momento en el que la idea pasó por mi mente, ¡era tan obvio! La extraña conexión entre ellos, la forma en la que Lex sabía cosas sobre ella, cómo incluso llegó a estar en una escuela de ricos... ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

—¡Soy tan idiota! —exclamé, golpeando mi cabeza con la mano.

Brock me miró, todavía perdido. Eso me hizo sentir un poco mejor. Al menos alguien todavía no lo sabía.

—¿Acabas de darte cuenta? —La voz burlona de April se oyó por el pasillo.

No me había dado cuenta de que lo había gritado en voz alta. Maldita ella y malditos sus secretos.

—¡No es que seas de gran ayuda que digamos! —le grité, pero ella estaba fuera del alcance del oído, o al menos no respondió.

Así es, será mejor que corra. Nadie hace que Darren McGavern parezca un completo idiota y se sale con la suya.

Brock estaba mirándome, confundido como de costumbre. Se había perdido el objetivo de la conversación por completo.

—¿Por qué eres idiota? —preguntó.

Puse los ojos en blanco y colapsé en el sofá. Me sentía como un idiota, ni siquiera era gracioso. No es que necesitase mucha ayuda, pero esto no era muy bueno para mi autoestima. Maldita sea. Ahora incluso mis pensamientos sonaban como April.

—La hermanastra de Lex, de la que todos hemos estado hablando, es April —murmuré entre las manos que cubrían mi rostro.

La cara de Brock se aclaró, y luego se volvió con perplejidad al descubrir el error de esa lógica.

—Pero pensé que la hermanastra de Lex estaba buena —señaló.

Lo miré boquiabierto. ¿Su comprensión de la lógica era siempre tan defectuosa o era solo la resaca?

—Todo han sido rumores —gemí, repitiendo de manera involuntaria todas las pistas que había dejado caer, todas las formas en las que debería haberlo sabido—. ¡Dios, soy un idiota!

—No, no lo eres —respondió Brock, distraído, tomando la pastilla con una calma que no pude comprender.

La única forma en que podía explicarlo era que él no entendía lo que ella había dicho. ¿No se daba cuenta de la magnitud de esta revelación? La chica de la que me había estado burlando por ser pobre era cualquier cosa menos pobre. Ella... ¡realmente importaba! ¡Por algo más que su propio mérito!

—Esto lo cambia todo —gruñí.

Y lo hacía. Ya no podía molestarla como lo había estado haciendo, en primer lugar, una de mis fuentes principales de munición había sido destruida, y en segundo, bueno, tenía alguna motivación para mantener este secreto, ¿qué estaba planeando? Parecía ser una más de esas chicas, solo que con un poco más de sentido.

—No, no.

Genial, ella estaba de vuelta. April regresó con Lex arrastrándose soñoliento detrás de ella, una visión que capté con una mirada desdeñosa antes de volver a mi silenciosa autocondena. Ella le entregó una bolsa de basura y, con un empujón suave, le ordenó que se fuese a limpiar a la otra habitación. Una vez hecho eso, se acercó a mí, sosteniendo la bolsa y con un aspecto desquiciado porque no había hecho ningún trabajo en su ausencia.

No la miré. No pude. No sabía cómo pensar sobre ella. Necesitaba más tiempo para recategorizarla, aunque hubiese estado tan encantada de que no fuese así.

—¿Cómo no me di cuenta? —me pregunté a mí mismo, todavía aturrido por el descarado fracaso de mis habilidades de percepción.

Ella escuchó el comentario silencioso y no pudo evitar sonreír satisfecha, podía oírlo en su voz.

—Porque yo lo quise así —respondió con naturalidad—. Si quisiese que la gente lo supiese, lo habría dicho. O, si quería ser más sutil, habría dejado que Allan me llevase a casa.

—¿Así que decidiste mantenerlo en secreto solo para humillarme?

Ahí lo había dicho. La verdad era irritante, saber que ella no me lo dijo aumentó mi ira. Era un golpe violento para mi orgullo al no haber notado algo que debería haber sido tan obvio.

—No seas tan narcisista —me regañó, poniendo los ojos en blanco—. No me importa mucho tu humillación.

Bufé con incredulidad. Y ella en cada oportunidad se burlaba de mí por alguna otra razón, claro. Eso tiene perfecto sentido.

Una pequeña sonrisa creció en su rostro, como si pudiese leer mis pensamientos.

—Al menos no en este caso —enmendó encogiéndose de hombros.

Por lo menos estaba siendo sincera. ¡Excepto por la mentira total hacia todos, hacia mí! Además de lo impresionante de la hazaña, estaba seguro de que tenía que haber tenido una razón para ello.



—Entonces, ¿qué pasó? —pregunté con deslumbrante curiosidad—. ¿No se te ocurrió aliviar nuestra curiosidad? No lo hi...

Ella me interrumpió antes de que toda la fuerza de mi gélida diatriba cayera sobre ella. Una buena idea, para ella, al menos, un buen grito me habría hecho sentir mejor.

—No —respondió con frialdad, sin comprender por completo su peligro.

No era conocido por la moderación cuando mi temperamento rompía sus límites. Trataba de evitar la violencia física, en especial contra las chicas, pero ella me estaba empujando de manera peligrosa cerca del borde. Por el brillo duro en sus ojos, supe que sabía a la perfección lo que estaba haciendo. Estúpida.

Sin embargo, continuó.

—Te detuve a propósito.

—¿Puedo preguntar por qué tuviste la necesidad de envolver tu vida en las sombras? —dije arrastrando las palabras con falsa cortesía.

Mi rostro no cambió de su sonrisa indiferente incluso cuando April me miró con extrañeza.

—¿Alguien te dijo alguna vez —preguntó, tratando de distraerme, sin duda — que te vuelves bastante poético cuando te enfadas?

Le fruncí el ceño. Sabía de esa tendencia mía desde que una de las pocas veces que mis padres me prestaron atención fue cuando usé un lenguaje florido, pero no me gustó que lo mencionase.

—Sí, la verdad es que sí —repliqué—. Entonces, ¿por qué te escondes?

Habíamos perdido a Brock en algún lugar de las palabras polisílabas. Aún no entendí por qué estaba haciendo un trato así, el muy tonto. Él estaba, como de costumbre, mirando entre nosotros con absoluta confusión. April lo miró, luego a mí, mordiéndose el labio. Era casi como si ella me estuviese inspeccionando por algo. Al final, asintió, tomando una decisión. Bien por ella.

—Porque no quería que esto sucediese —anunció en una muy buena no respuesta.

—¿Qué es «esto»? —exigí con brusquedad.

No estaba de humor para las conversaciones de diplomacia con April.

—Estás pensando en mí de manera diferente —me informó mientras balbuceaba en negación incoherente, con los ojos arrepentidos fijos en mí—. Crees que soy como una de tus *groupies* que tiene que querer algo de ti o tiene menos cerebro que el pomo de una puerta. Yo... jamás podría serlo. No quería que me obligasen a vivir en un lugar con esa gente, así que no dije nada.

—No, yo no... —Mi protesta instintiva fue interrumpida cuando comencé a pensar en su argumento (una de mis mayores maldiciones).

Ella estaba, detestaba admitirlo, en lo cierto, si usabas su tipo de lógica. Antes de conocer este secreto, mi primera reacción a April había sido golpearla, o una apreciación reacia de su intelecto; cuando lo descubrí, de inmediato asumí que era una especie de conspiración en mi contra. Pero esa no era April. Podría decirlo incluso con mi breve conocimiento de ella. Si hubiese querido derrotarme, ahora mismo no lo sabría.

—Bien, vale. —Tomé una respiración profunda mientras mi enojo disminuía ante su lógica—. Pero... ¿No quieres los beneficios que te puede traer? ¿La popularidad?

Ella se estremeció sobreactuando, para mi confusión y el deleite de Brock.

—Para nada —afirmó, enfatizando el punto con un corte de su mano en el aire—. Odiaría estar cada minuto a la vista del público como tú. No fui criada para eso, soy una chica de menor clase, Darren. No necesito ser más. No podría funcionar en tu mundo de dinero y poder. Prefiero sentarme en las sombras y mirar.

La miré boquiabierto. ¿Cómo podía ignorar con tanta facilidad algo tan importante? No lo entendía. Podía comprender que no quería ser el centro de atención, podía empatizar incluso con eso, pero parecía que iba a renunciar a todo el dinero y el poder.

—Pero —continuó con una voz coloquial que, combinada con la mirada malévolamente en sus ojos, sonaba tan peligrosa como cualquier cosa que hubiese escuchado—. Como alguno de vosotros diga algo, y me refiero a cualquiera de vosotros, lo perseguiré y lo mataré. De la forma más lenta y dolorosa.

Brock se encogió lejos de ella. No podría culparlo. Cuando estaba enfadada, daba miedo. No tener los pelos erizados sería extraño. La fría dignidad era aún más intimidante. No dudaba en que ella haría lo que decía.

—Entonces —dije en el silencio después de su proclamación—. Yo y Brock... —Observé a April—. Brock y yo deberíamos irnos.

Necesitaba tiempo para asimilar toda esta información, pero cuando llegué a la puerta, arrastrando a Brock detrás de mí, April apareció frente a nosotros con una sonrisa malvada.

—Oh, no —nos dijo, con las manos firmes apoyadas en las caderas—. No te fuiste cuando te di la oportunidad. Te condenaste a ti mismo y a tu amigo. Así que a trabajar los dos.

Ni siquiera me atreví a estar en desacuerdo mientras me ponía una bolsa de basura en la mano y me arrastraba a lo que parecía ser mi territorio.

## Capítulo 10

### APRIL

Por una vez en mi vida, quería que las vacaciones terminasen.

No era que no me gustase Acción de Gracias. Nunca había sido de las que renunciaban a la comida gratis, en especial la buena comida. Es solo que no lo estábamos celebrando de forma normal, no ahora que el Día de Acción de Gracias era con los Lexington.

Pero ahora todos los Lexington, desde su matriarca de noventa años hasta el más pequeño de los niños (los hijos de mis primos secundarios), habitaban la casa. Para una chica cuyas celebraciones antes de esto siempre habían consistido en mí, en mi madre, en mi abuela y en un solo tío y primo, todo era un poco abrumador. La gran cantidad de personas, no me gustaban las multitudes. Y la obvia desaprobación de mamá no ayudaba.

Ellos intentaron, o por lo menos hacían un esfuerzo en conocernos mejor a mi madre y a mí. Pero ni la mejor versión de mi madre ni la mía aparecieron para nuestro mejor provecho en este ambiente familiar formal e informal, con sus propias bromas y tradiciones. Yo era mi ser normal, tranquilo y vagamente frío, y mamá actuaba cada vez más con el cerebro como una pluma, cada vez más nerviosa. Agrega a eso una docena de personas hablando a la vez, los comentarios cortantes de la abuela y dos hombres perdidos tratando de ponerse del lado de todos a la vez, y la cena era... tensa, por decir algo.

—¡Atención! —gritó Jack con entusiasmo, parado en la cabecera de la mesa con Allan en su mano izquierda. Se veían increíblemente parecidos: grandes y joviales—. ¡Es hora del brindis!

Las conversaciones cesaron de inmediato y todos giraron en sus sillas para mirarlo. Confundida, miré a la prima que estaba a mi lado, una chica de mi

edad que había estado charlando conmigo la mayor parte de la cena, y por fin comencé a prestarle atención.

—¿Qué pasa? —murmuré mientras todos llenaban sus copas de vino, exceptuando a los niños, por supuesto, que ya habían sido acostados. Ella se volvió hacia mí, sus ojos marrones brillaban de emoción.

—Oh, claro, ¿no lo sabías! —chirrió en respuesta, manteniendo la voz baja. Ella era una de las más agradables; en lugar de hacer una broma por mi ignorancia, continuó—: Es como la mayor tradición de nuestra familia, nos sentamos alrededor de la mesa y brindamos por lo que estamos agradecidos —dijo, pero Jack se levantó en ese momento—. ¡Oh, mira! ¡Ya empieza!

Por fortuna para mí, estaba sentada a una buena distancia de Jack. Necesitaba tiempo para pensar. No es que tuviese que pensar algo para decir, siempre había sido una de mis habilidades más fuertes, pero me di cuenta de que, después de hablar, la persona tomaba un trago significativo de su copa. Y yo no haría eso.

—Estoy agradecida —anunció la chica a mi lado con la sonrisa ingenua que corría en la familia Lexington—. De que estemos todos aquí otra vez, este año con caras nuevas que, espero, estén aquí para quedarse.

Dio un largo trago en medio de amplias sonrisas y se sentó. Mi turno. Alegría. Tomando una respiración profunda, como mi entrenador siempre me decía, «calma los nervios», me puse de pie sosteniendo con suavidad mi vaso lleno, tratando de no parecer nerviosa.

—Estoy agradecida —comencé con el acostumbrado inicio, mirando hacia el mar de personas, con caras educadamente interesadas. Tragué saliva (hablar en público no era mi fuerte) y continué—. Estoy agradecida por la nueva familia que tengo y por la mujer de allí. —Levanté el vaso hacia mi madre—. Gracias por todo, mamá.

La sonrisa de mamá brillaba más que cualquiera de las luces en la habitación. Tomé un sorbo minúsculo del vino y me senté. Nadie dijo nada. Me desinflé en alivio y éxito.

—¡Bien, bebe! —exigió con autoridad la señora Lexington (o abuela, como ella insistía en que la llamase).

Todos los ojos se volvieron hacia ella, y luego hacia mí.

—Abuela, ya lo hizo —murmuró Allan, tratando de aplacarla.

Sus rasgos fuertes, los mismos que los de su hijo y nieto, se establecieron.

—No lo hizo bien —contradijo—. Ella debe hacer bien las cosas si quiere ser parte de esta familia.

—Pero...

Corté la protesta de Allan. No me sentía intimidada por sus modales, y había visto el sonrojo de mi madre ante sus palabras. Podría y hablaría por mí misma. No me importaban las consecuencias.

—Lo siento, señora —le expliqué de la manera más cortés que pude, tratando de mantener el tono indolente que solía utilizar cuando me enojaba—. Pero no bebo.

Un jadeo atrofiado se escuchó por parte de la audiencia.

—Eso es una tontería —replicó con naturalidad, tan arrogante como lo había visto en Darren—. Bebe, no pasa nada malo. Es lo que el resto de nosotros estamos haciendo. ¿O eres demasiado buena para nosotros?

—No, en absoluto, de eso estoy segura. —Intenté mantener la calma, pero nunca fui una persona sufrida y mi paciencia se estaba volviendo peligrosamente pequeña—. Pero...

—¿Qué problema hay? —Una nueva voz intervino. Toda la mesa estaba mirándome, como si fuese una especie de animal extraño en un zoológico—. Si es la primera vez, no pasa nada. Si te emborrachas, te cuidaremos.

—No, eso no es...

Alguien más interrumpió.

—No es gran cosa, ¡solo bebe!

—¡Vamos, tenemos que seguir con los brindis!

—¡Bebe!

Todos me estaban mirando, confundidos sobre por qué estaba haciendo una gran cosa por algo que les parecía tan pequeño. No podían saber por qué beber era tan aborrecible para mí, por qué no quería beber. Ellos no habían estado allí.

Pero aun así, todos esos ojos... Más que nada, odiaba ser el centro de atención, en especial de audiencias que, por el amor de mi madre y el mío, e incluso el de Jack y Allan, necesitaba impresionar con mi habilidad, y si no por mi habilidad, al menos por mi ser.

—Muy bien —anuncié, tratando de no sonar tan vengativa como me sentía. Sin embargo, no creí que hubiese tenido éxito. Mi voz fría cortó a los demás como mantequilla—. Voy a beber por mi nueva familia.

En el silencio que produjeron mis breves palabras, me bebí todo el vaso en un trago practicado y me senté. Sabía que esa habilidad podría ser útil algún día. Siempre había preferido el vino a la cerveza.

Un momento de silencio conmocionado, y luego la persona a mi derecha se puso de pie y lo rompió, comenzando.

—Estoy agradecido...

El ritual continuó, pero todo el disfrute que alguna vez tuve se fue. La tensión aún acechaba, esperando volver a salir. Tenía que irme antes de que lo hiciese. No podría mantener mi temperamento por segunda vez. Acababa de romper, más o menos, una promesa que me había hecho hacía tres años a raíz de la sangre y el dolor, y no podía tratar con estas personas demasiado cálidas y curiosas.

Me moví nerviosa en mi sitio hasta que terminaron los brindis, luego me levanté y me colé detrás de la silla de Jack. De todas las personas aquí, solo él y mamá sabían por qué no bebía, él entendería por qué necesitaba escapar.

—Tengo que salir a correr —susurré con insistencia.

No me dio una segunda mirada, solo asintió y sonrió.

—Distraeré al viejo dragón —dijo.

Le devolví la sonrisa infecciosa de los Lexington.

Allan me dio una débil sonrisa cuando escuchó.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándome a la cara con ansiedad.

—Sí —logré responder mientras salía de la reunión con destreza e iba hacia el ala familiar.

Me detuve en mi habitación el tiempo suficiente para arrojar el largo e infernal vestido al suelo y me puse unos cómodos pantalones de chándal y una sudadera holgada. Descendiendo, salí de la casa sin que nadie lo supiese. Por fin, era libre.

Fui a través de la calle, mis pies golpeaban a ritmo contra el pavimento. Mi furia se canalizaba con cada pisada. A medida que mi enojo y frustración se desvanecían, mi carrera se disminuyó en un trote fácil que sabía que podía mantener durante horas. Esto era por lo que en realidad estaba agradecida, sola en la oscuridad, con el viento de la noche jugando con mi pelo.

Dejé que mi mente vagase y mis pies eligieron un camino por su propia cuenta. Pasé por la Mansión McGavern (estaba a tan solo unas cuerdas de distancia) y me pregunté si Darren estaría teniendo un buen Día de Acción de Gracias. Conociendo a su familia, o mejor dicho, sabiendo lo que había escuchado en sus indirectas y medias verdades, lo dudaba.

Fui hacia el parque del vecindario y me senté en un columpio, pero no me balanceé. Mis pies trazaron patrones en las astillas de madera.

Darren y yo habíamos comenzado una extraña relación después de los acontecimientos de principios de este mes. Él conocía uno de mis secretos, sabía una cantidad desmesurada, y eso nos acercaba más nos gustase o no. Éramos amigos en clase, bromeando. En ocasiones él también pasaba por la cafetería cuando estaba trabajando. Era relajante no tener que mantener una fachada con alguien que no fuese Allan, y creo que disfrutaba (no es que lo admitiese) que hubiese alguien que discutía con él y quedase impune. Si hubiese sido un poco más notable, la escuela estaría en un alboroto, pero estaba lo bastante alto en la escala social como para ser una amiga platónica aceptable.

Pero él me confundía como muchos otros no lo hicieron. Respetaba la inteligencia, pero pensaba más en el dinero. Odiaba y cuidaba a sus padres. Era frío como el hielo, pero amaba a su hermano de manera feroz. Ingenioso y divertido, frío y arrogante. Sus notas a Cupido eran cordiales y de cortejo, pero ante cualquier mención de Cupido, su cara se congelaba con odio. Era un paquete de paradojas y...



—¿Quieres que te empuje?  
Bueno, piensa en el diablo y él aparecerá.

## DARREN

Detestaba Acción de Gracias.

Todos los demás estaban celebrando con sus familias y yo estaba atrapado en una habitación formal con mis padres y mi hermano, fingiendo que no había nada malo en nuestra familia y que de verdad nos queríamos. En ocasiones también había alguien más, un primo o un protegido de mi padre, que esperaba ser patrocinado. Comíamos, hacíamos una pequeña charla sobre nuestras vidas no relacionadas y haríamos creer que mis padres se preocupaban por Troy y por mí. Una forma maravillosa de pasar unas vacaciones.

No hacía falta decir que Troy y yo escapamos lo antes posible. Troy desapareció primero, escabulléndose a algún lugar de una manera que no podía emular, y luego yo salí. No es que les importase a mis padres. Siempre estaban demasiado concentrados en sus propias conversaciones para darse cuenta, y mucho menos para preocuparse. Mis Acciones de Gracias consistían en estar solo en mi habitación, no retozando con mi familia como describían Brock y Lex. Nunca había fiestas, todos estaban con sus familias y todo estaba cerrado. Así que mi pasatiempo principal era mirar por la ventana y ver pasar los coches con una concentración injustificada.

Es por eso que noté la sombra de un cuerpo en la oscuridad más profunda correr por delante de la casa. La vi pasar trotando como la única interrupción en la monotonía de la carretera, pero solo noté quién era cuando una luz de la calle rebotó en su piel blanca e iluminó su larga (para sus cortas piernas) zancada decidida.

¿Pero qué estaba haciendo April, esta noche de todas las noches? La casa de Lex (y la de ella) estaba solo a unas dos cuadras de distancia, me tomó por sorpresa. A pesar de sus fanfarronadas, April era en gran medida una persona de familia. Debería haber estado en la gran fiesta familiar de los Lexington de la que Lex habla todos los años, o con su padre, o con quien fuese y donde

fuese. No solo eso, sino que, aunque había visto a April correr otras veces, nunca lo había hecho así. Tenía la cabeza gacha, los pies más pesados que de costumbre.

Pero ella no apreciaría ningún tipo de interferencia por mi parte. Las preguntas la ofendían y las sugerencias útiles la enojaban, así que la dejaría en paz.

Pero... Un soplo de aire fresco sería agradable, y una especie de ingenio de April podría lavar las dulzuras enfermizas de mi así llamada familia. Aún podía alcanzarla...

Me puse una chaqueta sobre el polo y unas zapatillas, garabateé una nota para Troy (por si se despertaba) antes de bajar por las escaleras y salir por la puerta principal, ignorando las llamadas inexistentes de unos padres por retener a su hijo.

April se había ido hacía mucho, por supuesto, pero había visto por dónde iba y el vecindario no era tan grande, era demasiado exclusivo. Por fin la alcancé en el parque, y me detuve cuando se sentó en un columpio, quieta y sin balancearse. Me arrastré detrás de ella, contento de que por una vez hubiese logrado acercarme furtivamente.

—¿Quieres que te empuje? —le pregunté en la oreja, esperando un chillido conmocionado, o, al menos, un salto.

Sin embargo, como de costumbre, ella no pareció sorprendida. Lo único que conseguí para calmar mi confianza fue una fuerte inhalación, pero eso fue suficiente para demostrarme que no me había notado antes. Se volvió hacia mí con una sonrisa torcida que no llegaba a ningún lugar cerca de sus ojos.

—No creo que esto pueda soportar mi peso si hago algo más que estar sentada —admitió con una mirada dudosa a las cadenas que la sostenían.

Esa mirada delató que había vivido aquí poco tiempo y que no estaba acostumbrada a la calidad.

—Este no es un parque cualquiera de segunda clase —le informé con altanería, presionándola para enfatizar mis palabras—. Esto se mantiene lo suficientemente bien como para contener cualquier cosa, y aun así —agregué mientras la empujaba—, no pesas nada.

—Lo tomaré como un cumplido —replicó por el crujido del columpio—. Si tan solo hubieses querido decir eso.

Me encogí de hombros, olvidando que no podía verme. Ella entendió el sentimiento, aunque no se molestó en detenerse en ese punto. A veces podía ser demasiado telepática.

—Y no necesito que me empujes —continuó—. Si hubiese querido balancearme —una risita silenciosa y sorprendida desmintió sus palabras mientras la enviaba volando hacia arriba con un fuerte empujón—, lo habría hecho yo misma.

—Muy bien.

Agarré las cadenas y el columpio se detuvo con brusquedad, puse las manos a tientas para sostener algo su asiento. Tuve éxito. En parte para mi disgusto, en parte para mi alivio.

—Bastardo —escupió mientras anticipaba el codazo sobre mis costillas al retroceder con prudencia hacia atrás.

—No lo creo —repliqué con una exagerada expresión de contemplación—. Pero tendrías que preguntarle a mi madre.

Ella fingió estremecerse, torciendo la espalda de forma antinatural para mirarme. En una ocasión normal, sus ojos estarían resplandecientes durante uno de nuestros pseudoargumentos, pero hoy no lo estaban; eran aburridos y sin vida.

—Tu palabra es lo bastante buena para mí —me aseguró, y de inmediato pareció sorprendida por lo que acababa de decir—. Sin ánimo de ofender, estoy segura de que tu madre es una persona encantadora, pero me asusta.

—Está bien —dije, tratando de crearme sin éxito, como nunca lo hacía—. Asusta a mucha gente, no te avergüences por ser cobarde.

Y ella no es una persona encantadora, agregué en mi mente. Por fortuna, la telepatía de April no funcionó, en realidad no quería ni necesitaba que supiese que la cara pública de mi madre era su única cara, y que mi arrogancia no era toda mi personalidad.

—No soy una cobarde —espetó, todavía contorsionada para mirar detrás de ella. Su ceño fruncido se profundizó, y levanté una ceja de modo inquisitivo—. Siéntate —ordenó, haciendo un gesto hacia el columpio al lado de ella—. Me estás dando dolor de espalda.

Obedecí, o más bien, me digné a tomar en consideración su sugerencia y me senté con cuidado. A pesar de todas mis condescendientes palabras hacia April, yo era bastante más pesado y no quería terminar en el suelo de forma poco digna. Después de haber decidido que aguantaría, me relajé en el columpio.

Nos quedamos sentados en silencio por un tiempo, pero no un silencio incómodo; solo no teníamos nada que decir por una vez. El columpio gruñó en silencio cuando April comenzó a balancearse con suavidad, pero el sonido fue tragado en el abismo que nos rodeaba. Por fin, rompí la quietud.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté de forma casual, pasándome una mano por el pelo—. ¿No tienes cosas que hacer en Acción de Gracias?

—¿Y tú? —respondió, parándose.

Apoyó su mejilla contra la cadena, frente a mí. Me encogí de hombros.

—Necesitaba tomar el aire —respondí.

—Como yo —aceptó con amabilidad. Le hice una mueca, enojado por haber sido golpeado en mi propio juego. Ella era la única que me hacía eso. Me devolvió la sonrisa, demasiado inocente para la comodidad—. Ahora, de verdad —continuó, poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué estás aquí? Creo que tu familia tiene una gran aventura pretenciosa.

—¿Qué familia? —dije, antes de recordar mis pretensiones a una familia feliz. Tragué saliva y lo intenté de nuevo—. Es demasiado formal —le dije.

Era cierto, hasta donde llegaba, y estaba demasiado oscuro para que pudiese ver mis ojos. Ella no podría, no sabría que estaba mintiendo. Asintió con aire ausente, aunque apostaba a que estaba archivando la información para sacarla en el momento más inoportuno (o tal vez crucial, pero no tenía muchas esperanzas).

—Ahora te toca a ti —le dije, sin dejar lugar a discusiones.

—Oh, en realidad no es nada —predijo. La miré escéptica y se derrumbó—. Estoy segura de que todos los Lexington son personas maravillosas —admitió a regañadientes—. Pero hay tantos... ¡Odio! ¡Odio tener que hablar con personas que no me gustan y que no me quieren!

Desconcertado por su candidez inusual, hice la pregunta que me había estado molestando desde que conocía la verdadera identidad de April. Estaba de un humor confidente, tal vez aprendería la verdad, por una vez.

—¿Y por qué no vas a casa de tu padre? —pregunté, tratando de expresar mi pregunta de la manera menos intrusiva posible para una pregunta tan intrusiva—. Sería más parecido a lo que estás acostumbrada.

Una vez más, me dio la sonrisa torcida, insincera y cínica.

—Eso sería difícil —me informó.

¿Estaba su padre muerto? Ese pensamiento atravesó incluso mi piel inciertamente espesa. Ella vio mi mirada de horror: la luz de la luna tenía una forma de atravesar mis barreras como lo hacía con las de los demás, y las interpretaba a la perfección.

—No, no está muerto —me aseguró. Ella pensó un poco más, y tuvo que enmendar su declaración, solo para confundirme más—. Al menos, no creo que lo esté.

—¿De qué demonios estás hablando, Jones? —gruñí.

Odiaba cómo ella era engañosa a propósito, en especial cuando tenía esperanzas de que confiase en mí. Ni siquiera sabía por qué estaba tan entusiasmado por saber más de ella, excepto que ella era... diferente a otras chicas. Ella tenía capas. Y no podía intimidarla para que me dijese todo lo que quería saber.

April sonrió con suavidad, sus ojos amurallados a la luz reflejada de la luna. De repente me arrepentí de haber preguntado. Pero tenía derecho, ¿no? Ella no debería ocultar cosas a todos. No era bueno.

—No sé quién es mi padre, Darren —me informó con amabilidad.

Abrí la boca de asombro por segunda vez en un mes. Tenía que dejar de hacerme esto, excepto que tenía demasiados secretos que me dejaban atónito

después de cada revelación.

—¿Pero qué? ¿Cómo que no lo sabes? —tartamudeé, tratando de no sonar demasiado molesto por haber preguntado—. ¿Eres adoptada o algo así?

—No.

Ahora que me había dicho eso, parecía más alegre. Tal vez el hecho de que realmente no tenía una familia como los Lexington la agobiaba, y después de decir por qué no tenía familia, ¿se sentía mejor? No sé, prefería dejar la interpretación de las mentes de las chicas a las chicas o a los más intrépidos de mi sexo.

—Soy la hija biológica de mi madre. Lo que ves ante ti es el producto de una noche sin protección.

Me quedé boquiabierto. Eso fue... inesperado, por decir algo. Quiero decir, sabía que ese tipo de cosas sucedían, pero no a personas que conocía o de las que había oído hablar.

—¿No tienes ni idea? —solté, antes de darme cuenta de lo insensible que era.

Podía ser un puto arrogante, pero, intencional o no, fue un golpe bajo. Si alguien tenía derecho a atacar a las familiar de otras personas, lo hacía, pero nadie tenía ese derecho.

—Está bien, Darren. —Se rio entre dientes. Fruncí el ceño. No me gustaba que mis errores provocasen diversión—. Hace mucho que acepté ese hecho. Mi madre es mi familia. Y ahora también Jack y Allan y todos esos otros Lexington amables que hay en la casa. No necesito un padre.

El columpio crujió cuando April comenzó a balancearse de nuevo. No haber tenido nunca un padre... No podía comprenderlo. Mi padre me había formado, tanto si me gustaba o no admitirlo. Su presencia en mi vida, inminente, silenciosa, ignorante, me había convertido en lo que era. A pesar de mi incomprensión, no podía compadecer a April, al menos no había visto a su padre darle la espalda una y otra vez.

—No sabes lo afortunada que eres —murmuré.

Durante un largo momento, no pensé que ella lo hubiese escuchado, pero entonces el balanceo se detuvo y una mano blanca me apretó con suavidad el

hombro.

—Sí, lo sé —me dijo antes de deslizarse en la oscuridad.

Suspiré. Ella no lo había entendido, al igual que todos los demás. Era un tonto al pensar que sería diferente.

## Capítulo 10

### APRIL

Había algo mal con la estructura innata del universo, pensé mientras me derrumbaba en la silla para la clase del primer período, cuando esperabas el comienzo de las clases después de unas cortas vacaciones. No es que no me gustase el instituto, pero ¿a qué adolescente no le gustaba un descanso del trabajo?

Pero el regreso a clases significaba que todos los Lexington se habían ido, que había recuperado mi preciosa soledad y restablecido la normalidad. Bueno, lo más normal que podía ser para una estudiante de secundaria con un *alter ego* que no había sido atraído de forma tan sutil por el conocido cordial de su persona normal por razones que no conocía y que ni siquiera podía comenzar a adivinar. Hubo un tiempo en el que hubiese estado agradecida de esta emoción, una vez cuando era joven e ingenua. Muy joven e ingenua, lo suficiente como para pensar que esto era un drama real.

Darren se instaló en el escritorio, entre la pared y yo, con su genio habitual de grandes entradas, arrebatándome el libro de las manos e ignorando mis protestas al mantenerlo fuera de mi alcance. Maldigo sus brazos tan largos. Le fruncí el ceño, pero ahora que estaba acostumbrado a mi malhumor mañanero y era experto en ignorarlo, leyó de forma casual el reverso de mi libro.

—¿Qué es esto? —preguntó, tratando de dar sentido a la fantástica portada y al resumen enigmático.

Puse los ojos en blanco y tendí una mano expectante al libro.

—Es un libro, no creo que sepas lo que es. Ahora dámelo, quiero leerlo —ordené.

Hojeó las páginas, sosteniéndolo frente a su cara para que lo protegiese por completo. Eso era extraño; por lo general, no se dignaría a que lo viesen



rozando uno de mis libros, y mucho menos parecer tan absorto en él. De inmediato comencé a buscar la respuesta.

Un momento después, entró una de las *groupies* de Darren, asomó la cabeza y examinó la habitación. Darren se hundió más en la silla, acercando el libro a su rostro.

—¡April! —lloró Candy, al parecer mirando el gran bulto masculino a mi lado—. ¿Has visto a Darren?

Sería tan divertido darle a Darren, pero ni siquiera yo era tan cruel.

—No desde antes del descanso —dije sin expresión y Darren se relajó. Era evidente que no había estado seguro de si podría cubrirlo. Era malvada, pero no desalmada, aunque el hecho de que no lo echase a los lobos no significaba que no pudiese torturarlo—. ¿Por qué? Si lo necesitas, puedo encontrarlo.

Darren se retorció. Escondí una sonrisa.

—No, solo preguntaba —respondió sin ninguna preocupación acerca de un ídolo que faltaba. Iba a irse, pero se volvió cuando se le ocurrió algo más—. Tampoco has visto a Lex, ¿o sí?

Estaría aún menos inclinada a entregarle a Lex, pero para él no era un lobo, o al menos, no era una presa.

—Está en la cafetería con sus compañeros de equipo —le dije, escondiendo la sonrisa cuando su rostro se iluminó con esa información. Ella no era la peor, cuando sonreía así, podía ver lo que Allan veía en ella.

—¡Dios mío, gracias! —dijo, efusiva, saliendo de la habitación lo más rápido que pudo con sus tacones de cinco centímetros. Si fuese ella, me habría caído de bruces después de un paso, y mucho menos caminaría tan rápido. Ella era buena, a diferencia de algunas de sus amigas que no podían manejar los tacones que intentaban usar.

—Se ha ido —anuncié, volviéndome para darle a Darren uno de mis mejores *looks*. Se enderezó y dejó el libro sobre la mesa. Lo cogí con el ceño fruncido, estaba en la página correcta, aunque estaba segura de haber visto a Darren pasar las páginas mientras conversaba con Candy, pero él solo me sonrió—. Tu huida fue exitosa.

—No estaba huyendo —replicó con altivez, su mirada, atenuada por su buen humor, no era tan intimidante como lo había sido antes. Burlarse de él era demasiado fácil; el orgullo es una buena marca—. Solo hice un gran e intrépido escape.

Levanté las cejas con escepticismo.

—Esconderte de una chica detrás de un libro es... —Dudé un momento, frotándome la barbilla a la vez que fingía pensar—. Heroico. —Ladeé la cabeza como si considerase la idea mientras entrecerraba los ojos con rabia—. Es nuevo para mí.

Oh, la alegría de una burla fácil para comenzar el día. Era hermosa, y no muchas cosas son hermosas por las mañanas.

—Cállate —respondió sin malicia, levantándose de la silla.

Nunca se había sentado a mi lado en clase y ni siquiera me planteé preguntarle, no es como si quisiese que lo haga. Se apoyó contra la pared, encendiendo un cigarrillo. Suspiré y también me levanté, quitándoselo de la mano. Gruñó, pero descubrió que seguiría haciéndolo hasta que se quedase sin cigarrillos. No lo intentó de nuevo.

—Es un hábito asqueroso —observé, como solía hacer.

Habíamos practicado esta escena con demasiada frecuencia desde la fiesta de Allan. Nunca lo molestaba acerca de las consecuencias si un profesor lo atrapaba, no funcionaría si lo hiciese. No le importaba lo que los profesores pensasen, él se creía (y, por desgracia, tenía razón) inmune. No importaba cómo lo trataran sus padres, la administración todavía estaba impresionada con ellos, con su dinero y con sus generosos regalos a la escuela. En lo personal, pensaba que sería una experiencia gratificante para él si sus padres lo alejaban de su influencia por un tiempo, pero estaba (como Darren nunca dejaba de informarme) equivocada. Lo cual podía ser cierto, pero yo no era la que aún fumaba.

—A mí no me lo parece —respondió despreocupado.

Puse los ojos en blanco, claro que no... ¡Hasta que tengas cáncer y mueras!

—A las chicas no les gusta un aliento que huele a tabaco —repliqué.

Tal vez decir cosas que de verdad le interesaban funcionaría. No es que tuviese ninguna esperanza, después de todo, me tomó un accidente de coche y una experiencia cercana a la muerte para detenerme.

—A ellas no parece importarles —me informó, altivo aunque sincero.

Era una cosa estúpida de decir (culpa a la maldita mañana), pero las chicas tendían a actuar como perras en celo. No podía imaginar por qué, tal vez era su abrumadora arrogancia. Sería repugnante, demonios, es repugnante, pero podía ser muy divertido.

—Pero apuesto a que la única chica que en serio quieres besar no te dejará, porque fumas. Es el karma. —Negué con la cabeza y me encogí de hombros, como si tratase de decirle la verdad de una forma amable.

—¿Karma? ¿Por qué me merecería algo tan horrible como eso? —gimió, su superioridad perdida.

Resoplé.

—No tengo la mínima idea.

—Y —continuó como si no hubiese hablado o al menos, como si no hubiese entendido mi sarcasmo— puedo hacer que cualquier chica que quiera, quiera besarme.

—Cualquier chica que valga la pena besar —repliqué con rapidez, molesta por su desprecio casual de mi sexo—. No sucumbiré a tu seducción.

Se rio, al parecer pensando que era una broma (tenía demasiada confianza en sus propios poderes), pero mantuve mi cara estoica y no me molesté en desilusionarlo. Él aprendería, algún día, cuando una chica lo rechace. Quizá Cupido podría, él estaba intentando salir con Cupido. Podría rechazarlo con crueldad... Todo por su bien, por supuesto.

—Pero todo esto es hipotético —señaló mientras se ponía serio, buscando otro cigarrillo y deteniéndose en mi mirada—. No hay chicas que en serio valga la pena besar en esta escuela.

Para darme crédito, me abstuve de pegarle, aunque el resplandor de la muerte que le envié lo notificó de su error. No me importaba que no quisiese besarme, de hecho, me llenó de alegría ese hecho, porque no lo hubiese

querido de otra manera, pero que dijese que no valía la pena besarme era grosero. Podría encontrar tantos chicos que le dirían contrario... Si tuviese ganas de contarle eso. Lo cual no quería. En absoluto.

—Lo siento, Aps —dijo arrastrando las palabras, riéndose de mi indignación por el nombre y el sentimiento—. ¿Te he ofendido?

Aunque, por desgracia, no tenía un sobrenombre molesto para usar de esa manera, tenía otra arma en mi arsenal.

—¡Oh, no, Darren! —exclamé, agitando las pestañas y golpeándolo con coquetería—. ¡Eres tan tonto! O sea, nunca podrías ofenderme. Estoy tan feliz de que me estés hablando que no podría ser ofendida aunque quisiese, ¡y mucho menos ofenderme por algo que venga de ti!

Me interrumpió con un estremecimiento. No creo que ni siquiera notase lo que le estaba diciendo, estaba tan horrorizado por el tono. Le di una amplia e inocente sonrisa.

—Lo que me da miedo es —echó hacia atrás su cabello, tratando de hacer creer que podía mantener la discusión cuando había ganado— que seas tan buena en eso. ¿Adquiriste un cerebro recientemente?

—¡No! —dije, tocando mi sien y sonriendo como maniática—. ¡Soy como el Espantapájaros! —Darren inclinó la cabeza, confundido. Suspiré. Por ahora, estaba bastante acostumbrada a que no hubiese visto o hecho los artículos básicos de la infancia estadounidense, y no tuve esa horrible y normal infancia. Lo había aceptado, pero esto era demasiado—. Has visto *El mago de Oz*, ¿verdad?

—Claro que sí —escupió a la defensiva. Probablemente no quería repetir la risa histérica que siguió a la revelación. Me las arreglé para contenerla, con un esfuerzo heroico, solo motivado por compasión—. Pero hace mucho —admitió, encogiéndose de hombros siendo autocrítico y luego, para compensar su falta de arrogancia—: Pero sé que el Espantapájaros fue a buscar un cerebro. ¡El Mago le dio uno!

Negué con la cabeza expresando tristeza. ¿Ya nadie prestaba atención?

—El Mago es un fraude —le expliqué con amabilidad, con la menor condescendencia que podía manejar. Todavía era bastante, así que tal vez no lo

estaba intentando tanto como podría—. No le dio nada real al Espantapájaros, él siempre tuvo cerebro, pero pensaba que no.

Al darme cuenta de que no era rival para mí en las trivialidades de *El mago de Oz* (retenía demasiada información aleatoria de películas, libros y demás), volvió a la pregunta original.

—Así que si siempre has tenido cerebro —dijo, marcando el «si» de forma excesiva. Le hice una mueca, y él no se dignó en darse cuenta—, ¿por qué puedes hacer una buena representación de mis *groupies*?

Puse los ojos en blanco, una vez más. En serio no podía dejar un tema en paz. No es que me importase en este caso, él sabía que observaba demasiado a la gente, y las buenas habilidades de mímica podrían explicar el resto, pero en otros, podría no ser solo exasperante, sino también cercano a cosas que no tenía intención de decir. Ni siquiera a él, que había logrado descubrir muchos de mis secretos.

—Maldito sanguinario persistente —murmuré en mi libro y él se rio entre dientes.

—¿Sanguinario? —preguntó con asombro, era obvio que no había escuchado algunos de mis dichos más *nerds*.

—Sí, sanguinario. He estado releyendo *Harry Potter* —repliqué, hurgando en la mochila hasta que saqué el sexto libro—. ¿Vas a hacer algo al respecto?

En realidad eludió el libro, si disgusto era evidente en su rostro.

—¿Lees esa mierda? —preguntó incrédulo, arrebatándome el libro de la mano y volviendo a dejarlo en mi mochila. Limpió la mano contaminada en mi chaqueta.

—¿Leer? —Solté una risita traviesa—. Prácticamente puedo recitarlos. Los siete libros.

Él me miró con una extraña mezcla de asombro y disgusto.

—Tragalibros —anunció, su voz monótona con sorpresa. No sé qué le sorprendía tanto, fue él quien me había llamado «la chica de los libros».

—Y orgullosa de ello —declaré, alegre. La campana sonó con un estruendo y salté. Despreciaba las campanas, y despreciaba a las personas que eran sacudidas

por ellas, como el chico que se sentaba a mi lado—. Así que ahora ve al frente con tus amigos, casi inteligentes, y yo me quedaré aquí deleitándome con mis libros.

Miró hacia donde solía sentarse, la silla contigua estaba vacía, ya que su compañero, uno de los atletas no tan estúpidos, siempre llegaba tarde y por lo general dormía durante la clase, y luego me miró a mí.

—No, gracias —respondió, arrojando su mochila en el asiento a mi lado y sentándose allí con una indiferencia tranquila de las miradas asombradas que solo alguien tan popular como él podría lograr—. Trataré de compensar que seas una tragalibros quedándome aquí.

## DARREN

Volví a encontrar a April durante el almuerzo. Francés, mi única clase sin ella, variaba entre ser la mejor y la más aburrida del día, justo por esa razón. Se me ocurrió que nunca habíamos resuelto el problema anterior a mi satisfacción, o al menos, no había descubierto lo que quería saber. Si ella solo había sido la hermanastra de Lex desde principios del verano pasado y su madre no había sido muy próspera antes, ¿cómo había logrado entrar en una escuela privada y exclusiva como la nuestra?

—¿Viniste a esta escuela antes de este año? —pregunté sin preámbulo, aunque estaba bastante seguro de conocer la respuesta.

Tal vez si la sorprendiese, ella me diría toda la verdad. No era estúpida y no me hacía ilusiones. Podía haber descubierto uno de sus secretos, pero sabía que ella tenía muchos más y que no iba a confiar en mí, o al menos eso pensaba. Todavía no sabía cuál era su problema con los cigarrillos, ni por qué tenía una nota mía, y no me contó todo sobre lo de Acción de Gracias, pero me iba a enterar. Seguro.

Pero esta vez, estaba bastante seguro de que diría la verdad cuando respondiese.

—Sí, desde noveno —admitió con sorpresa, ya que la había abordado dentro de la puerta del comedor. Debería haber estado acostumbrada a nunca poder

acercarme con sigilosamente a ella, pero eso no significaba que no estuviese decidido a intentarlo—. ¿Por qué?

—¿Cómo te mantienes? Financieramente, quiero decir —le pregunté con curiosidad.

Sacudió su cabeza, desesperada, hacia mí.

—Se llama beca, Darren —explicó con toda obviedad.

Puede que no fuese un maldito genio como ella, pero no era un idiota, ella debería recordar eso.

—Eso encaja. —Asentí, tratando de ocultar mi ira creciente bajo un barniz de fría indiferencia. Cuando ella me hablaba así, sonaba demasiado similar a mi padre para consolarme—. Entonces, ¿por qué no te vi antes?

Después de todo, ella no estaba para nada callada. Le gustaba que se escuchasen sus opiniones tanto como a cualquiera que haya visto. Pero nunca la había visto hasta principios de este año (cuando un día la encontré hablando con Lex, y luego, con la curiosidad que nunca podía controlar, le pregunté a Lex quién era), y al contrario de la opinión popular (o la de April), no era tan presumido como para no notar a los que están por debajo de mí.

—No quería que lo hicieses —dijo con naturalidad. Y ella me llamaba arrogante, tenía tanto orgullo como yo. En este momento, estábamos en el comedor. Eché un vistazo a los rostros sorprendidos escondidos con diversos grados de habilidad, desafiándolos a comentar sobre el Príncipe de Hielo hablando con una autoproclamada adicta a los libros. Nadie lo hizo. April tampoco notó mi desafío o lo ignoró cuando continuó hablando—. He hecho un estudio para pasar desapercibida.

—No soy tan inobservante —espeté, cansado de su actitud elitista.

Honestamente, ella no tenía derecho a reprenderme. Abrió la boca para replicar, la cerró mientras pensaba mejor para hablar después de pensarlo por un momento.

—Te lo mostraré —dijo, entregándome su bandeja sin considerar el hecho de que ya estaba sosteniendo una y tuve que pasar por algunas acrobacias interesantes y poco dignas para equilibrar ambas.

April abrazó su mochila contra el pecho y pareció de alguna manera disminuir. Con los hombros encorvados, la cabeza inclinada y su cabello sobre la cara, se abrió paso entre la multitud hasta una mesa con un ligero movimiento. La empujaron y empujaron, sin su habitual presencia que le abrió el camino, incluso cuando estaba inmersa en un libro. Se sentó en el alféizar de una ventana, y un momento después, un chico se sentó allí, pero saltó tan pronto como se dio cuenta de que acababa de sentarse sobre alguien. Mis puños se apretaron mientras miraba, medio con asombro y medio con enfado. ¿Qué estaba haciendo ese tipo, tan ciego era? Eso había sido grosero. Alguien tan estúpido no tenía derecho a vivir.

—¿Ves lo que quiero decir? —Ella apareció a mi lado, tomando su bandeja sin siquiera dar las gracias.

—Sí —admití de mala gana, pero su demostración había sido exhaustiva, no podría encontrar una brecha en ella—. Pero no soy tan distraído como los demás. Puedo ser perspicaz cuando quiero.

Ella vaciló con su réplica mientras se sentaba en una mesa vacía. Sabiendo que no iba a preguntar, o incluso insinuar, me senté frente a ella, fingiendo no escuchar el pequeño jadeo que subió del resto de la cafetería. El precio de ser un rey entre los campesinos siempre era estar en el ojo público.

—Puedes serlo —dijo al fin, pero por su aliento, pude decir que iba a continuar, en algún momento. Después de un sorbo de agua, lo hizo—. Pero tampoco me viste.

Abrí la boca para discutir su punto, pero luego la cerré de nuevo con un chasquido casi audible. No había nada que decir. Ella tenía razón. Puede que no me sentase en ella o algo tan drástico, pero había sabido quién era, no antes de que ella me dejase verla.

Bueno, esa conversación no había ido a donde yo quería. April parecía hacer eso con mis planes. Pero, por otra parte, si la cara de April era algo que pasase, y no siempre era así, a ella tampoco le gustaba a dónde había ido. Su cara de disgusto no parecía solo ser consecuencia de la comida.

El silencio descendió cuando le dimos a nuestra comida una atención indebida, no el usual silencio casual que surgía entre nuestras peleas, sino uno



vagamente incómodo que me hizo casi querer balbucear solo para llenarlo. Por fortuna, Brock apareció en la silla a mi lado.

—¡Chico! —exclamó, sus ojos se iluminaron con un chisme de fervor—. Ah, hola, April —añadió con indiferencia, y se volvió hacia mí una vez que terminó su cortesía—. ¿Has visto? Grace O’Shea y Joe Marrato están juntos.

—¡Qué! —exclamé en completo estado de *shock*. No había visto venir eso en absoluto. Joe era un idiota en todo el sentido de la palabra, aunque uno de los mayores *nerds*. ¡Y Grace era una de las mejores amigas de Candy!—. ¿Cómo pasó eso?

La cara de Brock apenas se crispó cuando dio la inevitable respuesta. Él tenía un mejor control de su expresión de la que yo daba crédito, a veces, pero en el último tiempo había practicado.

—Cupido —habló en su apuro para impartir todos los chismes que pudo en el menor tiempo posible. Era peor que las chicas, lo juro—. Hoy llegaron a clase cogidos de la mano, y han estado ignorando todo lo que se habla, ¡y se ven bien juntos, es muy lindo!

April estaba sonriendo a su comida en silenciosa satisfacción. Le fruncí el ceño.

—¿De qué estás tan feliz? —escupí.

Ella se encogió de hombros y me dio una amplia sonrisa, con una total falta de consideración por mi furia.

—¿No te hace feliz saber que dos personas se gustan? —respondió con lo que yo pensaba era sarcasmo, aunque no podía decir por qué. «April» y «cálidos peluches» no pegaban en la misma frase.

—No. —Aparté la vista de las dos caras sonrientes. Ambos podrían reverenciar a Cupido, aunque yo hubiese pensado que April tenía más sentido común y Brock hubiese aprendido mejor, pero no. Ningún humano podía orquestar el amor, y Cupido era humano, aunque misterioso e intrigante. Cualquiera que lo intentase solo terminaría rompiendo corazones, como a alguien que yo conocía—. Les doy dos semanas.

—Han estado saliendo por un mes —observó April con suavidad, haciendo un gesto hacia mí con la patata frita que sostenía—. La nota de Cupido fue

enviada el veintiséis de octubre, y su primera cita fue el dos de noviembre. Ya es diciembre.

Brock y yo la miramos boquiabiertos. Sabía que ella lo veía todo, según ella misma dijo, pero eso sonaba a un acosador. Excepto que ni siquiera mis acosadoras sabían sobre mis notas con Cupido.

—¿Qué? —preguntó después de tragar la patata frita—. Conozco a Joe. Un poco. Escucho cosas. Y una cosa. —Sus ojos se volvieron fríos mientras me miraba—. ¿Por qué crees que Cupido es tan inútil?

—Porque trata de construir el amor —le dije con sequedad. Este no era un tema del que quisiese hablar—. El amor sucede donde quiere, no a su antojo.

Las cejas levantadas de April me dijeron lo que pensaba de esta discusión.

—¿Quién está triste por el amor? —replicó, de repente seria y con más pasión de la que alguna vez la había escuchado hablar sobre cualquier otra cosa, y vi una rápida mirada a Brock que no pude interpretar del todo—. De todas formas el amor es una ilusión. Cupido solo encuentra a gente compatible, pero que no se juntaría por alguna razón.

La miré incrédula. ¿Cómo podría decir algo así? De verdad, no tenía ni idea. No cuando Jack se había casado con su madre, cuando podría haberlo tenido mucho mejor, cuando vio las parejas raras que se veían felices y estaban absortas. Su cinismo era aparente (lo sabes en el primer momento que hablas con ella), pero esto era mucho más profundo que eso. Quizás esto estaba enraizado en uno de sus muchos secretos que aún no sabía, pero eso no significaba que fuese lo correcto. Sabía que existía el amor, demonios, lo veía cada vez que mis padres estaban en casa, aunque no era a menudo.

—Bueno, tal vez hay una razón por la que no se juntan —señalé, dejando de lado cualquier argumento de amor. No puedes discutir con fe—. Grace y Marrato viven en mundos diferentes. ¿Quién sabe cómo lidiarán con lo que chocan?

April abrió la boca para discutir, pero Brock la interrumpió con una orden cansada que tenía suficiente dolor como para hacernos escuchar.

—Chicos —ordenó, su propia experiencia me obligó a obedecerlo esta vez. No sé por qué April lo hizo, ella era lo bastante perspicaz como para escuchar

la triste frustración en su voz—. Dejad que sea lo que sea.

Ella se encogió de hombros y volvió a su comida, comió demasiado rápido, y entablé una conversación no relacionada con Brock. Ella no habló, pero por lo que pude ver, estaba sumida en sus pensamientos y lanzaba extrañas miradas curiosas en nuestra dirección de vez en cuando.

Lex se acercó, una multitud de animadoras seguía su estela. Se agarraron en las sillas en una masa de empujones.

—¿Habéis oído lo de Grace? —comenzó Lex, pero lo interrumpí antes de que pudiese volver a plantear la discusión, por el bien de Brock, claro. Hubiese estado feliz de derrotar la cara de April en el suelo, metafóricamente hablando.

—Ya lo hemos hablado, ¿verdad, Ap...? —paré. En algún momento, de alguna manera, ella había desaparecido. Si no lo supiese, habría dicho que podía teletransportarse, por cómo seguía apareciendo y desapareciendo—. ¿Dónde está April? —pregunté confundido, mirando por encima de las cabezas en un vano intento de encontrarla.

—Seguro que se fue —dijo Lex con astucia, llevándose la comida a la boca con asombrosa velocidad—. No le gustan las multitudes. O las conversaciones. O la gente en general.

Me encogí de hombros y volví a mi comida, ignorando a la chica aleteante que estaba a mi lado y que intentaba coquetear. Si ella no quería hablar conmigo, que así sea. Pero averiguaría más sobre ella. Algún día.



Cuando abrí mi casillero, una de las notas de Cupido cayó. La agarré rápido (las notas no eran distintivas, pero no podía arriesgarme a que nadie supiese de mi correspondencia) y me asomé al casillero para leerla. Estaba escrita en su impresión habitual, pero los trazos del lápiz eran mucho más oscuros que de costumbre.

«Si me odias, ¿por qué me quieres?».

Sonreí mientras guardaba la nota con ojos fríos y calculadores. Estaba intrigándola. Bien. La naturaleza humana significaba que querría saber más

sobre mí, y la red podría cerrarse sobre ella. El plan estaba funcionando a la perfección.

## Capítulo 10

### APRIL

Miré con tristeza el autobús lleno de estudiantes de primer año y luego a la nieve que azotaba el viento fuera de la escuela y viceversa. Es por eso que odiaba el invierno con tanta pasión, ignorando, por supuesto, el hecho de que no me gustasen todas las otras estaciones por otras razones. Podría correr a casa y llegar congelada, o tomar el autobús y estar irritada hasta la muerte. A menos que, por supuesto, quisiese que Allan me llevase a casa, lo que ya no parecía tan atractivo, excepto que Allan tenía práctica de fútbol y se quedaría hasta más tarde. Eso era el karma, estaba segura.

Al menos no era uno de los días en los que estaba trabajando, lo que me obligaría a correr. Aunque eso al menos aclararía mi decisión, y no estaría sumida en este enigma malvado: ¿cuál era la mejor forma de morir, congelarse o enfurecerse?

No sabía que mi rostro reflejaba mis pensamientos morbosos hasta que una voz me sacó de ellos. Oculté bien mi sorpresa, o eso esperaba (no serviría que la gente supiese que era falible, en especial él), pero mi mirada podría haber disipado mi enojo.

—¿Por qué tan enfadada? —preguntó Darren, caminando mientras me veía antes de irse del cálido edificio de la escuela.

Por fortuna estaba desprovisto de su bandada habitual: Brock estaría en la práctica de fútbol, pero no sabía cómo se las había arreglado para perder a sus *groupies*. Eso era siempre, me aseguraba, una tarea difícil, llena de aventuras intrépidas. No pensaba lo suficiente de su intelecto para creerle.

—Porque voy a morir antes de llegar a casa —le dije con amargura, mientras me acurrucaba en la chaqueta para tratar de deleitarme con el bendito calor

antes de tener que aventurarme al exterior glacial y darle al suelo cubierto de nieve una mirada funesta.

—Lástima —dijo arrastrando las palabras, distraído. Le transferí mi malvada mirada. Me dio una de sus lentas y burlonas sonrisas que me hacían querer golpearlo y disfrutar de su resplandor. En ocasiones, me identificaba con las chicas que lo seguían a todos lados—. ¿Pero por qué?

—Me enfrento a una muerte inminente por congelación o por agravación. —Gemí y me cubrí la cara con la capucha.

Levantó una ceja inquisitivamente en mi dramatismo, invitándome a dar más detalles. Así lo hice, a regañadientes, aunque nunca disfrutaba expresar mis problemas, las quejas siempre me hacían sentir mejor después, y quejarse a un no amigo (vacilaba en llamar amigo a alguien más, aunque Darren era más que mi miríada de conocidos casuales) no hacía daño.

—Podría caminar, bueno, correr a casa, o podría tomar el autobús, que está lleno —me estremecí de forma exagerada— de estudiantes de primer año, incluyendo a Mac Stonewell.

Ese chico era quizás el más molesto del universo. Era pomposo, estúpido, un sabelotodo, pretencioso y persistía en conquistarme cada vez que me veía. ¿Por qué tenía que ser el único chico (bueno, uno de los chicos) que en verdad despreciaba el único que me coqueteaba?

—¿Por qué no conduces? —preguntó Darren, examinando el autobús con frío desprecio. Apostaría todo lo que poseía a que Darren no había subido a un autobús en su vida, a menos que fuese una especie de autobús turístico.

—No tengo coche —le respondí con brusquedad, mirando mi reloj.

El autobús saldría en cinco minutos. Tenía que tomar una decisión, pero postergarlo era muy divertido.

—¿Por qué no? —preguntó Darren, en blanco. Alguien que podía estar sin coche para él era una idea extraña, me di cuenta. A veces, su falta de conocimiento sobre otras clases que contrastaban tanto con su aire de sabiduría mundana me sorprendía—. ¿No te quiso comprar el señor Lexington uno?

—Sí, pero no quería.

Pero me engañé a mí misma, por supuesto, no me di cuenta de cuán tonta fue la decisión hasta que descubrí que el transporte público terminaba aquí. ¿Cómo se suponía que debía saber eso? Nunca me había pasado esto antes, ¿desde cuándo podía elegir tener un coche?

—Eres una idiota —me informó, deslumbrante.

No discutí, era cierto, pero retrocedió un paso con prudencia antes de que pudiese atacarlo. El chico estaba aprendiendo, a Allan le tomó todo un verano darse cuenta, después de haber sido insultado y golpeado como un delincuente, aunque tampoco es que insulte a todo el mundo, por supuesto.

—Pero... —Comencé a tratar de justificar mi idiotez—. No podría haber... ¡Oh, mierda! —Mi autobús se estaba alejando—. ¡Maldita sea! —Golpeé mi cabeza contra la pared. Era probable que no hubiese terminado cogiendo el autobús, pero no me gustaba que me quitaran la decisión.

—Parece que vas a caminar —observó Darren, distraído.

Mi mirada le lanzó dagas. Gracias, capitán obvio. Sabía que iba a caminar a casa a través de la nieve que me llegaba hasta las rodillas y tendría que tratar de no congelarme en mitad de la calle. No necesitaba que me lo frotase en la cara.

—No hay problema —le escupí, rodando los ojos.

Él hizo caso omiso de mi enojo. Creo que esa era la habilidad que le permitía tolerarme por un periodo de tiempo, no porque fuese bueno en eso.

—Podrías ir a casa con Lex —sugirió, con falsa ayuda. Solo demostraba lo molesto que estaba por no haber rechazado su propuesta de inmediato por la única razón de que eso significaría admitir que estaba equivocada, pero estaba furiosa y su actitud no ayudaba.

—Está con el equipo de fútbol —respondí.

Malditos inviernos tempranos. No debería nevar mucho a mediados de diciembre. Demonios, no debería nevar tanto. O nada. Me quería mudar a Florida lo más pronto posible.

—Podrías esperar. —Él había decidido ser razonable hoy, cuando solo quería revolcarme en la autocompasión. ¿Por qué los chicos siempre elegían los peores momentos?

—Tengo algo que hacer y necesito llegar a casa lo más pronto posible — repliqué beligerante, pero él no se dignó a morder el anzuelo.

—¿Cafetería?

—No. —No ofrecí más información, él no preguntó. Darren podía ser maravilloso por no presionarme sobre cosas de las que no quería hablar. Pero era esos momentos molestos y amables en los que estaría dispuesta a decirle cosas. Hablo con ironía, no es que me estuviese quejando.

Nos quedamos en silencio después de mi habilidad para detener la conversación, mi especialidad, mientras reunía mi coraje para salir a un clima amargo para la caminata a casa. Al final, suspiró y se separó de la pared contra la que se había estado apoyando.

—Bueno, vamos —ordenó con brusquedad—. Ninguno de los dos tiene todo el día.

—¿Qué? —pregunté.

Todo estaba bien y de repente me decía que me diese prisa, no tenía que correr a mi casa a través de la tormenta. Tenía su agradable coche.

—Tengo que estar en casa por Troy y tú tienes tu cosa misteriosa, así que tenemos que irnos —explicó no con tanta paciencia, pasando hacia la puerta, apenas dándome suficiente tiempo para agarrar mi mochila—. Y si no te das prisa, vas a tener que esperar a Lex, porque me voy.

¿De verdad me estaba ofreciendo llevarme a casa? ¿Dónde se había metido el chico distante que se negaba siquiera a decir mi nombre?

—¡April! —Se había adelantado, con sus piernas dos veces más largas que las mías—. Vamos, ya. —Oh. Ahí estaba. Pensé que me negaría, por puro hábito y terquedad (nunca había sido buena obedeciendo órdenes, y seguirlo iba en contra de todo mi orgullo), pero la ráfaga de viento helado que me golpeó cuando abrió la puerta me instó a seguirlo.

El orgullo era algo maravilloso, pero me negaba a congelarme por eso.

 DARREN



No había caminado ni dos metros antes de que Troy se abalanzase a abrazarme. Pasó sus brazos alrededor de mi cintura y enterró su cara en mi camisa como no había hecho por un tiempo, pero no antes de que pudiese ver unos ojos azules embotados por las lágrimas. Mi sonrisa murió con mi buen humor y me arrodillé para mirarlo, separando sus brazos con suavidad.

—¿Qué pasa, chico? —pregunté con tanta ternura como pude, no muy bien. No era una persona amable, como cualquiera podría decir. Incluso si April podía pensarlo después de ver cómo trataba a mi hermano.

—¡Papá-papá-papá dijo que no estaría en casa por Navidad! —sollozó, esta vez en mi hombro.

Lo atrapé con un cálido abrazo, dejándolo soltar un grito mientras trataba de no estallar de ira. No importaba qué más hiciesen o dejaran de hacer mis padres, pensaba que la Navidad era sagrada. A pesar de que yo había estado solo en Navidad antes, con solo una niñera, eso había sido antes de que Troy naciese. Desde que Troy podía recordar, nuestros padres habían estado en casa por Navidad. ¿En qué demonios estaban pensando?

Unos pasos fuertes y constantes me hicieron mirar hacia arriba. Cuando vi quién se acercaba, me desvinculé de Troy y me levanté, con la cara tan impasible como pude. Troy se apretó contra mí y colgué un brazo reconfortante sobre su hombro.

Mi padre se detuvo frente a nosotros, sus ojos grises tan fríos como el clima. Se sentía extraño el poder mirarlo directo a los ojos, durante tanto tiempo se había asomado sobre mí como una figura más grande que la vida. Pero ya no era un niño; casi era un adulto.

Me han dicho que me parezco a mi padre y no podía negarlo. Teníamos la misma construcción larga y delgada, en lugar de voluminosa. Tenía su pelo castaño en comparación con el de mi madre, y sus rasgos bien definidos y aristocráticos. Pero siempre había sostenido con firmeza que lo único que tenía de él era el físico, no sus modales, ni su falta de afecto. O lo que siempre había esperado, En el último tiempo me había estado preguntando si tal vez era más como él de lo que pensaba.

—Darren. —Su voz musical era más profunda que la mía, pero el timbre era el mismo. Solo al oírnos podías decir que estábamos relacionados, el aire de mando era el mismo.

—Padre. —No había emoción en mi voz, como siempre lo requería. En eso, al menos, había tenido éxito, incluso si no le importaba nada de lo que yo hacía.

—Veo que Troy te ha dado la noticia —dijo, con los ojos apenas rozando la cara llena de lágrimas de su hijo más joven antes de descansar en mi rostro, tan frío como el suyo.

—Lo ha hecho —confirmé, tratando de relajarme en mi pose despreocupada normal. No me importa, me recordé a mí mismo, si no me importaba, no me podía herir. La única lección que me había obligado a aprender, la única que Troy aún no tenía y que nunca aprendería si podía evitarlo—. No estarás aquí durante las vacaciones.

—Eso es correcto. —Asintió con la cabeza desdeñosamente, ya pasando a nuestro lado. Ya había desperdiciado suficiente atención con nosotros, ¿por qué malgastar un momento más de lo necesario con su familia?

—¿Cuánto te vas, señor? —pregunté con calma, sosteniendo a Troy en su lugar cuando sentí que estaba listo para salir disparado. Era mi mejor salvaguardia contra volar hacia mi padre. Siempre me había desempeñado lo mejor posible ante el público—. ¿Y madre te acompañará?

—Por supuesto. —Comenzó a caminar de nuevo, su maletín rebotaba contra su pierna—. Nos iremos el veintiuno. —Y se fue. Sin decir a dónde iban o por qué, solo se fue, como de costumbre.

Solté a Troy y caí sobre una rodilla otra vez, forzando a sus ojos llorosos a mirarme.

—Va a estar bien —insistí con fuerza, poniendo una mano sobre su hombro—. Tendremos la mejor Navidad de todas. Lo prometo. Será mejor que cualquiera que hayas tenido antes.

—¡Pe-pe-pero mamá y papá no estarán! —gimió Troy, lágrimas corrían por sus mejillas. Esto lo hacía parecer al menos tres años más pequeño. La Navidad siempre había sido su época favorita del año, le encantaba ser una familia.

—No estarán, pero yo sí —juré con imprudencia, pero ¿a quién le importaba la previsión cuando tu hermano está tan triste?—. Y será mejor que cualquier Navidad que hayas tenido o que alguna vez tendrás.

Él sollozó, pero las lágrimas disminuyeron y acabaron por detenerse.

—¿De verdad? —preguntó incrédulo, apartando las gotas con impaciencia mientras me miraba con ojos inseguros que, sin embargo, se inclinaban a creerme.

—Lo prometo. —Me puse de pie y le revolví el pelo con cariño—. Pero necesitas preparar una lista de deseos, así que ¿por qué no haces eso si no tienes deberes?

Formó una sonrisa débil y corrió escaleras arriba, negando con la cabeza con prisa para quitarse las lágrimas. Lo seguí a un ritmo más lento. Ya estaba absorto en la logística menor de mi promesa precipitada. ¡No sabía cómo hacer una Navidad! Era lo único que nunca pensé que tendría que hacer para Troy; podría actuar como padre en cualquier otro aspecto. Demonios, incluso una vez fui a una reunión de padres y profesores (faltar a la escuela para ir, y reconozco la ironía), pero por lo general en Navidad podíamos hacer una falsificación muy plausible de una familia amorosa y feliz.

Suspiré abatido mientras dejaba la mochila en la cama. Haría todo lo posible, nunca había dudas al respecto, pero ¿y si lo mejor no era suficiente? Y estaban los aspectos prácticos de los que preocuparse. Alfred tenía vacaciones del veinte al treinta, las vacaciones de Troy y las mías comenzaban el diecinueve, y... Oh, mierda. Brock quería que fuese a algo la tarde del veintitrés. Ninguna niñera estaría disponible tan cerca de Navidad, y no iba a confiar en alguien al azar.

Pero ahora tenía una última carta. Una medida desesperada, porque significaría que me estaba haciendo un favor, aunque a pesar de todo era un salvavidas. Tenía que esperar. Bueno, no tenía prisa, tenía cosas que hacer. Siempre podía hacer mi tarea.

Esa frase hizo que mis pensamientos se detuviesen. ¿Desde cuándo hacía la tarea? Nunca. Decidí que no tenía nada mejor que hacer en ese momento y que acababa de llegar de clase, así que, por supuesto, eso fue lo que decidí. Para alguien tan popular como yo, seguro que tenía mucho tiempo para llenar.

Vagué lejos de mi habitación, solo en parte para rebelarme contra la voz que sonaba como April que me reprendía por no hacer mi trabajo, y caminé por el pasillo. La puerta de Troy estaba abierta y me detuve, apoyándome en el marco de la puerta, mirándolo.

Troy estaba trabajando febrilmente en su escritorio en lo que parecía la tarea. En realidad no se parecía en nada a mí, y sin embargo, era demasiado parecido a lo que podría haber sido. Alguna combinación de luz y nieve hizo que un rayo iluminase su cara pensativa, pero aún sonriente. ¿Cómo demonios se suponía que iba a darle una Navidad? Yo solo era un jodido adolescente, ¿por qué también tenía que ser padre?

Gruñí y caminé de regreso a mi habitación. Bien podría arreglarlo, por poco que fuese eso. Un mensaje sería suficiente. A April le gustaba Troy lo suficiente como para que yo pudiese depender de ella.

Como esperaba, el teléfono me llevó al buzón de voz, la grabación de April tan suya provocó, a pesar de mi humor fútil, una sonrisa.

«Hola, sería April si estuviese aquí. Obviamente, no, así que deja un mensaje y podré responderte, si tienes suerte».

Un pitido sonó en mi oído.

—Hola, ¿April? —dije, paseando en círculos alrededor de mi habitación, como lo hacía muy a menudo—. Necesito un favor...

## Capítulo 10

### APRIL

La casa de Darren había dejado de intimidarme. Tal vez era porque conocía mejor a la gente que había dentro, o tal vez me había acostumbrado a su extravagancia, pero la casa, aunque todavía me parecía fea, no me daba miedo. Sin embargo, aún necesitaba recordarlo a medida que caminaba por el camino de piedra. El clima miserable de la semana pasada había disminuido y el sol alcanzó su punto máximo a través de las nubes y se reflejaba en el césped cubierto de nieve.

Llamé al timbre y oí su lamentable eco por toda la casa. Solo me estremecí un momento (podía haber salido el sol, pero hacía mucho frío) antes de que la puerta se abriese de golpe y me deslizase dentro, desenvolviendo mi abrigo casi antes de estar dentro.

Para mi bien oculta sorpresa, no fue Darren quien había respondido a la puerta, ni el mayordomo. Brock me sonrió alegre y tomó mi abrigo sin mi permiso con cortesía instintiva. Se lo dejé agradecida, de vez en cuando podía comprender lo que Rhi veía en él.

—¡Hola! —exclamó feliz mientras caminábamos hacia la guarida que parecía ser el centro de la casa de Darren y Troy.

Todavía no estaba segura del camino en esta mansión laberíntica, pero Brock conducía con una destreza casual que significaba que había estado aquí muchas veces antes. Escondí una sonrisa. Darren podía haber afirmado que no tenía amigos, pero había mentado.

—Hola —respondí con cordialidad. Incluso si fuese escéptico de su valor, podría apreciarlo como el ex de Rhi y el mejor amigo de Darren. Tenía que confiar en él, independientemente de su intelecto (o falta de él), él sabía demasiado. Dudé un momento antes de hacer una pregunta que me intrigaba

desde que había abierto la puerta—. ¿Qué estás haciendo aquí? Darren dijo que no invitaba a la gente a su casa a menos que fuese para una fiesta o algo así.

—Soy la excepción —informó, en absoluto ofendido por mi consulta—. Como tú. —Se rio como si hubiese hecho una broma interna, y de repente se puso serio, estudiándome con tanta atención como sus suaves ojos podían convocar—. Sabes lo rara que eres, ¿verdad?

Bueno, me gustaba halagarme a mí misma diciéndome que era única en mi género, pero no pensaba que fuese eso de lo que estaba hablando. Sonaba mucho más serio de lo usual.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con cautela.

Pensaba que lo conocía tan bien como uno podía conocer a alguien como él, pero nunca había escuchado ese tono de él, ni siquiera sobre Rhi. Era casi protector, pero sin los celos que Rhi siempre le provocaba (o eso describía).

—Dar no hace amigos tan fácil, quiero decir amigos de verdad —explicó, deteniéndose en mitad del pasillo. Tenía la sensación de que no quería que Darren supiese que me estaba diciendo esto. Mi sospecha se confirmó cuando su voz se redujo a casi un susurro—. Y habla con menos, pero ha estado hablando contigo. Así que no lo lastimes, ¿de acuerdo? Porque es mucho más vulnerable de lo que piensa y pretende.

Levanté las cejas, impresionada. Darren podía no haber hecho muchos amigos de verdad, pero parecía inspirar una intensa lealtad en aquellos que había hecho. Ahora que lo pensaba, tampoco había oído a Allan hablar mal de Darren, a pesar de mis quejas.

—No estamos enamorados ni nada —contradije.

Su discurso había sonado más como una advertencia para una novia potencial que una amiga, una estrictamente platónica. Me preguntaba si Brock le haría esto a todo tipo de amigos de Darren, o si yo también era especial en eso.

—A veces —me dijo con ojos tristes y muertos que siempre brillaban con vida cuando miraban a Rhi—, los amigos son mejores que los amores.

Abrí la boca para responder, para tratar de decir algo que hiciese cobrar vida a esos ojos, incluso si no podía reparar el daño que había hecho, pero ¿había

sido daño?

Darren nos había escuchado, a pesar de nuestros susurros. Abrió la puerta, cortando lo que iba a decir. Era probable que nos viésemos extraños, de pie en mitad del pasillo, susurrando, pero Darren no hizo ningún comentario.

—No toma tanto tiempo llegar desde la entrada hasta aquí —observó, un destello extraño, bien escondido, que no pude leer en sus ojos mientras nos recorría—. ¿Qué os retuvo?

Pasé junto a él y entré en la habitación, dejando a Brock detrás, donde solía estar. Pobre chico.

—Eso no es para que te lo digamos, sino para que lo descubras. —Tiré sobre mi hombro, mientras caminaba hacia Troy, quien estaba sentado frente a su ordenador con digna indiferencia.

Darren miró a Brock, pero esta vez, el chico más grande no se acobardó bajo su mirada. Para mi diversión, se encogió de hombros y no se encontró con los ojos de su amigo.

—Bien, entonces —respondió Darren, esforzándose mucho para no poner, o al menos eso parecía, una mueca. Escondí una sonrisa—. No me lo digáis. —Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó hoscamente contra la pared.

—No lo íbamos a hacer —aseguré con alegría efusiva, luego, haciendo caso omiso de su bufido ofendido, me incliné sobre el hombro de Troy para mirar su juego—. ¿Qué haces?

Él me sonrió, sus ojos azules brillaban tan alegres como el sol en la nieve fuera.

—¡Juego a gusanos! —dijo emocionado, regresando de inmediato a su juego. Me encontré con los ojos de Darren sobre la cabeza de Troy, y por un momento nuestro habitual entendimiento extraño estaba allí y se dignó a esconderse de hombros a pesar de su ofensa. Guau. Un niño de diez años me estaba haciendo sentir vieja. Qué mal.

—¿Qué es eso? —Intentaba dar sentido a las pequeñas cosas onduladas que, supuse, deberían ser gusanos explotando en una escultura surrealista de dibujos animados. Oh, explosiones. Decidí que si me gustaban los videojuegos, me encantaría este.

Troy apretó un botón y el juego se detuvo. En libertad ahora, hizo girar su silla para mirarme, con una expresión incrédula en su rostro.

—*Worms Armageddon* —explicó, sorprendido por mi cara aún en blanco.

Era evidente e inconcebible para él que alguien no supiese de qué se trataba este juego. Troy era mejor que su hermano, pero a veces su educación lo atrapaba. Nunca había sabido lo que era tener que ir a la biblioteca para acceder al ordenador.

— Ya... —Supuse que no valía la pena el esfuerzo que me llevaría comprenderlo.

No me habían iniciado en el mundo de los videojuegos hasta que Allan me había presentado su sistema este verano, no lo bastante temprano como para desarrollar la obsesión que vi en muchos de mis compañeros. Quiero decir, la violencia al azar y matar a gente siempre era bueno, pero la versión virtual solo podía mantener mi atención por poco tiempo.

Sintiendo mi falta de atención, Troy volvió a su juego. En absoluto afrentado, lo dejé y caminé hacia los otros chicos. Al menos siempre podrían proporcionar diversión, incluso si no lo sabían. Pero era demasiado amable por mi propio bien.

—¿No tenéis que ir a un sitio? —pregunté.

Chicos. No importaba cómo fuesen criados, ni dónde, ni cuándo. Si no tuviesen a alguien que les dijese sus propios horarios, se perderían. Darren y Brock me miraron sorprendidos, sin haber notado mi cambio de enfoque.

—No... —Comenzó a responder Brock, pero Darren lo interrumpió después de echar un vistazo a su reloj.

—Sí, tenemos. —Estuvo de acuerdo, examinando los pantalones y la camiseta de su amigo con un ojo experto—. Y debes estar listo.

Brock asintió con timidez y desapareció obediente por la puerta. Me mordí el labio cuando lo vi irse. A Darren no le gustaría escuchar lo que tenía que decir, como si me importase.

—Deberías tratarlo mejor —observé de forma tan clínica como pude. Esto no era nada personal, solo una aversión a que alguien fuese pisado. Creo que a



Darren le hubiese dado latigazos si hubiese vuelto la cabeza más rápido. Él había estado haciendo un mohín leve, todavía apagado por mi desaire anterior, ahora su rostro se congeló en su habitual burla arrogante. Continué sin que me importase, no podía intimidarme, no de esa manera—. Es mucho mejor amigo del crédito que le das.

—Conozco el valor de mi amigo —escupió. Troy lo miró asustado, luego se encogió en su silla, haciéndola crujir. Los ojos de Darren se movieron hacia su hermano, y hacia mí. Forzó su rostro con una dolorosa sonrisa—. Lo siento, ¿qué quieres decir?

Puse los ojos en blanco. Él no obtendría lo que tenía que decir, no podría comprender lo que había querido decir. Pero le debía a Brock el esfuerzo, tal vez si se lo dijese muchas veces, se hundiría más allá del escudo de orgullo.

—¡Eres tan condescendiente! Y exigente —le dije, haciendo un gesto brusco con las manos. Su mirada inquebrantable no titubeó, no le estaba diciendo nada que no supiese—. Es un buen amigo, se preocupa por ti y tú te preocupas por él, si te dignases a mostrarlo. ¿Por qué no? Podrías hacerlo por un buen amigo, después de todo lo que le ha pasado.

Resistí el impulso de poner una mano sobre mi boca. Rhi y Brock no eran de conocimiento común, y no debería saber sobre ellos. Por suerte (más o menos), Darren estaba demasiado enojado como para darse cuenta de mi error. Esperaba.

Miró a Troy, quien estaba decidido a ignorarnos, y luego tiró de mí hacia un rincón de la habitación, atrapándome contra la pared. Lo dejé, entretenida por la fuerza de su emoción.

—No tienes ni idea —siseó, sus ojos azules brillaban como el corazón de una llama. Incluso me sorprendió su furia justa—. No me digas cómo debo tratar a mis amigos, los trato mejor de lo que podrías saber. Haría, haré, cualquier cosa por ellos y mis verdaderos amigos lo saben.

Si hubiese sido alguien más, me habría acobardado por el doble peso de mi incorrección y su voz suave y lívida, pero era demasiado orgullosa, a pesar de la verdad que ardía en sus palabras. Puede que haya estado equivocada y fuese

mojigata, pero aun así levanté la vista y encontré el rayo azul de sus ojos. El tiempo se detuvo, el estancamiento amenazó con durar.

—¡Dar! —gritó Brock mientras cerraba de golpe una puerta en el pasillo. Darren hizo un gesto con los ojos, dio un paso atrás y me liberó de la esquina. Me liberé un poco, en medio de la habitación. Podía haber escapado de Darren, pero odiaba que me enjaulasen—. ¿Estás listo?

—Nos vamos —anunció Darren, caminando hacia la puerta con una dignidad terrible. Brock se encontró con él en el pasillo en un atuendo mucho más bonito (pantalones color caqui y un polo verde), saltando sobre sus pies como un cachorro ansioso. Con una mirada inescrutable hacia mí que Brock siguió con completa confusión, Darren buscó en sus bolsillos y sacó unas llaves. Se las dio a Brock—. Vamos a coger el Porsche. ¿Quieres conducir?

Brock se iluminó como una vela cuando se encendía, y sus efusivas gracias se escucharon en toda la casa hasta que el portazo de la puerta principal anunció su salida.

Dejé escapar un suspiro que no sabía que estaba sosteniendo y voltéé hacia Troy, quien por fin se relajó cuando la tensión entre su hermano y yo se disipó.

—Así que —pregunté mientras me desplomaba en el sofá, sintiendo la pena por mi confrontación ahora que tenía la libertad de parecer menos que indomable—, ¿qué quieres hacer hoy?

## DARREN

Entré en mi casa con inusual tranquilidad. No es que tuviese miedo o remordimiento por mi anterior... discusión con April, pero no dejaría que me pusiese una trampa en la casa. Y, sin la implacable cortesía de Alfred para detenerlos, era probable que Troy la ayudase, solo por las patadas. Sacudí mi cabeza por cada truco que había escuchado o jugado alguna vez mientras abría despacio la puerta de la entrada. Una pulgada, nada sucedió. La empujé para abrirla y salté hacia atrás. Sin lluvia de agua, sin ninguna otra trampa, era seguro proceder. Entré con cautela, cerrando la puerta con tanta suavidad como la había forzado a abrir, agradecido de que nadie hubiese visto mis

travesuras. Debería haberlo sabido mejor. Incluso enojada, April no era infantil, ella no se bajaría a ese nivel. Esperaba.

Ella estaría en algún lugar para ser encontrada. No estaban en la guarida. Caminé hacia mi habitación. Nadie. En ninguna habitación, ni en la de mis padres ni en cualquiera de las demás. Estaba a punto de tocar el intercomunicador para tratar de localizarlos, el secuestro parecía más del estilo de April que las bromas inmaduras, cuando acabé por identificar algo, una sensación de oportunidad que me molestó desde que entré.

Un aroma sutil y penetrante de algo horneado abrumaba el olor estéril habitual de la casa. Me puse en guardia. No es que oliese mal, al contrario, olía delicioso, pero no tenía idea de quién podría hornear. Alfred era el único que ingresaba en la cocina, a excepción de mis ocasionales incursiones de bocadillos.

Caminé a la cocina, manteniendo firmemente mi lenguaje corporal neutral. No pasaba nada, estaba seguro, solo quería asegurarme. ¿Pero cuánto podía salir mal en las pocas horas que me había ido? Incluso April y Troy trabajando en conjunto no podían meterse en problemas, aunque había aprendido a no subestimar a April.

La escena en la cocina me detuvo en seco en la entrada. Troy estaba cómodo en el mostrador, sentado y comiendo una galleta de la bandeja que estaba posada frente a él, mientras April empujaba otra bandeja de galletas dentro del horno. Se enderezó y se echó hacia atrás su cabello manchado de blanco en señal de triunfo. Pude ver la harina levantarse de su pelo cuando se sonrojó. Hecho eso, saltó al mostrador junto a Troy y cogió una galleta de la bandeja. La cocina estaba cubierta de harina y glaseado. Me quedé boquiabierto. No iba a limpiar eso.

De alguna manera, alertado por mi presencia, Troy se dio la vuelta y me vio en la puerta. Sonrió y pensé que también podía ver algo de harina en su cabello, pero sus ojos brillaban.

—¡Darren! —lloró con felicidad, aunque de manera ininteligible, a través de su bocado de galleta. Tragó saliva, luego agarró la bandeja de árboles de Navidad y los empujó en mi cara—. ¿Quieres una galleta?

—No creo que tenga otra opción. No hay forma de que vayamos a comer todo esto antes de que se vuelvan malos. —Saqué el taburete al lado de mi hermano y me senté, asegurándome de no poner harina en mi polo negro. Tomé una galleta que me ofreció, una con un diseño tan intrincado (para una galleta) que tenía que ser una de las de April. Con cautela, porque recordaba vagamente a alguien que decía que April era un desastre en la cocina, la probé —. ¡Está rica! —exclamé una vez que mi boca estuvo vacía.

—¡Lo sé! —estuvo de acuerdo Troy, metiéndose otra galleta entera en la boca y hablando de alguna manera—. April dijo que no podía cocinar, ¡pero estas galletas son las mejores que he comido!

—Yo no diría eso —se contradijo April, siguiendo un patrón en la harina en el mostrador junto a ella.

Excepto por una rápida mirada cuando Troy me llamó por primera vez, no me había mirado en absoluto. Eso no era como ella, era casi como si ella me estuviese evitando. Nunca antes había parecido... avergonzada, incluso durante nuestras numerosas discusiones. Eso me hizo sentir mucho mejor y peor. Mi ira no había durado mucho, no guardaba rencor a menos que de verdad me enojase, todo lo demás era solo mi desprecio impersonal habitual, pero ella no me había empujado tan lejos (todavía). No podía culparla por sucumbir a la imagen que proyectaba, de hecho, debería haberme felicitado por lo buena que era mi apariencia. Era irracional esperar que ella, de todas las personas, me entendiese, pero había asumido que si alguien podía ver a través de mis ilusiones, sería ella, pero mi furia había muerto con rapidez, y su aparente remordimiento me hizo sentir casi... culpable. Ugh. Gracias a Dios que nunca se avergonzaba.

—No es la mejor, pero en definitiva está bien —asegué.

Mis ojos se fijaron en ella en un intento de hacer que me mirase. Era tan obstinada en esto como en todo lo demás, no podía obligarla a hacer nada sin esforzarse demasiado.

—Estoy asombrado de que no estén envenenadas —dije arrastrando las palabras.

Me las arreglé para no escupir el bocado de galleta, pero bajó demasiado rápido. Su vergüenza no era una estratagema, ¿verdad? Cubrí mi indigna sorpresa con una ceja levantada.

—¿Intentas matarme, April? —pregunté, impresionado y preocupado por lo casual que sonaba. Algo estaba mal conmigo cuando las amenazas de muerte apenas me sorprendían, al menos de ella.

—No de forma intencional —respondió con un destello de la April a la que estaba acostumbrado, aunque ni me miró a los ojos ni se tomó a mal el comentario que le había lanzado. Algo estaba mal con ella—. Hornear y yo simplemente no nos mezclamos. Juego de palabras.

Gruñí.

—Bien. Los castigos deberían ser una ofensa punible, de preferencia castigables con la muerte.

—No sé. —No estuvo de acuerdo mientras se encogía de hombros y miraba con atención la harina—. Solo los juegos de palabras realmente malos, los buenos juegos de palabras pueden ser divertidos.

Le di una mirada incrédula y abrí los ojos.

—¿Hay algo así como un buen juego de palabras? —pregunté con sarcasmo. Ella soltó una risita sofocada, al parecer por accidente, y dejó de dibujar en el mostrador.

—*Touché* —admitió—. Pero todavía estoy contenta de no haber logrado introducir arsénico en la receta, por error, por supuesto.

—Eso sería un desliz mundano en un sentido más literal —observé, tomando otra galleta.

Ella me sonrió con malicia, la tensión entre nosotros había desaparecido en algún lugar en medio de nuestras bromas fáciles.

—Pero me parecería un sacrilegio envenenar las galletas de Navidad. Quizá las galletas de Pascua... —Solo ella consideraría la conveniencia de cuándo envenenar a alguien.

—Así que no tengo que comer nada que hayas cocinado durante la primavera —confirmé a la ligera. Sabía que ella no iba a envenenar a nadie,

sin tener en cuenta las consideraciones morales, que no estaba seguro de que le importasen. El veneno no parecía de su estilo. Tendría más cuidado con un cuchillo a mi espalda—. Debidamente apuntado.

Ella sonrió y soltó una risita malvada. Troy intentó unirse, pero ni siquiera pudo sacar una sonrisa maliciosa y decente. April y yo todavía estábamos bromeando con su fracaso cuando sonó el temporizador. Saltó lejos del mostrador para abrir el horno.

—¡Hiciste más! —Me quedé boquiabierto mientras sacaba otra bandeja del horno—. ¡No podemos comer todo esto!

Troy bajó la cabeza, pero no había vergüenza en su rostro, solo un intento ineficaz de esconder una sonrisa.

—Bueno, hacer más es divertido y teníamos tiempo.

Vi a April asentir con la cabeza. Al parecer, él había dado la excusa acordada.

—Troy —le dije, tomando la bandeja y poniéndola en el mostrador para que se enfriara—. Solo somos dos, no un ejército.

La penetrante mirada de April de repente se clavó en mí.

—¿Cuánto tiempo vais a estar solos? —exigió.

Herido por su tono autoritario, no habría respondido, pero Troy no tenía ese orgullo.

—No lo sabemos. Mamá y papá no lo dijeron. Algún día después de Año Nuevo, ¿verdad, Dar?

Parecía horrorizada, una expresión que nunca antes había visto en ella. Ella tendía a tomarse todo con calma, ya sea que trabajase conmigo en un proyecto o lo que fuese. Observé la mirada con interés.

—No os mováis —espetó, sacando su teléfono y saliendo de la cocina para que no pudiéramos escuchar su conversación, o incluso a quién llamaba. Era mejor que no hubiese manchado todo con harina.

—¿Qué hace? —preguntó Troy vacilante, a lo que negué con la cabeza.

No tenía ni idea, y no tenía miedo de admitir que me estaba molestando un poco por su actitud prepotente. Cruzándome de brazos, me preparé para entender esto.

Antes de que pudiésemos irritarnos o tener miedo, April regresó.

—Me quedaré con vosotros en Nochebuena y Navidad —anunció en un tono que no admitía discusión. Por muy bien que funcionase (era la respuesta a mis oraciones, de hecho), no iba a dejar que me ordenase nada.

—No necesitamos tu caridad —protesté, marcando la última palabra con tanto desprecio como pude.

Me ignoró por completo, aunque no podía culparla por eso; estaba siendo atacada por el enérgico abrazo de Troy. Lo aparté con suavidad de ella antes de que la estrangulase, ella no era mucho más grande que él, después de todo, y él casi bailó el vals escaleras arriba. April y yo lo vimos irse.

—No tienes que hacer esto —murmuré.

Tal vez estaba agradecido, pero eso no significaba que ella tuviese que saber qué tanto deseaba en lo profundo que me rescatase.

—No, en serio, no hay problema —respondió con sarcasmo, volviéndose para mirarme.

De repente me llamó la atención lo cerca que estaba. Tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para que ella pudiese mirarme a los ojos, y casi podía sentir el calor de su cuerpo. Resistí el impulso poco característico de dar un paso atrás nervioso.

—Darren —dijo en silencio que había seguido su palabra. No me moví. Sus ojos se posaron en sus pies, su frente estaba a un pelo de mi pecho—. Lo siento.

No tuve que preguntar de qué estaba hablando, al igual que ella, había entendido mi no disculpa. A través de la misma relación extraña que teníamos, supo que estaba perdonada. Volvió a mirarme a los ojos con su habitual mirada esmeralda, enmarcada por pestañas negras en su piel blanca.

Para romper el silencio, levantó un mechón de su cabello para examinarlo.

—Eres un desastre —informé con sequedad, tratando de quitar la harina de su pelo suave y sedoso.

Ella rompió la afinidad demasiado potente dando un paso atrás. Su cabello se deslizó de mi mano como el agua, a pesar de mi extraña renuencia que ignoré.

—Todo este lugar es un desastre —respondió, hizo un gesto abarcando la cocina.

—Alguien debería limpiarlo —señalé con cautela.

Adivinando lo que venía, me dirigí hacia la puerta, no de forma muy sutil. La velocidad era mi aliada en este momento, no el sigilo.

Ella asintió y echó un vistazo a la habitación.

—Oh, Darren —cantó con inocencia, agarrando un trapo para tirármelo. Pero fui demasiado rápido incluso para ella (y la anticipé). Había salido y había subido la mitad de las escaleras antes de que pudiese llegar a la puerta.

—De ninguna manera —exclamé en las escaleras, a salvo en mi posición en la parte superior—. Esta vez es tu problema.

Ella frunció el ceño para contener su sonrisa.

—Saborea tu victoria esta vez —gritó, su risa escondida resonó en su voz—. ¡La próxima no serás tan afortunado!

Ella tenía razón, decidí mientras me retiraba a mi habitación, seguro que tenía razón.



## Capítulo 10

### APRIL

Escuché el timbre sonar, por supuesto. No era tan estruendoso como el de los McGavern, sus notas resonando por toda la casa, incluso sobre mi música explosiva (la banda sonora de *Aladdin*, porque esa película era genial). Sin embargo, no se me ocurrió detener mi presentación de último minuto (la procrastinación era divertida, ¿no?). De hecho, apenas noté que el timbre ya no sonaba, mi música era lo bastante alta como para que el timbre solo fuese un susurro encima de ella, y estaba demasiado absorta en considerar si el papel de regalo del árbol de Navidad era más apropiado para Allan que las ranas de dibujos animados. Estaba tan preocupada que ni siquiera noté que la puerta de la habitación se había abierto.

—No sabía que eras una fanática de Disney —observó Darren, entrando en la habitación como si no tuviese cuidado con el mundo.

Me senté muy derecha, apagando la música. ¿Qué demonios estaba haciendo en mi cuarto? Nadie entraba aquí.

Él inspeccionó mi habitación con ojo crítico.

—O la chica de las katanas. —Entrecerré mis ojos con furia hacia él. No pareció discernir mi ira mientras miraba la katana desnuda que descansaba sobre mi escritorio (auténtica y en vivo, un regalo de cumpleaños de Jack el año pasado)—. O sí —dijo con una media sonrisa burlona—. Podría haberlo adivinado.

Me levanté, arrojando pedazos de papel, y me acerqué para bloquear su camino antes de que llegase a mi escritorio, emanando mi furia. No me importaba que fuese Nochebuena y debiese ser misericordiosa, lo había invitado y, por lo tanto, tenía derecho a mi hospitalidad, estaba en mi habitación. Nadie estaba permitido en mi habitación, aparte de mí.

—Fuera —ordené con brusquedad, señalando con un dedo inflexible a la puerta—. Ahora.

Él solo fue sorprendido por un segundo, ya estaba acostumbrado a mi estado de ánimo. Sin embargo, eso no significaba que lo aceptase.

—¿Por qué? —Llegó de forma casual a la katana. La quité de mi escritorio antes de que pudiese siquiera considerar lastimarse con ella y la planté, apunté hacia abajo, en el suelo con ambas manos apoyadas en la empuñadura. Él retiró su mano—. ¿Protectora de tu espacio? —preguntó con burla.

Su buen humor era tan arrogante y presuntuoso como el malo. No entendía que lo necesitaba fuera. Y lo necesitaba, con desesperación. Había demasiada evidencia en mi habitación de demasiados secretos.

—Sí, lo soy. —Logré forzarlo a salir de entre los dientes apretados. Resistí el impulso de amenazarlo con la espada, pero mi mirada tendría que ser suficiente, la sangre era tan difícil de limpiar—. Así que vete. —Y luego, solo porque me criaron para ser una buena anfitriona—. Ve a buscar a Allan. Él puede enseñarte dónde dormiréis tú y Troy.

—Él y Troy ya están tramando algo —me informó, sentándose con toda comodidad en mi cama.

La mayoría de los chicos se habrían sentido lo bastante incómodos en la habitación de una chica, y mucho más sentado en su cama, pero si él se sentía así, no lo demostraba. Estaba bastante a gusto (aunque, por fortuna, toda mi ropa estaba guardada. No sé cómo habría reaccionado ante los sujetadores y la ropa interior esparcidos por todas partes), puede que solo para fastidiarme, porque lo prefería fuera a cualquier precio.

—Allan no trama —repliqué, con los nudillos blancos contra la empuñadura negra.

Puede que no se sintiese incómodo, pero yo sí. Él se encogió de hombros, sin admitir pero también sin negar mi punto. Una vez más, me resistí al impulso de sacarlo de la habitación con la ayuda de la espada.

En cambio, recogí la funda donde la había arrojado después de practicar antes con una calma engañosa y envainé la katana en un movimiento suave (una hazaña más difícil de lo que parecía). La volví a colocar en su lugar,

ignorando la mirada impresionada de Darren. Crucé los brazos sobre mi pecho.

—Darren, ¿podrías salir? —pregunté con frialdad en mi voz suave. Como pensaba, la racha innata de gallardía que trató de ocultar con su arrogancia no le permitía desobedecerme cuando sonaba así. No era un arma que pudiese usar a menudo por miedo a desgastarla, pero era una parte muy útil de mi arsenal para manipular a Darren.

—Bien —asintió, levantándose y estirándose como un gato que no quería admitir que había sido arrojado fuera del sofá. Salió por la puerta como si partir hubiese sido su propia idea. La cerré detrás de él con una gentileza que desmentía lo mucho que quería golpearlo.

Volví a poner la música y me hundí en el suelo para terminar lo que la llegada de Darren había interrumpido, frotándome las sienes con cansancio. Ya no estaba enfadada: se fue cuando se lo dije, después de todo, pero no era justo. No debía permitir que invadiese tan fácil mi espacio con un aire tan relajado, y lo que era peor, no debería odiar tanto echarlo.



Estábamos en la mitad de una intensa partida de Monopoly cuando mi madre y Jack llegaron a casa del trabajo. Troy acababa de aterrizar en un aparcamiento libre, una vez más (juro que ese niño tenía los dados trucados, porque era demasiado afortunado) mientras Allan todavía estaba desolado por haber aterrizado en el paseo marítimo de Darren por segunda vez. Me reí de la avaricia de los hermanos McGavern y la desesperación de Allan, todo mientras guardaba mi secreto: yo, con mis monopolios naranja y azul, en realidad estaba ganando en silencio.

Oí la estruendosa risa de mi madre mucho antes de que apareciesen. Nadie más estaba al tanto de ellos. El envenenamiento con testosterona estaba en su apogeo. Estaba planeando aprovecharlo, hasta que Jack se apoderó de Troy justo cuando estaba por hacer un trato muy desfavorable con Allan.

—¡No hagas eso! —Todos los chicos saltaron al menos un pie mientras escondía mi sonrisa debajo de una mano.

Después de que hubiesen aterrizado, Darren y Troy se pusieron de pie, como si fuesen soldados sorprendidos por un comandante. La cara de Darren salió de un semblante hermoso y resplandeciente y se transformó instantáneamente en un hosco niño.

—¡Papá! —gimió Allan, a regañadientes—. ¿Por qué hiciste eso?

—Nadie más lo haría —respondió su padre, revolviendo el cabello castaño de Allan con cariño. Me dio una palmada en el hombro en señal de saludo, y le sonreí, con los ojos brillantes mientras lo veía tomar al ganador real del juego.

Se volvió hacia Darren, que estaba parado con rigidez, con una mano en el hombro de Troy mientras miraba impasible a Jack. La cabeza de su hermano estaba hacia abajo, mirándose los dedos de los pies como si temiese mirar a los adultos.

—Hola, Darren. —Jack sacudió la mano de Darren de manera jovial. Aunque al parecer se había encontrado antes con él, la genuina cordialidad de Jack no parecía ser lo que Darren esperaba. Me pregunté qué tan diferente habría sido la recepción en su casa.

—Gracias por dejar que nos quedemos, señor —respondió Darren en tono serio, soltando la mano de mi padrastro y colocándola en el hombro de Troy.

Jack lo ignoró, con o sin intención, no estaba segura.

—¡No hay ningún problema! —rugió, extendiendo otra mano hacia Troy, como le había mostrado al hermano mayor—. Troy, supongo, ¿no?

Troy agarró la mano de Jack y la soltó con rapidez. Se retiró tan atrás como el cuerpo de Darren se lo permitió.

—Sí, gracias —murmuró Troy con timidez. Era tan tímido, incluso con Jack, que era uno de los adultos más inofensivos que conocía, pero no había sido así conmigo.

Jack sonrió y comenzó a responder cuando mi madre, que se había quedado atrás de su marido por alguna razón, entró con toda la fuerza de un tornado.

—Allan, cariño —le reprochó a la ligera sin mirar a ningún otro lado, sin percibir aún a nuestros invitados—. ¿Debo volver a pedirte que saques la ropa

de tu bolsa cuando llegues a casa?

Allan agachó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento, Diana —murmuró. Mi madre siempre tuvo una manera de hacer que la gente se sintiese culpable sin antagonizar con ellos.

—Está bien —comenzó, pero la interrumpí, sabiendo lo que sería tan amable de decir.

—Pero serás tú quien huela, no ella.

Mamá se inclinó para darme un abrazo con un solo brazo, que regresé despreocupada, ignorando otra mirada de Darren, rápida, escondida e incrédula. Él no entendía eso, solo porque no demostraba afecto no significaba que no fuese cariñosa.

—No te burles de Allan, cariño —me regañó y rodé los ojos de forma despectiva.

Ella me había dicho eso un millón de veces al día y cuánto le prestaba atención estaba inversamente relacionado con cuántas veces lo había dicho.

—¡Pero es tan fácil! —me quejé, como siempre hacía.

Mi familia me ignoró, no es que tuviesen algo bueno que agregar al debate. Además, el huracán mamá ya había avanzado.

—¡Y tú debes ser Darren! —exclamó, mirando su mano extendida con formalidad para envolverlo en un abrazo, a lo que él no respondió, pero tampoco se apartó. Intercambié una mirada con Allan y Jack, ella estaba en modo madre completa. Los hermanos no sabrían qué la había golpeado—. ¡Es tan agradable conocerte! ¡He oído hablar mucho de ti!

Darren levantó una ceja inquisitiva hacia mí por encima de su hombro (no es que tuviese mucho espacio para hacerlo, porque la altura era una de las muchas cosas que no había heredado de mi madre), pero yo solo me encogí de hombros. No había dicho nada. No mucho.

Ella liberó a Darren, que dio un paso atrás como si estuviese conmocionado, y se volvió hacia Troy.

—¿Eres Troy? —Ante su asentimiento, ella lo abrazó con tanto entusiasmo como a su hermano. Troy, sin embargo, le devolvió el abrazo de igual manera,

aunque nadie podía igualar el abrazo de mi madre—. ¡Bienvenido! — continuó, dejando que el chico se fuese—. Es muy agradable que un amigo de April venga. Desde que... —Ante mi repentina y aguda mirada, se interrumpió. Mi madre era increíble, pero mentir no era uno de sus puntos fuertes—. ¡No ha traído muchos amigos a casa desde hace años! ¿Tenéis hambre? Voy a hacer unos...

Allan decidió tener piedad de Darren y Troy, que estaban tan abrumados que se habían quedado quietos, perdidos entre su formalidad arraigada tan en lo profundo y el persistente instinto maternal de mi madre.

—Diana —le dijo con paciencia, interrumpiendo su flujo de palabras con una rudeza la cual le había enseñado—. Estábamos en mitad de una partida.

—¿Qué? —Eché un vistazo al tablero—. Oh, claro, claro. Os dejo en eso, entonces. —Salió corriendo de la habitación, con Jack divertido detrás de ella. Desde la entrada, se giró hacia atrás sobre su hombro—. Por cierto, chicos, April os está ganando a todos.

—¡Mamá! —grité mientras los chicos contaban su dinero frenéticos y contaban el mío con asombrada incredulidad—. ¡Muchas gracias!

—Te lo dije antes, cariño. —Su voz descendió por el pasillo, mezclada con su risita alegre y la risa sonora de Jack—. Al menos dales una oportunidad.

## DARREN

Si hubiese sido cualquier otra familia, la cena habría sido más que incómoda. No importaba cuántas cortesías se pronunciasen, Troy y yo estábamos alterando la dinámica familiar que los Lexington tenían, incluso si se trababa de «mamá y Jack» en lugar de «mamá y papá» (o «papá y Diana» para Lex). Pero el señor y la señora Lexington eran diferentes a los adultos que había conocido, e incluso el señor Lexington era diferente en casa de lo que jamás había visto de él en cualquiera de las reuniones formales de mis padres. Nos aceptaron, tratándonos tanto como como pudieron como parte de la familia. La señora Lexington había cautivado a Troy por su timidez y estaba en camino a sacarle todas las confidencias con tanta habilidad como su hija había

demostrado antes de que hubiésemos terminado el plato principal, y de alguna manera el señor Lexington nos había comprometido a mí y a Lex en una conversación que me hizo parlotear como no lo había hecho en años. April solo miraba ambas conversaciones con una alegría casual que tenía una pizca de justificación satisfecha. La había visto tan feliz sin reservas tan a menudo como la había visto abrazar a alguien. En realidad, esta parecía una casa de maravillas.

April se levantó de su silla y comenzó a limpiar los platos vacíos (habíamos diezmado la comida, como el señor Lexington me había informado con orgullo, y había escuchado con evidente sorpresa que la señora Lexington la había hecho en casa). Me congelé con indecisión, medio levantándome de la silla. No parecía correcto dejar que April hiciese todo el trabajo, pero, en serio, ¿limpiar los platos? Conocía la etiqueta por miles de situaciones, enseñándomela desde que podía hablar, pero esto no estaba en la lección. Alfred o cualquier otro de los sirvientes lo habría hecho. Nunca se me había ocurrido que sería de otra manera.

La señora Lexington debió haber captado mi dilema, porque sacudió la cabeza hacia mí.

—No, no, eres un invitado —me aseguró—. No tienes que ayudar.

Me instalé con comodidad en mi silla. Si iba a inmiscuirme en esta familia perfecta, sentía que debía hacer algo para ayudar. Mi conversación vaciló cuando me senté incómodo y observé a April limpiar con eficacia la mesa y desaparecer tras una puerta que parecía ser de la cocina.

Tan pronto como April se fue, su madre volvió sus brillantes ojos hacia mí. Su hija no se parecía mucho a ella; el pelo corto de la señora Lexington era casi tan rubio como el de Candy, era más alta que la media, sus rasgos tendían a ser suaves donde los de April eran duros como cualquier depredador, y sonreía mientras que April permanecería inescrutables. Pero tenían los mismos ojos, intensos y penetrantes que podían ver más allá de la superficie de cualquiera, incluido yo.

—Entonces —comenzó, inclinándose hacia delante y apoyando la barbilla en una mano. De repente estaba tan concentrada como mi madre alguna vez

estuvo, pero mi madre nunca pondría el codo sobre la mesa. De inmediato estaba tan nervioso como cuando había llegado, con un lado adicional de la actitud defensiva que las preguntas de April siempre conjuraban—. ¿Cómo conociste a April? Sé que tú y Allan han sido amigos durante un tiempo, pero fue April quien te invitó.

Creí escuchar un ruido en la cocina, como si alguien se hubiese golpeado la cabeza contra la pared, pero lo ignoré.

—Nos juntaron para hacer un proyecto —respondí, eligiendo qué interacciones relacionar con mucho cuidado. No pensaba que a sus padres les gustaría saber de nuestra primera reunión junto al casillero de Cupido—. Y cuidó de Troy unas cuantas veces. Solo no quiso que nos quedásemos solos en Navidad si podía evitarlo.

—¡Claro que no! —Estuvo de acuerdo con gran énfasis, pero no distraída—. Pero ¿no hay otra razón para que ella te invitase? —Su sugestiva ceja levantada me dijo con exactitud de lo que estaba hablando.

—¿Qué? —tartamudeé, bendiciendo a mis mejillas bronceadas que no mostrasen mi rubor, no es que me estuviese sonrojando, no me sonrojé—. ¡No, no, no, nada como eso! —Había tenido muchas chicas que podían llamarse amigas, y muchas más con las que había tenido cierta relación, pero nunca había tenido que conocer a los padres. No es que fuese una situación de «conocer a los padres», pero era tan extraña como una. O eso me imaginaba—. Somos amigos, eso es todo. Nada más.

—¿Oh? —Tenía la sensación de que la madre de April no me creyó, y lo que era peor, por la extraña mirada que Lex me estaba dando, tampoco lo hizo. Pobre de él, la única vez que sospechaba era el momento en que estaba diciendo la verdad por completo. O tal vez solo estaba siendo protector con su hermanastra. Pero entonces los párpados de la señora Lexington se cayeron, y las pestañas protegieron sus ojos y pensamientos—. Bueno, me alegro de que seas su amigo. Después de sus problemas en su última escuela...

La puerta se abrió de golpe y April entró, cortando a su madre. Justo cuando estaba llegando a la parte interesante, pero estaba seguro de que ese era el punto.



—¿Postre frente al árbol? —sugirió, balanceando una pila de platos en una mano y una bandeja de pastel de frutas y galletas en la otra. Casi esperaba que tuviese la tetera sobre la cabeza, pero, junto con algo más difícil, tenía la mesa con ruedas frente a ella mientras la empujaba.

—Suenan maravilloso, cariño —afirmó la señora Lexington, levantándose de la mesa.

El resto de nosotros siguió su ejemplo mientras salía de la habitación, pero me contuve y le arrebaté la bandeja de la mano a April mientras pasaba. April me miró con enojo, seguí moviéndome. No quería que se le cayese el postre, no es como si estuviese siendo amable o algo.



Unas pocas horas después, solo quedábamos April y yo en la sala de estar. Había obligado a Troy a acostarse solo una hora más tarde de lo habitual. Los adultos habían decidido acostarse una hora después por agotamiento. Lex había desaparecido un poco después de ellos, y ahora estábamos solos. Eran las dos de la mañana y estaba tumbado sobre un sofá, mirando ocioso al juego de sombras que la luz del fuego proyectaba en el techo. April estaba acurrucada en un sillón enorme, con una manta alrededor. La única luz provenía del fuego que titilaba en la enorme chimenea.

—¿April? —pregunté, sin dejar de mirar el techo. Mi voz sonó fuerte cuando el único otro sonido era el crepitar de las llamas—. ¿Por qué estamos yo y Troy aquí?

—Troy y yo —corrigió por instinto, que vaciló, como si se preguntase cuánto decir. Esperó tanto tiempo que estaba considerando hacer la pregunta de nuevo, pero por fin respondió, considerando cada palabra—. Mi madre solía tener que trabajar algunas veces en Navidad, cuando tenía dos trabajos y tenía que mantener el apartamento y darme dinero que gastar. Eran las Navidades más miserables, y tuve muchas malas. Nadie debería experimentar eso. Desearía no haber tenido que hacerlo, incluso si el dinero que mi madre ganaba era para comprarme un conjunto nuevo, o al menos, era donde pensaba que lo gastaba.

Parecía que cada vez que medianoche pasaba, lograba aprender algo importante sobre ella. Esa parecía la tendencia.

—¿Entonces en qué gastabas el dinero?

Ella había dicho que no estaba al tanto de lo que decía cuando estaba cansada, pero a pesar de la hora, no parecía para nada cansada. No me estaba aprovechando de nadie, era solo curiosidad.

Suspiró e hizo una pausa, pero respondió con tanta sencillez que no dudé de su sinceridad.

—Cigarrillos.

—¿Por qué? —Hice una mueca al techo. No lo entendía. Odiaba los cigarrillos tanto como cualquiera que hubiese conocido, lo sabía muy bien.

—¿Por qué crees? —escupió.

Me senté y la miré sin expresión. No me miró, miraba el fuego como si estuviese viendo algo más que solo las llamas.

—Era adicta. Ni siquiera puedo decir eso.

La comprensión amaneció. Mi mandíbula cayó en sorpresa. No lo había visto venir, pero, de nuevo, nunca podría predecir a April.

—Es por eso que detestas tanto los cigarrillos.

—Entre otras cosas —permitió, su mirada cambió del fuego a mí—. Eso y el hecho de que te matarán si no los dejas.

Dejé de lado eso, no era el momento de interrumpir la inusual apertura.

—¿Son esos los problemas de los que hablaba tu madre? —Hubiese pensado que April era el tipo de persona inteligente para ser atrapada, pero si su madre lo supiese, habría tenido que ser descubierta.

—No. Ella nunca supo eso.

Su cara estaba ensombrecida, la luz la volvía extraña. Parecía fundirse en el sillón y la oscuridad, pero aún podía oír la nota dura en su voz.

—Entonces, ¿de qué hablaba?

Tan pronto como lo dije, me di cuenta de que había ido demasiado lejos. April no estaba lista para derramar todo y su límite había sido alcanzado. Ni

siquiera la magia navideña podría hacer algo que de repente revelase todos sus secretos.

Suspiró y se separó del sillón, tirando la manta al suelo. Se estiró como un gato. Mantuve mis ojos sobre el fuego, no sobre el ágil cuerpo que de repente quedó en claro relieve, perfilado por la luz de las llamas.

—No quiero hablar de eso —me dijo en voz baja. Parecía cansada de algo más que estar despierta. Su largo cabello colgaba suelto alrededor de su rostro y parecía casi igual de negro que la oscuridad a su alrededor. La cara pálida que reflejaba la luz y parecía casi brillar se veía salvaje, casi fea—. Así que voy a fingir que no me lo has preguntado.

Yo también me levanté, no con tanta gracia, pero una vez más, era más grande y menos delicado que ella.

—¿Por qué nunca me cuentas nada? —exigí.

Si ella hubiese estado de otro humor, o si no hubiese estado tan cansada (no estaba acostumbrado a quedarme despierto hasta tan tarde sin algún refuerzo), no lo habría preguntado, pero como era...

Ella rio incrédula, con una nota salvaje en su voz.

—Darren, sabes más de mí que casi cualquiera. Eres un buen amigo, incluso si tratas de no serlo, pero aún hay cosas que no puedo compartir con nadie, ni siquiera contigo. —Giró sobre sus talones, saliendo de la habitación con la gracia de una pantera, pero sin ira—. Me voy a la cama, buenas noches.

La miré irse, preguntándome si me alegraba que ella me hubiese llamado buen amigo, o si me molestaba que todavía no me lo hubiese dicho. Con April y sus malditos secretos, por lo general era un equilibrio a partes iguales, pero esta noche, el primero tenía que ganar.

## Capítulo 10

### APRIL

Por supuesto, en realidad no me fui a dormir. Fui a mi habitación (una especie de cama, ¿verdad?). Pero había tomado cafeína, era Nochebuena, eran solo las dos y media de la mañana. Tenía al menos otra hora antes de estar cansada. Pero había necesitado una excusa para alejarme de Darren. La cálida oscuridad y los silencios agradables me hacían demasiado comunicativa (siempre me había sentido muy cómoda por la noche). Pero Darren no sabía de mis tendencias insomnes. Era una táctica de escape viable, si supiese con exactitud de qué estaba huyendo.

Gruñí mientras me desplomaba en mi cama. Adoraba a mi familia, a mi familia inmediata, pero ¡la cena había sido desgarradora! Bueno, no toda la cena en sí misma, mi madre y Jack habían trabado su magia para sacar a Troy y a Darren de sus caparazones, pero hubo momentos... Pude haberlo escondido bien (tenía práctica, después de todo), pero con mucho gusto habría asesinado a mi madre después de su pequeño interrogatorio. Sabía que se suponía que las madres avergonzaban a sus hijas adolescentes, ¡pero mi madre siempre fue buena con eso!

Aunque... Ella podría haber visto que estaba más nerviosa por esto de lo que había estado... por mucho tiempo. Las audiciones del concurso de talentos no me preocupaban tanto, aunque no sabía por qué. Mi madre había sido genial con todos mis otros novios, no es que Darren fuese incluso un novio potencial. Era un amigo, y me pregunté si sabía lo difícil que era para mí admitirlo, pero eso era todo.

Media hora más tarde (después de haber intentado leer dos libros, distraerme cuando Darren pasó por mi puerta y repasar mi rutina de talentos) y estaba más que agradecida cuando sonó mi teléfono.

Quedé un poco sorprendida, ¿quién demonios me llamaba a estas horas? Pensaba que era la única lo bastante loca como para estar despierta. Me di la vuelta y agarré el teléfono que estaba en la mesita de noche sin molestarme en mirar la identificación de llamadas.

—¿Sí? —dije, alegre. La mayoría de las personas se extrañaba cuando estaba de mi mejor humor después de medianoche, pero esta persona me conocía lo bastante bien como para esperarlo.

—¡Hola! —exclamó Rhi.

Levanté las cejas. Rhi era una persona madrugadora, claro, y era la mañana de Navidad para ella, ¿pero a las ocho? ¿Y este optimismo? No la había escuchado así de feliz desde la última vez que salió con Brock, antes de que sus padres decidiesen meterse en su vida y tomaron la horrible decisión de no decirle a Brock de por qué lo estaba abandonando (pensó que sería menos doloroso no tener que imaginarla con otro chico. Le dije que era una idiota, pero ¿qué puedes hacer?).

—¿Qué pasó? —pregunté de inmediato. Conociéndola, divagaría durante horas antes de llegar al punto, y no tenía tanta paciencia. En realidad, no tenía paciencia.

—Hablé con mis padres.

Puse los ojos en blanco.

—Haces eso todos los días, Rhi —señalé.

Ella soltó una risita y fruncí el ceño. Quería saber qué demonios estaba pasando y su decidido baile sobre el tema no estaba ayudando.

—Sí, pero he hablado de verdad y les di una prueba real de que Don Bastardo me estaba engañando, ya sabes, como dijiste que siempre debí hacer, y que era un gilipollas total y esta vez me escucharon de verdad —dijo, efusiva. Casi podía oírla rebotar de alegría, sin embargo, conociéndola, su siguiente movimiento era que ella se caería porque había saltado mal—. Y dijeron que hablarían con sus padres y verían qué podían hacer porque no querían que yo fuese infeliz y no se habían dado cuenta de lo horrible que era y...

Abrí la boca, casi me caigo de la cama. Después de mi rutina de gimnasia imaginaria que me mantuvo en la cama, me las arreglé para interrumpirla con

incredulidad.

—Espera, ¿entonces vas a detener el compromiso? ¿Puedes venir a casa?

Estaba sonriendo como una idiota, esta era la mejor noticia que tenía en mucho tiempo.

Ella suspiró, algo de su éxtasis desapareció.

—No sé, quiero decir, ellos saben que quiero volver, pero puede que me hagan quedar aquí para poder terminar este año de instituto.

—Vienes a casa —repetí.

La magnitud de lo que estaba pasando cayó sobre mí: Rhi iba a volver a casa. Darren y Allan eran personas increíbles, y Candy y Brock estaban creciendo como amistades, por lo que ahora los quería mucho, pero Rhi era y siempre sería mi mejor amiga. Habíamos estado juntas desde que éramos niñas y ella tuvo el coraje de ir a hablar con la niña al otro lado del patio de recreo con la ropa de tienda de segunda mano. Sabía cosas de mí que no podía contarle a nadie, pero ella había estado allí y me había ayudado a superarlo, así que no tenía que decírselo.

—¡Lo sé! —gritó, toda su euforia regresó en una ráfaga de viento cálido—. ¿A que es una sorpresa? Pero ahora tengo que irme, cosas de familia, porque es Navidad y todo. ¿No son mis padres asombrosos? Oye, ¿allí no es muy tarde? Deberías irte a la cama. ¡Hasta más tarde!

Colgué el teléfono, aún con una amplia sonrisa. Rhi era el mejor regalo de Navidad que podría haber pedido.

Me quedé dormida poco después con el mismo estado de ánimo. Despertarse, sin embargo, era una historia diferente.

Lo primero que vi fue tres caras masculinas mirándome desde mi cama. Parpadeé, esperando estar alucinando. Todavía estaban allí, Troy con su sonrisa inocente, Allan y su sonrisa tímida, y Darren, anhelando contra un poste de la cama, sonriendo con malicia.

En cualquier otro momento, habría estado furiosa. Demonios, estaba furiosa. Pero no eran más tarde de las ocho de la mañana, y no estaba lo bastante despierta como para expresar mi enojo de forma coherente.

—¡Vamos, April! —chirrió Troy, rebotando en el extremo de la cama y sacudiéndome de mi ensoñación—. ¡Tenemos que abrir los regalos!

Gruñí y rodé, tirando de las mantas sobre mi cara. Regalos de Navidad o no, no quería levantarme. Eran vacaciones, y eso significaba que al mediodía era lo más temprano que me levantaba. Oí los murmullos de los chicos conferenciando, el tono bajo de Darren dominando el alto de Troy y el barítono de Allan.

De repente, Troy gritó.

—¡Uno, dos, tres!

Y antes de que pudiese reaccionar, me quitaron las mantas y Darren me recogió. Ignorando mis protestas, algunas de las cuales eran muy fuertes y otras eran muy violentas, él bajó las escaleras. Allan y Troy lo flanqueaban y trataban de evitar mis agitados brazos.

Cuando me depositó en el sofá, me di cuenta de la inutilidad de luchar y me apoyé con resignación en el brazo de Darren e intenté no pensar en cómo ahora tenía pruebas de lo que siempre había sospechado. Darren tenía muy buen cuerpo.

—Tú —me acusó mientras me dejaba caer con una dulzura sorprendente—. Necesitas comer más, eso no debería haber sido tan fácil.

—Así que soy pequeña, demándame —repliqué, cruzando los brazos y lanzando mi cabello hacia atrás, que, por suerte, no era el desastre que a veces era por las mañanas. Tenía motivos para bendecir esa pequeñez a veces, de vez en cuando, muy de vez en cuando.

—Tal vez lo haga —dijo arrastrando las palabras.

Hice una mueca de escepticismo, pero por una vez se negó a entablar una discusión. Después de un segundo, me di por vencida, era demasiado pronto para un debate.

—Bueno, ahora que estoy aquí abajo —declaré, goteando regalía sobre mis pantalones de lunas y mi camiseta XXL (en realidad era de Allan, y lo suficientemente grande como para ser un vestido)—, ¡traedme mis regalos!

Troy me miró con sus ojos de cachorro, grandes, los cuales parecía que eran idénticos a los de su hermano, pero a mundo de distancia.

—¿Puedo también abrir mis regalos? —preguntó con pena. Bueno, su madre le había enseñado una cosa al menos. Yo estaba a cargo aquí y él lo sabía por instinto. Me reí.

—Puedes —admití con amabilidad—. Pero vosotros —me referí a los dos chicos con una mirada que al menos hizo a Allan avergonzarse— me daréis mis regalos.

—El árbol está a cuatro pasos de ti —observó Darren con sequedad, mirando entre el árbol y yo con una expresión extraña.

Si no lo hubiese conocido tan bien como lo hacía, hubiese dicho que estaba nervioso, pero nunca lo estaba, jamás había visto así. Allan, sin embargo, ya se había inclinado ante lo inevitable y me estaba buscando mi primer regalo. Lo abrí despacio, con cuidado, saboreando la sensación de tener muchos regalos. Aun así, dejé el papel casi intacto. La economía nunca podría doler.

Saqué la brillante cadena debajo de la caja de terciopelo, una sonrisa creció en mi rostro.

—¡Es encantador! —lloré, viendo el colgante plateado de la luna creciente brillante a la luz de la mañana.

Allan sonrió, bajó la cabeza y se frotó la nuca con vergonzoso placer.

—No es nada, solo lo vi y parecía algo que te gustaría —murmuró.

Lo abracé solo con un brazo para agradecerle.

—Me encanta —le aseguré, reemplazando el collar. Era demasiado agradable para ser usado con ropa vieja y raída. Me volví hacia Darren, que estaba flotando cerca del árbol—. ¿Bien? —dije, levantando mi ceja expectante.

—Cierra los ojos —ordenó y lo miré fijo en respuesta.

Las mañanas me hacían débil, en especial cuando me despertaban temprano. Puso los ojos en blanco y asintió con la cabeza hacia Allan, quien, obediente, puso un cojín delante de mi cara.

—¡Está bien, cerrados! —grité en el cojín, cerrando los ojos. Si de verdad quería que fuese un secreto durante mucho más tiempo, supuse que podría



hacerlo—. ¿Podrías dejar de ahogarme?

—Bueno. —En lo que supuse era otra señal de Darren, el cojín fue eliminado. Mantuve los ojos cerrados, a pesar de la tentación de ver cuáles eran los ruidos que había oído. Darren se estaba moviendo, recogiendo algo. Esperé sin tanta paciencia, moviendo mi pie—. No es tan bueno como el de Lex —dijo, otra vez con la nota casi ansiosa en su voz. Sonaba bastante cerca—. Pero no tuve mucho tiempo y no tenía buenas ideas, así que... —Me arrojó algo caliente y peludo en mi regazo.

Abrí los ojos, unos ojos verdes me miraban desde una cara negra y puntiaguda.

—¡Darren! —exclamé, sosteniendo el pequeño gatito que había sido colocado en mi regazo como si no estuviese segura de que fuese real. Se sometió dócilmente a mis atenciones, hasta que decidí controlar su sexo y entonces él me atacó. Lo esquivé con habilidad—. ¡Darren! —repetí, incrédula, para expresar mi alegría.

Su sonrisa por mi asombro se atenuó por mi reacción (y puede que por mi falta de articulación), pero no se dignó a dar una justificación negativa.

—Si no te gusta...

Lo interrumpí y agarré mi nueva mascota contra mi pecho. Él se retorció un poco ante mi agarre posesivo, y me relajé. Un poco.

—Él es increíble, Darren —le informé al chico, acariciando al gato—. Y tú también.

Casi podía ver la tensión salir de él, es posible que incluso se hubiese puesto más rígido.

Aparte de eso, él no reaccionó a mi gratitud más que a mi desaprobación percibida, pero Troy, Allan, Jack y mamá (que habían acudido a ver mi increíble regalo) tenían amplias sonrisas en sus caras.

—Fue idea de Troy —respondió con sequedad, alejándose de las miradas de admiración de todos los demás en la habitación (a excepción de Troy, que solo parecía confundido) y fue hacia el árbol a sentarse junto a su hermano—. Ahora, ¿el resto podemos ver nuestros regalos?



## DARREN

Me abrí paso a través de mis regalos sin prisas, sin tener en cuenta la pulcritud (aunque, por supuesto, fui lo bastante educado como para no ensuciar el suelo de los Lexington), cuando abrí el bonito set de Tolkien de April (algo que debería tener un auténtico amante de la fantasía, me dijo), la tarjeta regalo de una cafetería de los padres Lexington, un videojuego que quería por un tiempo y un autografiado balón de fútbol de Lex. Troy y Allan ya estaban enfrascados en un juego de fútbol furioso alrededor de la sala de estar con la nueva pelota que me había regalado Lex y los adultos habían emigrado a la cocina para preparar unas galletas. April había abierto el resto de sus regalos con una excitación mal disimulada, pero ahora solo estaba sentada y observando el juego, acariciando con distracción al gato. Me levanté del suelo para extenderme al otro lado del sofá.

—¿Ya has decidido un nombre? —pregunté, haciendo un gesto al gato, quien se frotó la cabeza contra la mano, así que no la aparté. Incluso yo sabía que era mejor no desobedecer las órdenes de gatos.

—¿Idea de Troy? —respondió, por lo que pensé que no.

Le rasqué la cabeza, sintiendo su ronroneo vibrante.

—Más o menos. Lo sugirió, pero recordé que dijiste que a veces te sentías un poco sola y... —Dejé de hablar antes de decir demasiado.

April sonrió como si supiese lo que estaba pensando, pero lo dejó pasar, por fortuna. Podría haber sacado toda la historia de mí, de cómo traté de encontrar la forma de hacerle compañía a la sugerencia de Troy a la larga serie de personas que llevaron al permiso de sus padres, pero ella no necesitaba saber eso. Ni siquiera sabía por qué había puesto un esfuerzo tan monumental.

—Estaba pensando, tal vez, Blackjack —dijo después de una breve pausa, acariciando su pelaje.

—¿En serio?

—¿Shelby?

—Ugh.

—¿Salem? —Le di una mirada incrédula y ella se encogió de hombros—. Veía mucho *Sabrina, la bruja adolescente* —confesó.

Negué con la cabeza de forma despectiva. Supongo que, si no tenías televisión por cable, no tenías muchas cosas que ver, pero, vamos, tenía que haber algo mejor que eso.

—Piénsalo —propuse.

Ninguno de sus nombres era correcto para el gatito y sería casi criminal tener una mascota con un nombre horriblemente inapropiado. Vimos el partido de Troy y Lex en silencio por un momento. Lex estaba ganando, 3-2, pero acababa de recibir una penalización por poner en peligro el jarrón sobre la repisa de la chimenea, y las posibilidades de Troy de hacer un buen golpe eran altas.

—¿Vas a ir a la fiesta de Año Nuevo de Brock? —Rompí el silencio por fin, aunque pude adivinar la respuesta. No es que importase si iba, pero aun así...

—No sabía que había una —respondió con frialdad, la sinceridad que rezumaba de su voz no le creyó por un segundo.

—¿Cómo no? —pregunté con escepticismo—. Antes que nada, me has dicho muchas veces que eres omnisciente. —Medio sonrió ante eso, incapaz de negarlo—. Y yo estaba allí cuando Brock le dijo a Lex que...

Sostuvo la mano que acariciaba al gato para detenerme.

—Todo está explicado —anunció con una mirada exasperada de comprensión, y luego, llamó a su hermanastro—. ¡Allan!

Alzó la vista y sostuvo a un Troy lejos de la pelota con furia (y de manera inútil) con una enorme mano en la frente del chico.

—¿Sí?

—¿Sabes algo sobre una fiesta de Año Nuevo? —Se cruzó de brazos y lo miró expectante.

De repente me quedé helado por su parecido con mi madre.

—¡Oh, sí! —Él, cobarde, no la miró a los ojos. No es que no fuese atemorizante ni nada por el estilo, pero le faltaba valentía frente a cosas aterradoras como April—. ¡Brock hace una y quiere que vengas!

—¿Y cuándo dijo eso? —preguntó, tamborileando con los dedos sobre al antebrazo opuesto.

Lex miró hacia abajo.

—Hace dos semanas —murmuró y regresó con prisa a su juego antes de que pudiese reprenderlo de forma más severa.

April se volvió hacia mí.

—Ya ves. —Hizo un gesto con profunda vejación.

Escondí mi sonrisa. Mi hermano y yo no éramos tan divertidos de ver.

—¿Irás? —persistí.

No era como si tuviese planes o fuese una decisión difícil de tomar ahora que lo sabía. Ir a una fiesta y divertirse o quedarse en casa, ¿no? Decisión difícil, seguro.

—No.

—Sí.

En realidad, no tenía otra opción. Ya era hora de integrarla en la sociedad en la que tenía que vivir, ella no duraría mucho más tiempo en el instituto sin conocer la escena de la fiesta, y yo, el respaldo de Brock y Lex deberíamos ser suficientes para hacerla sentir lo más cómoda posible.

—No. —Ella pensó que tenía algo que decir algo al respecto. Más tonta.

—Sí.

Suspiró y enterró las manos en el pelaje de su gato. Su largo cabello cayó frente a su cara en una sábana de seda y oscureció su rostro, por lo que no pude distinguir su expresión.

—No, no voy a fiestas, Darren, no puedo. —Sonaba como si eso debiese haberme dicho algo. Sí, claro, que nunca había ido y estaba asustada.

—¿Por qué no? —desafíé, encontrándola con los ojos en lo que era un desafío a atreverse a decir la verdad a la luz del día por una vez.

Durante un largo momento, dos pares de ojos brillantes me miraron sin pestañear, entonces dejó de hacerlo y solo los ojos del gato me miraron.

—Solo no puedo —dijo en voz baja, mirando su regazo.

Rodé los ojos, molesto.

—¿Por qué no? —insistí.

Todos sus secretos (al menos, supuse que este era otro de sus secretos, porque todo sobre ella era así) empezaban a irritarme.

—¡No lo entenderías! —Su voz de repente saló al menos diez decibelios. Lex y Troy la miraron, asustados y alarmados, pero cuando se hizo evidente que ninguno de nosotros estaba en peligro físico, perdieron interés y volvieron a su juego—. No puedo ir a fiestas, no puedo. ¡No puedo ir a ninguna fiesta!

—¿Porque piensas que no te divertirás? —intenté, tratando de comprender su intensa antipatía hacia las fiestas.

Antes, ella solo parecía indiferente, pero ahora que ahondé más, realmente parecía que las odiaba. Siendo April, podría ser contrariedad, pero ahora podía leerla mejor que eso, esto era real, lo que sea que fuese.

—No. —Su voz bajó tanto que dudaba que alguien, en especial yo, estuviese destinado a escuchar sus siguientes palabras. Tenía más el sentimiento de una revelación que una respuesta—. Porque sé que lo haré.

Me incliné y agarré sus dos hombros, atrapando con firmeza sus ojos. Ella no apartó la vista, pero a juzgar por el parpadeo de algo que era casi miedo en sus ojos.

—Irás a esa fiesta aun si tengo que arrastrarte, aunque patalees y grites —informé lentamente, a propósito. No saldría de esta—. Necesitas salir más, April. Debes salir, divertirte un poco.

—Me divierto —protestó mientras se escapaba de mi control, con los ojos fijos en todo menos en mí. Luego se echó hacia atrás el cabello y levantó la barbilla, con una mirada desafiante en su cara ahora expuesta—. Bien, iré —declaró, un juego obstinado apareció en su expresión. Sus ojos se encontraron con los míos con una sacudida casi física—. Pero no puedo prometer que me divertiré.

Si no hubiese estado tan seguro de que ganaría esta discusión, me habría sorprendido mi victoria, había sospechado que tendría que arrastrarla allí contra su voluntad. No era frecuente que April sucumbiese a mi encanto e incluso, después de su arrebató, tuve un momento de duda. April alzando la

voz no era una buena señal, pero, de alguna manera, me abstuve de regodearme. Hasta el día de mi muerte, nunca sabré cómo.

—Puedo vivir con eso —admití con falsa renuencia.

Ella me dio una sonrisa unilateral.

—Bien, porque no volverá a pasar.

Escuché, por primera vez, un indicio de la educación que había recibido en su voz, como si su espeleología hubiese sido una especie de desencadenante de su regresión al habla grosera.

Eché un vistazo al reloj que descansaba contra la pared junto a la puerta. Los Lexington deberían tener tiempo para pasar en familia solos, era hora de que nos pusiésemos en marcha.

—Troy —llamé, y el juego se detuvo—. Tenemos que irnos.

Él y Lex se acercaron con idénticas muecas de desilusión en sus caras.

—Dar, ¿de verdad? —gimió Troy.

Le revolví el pelo y sacudí la cabeza con pesar mientras recogía mis regalos.

—Podemos hacer una estupidez —le dije a mi hermano.

Él sonrió, sabiendo que cuando decía «estupidez» me refería a algo relacionado con el dolor, pero increíblemente divertido. La última vez hicimos *paintball*...

—¡Vale! —chirrió, comenzando a meter sus regalos en una bolsa.

Cuando volví de despedirme de los padres y darles nuestro agradecimiento, Troy estaba ansioso y listo para irse.

—Adiós, April, Lex —exclamó, agarrando mi brazo para tirarme por la puerta—. ¡Gracias!

Se dio por vencido conmigo y salió por la puerta en un instante. Lo seguí más tranquilo.

Me detuve en la entrada. April estuvo a punto de chocar conmigo, pero logró mantenerse erguida y no tropezar con el gatito que se enroscaba en nuestras piernas.

—Realmente hiciste unas Navidades geniales para Troy, April —le dije.

No podría, no podría soltar mi orgullo lo suficiente como para decir «gracias», pero por esto, podría insinuarlo. Ella me había hecho un favor masivo. Sonrió casi con timidez y miró al gato. Entonces, April me abrazó.

Logré no tartamudear en mi sorpresa ni decir algo de verdad estúpido. Era bueno con las chicas, lo sabía, podría manejarlas encantado, pero abrazar denotaba un grado de intimidad que nunca tuve, nunca quise con ninguna. April abrazándome era extraño e incómodo, pero de alguna manera, extrañamente cómodo también.

—Darren —dijo en mi pecho. Casi podía descansar mi barbilla en la parte superior de su cabeza, y por alguna razón, tuve que dejar de hacerlo—. Gracias.

—No, April —respondí, devolviendo el abrazo con tanta suavidad como pude—. Gracias a ti.

## Capítulo 10

### APRIL

—¿Por qué estás aquí? —dije con brusquedad cuando abrí la puerta para revelar a Darren de pie en el porche, tamborileando con impaciencia.

Apenas me dio tiempo para no pisar antes de entrar y comenzar a dar vueltas, habría estado enfadada, pero hacía mucho frío.

—Para asegurarme de que vienes, Lex no podría, lo tienes envuelto alrededor de tu meñique —me dijo, observándome como si fuese una especie de maniquí con un atuendo que no estaba segura de si a él le gustó.

Lo miré fijo, girando con él mientras giraba. En realidad me había vestido con cuidado esa noche, tratando de encontrar un equilibrio. Me tomó un tiempo, pero al final encontré un conjunto que me satisfizo. La falda plisada negra que terminaba una pulgada más o menos sobre mis rodillas era ceñida y estaba sujeta con un grueso cinturón escarlata, el top era sin mangas y de color burdeo y las sandalias rojas de tacón eran lo bastante tímidas como para ser atractivas. Me había enraizado en la caja que contenía mi ropa vieja para el top y los tacones, y el resultado había sido mejor de lo que esperaba.

—Cumpló lo que digo —gruñí, negándome a mostrar cualquier incomodidad bajo su mirada inquebrantable. Carl, como acabé nombrando al gato (después de explicarle a Darren que mi abuelo había optado por Legolas hasta el final), se acercó a mi pierna, me incliné y lo recogí como una excusa inocente para distraer a Darren—. Entonces, ¿apruebo?

O no entendió mi sarcasmo o lo ignoró.

—Te ves bien —admitió. Se encontró con mis ojos y sonrió a regañadientes, levanté la cabeza con orgullo ofendido. Deseé poder tirar de mi cabello hacia atrás, pero estaba retorcido en un moño y sostenido de forma segura con una goma—. ¿Pero puedes caminar con eso? —Miró de reojo los finos tacones.



Me encogí de hombros y escondí mi sonrisa bajo el pelaje de Carl. Podría hacer mucho más que caminar (tampoco tenían tantos centímetros), una vez corrí y gané una carrera con estos tacones (una de esas ideas que parecen buenas cuando estás borracha), pero Darren no necesitaba saberlo.

—Son buenas armas —observé, eludiendo la pregunta. Mentirle a Darren era cada vez más difícil, mucho más de lo que debería haber sido, pero la omisión siempre era más fácil, y más complicada de atrapar, ya que estaba mejorando al leerme.

—¿A quién planeas pegar? —preguntó mientras simulaba nerviosismo y le di mi mejor sonrisa malvada. Era muy, muy buena; tenía demasiada práctica.

—No te gustaría saber —me burlé, ahora él estaba ansioso. Ja, toma eso. Si él iba a ponerme en estas situaciones, necesitaba darle un poco de tortura a cambio.

—Dije que deberías divertirme, no hacer una escena —me advirtió.

Decidí dejar de señalar la ironía de que él me dijese eso. ¿Cuándo hice alguna vez una escena? Pero rodé los ojos, quizá mentirle no era tan difícil.

—Si insistes —permití, pero con un brillo astuto en mis ojos.

Creo que entonces podría haberme golpeado, o al menos haberlo intentado, si mamá no hubiese bajado en ese momento.

—Cariño, estás preciosa —arrulló, examinándome de manera similar a como lo había hecho Darren, pero mucho menos dispuesta a las críticas—. ¡Oh, hola, Darren!

Él asintió con torpeza. Todavía no estaba acostumbrado a la maternalidad efusiva de mi madre o cuán diferente era de ella, pero mi madre no se dio cuenta, su atención se fijó en otra parte.

—¿De dónde sacaste esos pendientes? —preguntó, mirando las plateadas lunas que colgaban de mis orejas reveladas por mi cabello recogido. Destellaban, atrayéndolos como pequeños trozos de fuego que colgaban de mi cabeza—. No los recuerdo.

Mi mano se movió para sostener el collar de luna de Allan.

—Me los dio Dan —murmuré.

Sus ojos se abrieron en *shock*, miré hacia abajo, todavía frotando el colgante. No era mi culpa que los pendientes se viesan tan bien con el collar, Dan y Allan conocían mis gustos. No había nada simbólico sobre los pendientes, nada en absoluto. El hecho de que los estuviese usando para la primera fiesta a la que había asistido en años no significaba nada.

—Cariño. —Me sostuvo con el brazo extendido, estudiando mi rostro con una intensa amabilidad. Odiaba cuando hacía eso, la calidez no le permitía irritarse. Enterré la cabeza en la piel de Carl, sin querer mirarla a los ojos demasiado sabios para su comodidad—. ¿Estarás bien?

—Estaré bien —le respondí con brusquedad, sacándome de su agarre.

Carl, protestando por mi repentino movimiento, saltó de mis brazos y el rostro de Darren reveló su conmoción; rara vez hablaba con enojo, pero mamá, siendo mamá, me dio un apretón tranquilizador en el hombro y se fue. Ella entendió que incluso si esto era un error, era un error que tenía que cometer. A veces, adoraba a mi madre.

Darren abrió la boca, puede que para hacer una pregunta que nada me hubiese obligado a responder, pero Allan, por una vez impecable, bajó las escaleras. Por supuesto, significaba que el momento era horrible para Darren, pero no me importaba.

—April, ¿estás...? —Dejó de hablar cuando vio a Darren apoyado contra la pared, y su rostro, por una fracción de segundo, mostró tanta sospecha como alguna vez, pero luego se aclaró, y todo estuvo bien de nuevo—. McGavern, ¿vienes con nosotros?

—Tenía que asegurarme de que April no se desanimase —respondió Darren, saludando a Allan con un apretón de manos rápido, casi brusco.

Negué con la cabeza para aclarar cualquier recuerdo persistente y miré a los chicos. Eran un grupo guapo, mis acompañantes. Incluso en los viejos tiempos no me hubiese avergonzado a ir a una fiesta con ellos, y solía ser bastante exigente.

Allan estaba vestido, por supuesto, como el atleta estereotipado en vaqueros y una bonita camiseta que mostraba sus bíceps en extremo impresionantes, su cabello castaño yacía donde caía, pero Darren lo eclipsaba como el sol sobre la

luna. No podría haberle herido que siempre hubiese preferido a mis chicos larguiruchos en lugar de demasiado desarrollados, pero incluso Rhi habría estado de acuerdo conmigo en esto. Él era maravilloso, me daba cuenta (no por primera vez) cada vez que lo admiraba con puro placer estético. Podía ver cómo rompía corazones, con sus vaqueros oscuros y su camisa azul marino que, supuse, coincidiría con sus ojos en algunas luces desgastadas, con su cabello castaño bien peinado, con los ojos brillantes. Añádele a eso su aire melancólico y malvado y su sonrisa peligrosamente magnética, pero era un placer puramente estético y... eso era todo.

De repente, emocionada, lancé mi cabeza hacia atrás y solté una carcajada de placer. Las expresiones de sorpresa de los chicos solo me hicieron reír más fuerte. Mientras ellos aún se estaban recuperando de la bomba de mi repentina alegría, agarré sus muñecas y los arrastré hacia la puerta. Me alegré de no notar que estaba sobre los tacones como lo había estado alguna vez, como andar en bicicleta, supongo.

—¡Bien, vamos! —insté, todavía riendo mientras conducía a los chicos fuera—. ¿A qué estamos esperando?

Dos horas más tarde y mi alegría había cesado. Era difícil, más difícil de lo que esperaba. Había sido un error venir, incluso considerar venir, y lo sabía, pero Darren, maldito sea, de alguna manera había confabulado para que olvidase eso. Había incendiado la chispa rebelde que había estado dormida durante un año o dos, y no podía evitarlo.

Me apoyé contra la barra, agarrando con firmeza el borde de la copa. Era una especie de salvavidas, de algún tipo; tal vez, si me aferraba a ella, no sucumbiría a la canción que todavía hacía que mi cuerpo se moviese al ritmo. Ya me había defendido de un par de borrachos, pero la música era lo más difícil de resistir.

—¿Qué estás haciendo sola aquí sentada? —exigió Darren, desenredándose con calma de los brazos de una chica y caminando hacia ella.

Levanté las cejas hacia él mientras tomaba una cerveza de detrás de la barra.

—Creo que la pregunta adecuada es «¿qué estás haciendo?» —respondí, mirando a la chica que tropezó con desprecio apenas velado. Al menos nunca

había sido alguien como ella, probablemente estaba demasiado borracha como para recordar.

Se encogió de hombros de forma despectiva y sacó una caja de cigarrillos de su bolsillo. Luego, con una mirada hacia mí, los reemplazó.

—Lo siento —murmuró con torpeza.

Agité una mano indiferente. Podía darse cuenta de lo agradecida que estaba en realidad por haberme considerado.

—¿Quién era? —le pregunté.

Ante su mirada inquisitiva, asentí con la cabeza a la chica que acababa de despedir, que ahora estaba bailando sola en el centro de la sala. Un poco lamentable, de verdad.

—Oh, ella. —Tomó un sorbo de su bebida—. No sé. Ashley, ¿tal vez? ¿Dana? —No parecía preocuparle demasiado. Al menos yo sabía los nombres de todos los tipos que conocí en fiestas, en principio, por lo general. Darren debió de haber notado la repulsión en mi rostro—. ¿Te molesta?

—Bueno, no me hace sentir bien —respondí con irritación.

Estar de vuelta aquí me recordó cómo solía ser. ¿Había sido alguna vez tan cruel como él? Por desgracia, la respuesta era clara.

—Vamos, April —comentó, un poco más relajado—. Relájate, toma una copa o dos, pasa un buen rato.

—Me estoy divirtiendo —insistí, agarrando la barra con más fuerza.

Su constante burla no había cesado desde que habíamos llegado aquí, no debería haber venido.

—No te has movido en una hora —replicó. Se apoyó contra la barra y dio otro sorbo de su cerveza, su lenguaje corporal demostraba lo frío que era—. Relájate y ve a bailar. Busca a un... —vaciló por un segundo, apenas perceptible— chico y mueve las caderas. Suéltate el pelo.

Algo dentro de mí se rompió, su burla despiadada había hecho su trabajo, me había encontrado.

—Está bien. —Cogí la cerveza en su mano y tomé un sorbo—. ¿Quieres que me divierta? Lo haré.

—Pero... Esa era mía... April, ¿estás bien? —tartamudeó mientras le devolvía la bebida.

Le di mi mejor sonrisa inocente y comencé a alejarme. No hice caso de su llamada y me sumergí en la multitud, agarrando una cerveza de una bandeja que pasaba.

Un momento después encontré a Candy y tomé prestado su bolso con todo el maquillaje dentro (bueno, más bien lo robé, pero ella no se daría cuenta y luego se lo devolvería) y caminé hacia el baño. Una vez allí, subí la falda unas pocas pulgadas (solo un poco, no quería parecer una completa desesperada) y me apliqué un poco de maquillaje (delineador de ojos y un poco de brillo labial), me quité la chaqueta y el collar y lo guardé en el bolso de la chaqueta.

Me paré frente al espejo y me estudié. Todavía era yo, pero era una versión más antigua del viejo yo. Este era el yo que solo Rhi conocía. Probé mi sonrisa. Suficiente. Estaba lista.

Suspiré, reuní mi coraje, me solté el cabello como una última idea y salí del baño. La música me envolvió de inmediato, y por primera vez desde el accidente, me abandoné.

Hasta que Darren me sacó de allí, alejándome de un chico muy amable. Tenía un vago recuerdo de champán y un tipo que había intentado besarme. Dejé que me arrastrase fuera de la pista de baile, jadeando y sonriendo.

—¿Qué estás haciendo? —demandó y me reí un poco.

¡Él había dicho eso antes! Pero esta vez fue diferente, ¿tal vez con inflexión? Estaba enojado... ¡Uh, oh, alguien estaba en problemas!

De milagro, recordé estar enfadada.

—Me estoy divirtiendo —escupí—. ¿No es eso lo que querías?

Me echó un vistazo, creo que copió mi mirada escéptica. Era gracioso en él...

—Solo si realmente lo estás pasando bien —dijo. Agarré la cerveza que sostenía, pero él la cogió. Oye Se suponía que debía ser más rápida que él—. No quieres eso, —me informó, mirándome a los ojos—. ¿Cuánto has bebido?

—Lo suficiente —dije sin preocupación.

Tenía un cigarrillo en la boca, puede que se hubiese encendido tan pronto como me fui. De repente, de verdad, de verdad anhelaba uno. Me gustaba, necesitaba uno, ahora mismo. Mi mano libre lo agarró.

—No quieres eso.

Lo tomó y lo apagó, dejándolo caer en un cenicero cercano e hice un puchero encantador, pero él no soltó mis muñecas. Se veía demasiado alto desde aquí, porque tenía que estar muy cerca de él para que me sostuviese ambas muñecas.

—Sí, quiero —protesté, sin importarme que sonaba como una maldita cría petulante.

Me gustaba ser una niña. Era divertido, pero no era una niña, ¿verdad? Diecisiete no era tanto... ¿O sí? ¿Qué edad tenía Darren? Era más alto que yo. ¿Tenía sentido eso?

—Confía en mí —dijo, sacudiendo mis muñecas para aclarar su punto. Era un poco divertido, me gustaba, me sacudió un poco y todo se sacudió, era como un parque de atracciones, pero sin nervios—. No quieres.

Más tarde, me preguntaría por qué lo hice. Tal vez mi tolerancia se había reducido, y estaba mucho más borracha de lo que había pensado, o tal vez solo estaba atrapada mi viejo y salvaje yo y ella me poseyó para hacerlo, o tal vez era solo parte de esa noche salvaje que liberó parte de la rebelión que había estado ocultando desde aquella fatídica noche.

Pero por qué lo hice, me tomó un segundo filtrar a través de mi cerebro empapado de alcohol lo que estaba sucediendo, y aun así no lo creía. Era imposible, pero cierto.

Estaba besando a Darren McGavern y por alguna razón que nunca supe, él me estaba devolviendo el beso.

## DARREN

Esperaba que el beso de April (no es que esperase un beso de ella, de ninguna manera, de ninguna manera) fuese contenido, inocente, quizá torpe, no calificado. Eso era lo que debería haber sido, pero no lo fue. Era cálido y

apasionado y tenía la habilidad suficiente para hacer que mi cuerpo respondiese antes de siquiera poder detenerlo, devolviéndole el beso con igual ardor, y luego (por desgracia, pensó una parte de mí) me separé de ella preguntándome si ella era April o quizás algún clon malvado.

—¿Qué estás haciendo? —le susurré, tratando de no llamar la atención.

Por ella, no por mí, claro, ya que era bastante frecuente encontrarme besando a una chica, pero ella nunca me perdonaría si la gente se enteraba de que esa chica era ella.

—¿Qué crees? —Sí, eso había sido un ronroneo.

No pensaba que April fuese capaz de ronronear. Si ella era una gata (y eso era posible, viendo lo mucho que quería a Carl), ella sería una gata de montaña salvaje, no una gata caprichosa. Esto era muy raro; tal vez ella tenía razón y no debería haberla traído.

—Tienes que ir a casa —anuncié, empujándola con suavidad hacia la salida.

Ella se aferró a mi brazo en pánico. Incluso borracha, su agarre era fuerte.

—¡No! —exclamó, plantando los pies y negándose a caminar. La gente se volvió para mirarnos. Solté un bufido y la empujé a un rincón lejos de todos—. ¡No puedo ir a casa así! —gritó demasiado efusiva—. Mamá no puede verme así, ¡no puede!

—Bien —dije de mala gana—. Pero aquí no te quedarás, Brock tiene habitaciones arriba donde podrás dormir. —Eso, sometido a su sumisión, solo demostraba que algo andaba mal.

La arrastré hacia donde había visto por última vez a Brock. Era bastante impresionante, la verdad, incluso borracha como estaba, no se había tambaleado ni una sola vez. No bromeaba acerca de esos tacones.

—Oye, Brock —murmuré—. ¿Tienes una habitación en la que ella pueda dormir? —Hice un gesto hacia April y me lanzó una mirada, medio engreída y medio sorprendida. Él sabía muy bien a qué me refería cuando solicitaba una habitación.

—¡No pienses mal! —aclaré de inmediato. ¿Cómo podía pensar eso? En realidad, me sorprendió que incluso fuese tan lógico—. Está muy borracha.

—¿Cómo lo sabes? No lo parece.

Estaba en lo cierto. Puede que no se pareciera a April, vestida como si fuese una puta tímida, pero se veía lo bastante sobria, meciéndose apenas con la música como si no pudiese resistirlo.

—Confía en mí, lo está —aseguré.

No había forma de que April, en su sano juicio, me besase.

—Bueno, lo que tú digas. —Se rio un poco lascivo, pasando sus ojos apreciativos sobre el atuendo de April. Lo fulminé con la mirada y sonrió como si acabase de demostrar un punto—. Muy bien, amigo. Llévala a la habitación en la que normalmente te quedas, nadie tiene permitido ir allí, debería estar vacía.

Como una cuestión de conveniencia, sabía todos los códigos para entrar en varias partes cerradas de la casa de Brock. Asentí con la cabeza y empujé a April hacia las escaleras. Nadie nos dio una segunda mirada o algo así para ver quién era la chica con la que estaba, gracias a Dios. Cuando llegamos a la habitación, la tiré sobre la cama.

—Ahora, a dormir.

Ella se levantó de nuevo, caminando por la habitación con pasos rápidos que parecían un baile.

—¡No estoy cansada! —protestó, como una niña obstinada en desacuerdo con su atuendo... bastante maduro.

—Tal vez no —expliqué, cruzando los brazos con firmeza—. Pero has bebido demasiado. —Mantuve mi postura en la puerta.

—¿Demasiado? —se rio, más como una niña que como mis *groupies*—. ¡Desde siempre he bebido más que eso!

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

Me sentí mal, preguntándole sobre sus secretos cuando estaba tan borracha, pero ella no estaba diciendo algo que podía no descubrir nunca, y no era en realidad una pregunta que quería hacer, como por ejemplo quién era Dan y cómo demonios la estaba mirando como lo hacía ahora. Desde una postura objetiva incluso yo podía admitir que ella estaba buena.



—No vas a fiestas.

—Ya no —susurró—. No desde primer año, pero en octavo grado... Diablos, ¡debía ir a una fiesta todas las noches! —Abrí los ojos con sorpresa, porque su estado de ánimo cambió una vez más—. Yo era... —Se detuvo un momento para pensar—. Yo era bonita, ingeniosa, no necesitaba trabajar cuando estaba en la escuela, aburrída hasta la locura y mamá siempre estaba trabajando. ¿Qué más necesitaba?

—Así que... ¿Querías crecer más rápido? —pregunté.

Ella se rio y tiró su pelo hacia atrás.

—Entre otras cosas, pero ¿qué preadolescente no? Y tú no eras el único que sentía la necesidad de rebelarse contra un padre que nunca estaba allí.

Sus ojos de repente se volvieron muy, muy penetrantes. Cambié de tema rápido.

—¿Pero octavo grado? Eras demasiado pequeña —observé, ella seguiría hablando. De esta forma solo sabría uno de sus tantos secretos y de todas formas no es como si fuese a decirle algo sobre el beso o lo que fuese, no creía ni que fuese a acordarse de algo.

—¡Oh, sí, era una pequeña zorra! —dijo burlescamente, aunque había un matiz claro de arrepentimiento, o incluso dolor—. Era una chica precoz, con mis novios mayores y la vida de las fiestas. ¿Cómo crees que me hice adicta a los cigarrillos?

—Pero ya no lo eres —repliqué, me hubiese gustado que dejase de hablar, me hacía parecer idiota. Aparte sentía que estaba escuchando algo privado, una confesión católica. Incluso si ella me lo contaba, se sentiría como una blasfemia y no estaba bien.

—No lo sé —dijo ahora enojada. Hizo un gesto en la curva de su falda y yo me negué a seguir el curso de su mano—. Sigo siendo la misma persona.

—No, no lo eres, solo estás aquí porque te obligué a venir —la contradije con fuerza, resistiendo el impulso de sacudirla. No quería estar cerca de ella otra vez, por si acaso. Un beso podía tener excusa, dos... sería más difícil—. Esta no eres tú, April. Ya no. Has dejado de ser como eras, ¿por qué?

Por alguna razón, estaba desesperado, necesitaba saber más de ella. Dicen que la sabiduría se encuentra en el fondo de una botella, tal vez ella tendría algo para mí.

—Decidí que no me gustaba quién era, mamá consiguió un trabajo con Jack, me cambié de escuela, muchas cosas se fueron a la mierda. —Ahora estaba tranquila, sentada en la cama, inmóvil. Se llevó una mano a la oreja, comprobando que los pendientes aún estuviesen allí—. Nada para ayudarte, lo siento —susurró.

Fruncí las cejas con confusión mientras la miraba. Quería saber más de ella pero a la vez no, no quería entrometerme en cosas que no eran de mi incumbencia. Me pregunté cómo sabía por qué se lo había preguntado, pensaba que no quería saber. Ni siquiera Brock, con quien había tenido una amistad desde que se mudó aquí en tercer grado, podía leer mi mente como ella podía.

—Vete a dormir —le dije con brusquedad, todavía en la puerta—. Te sentirás mejor.

Ella obedeció y se quitó los zapatos, tirándose en la cama.

—Lo sé. —Y por fin, allí estaba la April que conocía. No me gustaba la persona que había dejado atrás. Entonces se acurrucó en una bola, allí tumbada, con los ojos cerrados. Se veía demasiado bien—. Estaré lista para irme cuando Allan esté listo.

—Puede que antes. —Estuve de acuerdo, dispuesto a bromear ahora que ella estaba volviendo a su estado habitual.

—Casi con certeza —dijo, poniendo fin a la conversación. Allí, sin el cansancio mundial casi trágico en sus ojos y voz, parecía muy pequeña.

Me negué a permitirme más que esa mirada, ella no era Troy, a quien no tenía ningún reparo en ver dormir, solo para asegurarme de que él estaba allí. Tan pronto como decidió descansar, salí de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de mí mientras volvía abajo. Con suerte, podría encontrar a alguien que me hiciese olvidar que April sabía a limonada.

## Capítulo 10

### APRIL

Nunca hablamos de esa noche.

Darren debió de pensar que no me acordaba y, excepto por un comentario indirecto sobre que todo había vuelto a la normalidad, no mencionó nada de lo ocurrido esa noche, ni el beso ni las confidencias, y eso me molestó (tenía todo mi derecho a saber lo que había hecho). Ese beso, que había sucedido porque estaba en mal estado, era una condenación en lo más profundo de mi mente, algo tan escondido como una aguja en un pajar. Lo había hecho borracha, y quizá más borracha de lo que pensaba, o por lo menos lo suficiente para saber lo que estaba haciendo y que no me importaba. Bueno, no me importaba ahora.

Pero ambos éramos maestros en el arte de la evasión y podíamos ignorar u ocultar los sentimientos rebeldes. Así, se desvaneció enero hasta llegar a febrero con todo el clima desagradable. Nada había cambiado en nuestra amistad. En todo caso, nos habíamos acercado más durante ese tiempo, bromeábamos y discutíamos con el mismo orgullo de siempre. Darren siguió tratando de conquistar a Cupido a través de sus notas coquetas y yo seguí rechazándolo hasta por lo menos enterarme de qué demonios estaba buscando. Aparte de eso, el negocio de Cupido era bueno, sobre todo con el Día de San Valentín acercándose (alegría, alegría), y por si fuese poco, aún había un pequeño detalle sobre una apuesta con Darren que debía tratar.

—No me digas que necesitas la ayuda de Cupido —bromeé mientras caminaba hacia mi casillero solo para encontrar a Darren estudiando el casillero de Cupido con atención. Oh, algo bueno había dentro.

—Por supuesto que no —respondió con rapidez, dando un paso hacia atrás. Me reí y dejé la mochila en el suelo, abriendo la puerta con cuidado,

bloqueando con mi cuerpo el casillero para que no pudiese ver lo que había dentro—. No necesito la ayuda de nadie.

—Está bien, te creeré —admití con sarcasmo. Me encantaba tener una última hora libre, no había multitudes molestas para empujarme. Lo cual me recordaba una cosa...—. Debes dejar de saltarte Francés.

—*¿Pourquoi?* —se quejó, una ligera sonrisa burlona se formó en su rostro, sabía muy bien que yo no iba a Francés. Bastardo—. *Je le comprends deja tout.*

Cogí la mochila y cerré el casillero. Aunque se había olvidado de algo, de un detalle importante. Yo antes había ido a otra escuela.

—*Mais tu peux toujours plus apprendre.* —Sonreí ante su mirada de asombro. Ja, toma esa, grandullón, el hecho de que hubiese escogido Portugués no significaba nada... ¡En la cara, Darren!

—No es como si me importase —murmuró.

—Eso depende —le contesté, apoyándome con comodidad en el casillero. Por el rabillo del ojo vi a una figura al acecho, con los ojos fijos en el casillero de Cupido. Parecía femenina y una nueva cliente, necesitaba más chicas—. De lo que quieras hacer con tu vida.

—Nada que me guste necesita el francés —afirmó.

Levanté las cejas con escepticismo mientras comenzaba a caminar por el pasillo con él junto a mí. Detrás de mí, vi a la chica escabullirse hacia el casillero 420. Bueno, tenía razón, era una cliente. Parecía joven, tal vez de primer año, y había unos buenos chicos en primer año...

—Lo necesitas para los negocios —observé—. Para hablar con socios extranjeros y esas cosas.

Por no hablar de que el francés era una lengua preciosa, con una rica historia a sus espaldas.

Se detuvo y me miró por una fracción de segundo, con tristeza en su rostro, pero su tono y expresión se volvió frívolo y siguió moviéndose.

—¿Quién dijo que quería entrar en el mundo de los negocios? —preguntó con una voz que decía que no importaba, pero sus ojos decían que sí.

—Nadie —le contesté con la intención de tranquilizarlo. Los chicos y sus egos, o, por lo menos, Darren y su ego, eran sin duda peor que las chicas—. Solo asumí...

—Bueno, asumiste bien —escupió—. Mi padre lo ha planeado todo. Me voy a ir a Princeton, como todo el mundo en la familia McGavern desde el inicio de los tiempos.

Me estremecí por dentro. Por lo que había oído sobre el padre de Darren (en su mayoría, conversaciones con Troy o Brock) no parecía muy paternal. Por lo menos Jack dejaba que Allan hiciese lo que quisiese hacer, sin expectativas de hacerse cargo de la empresa (aunque Jack estaría encantado si Allan tomase la decisión de hacerlo).

—¿Y si dependiese de ti? —cuestioné.

Se encogió de hombros como si nunca hubiese pensado en eso, pero conociéndolo, estaba segura de que tenía un plan archivado. Sus siguientes palabras confirmaron mi sospecha.

—Me gustaría ir a alguna gran universidad en una gran ciudad —dijo sin ninguna emoción—. Y luego ir a la escuela de derecho a algún lugar lejos, muy lejos.

—Abogado, ¿eh?

Moví los ojos de arriba abajo, estudiándolo, burlona. Podía verlo haciendo eso. Con su experiencia, su gusto por el argumento y la tenacidad de un bulldog, podía llegar a ser un gran abogado. No podía, sin embargo, verlo en el mundo de los negocios.

—¿Qué? ¡Sería bueno en eso! —protestó, como un niño pequeño después de mi examen. Había más en su voz de lo que creo que él sabía.

Estaba bastante halagada de que hubiese tomado tan en cuenta mi aprobación, creo que nadie se preocupaba por mi opinión, exceptuando quizás a Rhi.

—Claro que sí. —Le sonreí.

Esa era la verdad marginal, si él quería eso, debía ir a por ello, así era como siempre había vivido mi vida. Darren no debía permitir que su padre definiese

su vida.

—Yo... —Habíamos tomado caminos diferentes, bueno, al menos yo. Escogí el pasillo hacia la sala de teatro. No era un lugar al que fuese a menudo. Aunque sabía actuar de forma adecuada con mis compromisos, muchas gracias —. ¿A dónde vas?

—Oh, lo has olvidado —contesté de forma enigmática.

Amaba confundirlo. Se ponía demasiado adorable cuando se enfadaba, y me daban ganas de reír.

—¿Olvidar qué, Jones? —gruñó, dando un paso largo para cerrarme el paso. Le di una sonrisa falsa.

—Es algo trivial porque lo has olvidado, no sé si debería decírtelo —dije de manera espectacular, tocándome la barbilla con un dedo. Esto es lo que quería decir con que sabía actuar, casi podía ver el humo salir de sus orejas.

—¡Maldita sea, April! ¡Dime! —exclamó.

Fruncí el ceño y me crucé de brazos, él sabía cómo engatusar a una chica.

—No te voy a decir nada si me hablas de esa forma —advertí, tratando de no sonreír ante lo mucho que había sonado como una madre. Bueno, supongo que hay gente peor que suena como ella, quiero decir, tendría que convertirme en alguien como ella en algún momento. No es que yo deseara serlo, pero la gente decía que era algo inevitable.

Dejó escapar un lento suspiro, sonando como un gato enojado, pero se calmó de forma gradual.

—Dime de lo que hablas, por favor —murmuró, pero la última palabra la dijo entre dientes, como si no pudiese soportar la idea de humillarse tanto.

Le sonreí con malicia.

—Voy a las audiciones del concurso de talentos —le dije cuando llegamos a la puerta del teatro, y me detuve—. ¿O es que te olvidaste de nuestra pequeña apuesta?

Abrió los ojos un instante, recordando la apuesta, y luego los redujo con astucia. Me miró con ojos de serpiente.

—Claro que me acuerdo. —Sonrió—. Vas a confesar tu amor eterno hacia mí frente a toda la escuela, ¿no? —Sus ojos se deslizaron fuera de los míos y miró mis labios. Sabía lo que aquellas palabras habían evocado, labios, aliento a alcohol y cuerpos calientes. Aparté esa imagen antes de que nuestros pensamientos acabasen en un lugar en el que no los queríamos.

—Creo que debes empezar a buscar la ropa en los armarios de tus *groupies* — anuncié con autoridad, con un brillo travieso en la cara, sujetando con fuerza la mochila—. O si no la escogeré yo, y sabes que no quieres eso. —Antes de que pudiese responder, me di la vuelta y cerré la puerta.

Me cambié rápido de ropa, dándome cuenta de que todavía tenía tiempo antes de mi audición y rebusqué en la mochila. Eché un vistazo a través de las notas que había logrado meter y me encontré con la que esperaba. El papel de la nota era el mismo, como de costumbre, con la misma fluidez, con la misma escritura, la nota era tan familiar.

«Te estás volviendo lenta. ¿Por qué aún no encontraste a mi pareja?».

Suspiré y la metí de nuevo en la mochila.

Por muchas razones que tú no sabes, Darren, por muchas que yo no entiendo.

## DARREN

Después de escoltar a April a sus audiciones, de alguna manera, terminé en la cafetería donde ella trabajaba. No quería esperarla, sería extraño e innecesario, pero no quería ir a casa. Mi madre me había dicho que iba a estar en casa con Troy, lo cual significaba que se encargaría de que Alfred estuviese allí para encargarse de él o, si por algún milagro ella llegaba a casa a tiempo, no podía dejar que ella me viese esperándola.

Me senté en una mesa en la esquina trasera, sin pedir nada y sin llamar la atención. En realidad no quería nada, solo necesitaba un lugar para esperar algo que hacer. Tal vez debería esperar a April, aunque solo sea por mi vagancia y no por mis ganas de esperar a nadie, pero necesitaba un poco de espacio respecto a ella. Después de ese recordatorio de la apuesta, fui tan estúpido

como para recordar el beso en la fiesta. Esos recuerdos no eran buenos y debía detenerlos. Todo esto estaba empezando a aburrirme.

Entonces la puerta se abrió y Lex y Brock entraron tan campantes, seguidos de Candy y una de sus amigas. No estaba seguro de querer verlos. Sí, estaba aburrido, pero no estaba con ganas de soportar sus risas. Me moví en la silla y Brock me vio y me saludó. Moví la cabeza hacia atrás, incapaz de escapar, incluso si quería. Luego de comprar unas bebidas, se sentaron en la mesa.

—¿Cómo llegaste tan temprano? —preguntó Brock, sentándose a mi lado, haciendo caso omiso de la chica clamando por esa silla, quien luego se abalanzó sobre la mesa para conseguir el asiento a mi otro lado. Vaya, ¿estaría obsesionada?

Me encogí de hombros en un intento de parecer casual, sin tener en cuenta a la fulana.

—Me salté Francés —le contesté con brusquedad.

Desde el otro lado, Lex intervino.

—Debes dejar de faltar a clase, hombre.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué demonios, este era el día de joder a Darren? No necesitaba que mis compañeros se convirtiesen en mis padres.

—Suenas como tu... —Lex intervino mi queja con un movimiento de cabeza violento. Se me había olvidado por completo que la mayoría de la gente no sabía quién era su hermanastra, se sentía como si lo supiese desde siempre y que debería ser conocido por todo el mundo—. Suenas como April —modifiqué, aunque el comentario había perdido la mayor parte de su fuerza.

Brock me dedicó una amplia sonrisa de complicidad.

—¿Eso es algo malo? —preguntó con la mayor astucia que pudo reunir.

Fruncí el ceño.

—Déjenlo en paz, chicos —les dijo Candy cuando llegó a la mesa, la última de todo el grupo. Se sentó en el regazo de Lex y, por un segundo, su cara se volvió roja. Ella o bien no se dio cuenta o fingió no hacerlo—. No es de nuestra incumbencia, o sea, si quiere arruinar su vida.



—Tienes razón. —Arrastré las palabras. Debería haber sabido que no debía esperar que ella estuviese de acuerdo con Lex—. No es...

—Pero ¿dónde está? —continuó Candy, como si yo no hubiese hablado. Puse los ojos en blanco e hice un gesto con pereza. Candy hizo un mohín, informándome que se había irritado un poco—. April. ¡La chica con la que, o sea, estás todo el tiempo!

—No estoy siempre con ella —dije con firmeza. Tal vez, si April estuviese aquí (solo era una posibilidad en mi mente), ella habría detectado una pizca de hosquedad por ahí. A juzgar por la mirada confundida de Brock, él lo notó. No es que existiese, también podría haberlo imaginado.

La chica que había ganado el concurso de «Sentarse al lado de Darren» (no es que hubiese otras competidoras), revoloteó sus pestañas hacia mí. Tenía los ojos parecidos a algún personaje de dibujos animados, ¿por qué atraía a estas chicas?

—Sí lo estás —se quejó, clavando sus uñas color rosa en mi brazo y echándome (lo que yo creo que eran) miradas coquetas a través de sus enormes pestañas—. ¡Nunca tienes tiempo para estar con nosotros!

Le disparé a Brock una mirada molesta que, si no era una petición de ayuda, era por lo menos una asistencia. Él me miró, casi podía sentir la diversión revolotear a su alrededor.

Me calmé, pero, con firmeza, me despegué de su brazo.

—Nada podría hacer que eso suceda —le dije con la suficiente ironía para hacerle saber a esta chica lo que sentía por ella (bueno, solo lo sabían Lex y Brock), pero sin duda, esta merecía mi burla.

—Pero de verdad —intervino Lex—. ¿Dónde está April?

Los ojos de Candy se clavaron en él, de lejos, incluso pude ver las dagas que lanzaron sus ojos.

—En las audiciones para el concurso de talentos —le contesté. Todos los ojos se volvieron hacia mí. ¿Y qué si yo sabía dónde estaba? Eso ocurría con los amigos, no tenían que hacer una gran cosa al respecto. No es como si hubiese aprendido de memoria su agenda ni nada—. Pero podría haber terminado, no estoy seguro —añadí de manera significativa.

—¿Concurso de talentos? —El interés de Candy se despertó. Se incorporó un poco más recta en el regazo de Lex y su rostro se puso rojo de nuevo. Lo estudié con interés, nunca había visto ese tono rojo antes—. ¿Qué está haciendo?

Lex y yo intercambiamos miradas. Pensaba que uno de nosotros sería capaz de responder a eso, pero al parecer April había decidido ser misteriosa. Le encantaba ser enigmática, demasiado para el bien de todos, incluyendo el suyo, y más el mío, porque si ella no se hubiese dignado a ser tan malditamente intrigante, no habría necesitado encontrar nada de ella.

—No sé —admití a regañadientes—. No importa, de todos modos, ella no va a entrar.

Lex negó con la cabeza despacio.

—Yo no estaría tan seguro de ello —me advirtió.

Decidí renunciar a la respuesta obvia, porque cualquiera, incluso adivinando que su inevitable confusión no era voluntaria, arruinaría la diversión.

Una vez más en el momento justo (¿es que mi vida era una maldita obra de teatro?) April entró en la cafetería y caminó hacia el mostrador e intercambió un par de palabras con la chica que allí había.

—¡Hey, April! —Lex la llamó tan pronto como la vio (un buen minuto después de que ella entrase). Candy, Brock y la otra chica se giraron hacia ella, apenas notándola. ¿Cómo podían ser tan poco observadores?—. ¡Ven aquí!

Sus ojos se clavaron en mí con una intensidad ardiente durante una fracción de segundo y luego los revoloteó alrededor de la cafetería casi vacía. Luego, con un encogimiento de hombros, caminó y se acercó a la mesa. Su pelo estaba recogido en una coleta y sus mejillas estaban rojas, aunque eso podía ser por correr hasta aquí. Se veía demasiado bien, aunque yo nunca se lo diría.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando llegó a nuestro alcance. Brock y yo hicimos gestos señalando si nos levantábamos para ofrecerle nuestras sillas, pero ella hizo un gesto y se sentó en la mesa de al lado.

—¿Cómo te fue? —exigió Lex.

Ella me miró y le sonreí con inocencia. No había hecho nada malo, todo el mundo lo habría sabido con el tiempo. No es que le hubiese dicho a la gente que ella me había besado...

—¿Te lo dijo Darren? —Toda la mesa asintió, ella sacudió la cabeza con fastidio—. No lo sé, los resultados no se publican hasta la próxima semana.

—¡Oh, sí! —exclamó Candy de repente—. Eso es lo que decían. —Todos los ojos se volvieron hacia ella. Giró un mechón de su pelo alrededor de su dedo índice y se apoyó sobre el hombro de Lex, otra vez ese tono rojo—. ¿Qué? ¡Me había olvidado!

La mirada de April se disparó entre Lex y Candy, pero no hizo ningún comentario.

—¿Tú también te presentaste? —preguntó April.

—Sí, ayer. He cantado durante los últimos dos años. —April asintió y pareció dejar el tema de lado, Candy, sin embargo, no—. ¿Qué vas a hacer?

Los ojos de April brillaron al ver la curiosidad en todos, me negaba a mirarla a los ojos.

—Tendrás que esperar y descubrirlo —declaró.

Todos suspiraron en decepción, levanté una ceja con sarcasmo.

—¿Y si no entras? —propuse.

Es posible que no hubiese considerado esa opción, pero era el único resultado posible, esperaba. Vestirme de mujer no se vería bien en absoluto, y de verdad estaba esperando la confesión de April.

Sus labios se torcieron en una media sonrisa: maliciosa, inescrutable y alegre, todo en uno.

—Bueno, entonces tendrás que vivir insatisfecho, ¿no? —Sus risueños ojos se atraparon en los míos, y a pesar de su certeza fuera de lugar, no pude evitar sonreír.

—¡Darren! —La chica a mi lado me arañó el brazo con sus malditas uñas de neón—. ¿Te enteraste de la fiesta este fin de semana en Greco? Debes venir, o sea, de verdad. ¡Sería tan increíble!

Para mi sorpresa, la chica no añadió «o sea, para prestarme toda la atención a mí, o sea». Brock y Lex no pudieron contener la risa esta vez. Ellos estallaron en carcajadas, incluso Candy ocultó una sonrisa. Miré a April, a la espera de su réplica ingeniosa, pero tenía la mirada perdida.

—Estoy seguro de que así sería. —Estuve de acuerdo, todavía confundido por la reacción de April. La sonrisa de la chica se agrandó. Dios, ¿por qué Candy tenía que andar alrededor de estas cabezas huecas?—. Pero no estoy seguro de si puedo ir —añadí rápido.

—¿No, por qué? —insistió, con sus uñas clavándose más en mi piel.

Me negué a mostrar que me estaba doliendo como mil cuchillos, pero cuando vi una sonrisa escondida en April, me sentí mucho mejor.

—Mucha gente, planes y todo eso —le contesté, tratando de escapar de su abrazo de la muerte. ¿Por qué todos estos pollitos tenían que ser tan fuertes?

Las risas de Lex y Brock continuaron y Candy intervino para salvar a su amiga.

—Debes venir —me informó—. Hay mucha gente que va. A que sí, ¿Lex? —Le dio con el codo en las costillas y él asintió—. ¡Y April, espero! —añadió.

Mis ojos se posaron en April. Tenía la cabeza hacia abajo, pero levantó la vista y nuestros ojos se encontraron un momento.

—No puedo ir —declaró sin espacio para la discusión. Candy abrió la boca para tratar de convencerla, pero April hizo caso omiso—. Debo irme a trabajar. —Se bajó de la mesa y se fue detrás del mostrador antes de que cualquier protesta saliese de nuestra boca.

—Entonces. —Esta chica molesta no podía dejarlo ir, ¿no?—. ¿Vas a, o sea, ir?

Esta conversación era tan inútil. Ninguna chica tiene jurisdicción sobre mí, si yo no tenía ganas de ir a la fiesta de Greco, ya que no habría ninguna buena compañía, era asunto mío y de nadie más.

Me puse de pie, obligándola a liberarme.

—No puedo —anuncié, y luego, antes de que pudiese protestar, seguí hablando—. Tengo que ir a casa. —No hice caso de la mirada confusa de

Brock, él sabía muy bien que yo no tenía que hacer eso. En algún momento, se daría cuenta de que estaba escapando—. Adiós.

—Nos vemos.

—Hasta más tarde, amigo.

—¡Adiós!

Pero, por supuesto, uñas de rosa tenía que tener la última palabra. Ella agitó su mano en lo que supuse que estaba destinado a ser algo coqueto.

—Está bien, Darren —arrulló, lo bastante fuerte como para que toda la cafetería pudiese escucharla y sacar conclusiones equivocadas—. ¡Nos vemos en Greco!

Pude sentir los ojos de April sobre mi espalda al oír esas palabras, y el poder penetrante de sus ojos clavados en mí me siguieron fuera de la cafetería.

## Capítulo 10

### APRIL

—¿Qué estás haciendo?

Levanté la vista de los papeles extendidos frente a mí. Vi a Darren mirándome con escepticismo y volví a estudiar los folletos. Nunca era bueno ignorarlo (aunque se ponía histérico cuando lo hacía). Bufó con molestia y cogió el folleto de mi mano.

—¿Qué es esto?

Me resigné a prestarle atención, me giré en la silla y lo fulminé con la mirada, negándome a reconocer que la posición hizo que mi espalda gritase. ¿Por qué tenía que ser tan alto? ¿Y por qué siempre parecía que estaba rodeada de gigantes? Dan también me sacaba dos cabezas...

—¿Qué te parece? —repliqué, arrebatando el folleto de sus manos.

Con su tontería masculina de siempre que contradecía sus momentos de percepción, no se dio cuenta de que la pregunta era retórica. O eso, o solo había sentido ganas de ser molesto, con Darren, bien podría ser cualquiera.

—Cosas de universidad —me informó, ocioso, cruzándose de brazos y hojeando los papeles con interés desapegado. Cogió dos folletos de la pila y los examinó, divertido—. Harvard y Yale —observó con sequedad, dejando el folleto de Yale de nuevo en la pila—. No pondrás tu vista demasiado alto, ¿verdad?

Me encogí de hombros y seguí ojeando la Universidad de Chicago, sin molestarme en mirarlo a los ojos o incluso mirarlo de forma directa. El sarcasmo solo convertía a algunas personas selectas, algunas personas selectas eran, por supuesto, yo.

—No voy a fingir humildad, y tengo ambición, a diferencia de otras personas.

—Eso implica, por supuesto, que yo no —explicó a nadie.

No lo negué, todavía pensaba que Darren debería trabajar más en todas las clases, porque él podía hacerlo mucho mejor y entonces podría ingresar a una universidad (una de su elección) por mérito propio, más que por el legado de su padre, lo que me parecía una forma mucho más honorable de vivir. Mucho más.

O bien no quería provocar la discusión (bueno, más bien argumento, pero con Darren y yo, las discusiones eran debates por defecto) o no se dio cuenta. Cualquiera que fuese el motivo, continuó con una pregunta diferente.

—¿Y por qué lo miras ahora? No tienes que mirarlo hasta el año que viene.

—La postergación no da resultados a largo plazo. —Y yo estaba aburrida (febrero tenía ese efecto en mí). Esto me hacía ver como que estaba haciendo algo, por lo que si un profesor miraba en la biblioteca, no me gritaría. ¿He mencionado que estaba aburrida?—. Y cuanto más pronto lo decida, tendré más oportunidades de conseguir una beca.

Él me lanzó una mirada de sorpresa, observó mi solemnidad total y puso los ojos en blanco con exasperación.

—April —me dijo con exagerada paciencia—. Lo que sea que fueses en tu antigua escuela. —Sus ojos se deslizaron lejos de los míos cuando omitió la verdad, y se iluminaron en un azul muy bonito (no es que los ojos de Darren fuesen bonitos, pero el color sí, es todo)—. Ahora eres una Lexington, con todos los beneficios incluidos. No necesitas una beca.

Puse los ojos en blanco, el movimiento condescendiente protegía mi revelación de su vista. Siempre había asumido que iba a necesitar una beca para ir a la universidad, había vivido con eso desde que podía recordar, nunca se me había ocurrido que ese hecho inmutable en mi vida ahora había cambiado. Darren estaba en lo cierto, Jack podía pagar mis estudios. Whoa.

—Bueno, da igual, no pierdo nada. Debo intentarlo si puedo —le respondí.

—Estarás quitándole el dinero a alguien que realmente lo necesite. —Levantó una ceja ante mi expresión, mi mandíbula se podría haber caído, sabía que mis ojos estaban muy abiertos, pero es que era algo extraño. ¿Darren mostrando preocupación por alguien que no fuese él? Y además por gente más

pobre que él. Alguien alerte a Superman, porque el fin del mundo estaba cerca—. ¿Qué? —preguntó—. ¿No me permites cuidar a los menos afortunados?

Debería haber sabido que era mejor que creer en la máscara de Darren, tendía a salir de la nada con un repentino arranque de compasión, y después de todo, ¿quién mejor que yo para entender lo que era una máscara?

—Se te permite —dije con calma, a pesar de la confusión que había en mi interior. ¿Por qué no podía solo ser agradable o arrogante? Entonces tal vez lo entendería y no sería tan condenadamente intrigante—. Solo que no lo haces.

Se apartó un mechón de su pelo de la cara con dedos fuertes, sin dejar de mirar casi melancólico el folleto de Harvard.

—No muchas personas valen la pena —comentó.

Asentí, pensativa, y ahora estaba siendo cínico de nuevo. ¿No podía decidirse?

Eché un vistazo a la habitación, miré el reloj, suspiré y saqué mi libro. Darren notó el suspiro irritado y me miró con recelo.

—¿Qué pasa? —preguntó, con un tono de voz que solo era conocido entre los «chicos malos» de chicos guapos, para que sonase a la vez interesante y demasiado frío como para preocuparse por nada—. ¿Por qué te preocupas por el tiempo?

—Mann solicitó —hice una mueca. No me sentaba bien que alguien me dijese qué hacer, incluso si ese alguien era un profesor y fuese por una buena causa, o al menos, eso debería ser— que lo ayudara con Historia. —Su expresión escéptica me informó que era muy poco probable que pensase que alguien me ordenaría qué hacer—. Su profesor le dijo que necesitaba un tutor, y de alguna manera consiguió mi nombre, y se vería bien en mi solicitud para la universidad... —Dejé de hablar, agitando una mano con frustración inarticulada.

—Y esto significa que estás mirando el reloj porque... —sugirió Darren sin preocuparse. Al parecer, mi explicación no lo había impresionado. La tutoría, supongo, era para los mortales menores, me gustaría verlo intentándolo alguna vez.



—Se suponía que debía estar aquí hace veinte minutos —le contesté con irritación.

La popularidad estaba muy bien, pero mantener las citas era una cortesía común, en especial porque le estaba haciendo un favor. Yo no era la que necesitaba un tutor, debería haber tenido la cortesía de llegar a tiempo. ¿Y qué si era el magnífico capitán de baloncesto con ojos azabache que podría derretir el corazón de una piedra?

—Y está haciendo novillos —aclaró Darren, todavía impasible a excepción de una leve sonrisa.

—Es obvio —escupí, señalando la silla que Darren ocupaba—. Porque no está aquí.

Los ojos azules casi blancos anunciaron su ira. Se levantó con ominosa precisión, todavía tan impasible como lo había estado cuando lo conocí.

—Ahora vengo —anunció. Decidí no reírme de lo mucho que sonaba como un villano en una película de serie B—. Y también lo hará Mann. —Estaba hablando en un tono de voz que incluso me hizo dudar de discutir con él (aunque nunca me detenía), así que me abstuve de expresar mi sarcasmo mientras salía a zancadas de la habitación.

Una vez que se fue, mi cabeza se dejó caer sobre mis manos dobladas. Mi cara casi tocando la madera oscura de la mesa, con la capucha levantada lo más posible para bloquear la mayor cantidad de luz, junto con los pantalones oscuros y la holgada sudadera, me hacían parecer más una mancha negra con protuberancias parecidas a las extremidades humanas, pero en realidad no me importaba, porque, demonios, estaba cansada. Hoy era San Valentín, después de todo, e incluso si April no le daba mucha importancia, era el día más ocupado de Cupido. Me había quedado despierta durante horas las últimas noches, terminando las tareas escolares (odiaba, odiaba, odiaba, odiaba la carga de trabajo), mis obligaciones extracurriculares y, además de todo eso, las horas extras de Cupido... Bueno, digamos que incluso para mi insomnio, había estado durmiendo lo suficiente, y luego, para colmo de males, tenía que llegar a la escuela más temprano debido a la avalancha de notas que fueron

entregadas, y si las mañanas y yo no nos llevábamos bien, las mañanas tempranas y yo éramos el polo norte y sur de un imán.

Después de unos buenos dos minutos de revolcarme en un miserable agotamiento, el aburrimiento abrumaba mis intentos poco entusiastas de tomar una siesta. Levanté la cabeza (¿era solo yo, o me sentía más pesada de lo normal?), coloqué los folletos en la mochila y saqué la bolsa que contenía las notas de Cupido. Era la única en la sala, excepto por una persona instalada en un escritorio frente al ordenador y otra absorta en su trabajo. Sabía por experiencia que ninguno se movería hasta que sonase la campana, mi identidad estaba a salvo.

Por lo general, el día de San Valentín valía la pena por el trabajo adicional, porque la gente de repente se daba cuenta de que había que tomarse más en serio a Cupido y las notas de agradecimiento entraban a raudales. Era gratificante saber que me apreciaban, y la certeza de que mis parejas estaban felices era por lo que trabajaba.

Pasé las notas, sonriendo al número de ellas. Había sido un buen año, con numerosas parejas creadas enamoradas y la única separación notable (Rhi), que, bueno, fue una circunstancia atenuante, no fue mi culpa. De todos modos, ese error pronto se rectificaría, ya que Rhi regresaría a fines de agosto y, por lo tanto, después de todo, habría un final feliz para ella y para Brock.

Una nota negra cortó mis reflejos satisfechos y la cogí. ¿Podría ser una de los chicos emo? En general, incluso ellos eran más alegres que eso en el Día de San Valentín... La examiné, una sonrisa confundida creció cuando me di cuenta de quién era. Cortada en forma de corazón, tenía una línea dentada dibujada por el centro, por supuesto que comprada en una tienda cara (pero tenía que ser de él). Todavía era bastante bonita, de una manera trágica. La volteé, escrito en tinta plateada, con la conocida ortografía de Darren, estaban las palabras:

«Porque no estoy contigo».

No pude evitar sonreír ante lo adorable que era. Sabía que tenía un motivo ulterior, y que su plan final no podía implicar nada bueno para Cupido, pero aun así... Para alguien tan pragmático y decididamente frío, podría ser

romántico cuando quería (o necesitase) serlo. Algún día, encontraría a una chica que podría romper su fachada helada y sería una chica afortunada.

—April. —Sorprendida, deslicé la nota en mi manga y la bolsa en la mochila antes de dar la vuelta. Darren, pastoreando a un Chris Mann que miraba, si una expresión castigada era posible, en su hermoso rostro, estaba de pie en la entrada—. Aquí está tu ausente. —Frunció el ceño hacia Mann, giró sobre sus talones y se fue.

Apenas me pregunté por su actitud cortante (Darren se enojaba por las cosas más aleatorias, ¿y quién era yo para entenderlo?). Contemplé a mi estudiante. Ojos negros tan oscuros y profundos como agujeros, cuerpo fuerte y alto de atleta, deliciosos rizos negros que cualquier chica habría envidiado por la piel oscura... El chico estaba más que bien, y él lo sabía.

—Lo siento por llegar tarde —se disculpó.

Me dio una sonrisa que podría haber lanzado al menos cincuenta barcos y sentí que mi enojo se esfumaba, estaba demasiado cansada para enojarme con alguien por mucho tiempo.

—Solo ven puntual la próxima vez —amonesté, tratando de ser severa.

Este chico podría encantar a cualquiera, y yo no era menos susceptible que cualquier chica. Solo sabía cosas que ellas no sabían. Como el hecho de que era un mujeriego igual de malo que Darren y lo peor es que simulaba afecto antes de romperles el corazón, y con todas las drogas que tomaba, su carrera atlética no avanzaba demasiado rápido, y siempre existía ese rumor silencioso que poca gente creía, pero que yo no acababa de descartar, acerca de que una amiga apareciese con un ojo morado. En general, había una razón por la que nunca lo manejé con Cupido, incluso si lo solicitaban con la misma frecuencia que a Darren.

—Lo prometo —expresó con una sinceridad tan bien fingida que no podía decir que era falsa, aunque lo supiese. De nuevo, la sonrisa abierta y seductora.

Dios, él era cálido y encantador y en apariencia tan humilde como siempre lo fue Darren, ¿había algo que no pudiese gustarte de él?

—Está bien, comencemos.

Sí, era muy consciente de que Chris Mann era un bastardo de primera categoría y con muchos problemas a la espalda.

La verdadera pregunta era: ¿podría recordar eso?

## DARREN

—Obviamente —gruñó April, haciendo un gesto hacia mi silla con frustración inarticulada—. Porque no está aquí.

Podría haberlo predicho. A Chris Mann no le importaba nada su trabajo escolar o cualquier otra cosa, excepto el sexo y las drogas, y, supongo, un poco, el baloncesto, y más sexo. Al menos no pretendía importarle más que eso, incluso si yo, en lo más profundo de mi corazón, lo hacía, quiero decir, tenía a Troy y a mis amigos, y... Bueno, eso es todo, pero es más que Mann, y no le daba crédito a su historia sobre un profesor que lo había obligado a recibir tutorías. Incluso si un profesor arriesgase la ira de nuestro director de deportes enloquecido para amenazar al capitán de baloncesto, no era (aborrecía tener que admitirlo) lo bastante tonto como para fallar en una clase. Él sabía que no era malo en las estúpidas clases.

Pero por mucho que desconfiase de los motivos de Mann, April no debería perder el tiempo, en especial no por uno de los seres humanos más inútiles de la Tierra. Sin mencionar que quería ver a Mann estrellarse y arder sobre la roca invencible que era April.

—Ahora vengo —declaré, haciendo una mueca interna por mis palabras cuando salieron de mi boca. Sonaba como un tipo malo en una estúpida película de aventuras, pero April no hizo ningún comentario cuando me levanté y arrojé el folleto que me había estado torturando, así que pensé que estaba bien—. Y también lo hará Mann.

Salí de la biblioteca, oí un débil golpe cuando la puerta se cerró, lo que, supuse, era la cabeza de April golpeando la mesa. Bueno, este último tiempo parecía cansada, incluso si no respondía cuando le preguntaba por qué. Típico de April.

Ignorando los espeluznantes pasillos rosados y rojos mientras los atravesaba, me dirigí hacia la parte posterior de la escuela, donde sabía que se podía encontrar Mann. Era donde todos los drogadictos estaban. Antes había estado allí, aunque no a menudo. No me gustaba el sentimiento que me producían las drogas más fuertes que la nicotina o el alcohol, ni siquiera bebía tanto, y pensándolo bien, tampoco había fumado en mucho tiempo. Tal vez April quitándomelos cada dos por tres me había ayudado.

En mi camino, fruncí el ceño al póster de un corazón. El Día de San Valentín no era un día de fiesta del que me dignase a darme cuenta, a pesar de todas las notas que parecían magnetizadas para mí. Hoy era molesto. Bien podría llamarse el día de «molestar a Darren», porque todas las chicas decidían que era el día para confesar su amor por mí o al menos, la lujuria. Ninguna de ellas entendía que no me importaba. El amor existía, podía verlo muy bien en personas como mis padres, que tenían tiempo suficiente para perderse en los ojos del otro por un segundo eterno, incluso si no tenían tiempo para sus hijos, pero no ahora y no para mí.

Logré atrapar a Mann justo antes de que saliese. Por fortuna, no estaba drogado. Todavía. Ese estado no duraría demasiado.

—Mann.

Se giró, lanzando su cabello (demasiado largo en mi opinión) fuera de su rostro. No me molesté en esconder la sonrisa; incluso aquellos que se enorgullecían de su propio poder, como él, bailaban a mi ritmo. De hecho, April era probablemente la única en esta escuela que no lo hacía.

—Hey, McGavern. —Asintió con cuidadosa cordialidad.

Ninguno de nosotros estaba dispuesto a declarar la guerra, incluso si los dos sabíamos que éramos rivales cercanos a enemigos. Éramos demasiado parecidos, y a la vez, demasiado diferentes para llevarnos bien o ser neutrales, pero por el momento, teníamos una relación educada que podría haber engañado a los forasteros para que creyesen que nos caíamos bien.

—Escuché que vas a recibir tutorías —comencé.

El solo hecho de ordenarle que llevase su trasero a la biblioteca no habría funcionado, por más atractiva que fuese la posibilidad. Él se habría quedado

solo para fastidiarme, y de todos modos, no quería desafiarme todavía. Ganaría, por supuesto, pero no valía la pena. Un enemigo tomaba mucho trabajo.

—Sí. —Se encogió de hombros, una sonrisa lasciva brotaba en su rostro por lo general amable. Dios, quería golpearlo solo por eso, pero me contuve. No valía la pena—. No las necesito, pero hay una chica muy *sexy* que quiero, y ella es tutora, así que fue una buena excusa. —Su candidez no me sorprendió.

Sabía que yo sabía lo que era, y por eso no me molesté en esconderme.

Mis puños se apretaron ante su abierta declaración de lo que pensaba de April, pero me negué a dejar que mi irritación se notase.

—Bien. —Permití que mi sonrisa desdeñosa se hiciese eco de sus declaraciones—. ¿Pero cuándo tenías que reunirte con ella?

Eché un vistazo a su reloj, casi podía oír el rechinar de los engranajes oxidados en su cerebro. Idiota.

—Oh, mierda, creo que era ahora. Pero no tengo ni idea de dónde está. ¡Joder! —Y repito, idiota.

Contuve el impulso de poner los ojos en blanco. Cómo a las chicas les gustaba este tipo no tenía ni idea, pero tenía más razones para hablarle a esta inútil basura humana que pedirle que me diese clases particulares. En especial después de su comentario sobre April. Al menos no me fijaba en las chicas o necesitaba perseguirlas.

—¿Es esa chica, Jones? Castaña, pequeña, tranquila... —pregunté, intentando sonar casual. Vamos, bastardo, muerde el anzuelo, quiero saber lo que vas a hacer, dime lo que quiero.

—Sí, es ella. Está buena, ¿eh? —Sonrió con lascivia—. Y apuesto a que ella es virgen. —¿Estaba realmente emocionado por eso? Nunca supe cómo me las arreglé para no golpearlo con disgusto en ese instante—. Es tan inocente. Déjame decirte que seré yo el profesor, y en la lección ninguna historia estará involucrada.

Intenté no reírme de él llamándola «inocente». De acuerdo, habría estado de acuerdo con él hacía seis meses. Ella podía haber sido muchas cosas, pero inocente no era una de ellas, aunque eso no significaba que no pudiese sacar provecho de su ignorancia.

—Amigo, ¿la has visto? —dije arrastrando las palabras. No sabría que April y yo éramos amigos, porque no se molestaría en notar nada a su alrededor, y no interactuábamos mucho en la escuela, más bien fuera de las clases, donde él no estaba—. Ni siquiera tienes una oportunidad con ella, es la reina del hielo. — Luego, porque necesitaba convencerlo, y sin saber por qué la admisión era dolorosa cuando admitía la derrota, añadí—: Dudo que incluso tengas una oportunidad con ella.

Él movió sus cejas.

—Cuanto más frías parezcan, más calientes se vuelven. Solo tienes que saber cómo derretirlas. —Me las había arreglado, caminando mientras hablaba, para que comenzase a moverse en dirección a la biblioteca.

Negué con la cabeza en lo que parecía ser una negación divertida, pero en realidad era una buena manera de ocultar mi disgusto. ¿Y la gente decía que yo era igual de malo que este tío?

—Ni siquiera tú, Mann, ni siquiera tú. —Bueno, yo diría «en especial no tú». April tenía mejor juicio y gusto que eso. Después de todo, ella andaba conmigo, y no podía ver por qué una chica podía enamorarse de él como solían hacerlo. Brock y Lex eran igual de atractivos y atléticos, sin mencionar que en realidad eran buenos chicos.

—Oh, ¿en serio? —Se volvió hacia mí, unos ojos negros y poco profundos brillaron con la luz. Supongo que pretendía ser astuto. En mi opinión, solo lo hacía parecer apenas serpentino—. Cien dólares a que la consigo. —Dios, él era desagradable. ¿Apostar por sus conquistas? Aborrecible. Yo nunca haría tal cosa, en especial a April, porque ella podría lastimarme.

Pero de nuevo... Ella lo pondría en su lugar (puede que de una forma violenta), sea lo que sea que yo hiciese, y si yo ganase la apuesta, solo conseguiría llevar a su casa su humillación. No es que April no lo hiciese bastante bien por sí misma, pero podría aprovechar la pura estupidez de Mann.

—De acuerdo. —Le estreché la mano un poco más fuerte de lo necesario, pero su apretón fue igual de duro.

—Cien dólares será algo bueno.

Él no tenía ninguna posibilidad. Sea lo que sea April, apuesto a que en alguna parte dejará su antigua vida que había despreciado a los hombres o que bien podría haberlo hecho. Ella vio todo, o al menos eso dijo, e incluso si no supiese que su reputación era solo eso, con mi insistencia, pronto lo haría, y luego ella lo patearía hasta la acera (literal, esperaba) como se merecía. Excepto que tal vez si estaba borracha... Y si lo hacía, tendría que mantenerla bajo mi vista en cualquier fiesta en la que ambos estuviesen.

—Nunca ha habido una chica que no haya podido conseguir —me informó con un desafío en sus ojos y voz cuando llegamos a la biblioteca—. Y April Jones no va a ser diferente.

—Hay una primera vez para todo —repliqué con calma mientras abría la puerta—. Tal vez ella te sorprende.

Él resopló. Fruncí el ceño mientras abría la puerta y lo llevé dentro, lo miré y vi cómo escaneaba a April con ojos lujuriosos. Maldito sea, me sentía sucio incluso de ver esa mirada.

—April —espeté. Ella se volvió y sus ojos se abrieron cuando se dio cuenta de mi compañero, y entonces, mi mal humor se volvió peor. De repente, sentí que no había hecho nada bien en aceptar la apuesta—. Aquí está tu ausente.

Ella me ignoró, con toda su atención centrada en Mann.

Bien, entonces. Si ella apreciaba a los bastardos, no valía la pena despedirme, que así sea. Podía perder los cien dólares, no había problema, si en realidad era tan poco profunda y perceptiva como las otras chicas.

Con ese mal humor, caminé por los pasillos. Todavía quedaba un cuarto de hora, y siempre podía faltar a Inglés, tenía más de una hora para hervir la rabia inexplicable hacia Mann, April y el mundo en general.

—¿Lo sabías? —le escupí a Lex cuando lo encontré riéndose en la mesa del almuerzo con su equipo. Sin siquiera darle tiempo a saludarme continué—. ¿Que April ha captado la atención de Mann?

Su rostro jovial empezó a preocuparse. Él sabía tan bien como yo lo mal que andaban las cosas, pero entonces, ya sea más ingenuo o con más confianza hacia su hermanastra, su rostro se aclaró.



—Hablaré con ella —me aseguró—. Pero no te preocupes, amigo, April es inteligente. Estará bien.

Y con ese escaso consuelo, me vi obligado a contentarme.



—¡Ohhh, Darren! —cantó April, apareciendo junto a mí al final de la clase de Francés. Hice una mueca, ella no tenía derecho a estar tan alegre cuando yo todavía estaba de mal humor. En especial, no cuando alguien está de un estado de ánimo terrible—. ¡Los resultados del concurso de talentos ya están!

Su buen humor no hizo nada para arreglar el mío.

—¿En serio? —pregunté, sin molestarme siquiera en mostrar interés.

Mi otra apuesta de repente parecía mucho más importante, incluso si el riesgo era menor. Era solo que vencer a Mann se sentiría tan bien.

—¡Sí! —Agarró mi muñeca y me arrastró hasta el tablón de anuncios. Aparté la mano, más porque no estaba seguro de querer aguantar su tirón persistente—. ¿Ves? —Señaló con entusiasmo.

Lo examiné sin expresión. ¿Por qué me importaba? No fue hasta que vi el último nombre de la lista que no desperté de mi largo letargo.

—Oh, mierda —comenté. El impacto hizo que mi ira se hundiese poco a poco—. Estás dentro. —Bueno, esto era un golpe a mi ego (había estado tan seguro de que ella no tendría ninguna oportunidad) y era un resultado muy malo para mí.

April casi brillaba.

—¡Sí! —cantó. Esto no era muy bueno, nada bueno, no. ¿Por qué demonios habría aceptado la apuesta?—. Lo que significa que...

—Lo sé, lo sé —la interrumpí, solo lloriqueando un poco. Ni siquiera mi dignidad podría sobrevivir a venir vestido a la escuela de mujer—. Pero ¿sabes cuánto dolor me costará eso?

Oye, era una posibilidad muy remota de que April fuese la ganadora, pero todo era posible.

—Vamos, no será tan malo. —Fácil era para ella decirlo ya que no tendría que humillarse delante de toda la escuela. Tal vez si ella falta algún día, podría pretender que lo había hecho... pero con su telepatía extraña conseguiría seguir el hilo de mis pensamientos—. Y ni siquiera intentes en tratar de engañarme, porque si lo haces, haré de tu vida un infierno viviente. —Sus ojos se estrecharon con desconfianza.

—¿Cómo? —me burlé, ella no tenía mucho tirón en la escuela.

—Bueno, una solicitud a Cupido de una chica irritante debería serlo —sugirió, sonriendo con malicia. Su mente trabajaba en los niveles malvados.

—¿Bien, bien! —Cedí bajo su más poderoso mal. ¿Por qué, de toda la gente, tuve que hacer una apuesta con la inteligente malvada? Oh, vaya, ahora hablaba como si estuviese en una película de terror—. Lo haré.

—Bueno. —Consideró un momento, tocándose la barbilla con delicadeza—. Hay una alternativa.

—¿Ah, sí? —intenté (y tuve éxito) sonar interesado, pero aburrido al mismo tiempo.

Ella me miró de alguna manera, de una forma que me hizo recordar a cuando estaba borracha.

—Podrías hacerme un favor. Un favor dentro de lo razonable, por supuesto, en cualquier momento, y tendrías que dármelo a mí.

¿No humillación? Nada que April pudiese darme en un futuro sería tan malo como la mortificación.

—Está bien. —Estuve de acuerdo con un gesto decisivo.

Una lenta sonrisa brotó en su rostro y se hizo radiante cuando extendió la mano para que la sacudiese, y me pregunté por qué en vez de enfadarme al vender mi alma al diablo, solo sentí cómo mi estómago se movía.

## Capítulo 10

### APRIL

—Bien. —Cerré el portátil con firmeza, enviando una ráfaga de aire a un par papeles y haciendo que se moviesen más cerca de Chris.

Las tutorías con Mann ya habían empezado hacía un par de semanas y me pregunté si él se daba cuenta de que las sesiones se estaban haciendo cada vez más y más cortas ya que cada vez me molestaba más y más. Cerró su libro con obediencia, y la decepción se hizo presente en su cara. No sabía cuáles eran sus intenciones, pero yo tenía curiosidad por saber a qué clase de juego estaba jugando.

—Pero la campana no ha sonado —protestó, mirándome con sus ojos negros con súplica.

Miré los libros mientras me reía. Ni siquiera yo, que me enorgullecía de mí misma por tener una voluntad de hierro, podría resistir a esos ojos por mucho tiempo.

—¿Desde cuándo alguien se opone a poner fin a las tutorías antes de tiempo? —pregunté con ironía, metiendo las cosas en la mochila.

—Desde que tutorías significa pasar más tiempo contigo. —Su profunda voz retumbó en mis oídos y me abstuve de rodar los ojos.

—Bueno, por desgracia, tengo cosas que hacer —dije sin rodeos.

Quizá la brusquedad le haría entender que quería que se alejase, aunque si fuese igual que Darren, nada podría detener su persistencia, pero la verdad era que no había mentido (por una vez). Tenía que ir a casa después de la escuela e ir directo a la práctica. Tal vez no era tan urgente como yo lo hacía parecer, pero, demonios, Chris era muy irritante. Al menos Darren era franco sobre su arrogancia, él les daba a todos la espalda. Siempre me sentía viscosa después de pasar tiempo con Chris (algo así como si estuviese pasando tiempo con un

político), él escondía su mezquindad bajo una apariencia de bondad, y eso me molestaba. Darren era diferente porque debajo de todo tenía un buen corazón, pero con un aspecto cruel, y Chris era todo apariencia, aunque en realidad él era de verdad un chico malo y repugnante. En resumen: no creía poder soportar mucho más a Mann.

—¿En serio? ¿El qué?

Sí, claro, como que iba a decirle algo que no le había dicho a ninguno de mis amigos. Solo iba a dejar que Darren me llevase a casa, ya que la suya quedaba de camino. Chris tenía un largo, largo, largo camino (un camino infinito) por recorrer antes de que él pudiese tener mi confianza.

—Nada importante. —No captó la indirecta, y a diferencia de Darren, no insistirá o no le importará.

—Podría llevarte a casa, si lo necesitas —se ofreció sin darle importancia, pero con una mirada de soslayo que me dijo que la propuesta era todo menos amable—. No tienes coche, ¿verdad?

¿Así que el plan era estar conmigo a solas? Ja, ninguna posibilidad. No era tan ingenua ni estúpida.

—No, no tengo coche —admití, y tampoco quería uno. No había necesidad de perder gas y arruinar el medio ambiente cuando podía ir a donde quisiese. Tener a amigos con coche alrededor de tu dedo: ese era el truco—. Pero...

—La llevaré yo, no te preocupes, Mann.

Darren se apoyó contra el árbol en el que Chris y yo estábamos. Una lánguida sonrisa apareció en su rostro mientras miraba a Chris.

—McGavern. —Asintió, apenas educado, pero, por supuesto, sí se notaba lo enfadado que estaba—. ¿Qué haces aquí?

—Salí temprano.

—Te saltaste Francés —intervine en voz baja.

No me gustaba ser pasada por alto. Darren se encogió de hombros, su cara tan congelada como siempre, porque, por supuesto, no podía demostrar que le importaba algo; eso sería algo *muy* malo para su reputación (frase de él).

—Me salté Francés —se corrigió a sí mismo, moviendo sus ojos hacia Chris—. E iba a llevar a April... —Me dio una mirada inquisitiva—. A casa, y me di cuenta de que ella tenía hora libre y que podía buscarla ahora, olvidé que tenía tutorías.

Oh, genial. 2-0. Bien hecho, Darren, pero tal vez Chris era más astuto de lo que aparentaba ser, porque respondió rápido.

—Sí, bueno, si no fuese por April, me habrían quitado la capitanía.

Oh, ¿el problema? Que eso había valido como tres puntos. 2-3 para Chris. La adulación hacia mí, algo así como la humildad (algo que Darren nunca pretendía) y un recordatorio sutil sobre su carrera en el deporte. Darren no hacía deporte, él solo pasaba tiempo con los jugadores de fútbol, lo asumí por Brock. Eso, por supuesto, planteaba la cuestión de dónde había sacado ese cuerpo digno de observar; pero no haría hincapié en eso, así que Chris se adelantaba.

—Sería una lástima —respondió con toda la ironía que pudo reunir. Definitivamente, otro punto para Darren.

—Sí, una pena. —Estuve de acuerdo cuando me cansé del partido, mi paciencia se estaba agotando y todo había quedado en un empate 3-3. Dos pares de ojos se fijaron en mí, ya que me levanté, rompiendo la tensión casi tangible—. Bueno, creo que ya es hora de irnos, Darren. Nos vemos más tarde, Chris. —Y, agarrando la muñeca de Darren, lo arrastré lejos, con un par de ojos negros ardiendo en mi espalda—. ¿Qué demonios ha pasado ahí? —pregunté cuando por fin llegamos al coche, sintiéndome liberada por primera vez en todo el día.

Lo miré, él sabía que mis miradas podían hacer mucho más que solo quemar.

—Solo hablaba con tu alumno —respondió, frotándose la muñeca con cautela. Le estaba bien empleado, por ser un idiota machista—. ¡Maldita sea, April, me hiciste daño!

—No me importa. —Abrí la puerta de atrás y tiré la mochila en los asientos, y la cerré de golpe al tiempo que Darren caminaba hacia su lado en el coche. Bastardo, ¿cómo se atrevía a estar tan tranquilo cuando mi sangre hervía?—. ¿Qué pasa entre Chris y tú?

—Nada, ya te lo he dicho. —Se metió en el coche, y me miró con expectación. Cuando con obstinación me negué a moverme, bajó la ventanilla del coche y suspiró—. ¡April, entra!

—¿Por qué Chris y tú os odiáis? —pregunté mientras luchaba por no patear el pie contra el suelo, a pesar de la gran tentación. ¿Por qué demonios Darren me hacía querer actuar como una niña de cinco años?

Puso los ojos en blanco.

—Entra en el coche. Hace frío. —Lo miré. Él gimió—. Te lo diré si te metes en el coche —me chantajeó.

Aún flagrante, abrí la puerta y me senté, malhumorada, cruzando los brazos sobre el pecho. Darren se giró hacia mí, se estiró y cerró la puerta a mi derecha con ira exagerada, tratando (mal) de ocultar su sonrisa. Idiota.

—¿Y? —dije con brusquedad, al tiempo que él empezaba a conducir.

La curiosidad no era la única razón por la que quería saberlo, aunque fuese la principal. También quería saber por qué despertaba tanto odio en Darren, que, aunque sonase un poco extraño, rara vez se dignaba a odiar a alguien.

Puso los ojos en blanco otra vez.

—No le gusta lo popular que soy, y no me gusta la forma en la que trata a las chicas.

Me quedé mirándolo fijo, no me reí con escepticismo por un gran esfuerzo de voluntad.

—¿No te gusta la forma en la que trata a las chicas? —repetí incrédula, resoplando en voz baja.

—Así es —respondió con altanería.

Al final, rodé los ojos.

—Como tú eres tan diferente —dije con sarcasmo.

Se giró hacia mí, y sus ojos azules ardieron de ira. Lo miré igual.

—Las chicas con las que ando saben con exactitud quién soy —escupió con precisión mortal, parándose en un semáforo en rojo—. No pretendo preocuparme por ellas o perseguirlas. Si eso rompe su corazón, no es mi culpa, pero Mann... Él finge, y las persigue de forma activa hasta que están

enamoradas por completo y luego las destruye. Le gusta jugar con sus corazones y eso es algo que yo nunca haría.

Sus ojos, feroces como el sol, se sentían como si pudiesen ver a través de mí.

—Luz verde —señalé, casi acobardada por la intensidad de su voz. ¿Quién iba a decir que Darren podía argumentar con tanta pasión? Tal vez sí valía para abogado.

El silencio invadió el coche, pero no fue nuestro silencio cómodo y habitual.

—¿Qué tal fue la tutoría de hoy? —preguntó. Sus nudillos estaban blancos alrededor del volante—. ¿Es Mann tan estúpido como parece?

—No es estúpido —protesté—. Solo no se aplica lo suficiente.

—Mientras que yo me aplico mucho —replicó.

Podía oír por debajo el sarcasmo, pero era difícil identificarlo. Aunque tuve una extraña sensación, si supiese de qué se trataba, respondería a muchas cosas.

—Ignorando el hecho de que a ti sí te gusta estudiar —repliqué con calma—. No es tan inteligente como tú, pero tampoco es estúpido. ¿Feliz ahora?

¿Por qué le importaba tanto? ¿Era solo el orgullo? Por lo general no le importaba mucho la inteligencia. Una sonrisa se extendió por su cara, aunque no sabía por qué se veía tan contento.

—¿Fue un cumplido lo que acabo de escuchar? ¿De April Jones? ¿Es eso posible? —bromeó.

Arrugué la nariz con enfado fingido. Actuar de forma inmadura era divertido, en pequeñas dosis. Y en compañía selecta.

—No te acostumbres —le respondí, volviéndome hacia la ventana con un movimiento digno de pelo.

—No te preocupes —me aseguró mientras nos deteníamos. Una carcajada profunda retumbó en su pecho—. No lo haré.

## DARREN

—Darren. —Mi madre me estaba esperando en el vestíbulo cuando volví a bajar las escaleras, vestida como sospechaba que sería apropiado, semiformal

con un traje negro. Sus ojos azul hielo se movieron arriba y abajo, estudiando mi indumentaria de una manera misteriosa como la que tenía April antes de la fiesta, haciéndome sentir contento de haber optado por cambiarme por una camisa y corbata en vez del polo que había usado en la escuela.

—Madre. —Besé su mejilla ofrecida como esperaba. Después de todo, éramos una familia cariñosa, incluso si nunca hubiese visto a April o Lex tratar a ninguno de sus padres de esa forma. Mis padres necesitaban trabajar en la calidad de nuestro guion.

Un silencio incómodo.

Por fin, ella habló.

—¿Nos vamos?

—Como desees. —Sin emoción, esa era la clave, ella me había conducido a eso desde temprana edad.

Como era bastante informal, se movió de manera intencional hacia el BMW en lugar de la limusina en la que viajaba para reuniones importantes. Estaba un poco decepcionado. Aunque no esperaba nada más, la limusina era muy dulce. Asumiendo que ella insistiría en conducir (mi padre la convenció de que consiguiese un chófer para la limusina, había sido una batalla épica, una de las pocas peleas que había visto entre mis padres), me senté en el asiento del copiloto, con la cara todavía rígida y serena. Ella se sentó en el asiento del conductor con la perfecta seguridad con la que hacía las cosas, incluyendo la despedida de sus propios hijos.

Un silencio tenso ocupó el viaje en coche, ninguno de nosotros tenía ningún motivo para hablar, ni teníamos nada que decir.

Cuando llegamos al restaurante nada cambió. Estábamos sentados de la misma forma, en una pequeña mesa en la esquina, lo bastante aislados del atestado restaurante para dar la ilusión de privacidad.

—Entonces. —Rompió el silencio después de haber hecho nuestros pedidos en impecable francés (los largos años de haber sido llevados a restaurantes franceses fueron la razón por la que podía omitir la clase de Francés con impunidad) y el camarero había desaparecido de la misma forma que Alfred—. ¿Cómo va la escuela? —Manera de no ser un cliché, madre.



—Tan bien como de costumbre —respondí con suavidad. No es que ella supiese lo que significaba. Por lo que sabía, eso podría significar que era como Mann, escapando cada vez que tenía un instante e incluso cuando no lo tenía.

Ella reconoció mi respuesta con un diminuto giro de sus delgados labios que había heredado, sin que llegase a sus ojos.

—Por supuesto, no esperarás que entienda lo que eso significa para ti.

Me encogí de hombros, impasible. Eso era más una percepción de la que yo hubiese atribuido, pero una vez más, su capacidad para leer a las personas era una de las razones por las que había crecido tanto y tan rápido en su profesión.

Otro silencio. A este la detuvo por una investigación educada sobre su trabajo, que ella pudo explicar con gran detalle y muy poco esfuerzo por mi parte. Eso nos ocupaba hasta que llegase la comida, pero comer solo podía captar parte de nuestra atención y su negocio tenía tanto que yo no sabía. Sería mío en algún momento.

—¿Cómo está esa joven de la que eres amigo? April Jones, creo.

Eso levantó mi guardia con el sonido preciso de un puente levadizo que se cerraba.

—Bien —respondí con sospecha.

¿Por qué ella quería saber sobre April? ¿Por qué se preocupaba por ella? ¿Y cómo sabía ella que todavía éramos amigos?

Mi madre expresó una sonrisa tan real como cualquier cosa que hubiese visto antes en ella, excepto cuando miraba a mi padre. Estupendo, así que ahora April merecía la aprobación y el gusto de mi madre, pero no sus propios hijos.

—Eso está bien —dijo, con una mirada especulativa en los ojos. De inmediato me sentí como un animal salvaje, enjaulado en un zoológico, bajo la mirada pesada de los espectadores—. Ella parecía ser una chica inteligente.

—Lo es. —Estuve de acuerdo manteniendo mi rostro sin emociones a pesar de mi continuo desconcierto por el interés de mi madre. Tal vez a April le iría bien en la vida y esas cosas, eso no tenía ningún motivo para intrigarla.

Ella asintió con expresión pensativa, un toque de risa calentó sus ojos sin llegar a su boca. De repente me di cuenta de que nunca podría, en todos mis

diecisiete años de vida, recordarla riéndose. ¿Cómo sería su risa? Cerré ese pensamiento con rapidez, dándome cuenta de lo extraño que era. Mi madre nunca se reiría, no para mí. Aun así, el hielo en sus ojos era tan frío como ella.

—Me recuerda a mí cuando era joven.

Tuve que morderme la lengua para evitar que se me cayese la mandíbula. Mi madre nunca compartía cosas sobre su pasado (por lo que había algunas similitudes entre ella y April), en especial nada más que los hechos. Pero si mi madre hubiese comenzado como April... No quería ni siquiera considerar la posibilidad de que April se convirtiese en mi madre.

Parte de mi conmoción y disgusto debió haber llegado a mí cara por mucho que tratase de ocultarlo, porque otra sonrisa, no del todo sincera como antes, pero no calculada, encontró camino en sus labios.

—¿No pensabas que sería como tu pequeña amiga? —preguntó en un tono que en otra persona habría sonado burlón.

Ignoré la pequeña voz en mi cabeza que se reía de lo que April habría pensado acerca de ser llamada «pequeña amiga».

—No precisamente —respondí con frialdad, aún sin confiar en este nuevo calor. Mis padres no tenían afecto por mí, lo sabía.

No tenía motivos para confiar en ella, no había razón para devolver ese dudoso amor.

La sonrisa murió tan rápido como había venido, y los ojos que se encontraron conmigo estaban arrepentidos.

—No —asintió con tristeza, ojos trágicos que perforaban mis escudos y leían mi mente con toda la habilidad que se supone que tenían las madres—. Eso no es todo, ¿verdad?

Y el resto de la noche, fue todo cortesía controlada.



—¡Y luego hizo como si nada! —exclamé en el teléfono, paseando por la habitación como un león enjaulado. Acababa de contarle a April lo que había pasado en la cena. Por lo general, llamaba a Brock y le hablaba en vano, pero

se me había ocurrido que April podría entender lo que mi madre estaba pensando mejor que él—. ¡Y no tengo idea de lo que está pasando! ¡Mis padres no actúan así!

—¿Como padres? —ella intervino con sarcasmo. También podría haber puesto los ojos en blanco. Ella no parecía ofendida por la comparación de mi madre como pensé que lo estaría. De hecho, parecía complacida.

—¡Exacto! —Cerré el puño sobre el escritorio, haciendo una mueca de dolor al rebotar. No tenía la fuerza para golpear objetos duros al azar, por muy bueno que fuese al expresar mis emociones. Eso no me detuvo, pero sí me dolía mucho la mano cada vez que lo hacía—. ¡Ella nunca había actuado así! No creo que haya cenado solo con ella antes, y mucho menos porque lo planeó de forma espontánea. —Sí, sabía que era un oxímoron. No, no me importaba.

—Tal vez ella lo sabe y está tratando de compensarlo —propuso April con calma. Sobre la línea telefónica, algo crujió cuando cambio de posición.

—¿Por qué ahora? —troné—. ¿Por qué no cuando Troy o yo la necesitamos?

—No lo sé —respondió April, cansada. Su voz fría me cubrió y me puso los pelos de punta—. Pero está pasando. ¿No debería eso ponerte feliz?

—Solo si ella lo mantiene así —repliqué, todavía furioso—. Pero no voy a confiar en eso. Si tengo ilusiones, ella las destruirá, y si le digo a Troy... —Me detuve.

Ella entendería la advertencia tácita, haría trizas los sueños de Troy y no entendería por qué. No quería que nuestra madre le hiciese eso, ella lo había hecho lo suficiente para mí.

—Al menos lo está intentando —señaló April, toda la cólera helada. Hubo un débil sonido de algo rascándose desde su costado. ¿Estaba tomando notas o algo así? Realmente no me importaba, siempre y cuando ella me estuviese escuchando—. Lo menos que podrías es cortarla un poco.

—Lo hice... —Ella cortó mi protesta.

—No en realidad. —Su voz se suavizó, persuadiéndola más que mandar—. Solo dale una oportunidad, Darren. —Y ahora me desafiaba con escepticismo, la duda en su voz pinchaba mi orgullo—. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —admití a regañadientes. ¿Por qué mis padres no podían ser normales?  
—. Puedo hacer...

—Espera un segundo, Darren —me interrumpió.

Podía oír voces débiles desde el otro extremo.

—¿Dar? —Ahora era la voz de Lex, y estaba jadeando como si hubiese estado haciendo ejercicio—. Aps tiene que irse ahora para darle una paliza en Acquire.  
—Más allá de Lex, April resopló transmitiendo muy bien su duda de que haría cualquier cosa por el estilo. Lex la ignoró—. Ella te hablará más tarde.

Entonces la línea se cortó.

Miré el teléfono un momento después de que me colgara. Por supuesto, ella no tendría problemas, con su familia y su amorosa madre. Ella no entendía lo que era tener padres como los míos, a quienes no les importaba un comino. No podía comprender lo difícil que era para mí solo darle una oportunidad, pero de alguna manera, los últimos cuarenta y cinco minutos me hicieron sentir mejor.

## Capítulo 10

APRIL

—No.

—April, ¿por favor? —Chris me miró suplicante, cada fibra de su cuerpo transmitía decepción. No fui engañada en lo más mínimo—. Es solo un pequeño encuentro, por el equipo. El final de marzo va a ser una locura, solo pasar el rato... ¿Por qué no vienes conmigo?

Lancé las manos al aire con frustración mientras salía de la biblioteca, Chris mantuvo el ritmo, sus largas piernas daban un paso por cada dos que yo tomaba. ¡Maldita gente alta!

—No —repetí, tratando de mantener la calma. ¿No podía entender esa simple palabra? ¿Era su cabeza tan densa? Nunca había mostrado signos de esta grosería en el mes y medio que le había estado dando clases particulares. ¿No podía ver que era una causa perdida?

—¿Por qué no? —La pregunta no fue planteada de manera agresiva, solo con curiosidad resignada.

Por esa razón, y solo por esa razón, le respondí, aunque a regañadientes. Después de todo, la curiosidad mató al gato.

—Porque...

No me dejó terminar. Bien, el gato podría morir.

—¿Es por algo que te dijo McGavern? —exigió deliberadamente, entrecerrando los ojos. Me preguntaba si esto era un vistazo al verdadero Chris Mann, porque si lo era, no me gustaba lo que estaba viendo—. Porque son todo mentiras, solo está celoso.

Corté su petulante protesta. Había alcanzado el límite de mi tolerancia, y había terminado tanto con Mann como con la conversación.

—No. —Di un respingo con firmeza. Mi cabeza se sacudió para fulminarlo con la mirada—. Es porque no voy a fiestas, no por algo que dijo Darren. Además. —Y tuve que agregar esto, porque no podía soportar que estuviese insultando a uno de mis amigos, yo era la única que podía hablar así de ellos. Barrí los ojos críticos por su cuerpo, mirando sus ojos con desprecio perezoso. No tenía nada que ver con Darren, sin importar lo que dijese sus fans—. No veo nada por lo que tenga que estar celoso.

—Entonces —replicó, con su persistente buena voluntad agrietada bajo mi obstinada negativa a reconocer sus encantos—, debes estar ciega.

—Tal vez lo esté —repliqué. Mis ojos, crepitantes de ira y muy funcionales, se encontraron con los suyos y lo forzaron a dar un paso atrás. Si la belleza estaba en el ojo del espectador, entonces al parecer también lo era la vista. Debido a que le faltaban algunas cosas cruciales en este momento, lo más importante era que si no recuperaba el control pronto, podría golpearlo—. Pero eso no es de tu incumbencia, ¿verdad? —Tomé una respiración profunda para recordarme y cerré los ojos por un segundo. Cuando los abrí, estaba tranquila como el océano en un día de verano—. Nuestra próxima sesión será el lunes —continué con serenidad—. Nos vemos.

Me fui antes de que pudiese responder.



—¡Mann es lo más molesto del mundo! —exclamé cuando me senté furiosa en el asiento trasero del coche de Allan, lanzando la mochila con más fuerza de la necesaria.

Allan y Candy (que al parecer solo me iban a llevar a casa) se volvieron hacia mí, confundidos por mi actuación.

—Es peor que molesto —dijo Candy de acuerdo conmigo, lo que me hizo preguntarme si Mann le había hecho algo antes. Sin duda ella tenía mucha más percepción que muchas otras chicas de su grupo—. Él es, o sea, un completo bastardo. ¿Has oído hablar de lo que le hizo a Trisha Corwin? ¡Él le dijo que debía romper con su novio, que Cupido había encontrado para ella, y cuando ella lo hizo, o sea, él la dejó!

Había oído hablar acerca de eso. Tanto ella como su novio tuvieron el corazón roto después de que el huracán Mann pasó junto a ellos, aunque ahora eran felices otra vez juntos. Ah, el poder de Cupido.

Los ojos marrones de Allan se fijaron en mí, alarmados por mi expresión enojada.

—April, sabes que da muchos problemas, ¿verdad?

—¿Escuchaste lo que dije? —pregunté con sarcasmo.

—Sí, pero... —Abrí la boca para protestar, aunque él hizo caso omiso—. Dijiste que no te gustaban los chicos buenos, y Mann es un chico malo, y...

—No soy una idiota —le contesté, poniendo los ojos en blanco. A pesar de que estaba emocionada por su preocupación, tenía una reputación que proteger—. Dije que es molesto porque no acepta mi negativa. Hay chicos malos que son buenos y aparentan ser malos, y luego los hay que lo son de verdad, y Mann está en la segunda categoría.

Satisfecho, Allan se volvió y arrancó el coche. Mientras conducía por el aparcamiento, todos nos quedamos viajando en nuestros pensamientos. Entonces Darren pasó por delante de nosotros, levantó la mano en una especie de saludo. Le sonreí de vuelta antes de salir del aparcamiento.

Candy me lanzó una mirada de complicidad sobre su hombro, enroscándose un mechón de su cabello rubio en un dedo.

—Darren es un chico malo —observó.

—Sí —admití con suavidad, no muy segura de a dónde quería llegar con todo esto—. ¿Qué quieres decir? —Era mejor que no estuviese pensando lo que yo creía...

—Solo que si te gustan los chicos malos, no veo por qué no deba gustarte él. El coche se detuvo de repente, ya que Allan pisó el freno en estado de *shock*. Furioso, se giró hacia mí.

—¿Te gusta McGavern? —preguntó, exagerando un poco, con la boca abierta por la sorpresa y un toque de ira.

Candy puso una mano sobre su pierna, lo que lo obligó a mirarla.

—Lex, no puedes, o sea, pararte en medio de la carretera —señaló.

Él, obediente, arrancó el coche y aceleró más rápido de lo usual.

—¿Te gusta Darren McGavern? —repitió con incredulidad, agarrando el volante de manera violenta. Al igual que cualquier otro gigante, no conocía su propia fuerza, y cuando se enojaba, la enseñaba así como si nada.

Bah, chicos.

—No —le expliqué, paciente—. Candy solo piensa que debería.

Y no podía expresar lo mucho que estaba en desacuerdo.

—Bueno, pues no debe gustarte —declaró Allan—. Él puede ser un buen amigo, pero te mereces un mejor novio, es casi tan malo como Mann.

Candy rio con cariño y le revolvió el pelo a mi hermanastro, sonriendo alegre.

—Gracias por cuidar de mí, Allan. —Me reí—. Pero puedo juzgar a mis novios por mi cuenta. —Dos miradas punzantes—. No es que Darren sea uno —le dije a Candy.

—Si tú lo dices —me aseguró ella, con los ojos abiertos e ingenua. Oh, ella era buena—. Si tú lo dices.



A las siete y media mi teléfono comenzó a sonar. Lo que era un poco raro, ya que Darren me había dicho que me iba a llamar sobre las ocho, porque necesitaba ayuda con Historia. Pero cuando miré el identificador de llamadas, lo descolgué con ansiedad.

—¡Hola! —dije, alegre, metiéndome bajo las sábanas.

—Hola —respondió Rhi con alegría.

—¿Por qué me llamas?

—¿No puedo querer hablar con mi mejor amiga? —preguntó, fingiendo un tono de voz herido. Rhi siempre ha tenido una inclinación por el melodrama; era una de las razones por las que Brock y ella eran tan compatibles.

—Claro, pero no puedo hablar por mucho tiempo —le advertí.

—¿Por qué? ¿Qué podría ser más importante que tu mejor amiga en el exilio? —preguntó, con un tono juguetón.



—Bueno, le dije a Darren...

Me interrumpió antes de que pudiese terminar.

—Ah, Darren, no digas más, ya lo entiendo.

—¿Qué? —gimoteé, harta de que todo el mundo fingiese que sabía de lo que estaba hablando. Al menos podían tener la cortesía de decirme con amabilidad de lo que hablaban—. Solo quiere algo de ayuda.

—Claro que sí —dijo en un tono que decía justo lo contrario—. Pero no pasa nada, te entiendo, puedes sustituirme por él.

—¿Por qué por él? —pregunté con irritación.

—Porque te gusta, y tengo que darle tiempo para que te corteje —afirmó con absoluta certeza.

Apreté los puños y me senté de golpe en la cama.

—¡No me gusta! —Casi grité.

—Sería genial si empezáis a salir —aventuró. Por supuesto, ella tenía que exagerar las cosas. Lo siguiente que supe fue que ya estaba discutiendo sobre una cita doble—. Podríamos crear una cita doble, e ir al baile juntos, y...

—¡Rhi! —grité—. Eso sería genial si me gustase, ¡pero no me gusta!

—April —me habló como si fuese una niña pequeña que no entiende lo que es obvio—. Estás celosa.

—No, yo no...

—Estás celosa de todas sus seguidoras. Crees que es una preciosidad. —Y administró el golpe final—. No quieres que pregunte por Cupido porque eso significa que no le gustas tú.

—Él es mi mejor amigo después de ti —admití, negándome a reconocer las últimas acusaciones—. Y todo el mundo sabe lo guapo y atractivo que es. No tiene sentido negar lo obvio, pero no me gusta...

Entonces el sonido del teléfono me interrumpió, otra llamada. Miré la hora, ocho en punto. Por supuesto Rhi ahora no lo dejaría.

—Es Darren —le expliqué con prisa, casi podía sentir su sonrisa. Dios, ella no tenía ni idea. ¡No me gustaba Darren!—. Me tengo que ir. ¡Hablamos después!

Apreté el botón de cambio. Pensé que me había calmado, pero mis primeras palabras hacia Darren podrían, tal vez, haber sido mejor planeadas.

—¡No me gustas!

## DARREN

—April, estoy herido —dije—. Pensé que éramos amigos.

¿De dónde demonios había sacado eso?

—Es que... No era mi intención... No es así... ¡Agh! —gruñó al ver que las palabras no salían.

Esperé a que ella continuase hablando.

—April, ¿de qué hablas? —pregunté con frialdad.

Escuché su respiración profunda desde el otro lado, notando que había recuperado la calma.

—No es nada —dijo al final.

—No es nada —la imité, con la esperanza de que mi voz objetiva la convenciese de hablar—. No, si te enfadaste lo suficiente como para gritarme. Dime qué pasa.

—Te lo dije, no es nada.

—Es algo. —Había estado sentado en el escritorio, ahora me había levantado para caminar por la habitación. No haríamos nada hasta que estuviese lo bastante serena como para concentrarse, y moverme me ayudaba a concentrarme, e inducir a April a salir de la rabia prometió ser tan difícil como lo habría sido la tarea—. ¿Por qué no te gusto?

Suspiró, pero incluso por el teléfono podía oír sus paredes romperse y su reserva desmoronarse.

—¿Por qué todos insisten en ello? —respondió, la ira subía en su voz. Si hubiese estado más cerca, podría haberme alejado un paso, estaba muy contento de que unas pocas cuerdas nos separasen—. ¡Incluso si las demás chicas están enamoradas de ti, eso no significaba que yo también!

Oh. Esto no era incómodo en absoluto, no, no en lo más mínimo. Tal vez no debería haber presionado, pero ahora estaba dentro, para bien o para mal.

—No debe avergonzarte el que te guste —dije con una sonrisa. Después de todo, ella estaría en buena compañía. Por no mencionar el gran impulso a mi ego, y eso significaba que Mann no ganaría la apuesta, y en realidad, ¿parecía demasiado a la defensiva?

—¡Excepto que no es así! —Estalló con un bufido de irritación. Bueno, tal vez no demasiado a la defensiva, y solo furiosa—. ¿Qué pasa con todos? Primero Candy, y Allan, entonces... —Una pausa minúscula, por la cual descubrí que esta persona tenía una conexión con uno de sus secretos. No valía la pena investigar ahora, tendría más oportunidades más tarde—. ¡Una amiga, y ahora tú! —Su voz amenazante me advirtió de que las burlas no eran apreciadas.

—Bien, bien, no te gusto —acordé en tono apaciguador, ignorando una torcedura en mi estómago. Debía de tener algo de hambre, sabía que debería haber comido el pastel de carne—. ¿Pero por qué te importa lo que digan?

—¡No es así! —gritó. Hice una mueca y sostuve el teléfono más lejos de mi oído—. ¡Pero también te molestarías si escuchases lo mismo de cuatro personas!

—Tres —corregí, ella debía estar realmente enojada para calcular mal.

—Cuatro —escupió.

Levanté una ceja con sorpresa casi divertida. Nunca había escuchado a April enojarse por tanto tiempo. Por lo general llameaba y luego se quemaba con rapidez, no continuaba incendiada, y en cierto modo, era divertido, estaba como loca, de una manera un poco especial. No en ningún tipo de sentido atractivo.

—Chris en realidad no dijo nada, pero lo dejó caer. ¡Y tuvo el coraje de llamarme ciega!

—¿Qué hizo Mann?

Noté la tensión al decir su nombre.

—Oh, nada. —Casi podía ver a April mover su mano con desdén—. Solo me invitó a ir a una fiesta con él.

—Espero que hayas dicho que no —dije con delicadeza, tratando de no sonar tan raro como me sentía. Los cientos de dólares no eran nada en comparación a decir que April era tonta, y entonces el tipo por fin la dejaría en paz.

—Por supuesto —respondió, con su habitual «idiota» implícito. Apuesto a que también había puesto los ojos en blanco—. Él trata de conseguir algo. No me gusta, solo tengo que averiguar lo que está planeando.

—Es obvio lo que quiere —observé con suavidad. April tenía que saber eso, ella siempre parecía entender este tipo de cosas, una vez la escuché dándole consejos a Candy sobre cómo cortejar a un chico, aunque no escuché el nombre del individuo—. Es lo que la mayoría de chicos quieren.

—Bueno, sí —respondió. Su pelo sedoso rozó la boquilla del teléfono, provocando un sonido, o tal vez estaba tomando pastillas para la tos. Probablemente era eso; el pelo de April no era para nada sedoso. Excepto que su voz tampoco había sonado rara—. Pero si lo único que quiere es ir a la cama, que no malgaste su tiempo en mí, tiene que haber otro motivo.

—¿Alguien te ha dicho que eres demasiado desconfiada? —pregunté con una sonrisa irónica.

Ella nunca podía aceptar que a veces un cigarro es solo un cigarro, aunque esta vez ella tenía razón.

—Piensa mal y siempre acertarás —me informó, altiva—. La paranoia solo es absurda hasta que sucede —dijo, continuando con su refranero.

—Sí, sí, te entendí, pero la gente no siempre tiene segundas intenciones —argumenté—. Tal vez solo quiere lo que parece.

—Claro lo que tú digas. Nadie es tan simple como para solo querer una cosa, siempre hay algo más.

Me reí entre dientes. Era tan cerrada de mente, Mann era así de simple. Solo se preocupaba por el sexo, y las drogas, y el baloncesto, y bueno, está bien, April tenía razón.

—¿Y qué pasa si no hay motivos? —respondí, cuando no escuché nada de su parte, continué—: Amor desinteresado o algo.

—¿El amor? —se burló—. No existe.

Me quedé boquiabierto.

—Sí existe —declaré.

Era un hecho; solo tenía que mirar a su alrededor para verlo, y si había algo claro en todo esto era que April siempre se fijaba en todo. ¿Por qué no lo habría notado algo como eso?

—No hay —respondió, tan seria como yo—. Es una ilusión, una fantasía que la gente se cree. Puede haber deseo sexual, pero no amor. Eso es solo una palabra sin significado.

—Tu padrastro se casó con su secretaria —dije con calma, dejando que cada palabra se hundiese en su cerebro y penetrase poco a poco—. Contra toda razón, y la madre de Lex lo desaprueba. Tenía que haber algo mucho más fuerte que el amor. —Ja, toma de cinismo, April.

—Tu madre no nació más rica que la mía —respondió—. Pero tu padre se casó con ella, pero eso tenía que ser por amor, claro, no porque ella comiese de su mano y ganase el dinero suficiente para alimentar a un país, claro.

—En primer lugar, mis padres se aman —contesté, tratando de contener la ira burbujeante. Podía odiar a mi familia en lo que quisiese, pero nadie más que yo podía hacerlo. La sangre era más espesa que el agua—. Pero esa es una situación muy diferente a la tuya, si quieres saberlo.

Ella se detuvo durante unos segundos, pero luego habló como si nada.

—Lo siento. ¿No necesitabas ayuda?

—No —repliqué con enojo.

Yo no necesitaba ayuda, nunca la necesito.

Ella suspiró.

—Lo siento, Darren —dijo con calma—. No debería haber hablado de tu familia de esa forma. —Si había algo de ironía en su voz, no lo sabía con certeza, aunque, al ser April, no quería decir que no estuviese allí—. Pero si necesitas mi ayuda, dímelo. Hasta mañana. —Un clic y ella había colgado.

Dejé el teléfono con rabia sobre la cama. ¿Qué demonios había pasado? ¿Me había colgado? Nadie le hacía eso a Darren McGavern, aunque ella lo había conseguido con la misma...

—Señor Darren... —comentó Alfred desde la puerta. Al parecer había estado abierta todo el tiempo, donde había estado escuchando, como de costumbre. No me importaba que lo hiciese; nunca le decía nada a nadie—. Si usted quería impresionar a la señorita Jones, enojarse no fue la mejor forma de hacerlo.

—¡No trataba de impresionarla! —escupí.

¿Por qué se atrevería a pensar eso? No necesitaba ayuda, la tarea no valía la pena. ¿Quién necesitaba Historia después de todo?

—Uno concluiría —continuó como si no lo hubiese interrumpido, con su implacable cortesía tranquila mientras me acercaba para empujarlo fuera de la habitación— que completar su tarea sí lo haría.

Fruncí el ceño al lugar donde había estado. Ninguna culpabilidad tropezaría como Alfred, decidí mientras me sentaba en el escritorio y sacaba la tarea. Excepto tal vez, Alfred acompañado por la conmovedora, dulce voz de April en mi mente.

## Capítulo 10

### APRIL

—Darren —exigí, irritada. Él levantó la mirada con aire burlón y su pelo castaño se movió un poco debido al gesto, pero, por supuesto, él todavía se veía perfecto. No me gustaba la gente así—. ¿Podrías, por favor, deshacerte de Mann?

La primera vez que me invitó a salir había sido un poco halagadora. Claro, sabía quién era y su reputación no era nada buena, pero nadie me había invitado a salir por un largo tiempo. La segunda y las otras diez que le siguieron me resultaron muy intrigantes, su persistencia estaba fuera de lugar y ya había dicho que iba a investigarlo a fondo. Después de eso, mi curiosidad se desvaneció y Mann no dejó de perseguirme ni un segundo, y eso solo me molestaba. Sobre todo ahora que el concurso de talentos era en una semana y el final del tercer año estaba cerca, y yo estaba estresada. Cómo Darren estaba tan tranquilo era desconocido para mí, no tenía ni remota idea, pero tendría que ver con su falta de interés hacia la escuela o, por supuesto, porque tenía menos cosas que hacer.

—¿Por qué iba a hacer eso? —dijo con languidez.

Movió la mano hacia su bolsillo para coger un cigarrillo, pero, con una mirada de reojo, la apartó.

—Porque eres Darren McGavern —expliqué, rodando los ojos—. Y la gente te escucha, aunque no puedo entender por qué —añadí en un murmullo.

Él no se dignó a escuchar la última frase.

—Bueno, sí, es cierto —admitió, pero con nada de arrogancia (nótese mi sarcasmo). Sus profundos ojos azules no se movieron de mi cara, como si fuese un hecho tan obvio que no merecía ningún reconocimiento. Su actitud era arrogante, pero lo triste era que eso fuese cierto—. Pero Mann no me escucha.

—Bien. —Fruncí el ceño, aunque la risa bailaba en sus ojos. No estaba muy enfadada. Bueno, no con él. Dejé la mochila en el suelo y planté las manos en las caderas—. No uses tu influencia para el bien.

—No lo haré —dijo con amabilidad—. ¿Pero tanto te molesta?

—¡Sí! —grité, gesticulando con las manos. Sus ojos siguieron esos movimientos raros, lo siguió por mi brazo, luego hasta mi hombro y luego los dejó en mi rostro, con una mirada casi culpable. Lo ignoré—. Estoy estresada y cansada, tengo exceso de trabajo y no tengo paciencia.

—¿Qué te tiene tan nerviosa? —preguntó con frialdad.

Por supuesto, a él parecía no importarle, o eso es lo que dijo con su voz y su lenguaje corporal. Pero sus ojos aguamarina eran amables.

—¡Todo! —exclamé, frotándome las sienes—. La escuela y el concurso de talentos, y más escuela y esas cosas. Todo.

Bueno, claramente no podía decirle nada sobre Cupido. Darren lo odiaba tanto que me mataría. Y por supuesto, mi impaciencia por que Rhi volviese a casa, pero Darren no sabía nada sobre mi amistad con Rhi y tenía la intención de que siguiese así.

—Y supongo que Mann no ayuda —observó con sequedad. Me encogí de hombros con impotencia—. Rara vez lo hace. —Eso me forzó a sonreír, aunque fuese a regañadientes—. No prestes atención a Mann, no vale la pena —me instruyó. La voz por una vez no fue fría e indiferente, sino que fue casi aterradoramente intensa—. No se merece tu atención y mucho menos que te enojas por él. —Y entonces la intensidad disminuyó, la burla de hielo estaba de vuelta.

Me estremecí. El día era cálido, así que ¿por qué me sentía fría sin el calor de su mirada?

—No le hagas caso. —Sonrió.

Me reí entre dientes. Tenía razón, pero no podía admitirlo.

—Sería mucho más fácil si no lo tuviese detrás todo el día —repliqué con voz cansada. Él puso los ojos en blanco, al parecer, cansado de que estuviese exagerando un poco las cosas. Idiota. ¿Desde cuándo era yo tan



melodramática? Sobre todo en comparación con sus estúpidas *groupies*—. ¡No estoy bromeando! —insistí, golpeándolo en el brazo, pero no conseguí nada con eso, sus músculos eran tan duros, y entonces me arrepentí de ir por esa línea. Pensar en el atractivo de Darren no daría lugar a cosas buenas—. Es como si supiese mi horario o algo así.

—Extraño —confirmó, bostezando, con las manos pegadas en la parte posterior de su cabeza. Esto era muy sospechoso...—. ¿Te sigue? Eso es espeluznante.

—Es demasiado halagador y atento, y es casi insultante, Darren —espeté, lanzando las manos al aire, diciendo en voz alta que el destino me odiaba—. ¡Es tan bueno acosándome!

—¿Quién te acosa, chica? —Dios, habla del diablo y... No, ni siquiera Chris se merecía llamarlo diablo, en comparación, me parecía incluso más agradable el diablo.

—Nadie —dije, dándole una mirada irritante por encima del hombro de Darren.

—Eso es raro —dijo, casi ronroneando. Dio un paso adelante, hacia mí. Me negaba a dejarme intimidar y dar un paso atrás, así que me mantuve firme incluso aunque él se alzase miles de pulgadas sobre mí. No me asustaba, ningún simple humano podría asustarme más—. Los hombres deberían estar haciendo cola para acosarte.

Lo miré boquiabierta. ¿Sabía él lo inquietante que sonaba? Debería grabarse.

—Aunque eso es muy halagador —aseguré sin apartar los ojos de él—. Tengo que irme. —Me di la vuelta para alejarme.

—No, quédate un rato y habla conmigo —instó, extendiendo una mano para agarrar mi brazo. Lo aparté.

—No me toques —advertí con frialdad. Entonces escuché un murmullo de interés por parte de la gente. Me miró estupefacto, poco me importaba—. No me gustas, no quiero salir contigo y no quiero follarte contigo.

Todo se volvió silencioso.

—April, no seas así. —Fue más una orden que una declaración de culpabilidad—. ¡No es así!

Mi ira, latente durante los últimos días, se desbordó. El estrés, la hipocresía y toda mi vieja furia combinada en una sola oleada de ira. Me di la vuelta y di un paso hacia delante, con los ojos en llamas.

—Oh, ¿en serio? —desafié—. ¿No fue así con Gina Arthur? ¿Es por eso que la dejaste después de presionarla para tener sexo? ¿O Katie Lamont? ¿O Julia Kenton? ¿O alguna de las otras chicas que has follado y abandonado? —Di otro paso. Mann retrocedió un paso—. O tal vez solo «no es así» cuando estás drogado. Oh, no, espera, eso no encaja. —Ahora era una fría burla, y nada de la ira de pánico en su rostro podía detenerme. Esto había hervido a fuego lento durante demasiado tiempo—. ¡Porque nunca es un buen momento cuando estás drogado! —Otro paso adelante, otro paso atrás—. Tal vez debería solo contar todos tus sucios secretos para que esta buena gente vea lo que eres en realidad. Como cuando trataste de ayudar a Cupido, pero se negó a ayudarte, o cómo pasaste noveno seduciendo a una chica para que hiciese tu trabajo por ti y luego la dejaste, o... —Di un último paso hacia adelante, con la pared a su espalda bloqueando su retirada, y pronuncié mi ataque asesino—. Cómo hiciste que tu novia se quedase embarazada el año pasado y desapareciese más rápido de lo necesario para que siguieses con tu vida. No sabes lo que le pasó, ¿verdad? No después de que se mudase, demasiado avergonzada de mirar a alguien a la cara y todo porque no admitiste que tú eras el padre. —La multitud ahora estaba en un silencio sepulcral. Ninguno de ellos lo sabía. Solo lo sabía yo porque la había consolado cuando me la encontré vomitando en el baño, subsumida por las náuseas matutinas. Ella había llorado en mi hombro, y al día siguiente se había ido. Levanté la vista y encontré sus bajos y reflexivos ojos azabaches que eran solo lo que todos los demás pensaban de él, y no pudo mirarme a los ojos por mucho tiempo—. Sabes, Chris, deberías dejar de actuar como un buen tipo, porque no eres más que una lastimosa sordidez cuya única habilidad es pretender que vales más de lo que eres. Tú...

Chris me cortó, pero tenía más, mucho más.

—¡Putas! —gritó, su agradable máscara rota por el enojo, cualquier conciencia que tenía de la audiencia se había ido—. Maldita...

No me molesté en escuchar más, volteé mi espalda con desdén y me alejé. La multitud se separó para dejarme pasar, casi como si tuviese miedo de mí. Bueno. Mejor que lo tengan.

Una vez más, me detuve, esta vez por el sonido de la piel golpeada con un crujido resonante. Giré, estableciéndome sin pretenderlo en una pose combativa.

Darren tenía agarrada la muñeca de Mann, levantada para golpearme por la espalda, con firmeza en su mano, y tampoco parecía que fuese amable.

—Creo que te dije que no la toques —siseó, con sus ojos más enojados de lo que nunca los había visto.

Unas pocas pulgadas más cortas y sin la obvia musculatura de Chris, logró dominar el cuadro por completo. Su rugiente ira ahogaba la furia del otro.

Mann apartó la mano, pasándose ambas por el pelo con una sonrisa. Por supuesto, cada expresión era impropia de él.

—Puedes quedarte el dinero, McGavern —escupió, sacando su cartera y dándole un par de billetes. Sus ojos brillaban con malicia—. Esta puta no vale nada.

Entonces se alejó, y la multitud se dispersó a su alrededor, puede que corriendo para difundir la historia. En cuestión de segundos, Darren y yo estábamos solos en el pasillo, y lo único que se podía oír era el sonido de mi respiración, todavía pesada.

—Mierda, April, eso fue increíble —dijo, guardando rápido el dinero que Mann le había dado. Demasiado rápido. ¿Por qué era culpable al respecto? Mi mente estaba trabajando en hiperdirección después de haber liberado demasiada adrenalina. No podía concentrarme. Excepto... ¿Ese dinero para qué era?—. ¿Cómo supiste todo eso?

Levanté la mirada y lo miré a los ojos.

—Darren —dije—. ¿Por qué Mann te ha dado dinero?

~

## DARREN

—No estoy seguro —dije al instante. Tenía que ser ahora, ¿no? Cuando está estresada y mucho más propensa a estallar si sabe lo de mi estúpida apuesta. Tal vez si compartía el dinero con ella...—. ¡Pero lo has machacado!

Siempre había sabido que podía ser aterradora, cualquiera que la conociese desde hacía algún tiempo lo sabía, pero, demonios, parecía que Mann estaba a punto de mearse en los pantalones. Ni siquiera quería saber de dónde había sacado toda esa suciedad.

—No, no —dijo, con los ojos fijos en mí, quemándome. Sí, sin duda esta chica era la cosa más aterradora que había visto en mi vida, aunque no es que tuviese miedo de ella—. ¿Crees que podrás decírmelo en clase?

—No —contesté con brusquedad, picado—. Tal vez sea mi turno de tener un secreto. Si alguien como tú se lo permite, ¿por qué yo no?

Quizá con esas palabras solo se enojaba más, pero se lo merecía.

—Mis secretos no tienen nada que ver contigo. —¿Acabo de ver un atisbo de vacilación?—. Pero tu secreto me implica de alguna manera, así que tengo derecho a saberlo. —Aleluya. Se había dado cuenta—. Y de todos modos —añadió, moviendo su pelo hacia un lado y poniendo una mano en la cadera—, siempre te las arreglas para molestarme con preguntas, así que ahora es mi turno.

—¡No molesto! —protesté.

—Tú preguntas y preguntas y preguntas y preguntas hasta que me quedo pensando en si debo decírtelo o matarte por ser tan pesado —replicó, amaba la exasperación en su voz, así que no estaba enfadada. Bueno, odiaba cuando se enojaba conmigo, parecía un toro a punto de embestirme.

—No soy pesado —declaré con naturalidad. Yo era un McGavern.

—Sí lo eres —contradijo—. No has dejado de interrogarme sobre esa nota y eso fue hace meses y... —Pero entonces se calló, como si hubiese recordado algo—. Y no me distraigas. ¿Qué es ese dinero?

—Nada.

Entrecerré los ojos. Dándole esa mirada que siempre funciona. Sí, esa mirada de «no te metas en mis asuntos o te pasará algo malo». Aunque con April, quizás al que le pasaba algo malo era a mí.

—Darren. —Suspiró—. O me lo dices u obligaré a Mann a que me lo diga, más tarde, cuando estaré más enfadada.

—Él no te lo dirá —informé, con una confianza que no sentía.

—Los dos sabemos que me dirá lo que quiera. —Sonrió. La miré fijo a los ojos. Eran profundos, tan profundos como un bosque lleno de pinos y montañas, brillando por la luz del sol... April me sacó de mis cavilaciones—. Entonces, ¿vas a decírmelo?

—No.

¿Quién era ella para exigirme cosas? Una amiga, dijo una molesta voz en mi mente, y una muy buena. Odiaba a esa voz.

—Sí. —Me dio una rápida mirada—. ¿Por favor?

Maldita sea. ¿Cómo iba a decirle que no a esa mirada? Muchas chicas de esta escuela habían intentado eso conmigo y yo había sido inmune. Hasta ahora. Ahora era vulnerable a un par de ojos color miel y a una sonrisa flameante. Esto no me gustaba.

Gruñí, sabiendo que April lo descubriría. Era mejor terminar con esto antes de que se enojase lo suficiente como para matar. Quizás ahora ella no estaría muy enfadada. Además, no era algo muy grave.

—No quieres saberlo —le aseguré.

Estúpida April, con su manipulación y sus enormes ojos. Bueno, en realidad no era estúpida, pero estaba divagando.

—Vamos, Darren, ¿por favor? —Si no conociese a April tan bien como lo hacía, habría dicho que estaba suplicando—. Quiero saber lo que está pasando con uno de mis mejores amigos y alguien que odio.

¿Uno de sus mejores amigos? Era la primera vez que escuchaba eso, y me hizo sentir... Oh, golpe bajo. Golpe demasiado bajo. Empecé a enojarme, ¿cómo se atrevía a manipularme? ¿Por qué no podía confiar en mí? Esta chica tenía graves problemas de confianza y me estaba cansando de ellos.

—Está bien, ¿de verdad quieres saberlo? —Troné de repente. La cara de April cambió—. Mann apostó cien dólares a que él podría tener sexo contigo. —Mierda, podría haberlo dicho de otra forma un poco más sutil, creo que me había pasado.

Esa luz en sus ojos murió. Su rostro, siempre pálido, se ruborizó en sus altos y aristocráticos pómulos, pero el resto de su piel adquirió una palidez blanca como la muerte.

—Y tú la aceptaste —confirmó.

—Bueno, sí —respondí—. Quiero decir, fueron cien dólares gratis.

—¿Qué? —preguntó con la voz muerta.

—Sí, bueno, no es como si fuese a suceder —respondí al instante. Dios, ¿estaba tartamudeando? Necesitaba controlarme, ahora. Nadie valía tal pérdida de dignidad. Nadie debería ser capaz de ponerme tan nervioso—. Así que decidí tomar ventaja de un tonto —continué con más calma—. Y gané dinero haciéndolo, ¿qué daño hay en eso?

—Creo que entenderás que no era gratis en absoluto —dijo. No tenía nada de su equilibrio sereno, a pesar de su abrumadora apatía—. Te costó mi amistad.

Giró con la velocidad inesperada que siempre me intrigaba y estaba a mitad de camino por las escaleras que salían al patio antes de que hubiese procesado lo que había dicho y la hubiese seguido. ¡Esto era una reacción exagerada!

—¿Qué? April, fue una estúpida apuesta, yo... —Traté de decir que era estúpido, de verdad lo intenté. Pero las palabras indignas no llegaron, no importaba cuánto lo intentase—. ¿Cuál es el problema? Es solo una apuesta.

—¡Esto no es acerca de la maldita apuesta! —gritó.

Nunca había visto a April de esta forma.

—¿No? —pregunté, confundido.

Estaba bastante seguro de que era lo que había empezado esto...

—Lo es, ¡pero eso es solo parte de un problema mucho más grande! —exclamó, agitando las manos en el aire. Debería haber parecido ridículo, pero no fue así—. ¡Tratas a las personas como si fuesen mierda!

—No... —Pero cortó mi protesta.

—No somos peones o algo así y no existimos solo para bailar a tu ritmo. ¿Se te ha ocurrido pensar que me gustaría saberlo antes de que apostases por mí como si yo fuese una especie de caballo de carreras? ¿O es que solo soy otro de tus muchos juguetes?

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez acepté la apuesta porque te respeto demasiado como para saber que no caerías rendida a los pies de Mann?

—¡Si eso fuese cierto, deberías habérmelo dicho! —gritó—. Me hubieses tratado como a una igual y nos habríamos reído de eso. ¡Pero tenías que ocultármelo mientras apostabas por mí como si fuese un objeto sexual o algo parecido!

—Solo estás enfadada porque me las arreglé para ocultarte un secreto —respondí a la defensiva, tratando de mantener mis escudos en alto mientras los derribaba con sus palabras cortantes que encontraban cada grieta en mi armadura.

Ya no podía mirarla a los ojos, aunque mi cabeza permanecía erecta con orgullo, pero ella estaba llevando las cosas un poco lejos. Quiero decir, April, ¿objeto sexual? Un concepto risible.

—¿Sabes qué? Estoy pensando en ir a follarme a Mann solo para darte una lección.

Levanté la cabeza, estrellé mis ojos con los de ella.

—No lo harías —declaré sin comprender. Ella no podía. No porque fuese a perder la apuesta, sino porque ella era April, April no haría eso. Sería rencoroso y vengativo y... April no era así, ella no podía.

—No, no lo haré —dijo—. Porque, por mucho que te desprecie ahora mismo, eso es más desagradable. —Se inclinó hacia mí, estaba tan cerca que nuestras narices casi se tocaban. De repente me vino a la memoria ese beso que nos habíamos dado. Solo fue hacía cinco meses, pero se sentía tan lejos, y sin embargo, el espectro de esa chica se sentía tan cerca—. Y yo no me bajaré a ese nivel —susurró. Pude sentir su aliento cálido, casi lo respiraba—. No por ti.

Y me quedé solo en la escalera, con cien dólares en el bolsillo y sintiéndome más pobre que nunca.

## Capítulo 10

### APRIL

La música se detuvo.

Me quedé quieta por un momento, permitiendo que la oleada de placer y adrenalina fluyera a través de mí, sintiendo los latidos del corazón en la cabeza y las mejillas encendidas. Si lo hacía tan bien en el concurso de talentos de esta noche, estaría contenta. No, más que contenta, estaría en éxtasis. Después de todo esto, el mundo entero podría ver de lo que soy capaz; nadie, y repito, nadie me vería más como una chica sin ningún tipo de talento excepto los libros que es capaz de leer.

Una risita estridente se escuchó en la habitación haciendo un poco de eco y sacándome de mi ensueño. Me puse de pie con la espalda recta mientras me sacaba de la cara los mechones sudorosos de pelo que se habían escapado de mi coleta y busqué a la fuente del ruido.

Eran dos niñas de primer año, ambas tenían el pelo rubio decolorado y mal teñido, una con el pelo liso y la otra con el pelo rizado. Me miraban y se reían con desprecio. No les hice caso, sin demostrar que su acto me había molestado (que no lo hizo). Se callaron el tiempo suficiente mientras pasaba por delante de ellas tomando un largo trago de la botella de agua, pero podía oír sus susurros a mi espalda mientras caminaba hacia la silla donde había dejado la bolsa.

Candy se encontraba allí, con una amplia sonrisa que contrarrestaba las burlas de las otras dos chicas. No me importaba lo que pensasen de mí, pero odiaba la forma en la que juzgaban tan prematuramente. No tenían ningún motivo para odiarme. Sin embargo ellas lo hacían sin ninguna razón aparente. Al igual que todos los demás lo hacían.



—¡Eso fue increíble! —exclamó con entusiasmo. Ella apareció a mitad de la segunda prueba, no había visto el primer ensayo (el primero después del descanso), por lo que este para ella era novedoso, lo que la hacía parecer aún más impresionada. Bueno, eso y el hecho de que yo era una reina—. ¡Ha sido una pasada!

—Ellas no piensan lo mismo —contradije, señalando con la cabeza a las chicas que todavía estaban mirando y susurrando.

Candy les lanzó una mirada de disgusto y se encogió de hombros con desdén; con toda la fácil prepotencia de quien sabe quién está en la parte superior de la cadena alimentaria.

—No les hagas caso —me aconsejó, poniendo un brazo alrededor de mi hombro. Me abstuve de poner una mueca de dolor, tanto por el acto como por las palabras. Candy había cambiado su tono de voz a uno más grave, como si se hubiese puesto seria de repente, sin embargo, esa voz era tan hermosa como la voz cantarina y habitual que siempre tenía. Pero no era por eso. Candy no sabía lo que había dicho, ni sabía de mi antipatía por el tacto. Ella me estaba declarando su apoyo, y para las chicas como esas, el apoyo no valía nada—. Están, o sea, celosas. —Ladeó la cabeza—. Y locas —agregó después de considerarlo por un segundo.

—¿Por qué? —pregunté de forma casual, tirando de la goma del pelo y dejando que fluyese en libertad por mi espalda—. Nunca las había visto.

—Debido a que a Darren le gustas. —¿Acabo de notar un poco de énfasis en la palabra «gustas»? No podía ser, Candy no era tan tonta—. Y porque, o sea, fuiste un poco perra con él el otro día. —A continuación, seguimos adelante como si nada, ella agarró un mechón de mi cabello y lo levantó con admiración—. ¿Alguna vez te dije, o sea, lo mucho que me encanta tu pelo?

—¿Lo escuchaste? —le pregunté.

Ella dejó mi pelo. Candy había cambiado, o al menos, no era como el resto de los amigos de Darren (a excepción de Allan), pero creo que fue de sus primeras amigas...

—Cariño, todo el mundo lo escuchó —respondió con brusquedad—. La gente por lo general no se enoja con Darren, o sea, al menos, no frente a él.

—Y luego continuó—. Algún día tendrían que haberlo puesto en su sitio como hiciste tú el otro día. ¿Cuándo fue la última vez que, o sea, hiciste algo que no fuese, o sea, una coleta?

—Hace un tiempo —dije, aún desconfiando un poco—. Pero él se lo merecía.

Ella me echó un vistazo y se rio con incredulidad. El sonido no era tan irritante como los graznidos de algunas de sus amigas animadoras. Tal vez era debido a la falta de malicia detrás de la risa, o tal vez era solo su personalidad.

—Tú no piensas que estoy, o sea, loca, ¿verdad? —preguntó levantando la voz en perfectas notas agudas.

No era la reacción que había estado esperando. Lo cual era bueno, porque ella no me estaba gritando, pero era malo, en ese momento no tenía ni idea de qué esperar. Y nada me irritaba más que no saber nada.

—Bueno, ya —respondí—. Él es tu amigo.

Ella se rio de nuevo.

—April, quiero a Darren. —Le lancé una mirada escéptica. Según mis observaciones, ella nunca salía con los jugadores de fútbol de forma muy constante porque Darren hacía lo mismo, y yo había perfeccionado mis instintos en esa zona muy bien—. Pero como un hermano —continuó. Ja, lo sabía—. Pero él tiene esa forma de ser y hablar, pero, o sea, yo sé que él te escucha.

—Mejor —murmuré—. ¡Pero fue un bastardo!

Mi furia contra él en ningún momento había disminuido, no del todo. Lo había ignorado durante toda la semana, borrando sus mensajes en mi teléfono sin ningún precedente, y me había negado a escuchar cualquier cosa que tuviese que decir Allan sobre el tema. Como resultado, había vuelto a mis hábitos solitarios de antes. Y me sentía agradable, entre la soledad y el silencio.

—Lo fue. —Candy estuvo de acuerdo, como siguiéndome la corriente. Malo. La condescendencia solo me ponía de más mal humor—. Pero, o sea, él ahora está muy arrepentido.

Así que ahora llegaba el discurso de «debes perdonarlo». Ya lo había escuchado por parte de Allan, Jack, mamá e incluso de Brock, que me había perseguido el miércoles después de la escuela, me arrinconó y me obligó a escuchar todo lo que tenía que decir. Sin embargo, eso no significaba que le hubiese prestado atención. De alguna manera, pensé que Candy tampoco tendría esa oportunidad, ni siquiera en el infierno.

Aspiré y cambié de tema rápido. En serio, ¿por qué todo el mundo estaba tan preocupado por ello? Era solo una estúpida pelea, fue Darren siendo un idiota de nuevo. No era algo inusual. Y de alguna forma, estaba haciendo que mi estado de ánimo fuese de mal en peor.

—Hace un tiempo que ya ni me preparo. No creo ni siquiera haberme puesto maquillaje.

—Oh. —Candy estaba distraída.

Una chica como ella cambiaba de órbita en un segundo. Una vez había sido así. En octavo grado ni siquiera podía salir a la calle sin mi brillo labial. Dan siempre había amado que estuviese preparada; decía que el rímel hacía mis ojos aún más bonitos, marcando el tono miel. No, maldita sea. No podía pensar en Dan, no ahora, no hoy. Eso sería aún peor que pensar en Darren; no podría hacerlo si pensaba en Dan, no podría.

Candy me sacó de mis pensamientos y se lo agradecí un poco.

—Tenemos que cambiar eso. Vas a venir a mi próxima fiesta de pijamas y te haremos un cambio de imagen total.

—Lo que tú digas, Candy —sonreí.

Pasar una noche entera en un infierno de maquillaje y rulos sabía que no haría ningún avance en mi pelo, pero si las chicas querían intentarlo, no me iba a negar. Por lo menos, Candy estaría distraída, aunque...

—Va a venir esta noche. —O tal vez no.

Sabía quién era «él». De alguna manera, siempre estaba relacionado con Darren.

—Bien por él. —Arrastré las palabras, dándome la vuelta para meter la botella en el bolso.

Como si me importase lo que hacía. No me importaba nada acerca de ese arrogante, controlador, mercenario, mujeriego, idiota y prepotente Príncipe de Hielo. ¿Cómo se atrevía a estar tan orgulloso de él mismo y mostrar su rostro? Ni idea.

Pero en el fondo de mi corazón, estaba contenta de que fuese a venir. No me gustaba admitírselo a nadie, ni siquiera a mí misma. Todavía estaba enfadada. Pero tal vez esos ojos aguamarina anularían cualquier sentimiento como ese.

—Incluso, o sea, insistió en venir —persistió, parando mi conflicto interno que no quería reconocer—. Quiero decir, Lex lo iba a obligar a venir de cualquier forma, pero Darren se adelantó, o sea, no lo dejó hacerlo. Eso fue muy *sexy*... —agregó con cuidado.

Me giré con rapidez, torciendo el cuello lo bastante rápido como para romperlo. ¿Acababa de llamar a Darren *sexy*? Esperaba no estar oyendo cosas raras.

—¿Qué? —Ella sonrió con inocencia ante mi expresión, como si se hubiese demostrado algo con lo que ella siempre había estado especulando—. Es lindo lo mucho que quiere verte.

—*Sexy* y lindo son dos connotaciones completamente diferentes —murmuré en voz baja, guardando un libro en la bolsa. No había razón para aburrirse mientras me quedaba—. Y dudo que él quiera verme —añadí.

—¿Has escuchado, o sea, alguno de sus mensajes? —preguntó. Cambió de tema a una velocidad y destreza que nunca habría podido acreditar a ella.

No es que no hubiese visto lo que ella había venido a hacer aquí, pero tampoco estaba haciendo algo que estuviese funcionando; tal vez se dio cuenta de ello.

—No —repliqué. Tal vez, solo tal vez, habría escuchado alguno de ellos si no me hubiese llamado durante mi primer brote de ira. Si me hubiese dejado calmarme (que no lo haría), tal vez podría haberlo hecho—. Pero tampoco quería decir nada. ¿A qué viene eso?

Ella levantó una ceja bien depilada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, con los ojos azules brillando ante mi mirada exasperada.

—Porque lo sé —respondí. Ella me dio una mirada extraña como me la daría mi madre—. Bueno, por supuesto, tendría que disculparse. Y todo el mundo sabe que Darren nunca se disculpa, nunca se ha dignado a pronunciar las palabras —me justifiqué, tratando de parecer racional. Quizá el «todo el mundo lo sabe» sobraba, pero no importaba, yo lo sabía.

—Bueno, es obvio que no escuchaste el último que te envió... —me informó con suavidad, su mirada ardía con tanta energía como la mía cuando me enfadaba con mi madre—. Y si lo hubieses escuchado, tú, o sea, le habrías creído.

Y la Candy normal estaba de vuelta. Al parecer ella solo podía mantener un pensamiento serio durante una pequeña cantidad de tiempo antes de que su marco bobo volviese.

—Fue todo como «lo siento mucho» y «sé que estuvo mal».

—Y eso no me demuestra nada porque...

Ella me ignoró.

—Y entonces él dijo «no sabía que te sentaría tan mal». —Y la Candy seria volvió de repente, eso fue raro—. Y dijo que nunca lo habría hecho si hubiese sabido que te iba a hacer daño. Nunca —habló despacio, dejando que cada palabra entrase en mi cerebro y la analizase, difundíendolas en mi mente hasta que comprendía sus significados—. Nunca había escuchado a Darren tan triste y solitario.

—Pero eso no quiere decir que haya aprendido la lección —observé, sin darme la vuelta a pesar de que había encontrado el libro y no sabía por qué.

No podía mirarla, pero la voz de Candy era demasiado grave para ser ella.

—Ya sabes cómo es Darren, pero, o sea, yo creo que sí lo hizo.

Le dirigí una mirada confundida por encima de mi hombro, aunque me quedé de rodillas en el suelo, agarrando el libro como si fuese un salvavidas. Su sonrisa era amplia e inocente.

—O sea, piensa en ello —sugirió, dándose la vuelta hacia el escenario, donde una persona que yo pensaba que era su amiga la estaba esperando.

No me moví. ¿Darren de verdad había escuchado lo que le dije? ¿De verdad había penetrado la membrana gruesa alrededor de su cabeza que eran su arrogancia y orgullo de raza natural? Todo lo que sabía de él me indicaba que no, pero ¿por qué Candy me iba a mentir? Ella no podría conocer del todo al Príncipe de Hielo, pero sí lo conoció durante algún tiempo; al menos cuando él actuaba como una persona normal.

El arrepentimiento me sofocó al saber que no había escuchado ninguno de sus mensajes. ¡Pero tenía todo el derecho del mundo a estar enfadada! ¿Cómo podía haber hecho esa apuesta? Pero no podía ver por qué Candy me engañaría con el fin de conseguir que yo le perdonase, a menos que tuviese algún plan en mente que ni siquiera podía atribuirle. Y si estaba arrepentido, ¿entonces tendría alguna razón para seguir enfadada?

Pero ¿perdonarlo? No podía hacer eso. Me había prometido a mí misma hacía tres años que nunca volvería a sacrificar mi orgullo. Y sobre todo, ahora no podía, eso sería justiciar lo que había hecho, a pesar de que lo sentía. Pero no podía dejarlo pasar, no era ese tipo de personas.

No podía.



Una vez más, todo estaba tranquilo. Esta vez el silencio estaba lejos, no cuando podía oír a la multitud y a los MC terminar su representación. Pero en el escenario, el aire alrededor era pesado y caliente. Nerviosa, jugueteé con mis piernas mientras las elevaba en el aire.

No me podía concentrar. Esto no era bueno. Echar a perder ahora todo mi esfuerzo sería malo, muy malo. Por no hablar de la parte física, sería demostrarles todos (y a mí) que no sería capaz de hacer esto. Pero... Darren fue el único que ocupó mi mente toda la tarde. ¿Debería perdonarlo?

Poco a poco, de manera espectacular, el telón se fue levantando, revelando a todo el público. Un murmullo sordo corrió por los espectadores como una onda. Tomé una respiración profunda y miré hacia el público.

Pudo haber sido mi imaginación, porque por lo menos tendría que haber al menos unas quinientas personas, todas sus caras se fundían en una masa

gloriosa. Pero no lo pensé, no cuando la cara que podía ver con claridad tenía ojos azul zafiro y miraban fijo, desafiante y orgulloso, de una manera que conocía demasiado bien, pero con algo que nunca había visto antes. No era arrogancia, ni siquiera amistad. Era una verdadera y sincera disculpa. Y en esa cara, a través de mi sorpresa por lo que veía, leí la respuesta a mi problema.

La luz se encendió dentro de mí y todo lo que vi de la cara de Darren se perdió. Pero no la decisión que tomé, que había tenido que tomar.

Sí, me había dado cuenta cuando sonó una larga y aguda nota de flauta. Sí.

## DARREN

Cuatro días. Ese es el tiempo que pasó desde que había hablado con April. Tres días. Desde que dejé de mandarle mensajes. No es que estuviese contando o algo, o que esas cifras significasen algo para mí, pero siempre había sido bueno en matemáticas. Los números estaban pegados a mi cabeza. Y lo que resonaba en mi mente hasta ahogarse era todo lo demás, el sonido se volvía creciente de forma exponencial a medida que los días se multiplicaban. Hasta ahora, mientras estaba sentado en el auditorio a la espera de que la cortina se abriese, y todos los pensamientos huyesen.

A mi lado, Lex se movió incómodo en el asiento. Por mucho que quisiese a su hermanastra, todos y cada uno de sus pensamientos eran referidos a Candy ahora mismo, igual que como había descubierto que durante el intermedio, a los noartistas no se les permitía entrar detrás del escenario. Sin embargo, habría pensado (si hubiese sido capaz de escuchar un poco más mis pensamientos) que April estaría contenta con ello. Más tarde, decidí que quería asegurarme de no estropearle nada a April. Es decir, tampoco era tan estúpido ni estaba tan desesperado.

A mi otro lado, Brock me lanzó una mirada ansiosa. Al parecer, le había preocupado un poco. Él al igual que Lex, creyó que iba a hacer algo drástico. Debería de haber sabido que no lo haría. April lo habría sabido.

Por fin la cortina se movió, dejando al descubierto un escenario negro con el suelo cubierto como de hielo. Una figura solitaria era apenas visible en el

medio, pero no tuve ningún problema en reconocerla. El escaso resplandor de las luces de emergencia se reflejaba en la pálida piel de April, mientras estaba de pie inmóvil como una estatua recta y orgullosa como cualquier diosa de Atenas. Sus ojos brillaban y, por un milisegundo, se encontraron con los míos.

Para cualquier otra persona, ella apareció sin cambios. Pero pude ver que sus ojos estaban en estado de *shock* y lo comprendí al instante, antes de que una luz roja se encendiese en el techo.

El teatro estaba mortalmente silencioso y una nota de música comenzó a escucharse. Sus manos se elevaron por su cabeza y la dejó caer hacia su pecho como un saludo de yoga. Las notas siguieron sonando, como una especie de ritual de iniciación africano. Y ella, la sacerdotisa a través de la cual la magia y la alegría tomaban poder.

Las luces del escenario se movieron al mismo tiempo en el que la música pasó de ser relajante a algún tipo de música tecno y se echó hacia atrás en dos volteretas continuas, los pantalones fluían mientras ella daba la vuelta más rápida de lo que habría pensado humanamente posible. Abrí la boca y no me molesté en cerrarla.

Ya no era una sacerdotisa africana, April se había convertido en un remolino de pelo marrón, ropas azules y piel blanca, moviéndose tan rápido que apenas era visible la figura de alguien bailando. Porque, me di cuenta cuando ella saltó y dio una patada tirándose al suelo y golpeándolo con la mano, que esto era más que un baile. Era una muestra de su letal habilidad, y ella ya no era humana, sino una espada mortal, perfecta y peligrosa. No podía apartar los ojos.

La música aumentó en un crescendo y April aterrizó en el suelo como un gato, en el centro del escenario y con una mano levantada.

Un segundo de silencio, el elogio final de cualquier intérprete. Su cara, apática como el arma que había revelado que era, se quedó sin miedo ante la multitud. Su pecho subía y bajaba a pesar de su congelada postura. Y a continuación, la cascada de aplausos estalló, tronando por toda la habitación con la fuerza súbita de una tormenta. Una sonrisa brillante dividió su cara y ella volvió a ser humana de nuevo.



Dejé escapar un aliento sin saber que lo había estado sosteniendo por el temor o terror. Había estado hermosa durante su baile, pero había sido una belleza a distancia, que la había convertido en algo que no era humano, por encima de mi pequeña admiración. Pero ella era otra vez April, la April que conocía y que había perdido. De forma horrible.

Se inclinó al estilo oriental, y la cortina cayó delante de ella y el espectáculo continuó. No le presté ninguna atención. Un nuevo pensamiento y la certeza inequívoca de que iba a obligarla a perdonarme me consumían. Pero debajo de esos tambores, había un estribillo constante que no importaba lo mucho que lo ignorase. Solo pensaba: «Dios, es hermosa».



—¡Lex! —La voz aguda de Candy sonó por encima del ruido de la multitud que llenaba el auditorio—. ¡Lex!

Miró a su alrededor con los ojos impacientes. Brock y yo también miramos a nuestro alrededor, tratando de encontrar la fuente del sonido, pero antes de poder empezar a buscar, Candy había aparecido frente a nosotros. Había cambiado el vestido de noche que se había puesto para su actuación por una falda plisada corta y un top rosa lo bastante bajo como para no ser inmodesto. Pero un poco.

—¿Qué tal estuve? —preguntó, dando a Lex una mirada de soslayo, Brock y yo intercambiamos miradas de complicidad.

A ella le gustaba tanto que ni siquiera era divertido. En realidad lo único que tenían que hacer era conectar y acabar con la maldita tensión sexual.

Brock y yo murmuramos felicidades y ella asintió con aceptación, pero sus ojos no se movieron. Estaba esperando la respuesta de una persona, y cualquier otra en este momento no le importaba.

—Estuviste muy bien, Candy —murmuró Lex, frotándose la parte posterior de su cuello, incómodo, por supuesto, con dificultades para expresar su asombro—. Tu voz es muy bonita.

Su sonrisa podría haber hecho crecer las plantas. Lex sonrió a cambio, lo que hizo su sonrisa aún más brillante. Brock y yo nos quedamos ahí parados con torpeza. Este era uno de los momentos en los que April debería estar. Habría sabido cómo romper un momento incómodo. Maldita sea, ¿por qué pensaba en ella en pasado?

Candy rompió el silencio.

—Esperad aquí —ordenó de repente, desapareciendo entre la multitud.

Lex se volvió hacia nosotros, confundido, pero la respuesta a su pregunta apareció antes de lo esperado en forma de una chica que ahora estaba parada frente a él.

April levantó la vista, vio que yo estaba aquí y la bajó de nuevo, como si estuviese avergonzada.

—Hola —murmuró.

—Buen trabajo. —Brock le sonrió, aunque pensé que en sus ojos pude ver algo como casi una demanda o incluso una súplica.

—Sí, fue impresionante. —Lex estuvo de acuerdo, distraído, con los ojos sobre Candy.

No dije nada. Ya sea por el temor a ser derribado o lo que fuese. No sentía como que esto fuese una batalla perdida, no esta noche, cuando tenía un plan bajo la manga para ganarla.

La mirada de Candy parpadeaba de April a mí y viceversa.

—Oh, vamos —ordenó, agarrando la mano de Lex y dando una mirada significativa a Brock—. Hay, o sea, comida y esas cosas abajo. Pueden, o sea, hablar.

Ellos no necesitaron pensarlo dos veces. Después de obedecer, April y yo nos quedamos solos.

La tensión en el aire persistió sobre el silencio a pesar del rugido de la multitud a nuestro alrededor, sobrepasando mi renuencia a hablar, aunque nunca había silencios extraños entre April y yo. Entonces lo rompí.

—Estuviste muy bien —le dije vacilante, me preparé para el golpe inevitable—. Y lo hiciste perfecto.

Me miró con una de esas rápidas miradas a través de sus grandes pestañas que la hacían parecer tan inocente y atractiva.

—Gracias —respondió casi con timidez.

Algo estaba diferente aquí. ¿Estaba viendo (y esperaba no ver mal) un poco de arrepentimiento? ¿Tal vez querría perdonarme? Tenía que probarlo, si tuviese algún tipo de oportunidad...

—April, estoy... —Tomé una respiración profunda, tragándome mi orgullo y continué. April era más importante que mi falta de voluntad para disculparme, no importaba lo que hubiese aprendido de mis padres—. Lo siento. Fui un estúpido y tenías razón y...

Un dedo gentil en mis labios me cortó.

—Sí, lo fuiste —aceptó sin triunfo u odio en su voz—. Pero reaccioné un poco mal. Así que también lo siento.

Me hizo sentir como que disculparse a ella también le costaba.

—Está bien —dije, sin creer mi suerte. Esto estaba resultando mucho mejor de lo que jamás habría podido esperar. Lo que había previsto había sido violencia o gritos, no esta calma con aceptación y perdón, incluso asumiendo su parte de culpa. ¿Era esta la verdadera April?—. Estamos bien.

Ella entonces me sonrió, con una sonrisa brillante, tanto que transfiguraba la cara y hacía que sus ojos incandescentes estuviesen llenos de alegría no adulterada. Esas joyas brillantes me capturaron en su magia, que era tan potente como todo lo que había visto durante su actuación, pero era humana y mucho más magnética.

—Así que... —dije, intentando cambiar de tema para que las cosas volviesen a la normalidad y distraerme de la repentina conciencia de cómo las mallas se ajustaban de manera perfecta a sus curvas—. Me demostraste que estaba equivocado.

Ella arqueó las cejas, invitándome a continuar.

—¿Eh?

—Tienes talento —admití sin vergüenza. La concesión no dolía tanto como pensé que lo haría, puede que porque había una cierta dignidad en la rendición

—. Fue genial. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

Ella me dio una larga y tendida mirada, sus ojos miel se clavaban en los míos como si estuviese pesando mi alma contra la pluma de la verdad de la mitología egipcia. Pero mi pregunta no merecía eso. Se suponía que iba a ser sencillo.

—Vamos a un lugar más tranquilo —dijo lo bastante alto como para que la escuchase. La miré de reajo, pero su expresión, como de costumbre, no revelaba nada. No iba a tratar de asesinarme en un callejón, ¿verdad?—. Creo que... —respondió a mi pregunta no formulada—. Te debo una historia.

Después de eso, no podía no seguirla fuera. Me llevó a un pequeño rincón junto a la acera, donde había unos bancos colocados debajo de unos árboles que se aislaban un poco de todo. Un lugar perfecto para una cita de amantes, eso fue lo que pensó mi mente ingobernable.

—Nunca te dije por que dejé de ir a fiestas, ¿no? —comenzó retóricamente mientras me apoyaba contra un árbol, preparándome para escuchar.

April se paró frente a mí, como si estuviéramos en un juicio.

Me quede muy erguido. ¿Ella lo sabía? Eso significaba que recordaba el beso y no había dicho nada, es decir, o algo. ¿Eso es que no significó nada para ella?

—No, no lo hiciste —respondí con cautela, instalándome de nuevo en mi pose relajada.

—En realidad, la historia comienza hace mucho —continuó como si no hubiese hablado, la mirada perdida en la noche oscura, viendo algo (o a alguien)—. Empieza y acaba con Dan.

No dije nada. Me había estado preguntando todo este tiempo quien era él, pero ella no necesitó hablarme. Ella estaba a años de distancia, y mi voz solo podía romper el hechizo.

—Conocí a Dan unos meses después de comenzar octavo. Estaba a punto de irme de una fiesta y él... me mantuvo allí. —Suspiró—. Era perfecto. Era mayor que yo, tenía diecisiete años, sofisticado, mundano, encantador y ardiente. Magnífico, de verdad. Pelo castaño oscuro y largo, casi negro, alto, musculoso y con ojos increíbles. Eran de un azul tan profundo que casi eran morados, y podía perderme en ellos. —Cerré los puños. No me gustaba este

chico. Ella sacudió la cabeza, sacándose a sí misma del trance—. Él era perfecto. Pensaba que estaba enamorada. En realidad, estaba encaprichada. —Suspiró de nuevo, y el dolor en su voz era suficiente para poner a un lado mi enojo irracional—. Y las cosas fueron increíbles durante meses. Dan y yo, yo y Dan, éramos inseparables. No sé, mirando ahora hacia atrás me pregunto si él me quería. Es decir, ¿era posible? Pero eso ahora no importa, y entonces tampoco. Lo amaba, y eso era lo que importaba. —Resopló con alegría—. Era una tonta. Pero no importa. Pensaba que las cosas iban muy bien. Tenía el mejor novio del mundo, las fiestas eran geniales y divertidas, la escuela era fácil y mamá también acababa de conseguir un novio: su jefe, Jack Lexington. Debería haber sabido que las cosas iban demasiado bien. Después de todo, a los dioses no les gusta que los mortales sean demasiado felices.

Ella estaba caminando de un lado a otro, su agitación era clara a pesar de la apatía en su voz y semblante. La miré, odiando lo impotente que estaba contra esos viejos fantasmas.

—Entonces acabé octavo. Iba a ir a la escuela de Dan en otoño, y queríamos celebrarlo. Dios, ni siquiera recuerdo a dónde íbamos. Pero Dan estaba borracho, y yo estaba siendo su distracción, y las calles estaban llenas de coches y... —Se interrumpió, con los ojos mirándome fijo una vez más con el horror pintado en ellos. Se frotó su muñeca como si le hubiese tocado un fantasma.

Quería tocarla, consolarla, pero ¿qué podía decir para contrarrestar algo como eso? ¿Qué podía decirle?

Respiró hondo.

—Me rompí las dos piernas y un brazo —dijo, su voz ronca y los ojos casi cerrados, pero con el tono de quien recita una lista de la compra—. El conductor con el que chocamos tuvo una conmoción cerebral. Dan... —Otra larga pausa, como si estuviese a punto de llorar—. Dan se rompió el cuello.

No pude ocultar mi sorpresa ante ello y respiré fuerte, pero no creo que ella lo hubiese escuchado. Se había perdido en su agonía, ahogándose en un mar.

—Murió antes de que los médicos llegasen. No volví a beber de nuevo, hasta este año. —Su voz ahora era suave, apenas audible, excepto por el dolor—. Mejoré con el tiempo, fui a terapia y todo eso. Jack me metió en una nueva

escuela en la que no recordaría constantemente a Dan. Aprendí aikido porque me ayudaba a sanar mi parte física y los aspectos mentales. Bueno, me hicieron centrarme más en el aquí y ahora, y menos en el entonces. Tengo otras aficiones que también me distraen y me relajan. Me mantuve ocupada, así no pensaba en él o en nosotros. Dejé de hacer amigos, porque entonces no lo pasaría mal cuando ellos se fuesen. Perdí la fe en todo lo que la gente llama amor. —Una lágrima cayó por su rostro.

»Es decir, ¿cómo podría? —preguntó, su voz de repente estaba con temor—. ¿Por qué me dejó? ¿Si me hubiese querido, habría vivido y no me habría dejado sola! —Toda la rabia estaba en su voz, mostraba dolor, un terrible dolor que no debía permitir que apareciese de nuevo en su rostro. Ella nunca estaría sola de nuevo, no si podía evitarlo—. ¿Debería haber estado aquí esta noche! ¿Debería haber estado cuando Jack y mamá se casaron! ¿No debería haberse ido!

No hubo lágrimas. Su miseria era demasiado profunda para eso.

Crucé la distancia entre nosotros dando una zancada larga y la envolví en mis brazos. Aparté cualquier odio que sentía por ese hombre. April necesitaba a alguien, y si no pudiese estar aquí, lo intentaría. Y eso sería lo bastante bueno.

—April —murmuré en voz baja. Ee libró de mi abrazo elevando la cabeza—. No... No fue su culpa que muriese. Tampoco era tuya tuya —añadí, con la esperanza de decir las cosas correctas y quitar esa mirada terrible—. No te habría dejado si hubiese podido evitarlo, a no ser que fuese un idiota. No lo conocía, pero sí sé esto: si hubiese estado ahora aquí, habría estado orgulloso y feliz por ti. Como todos tus amigos. —*Como yo*—. Él desearía que te divirtieses, no que te cerrases. Si fuese él, yo lo haría.

Ella cerró los ojos por un instante y respiró profundo, despejando un poco de dolor de su cara. Luego los abrió de nuevo y la agonía aún seguía en ellos a pesar de su débil sonrisa.

—Gracias, Darren —dijo en voz baja, dando un paso atrás, fuera de mi abrazo—. Gracias por comprenderme y escucharme.

—Para eso están los amigos, ¿no? —le contesté con facilidad, tratando de romper la tensión y para saber lo que estos pensamientos significaban en mi cabeza.

—Lo sé. —Estuvo de acuerdo tomando de nuevo el control. ¿Había actuado así con Dan? ¿O era solo debido a que Dan había actuado así con ella?—. Debería ir a buscar a mi madre. —Caminó hacia la acera y luego se volvió para mirarme—. ¿Y, Darren? —Miré hacia arriba con entusiasmo, nada seguro de qué esperar—. Gracias de nuevo. —Y entonces se fue.

No me moví por un largo momento. Había descubierto mis pensamientos y no me gustaban en absoluto, eran imposibles. Odiaba ver a April sufriendo. Cualquier persona con un poco de sentido común estaría de acuerdo conmigo. El odio hacia Dan era feroz e irracional, pero, de nuevo, podría ser solo por nuestra amistad. No estaba celoso de él, después de todo, o al menos, no mucho. Pero yo era Darren McGavern, el Príncipe de Hielo y el intocable de la escuela. Nadie desparasitaba mi corazón, nadie. Excepto que me había dado cuenta, con una explosión de conmoción e incredulidad, de que alguien sí podía. Pero eso no podía ser. ¿Me gustaba April? ¿Me estaba enamorando de ella? Inconcebible.

Excepto que no lo era. Mi corazón de hielo se había derretido bajo el calor de sus ojos miel y brillantes y una sonrisa que podría matar a cualquier hombre, y no había nada que pudiese hacer al respecto. Me gustaba April Jones. Me gustaba mucho... La chica que nunca sucumbiría a mis encantos, y la única chica a la que no querría.

¡Maldita sea, estaba tan jodido!

## Capítulo 10

### APRIL

«La despedida es un dolor tan dulce que igual podemos conocer mañana. Pero no estaría tan triste si hubieses concedido mi petición...».

Me reí mientras cerraba el casillero por última vez este año (asumiendo que no me había olvidado nada) y metí la nota con cuidado en la mochila. Oh, Darren. Una muy buena nota de despedida antes del verano, sobre todo por la cita de Shakespeare. Al parecer, había adivinado algo de lo que a Cupido le gustaba; no a cualquier chica le gustaba que le recitasen poesía.

Pero en mi opinión, no había nada más bonito que un hombre recitándote un poema, excepto que lo recitase cantando. Pero eso solo me gustaba a mí, ¿por qué le iba a gustar a Cupido? ¿Por qué siquiera estaba tomándose la molestia de considerarlo? No había manera de que Cupido pudiese responderle de manera fiable, y mucho menos la posibilidad de sucederlo en su objetivo. Darren me odiaría en el instante en el que se enterase, y eso rompería cualquier plan que tuviese en mente. Y yo necesitaba algo con lo que divertirme durante el verano.

Pero me perdería esta correspondencia durante los meses fuera de la escuela, por sorprendente que parezca. Mi historia sin precedentes no lo había ahuyentado; para mi gran sorpresa, nos había acercado aún más que antes. Era como cuando el elefante rosa salía de su habitación, de repente todo lo podía ver más claro, pero no era lo mismo. Me gustaba el ejercicio de la astucia que conllevaba mantenerlo en la oscuridad, combatir con él en el anonimato mediante palabras. Era la fiebre del vigilante, el juego del ladrón enmascarado que te robaba por la noche y te consolaba por el día, riéndose por dentro. Estaba enganchada a esta adrenalina y a nuestra disputa habitual.



—¡Hola, April! —La voz de Allan resonó a través del pasillo, provocando que un estudiante de primer año lo mirase raro y después me mirase a mí. Metí la nota más profundo en la mochila y sonreí mientras Allan se paraba frente a mí—. ¡Somos de último año!

—Solo si pasas. Aún no lo eres —lo reprendí con una sonrisa irónica que no podía ocultar mi emoción por completo a pesar de mis mejores esfuerzos—. La campana aún no ha sonado. Espera... —Miré el reloj, alegre—. Tres minutos por lo menos.

—No —argumentó—. ¿Sabes cuánto tiempo he estado esperando esto? ¿O lo emocionado que estoy?

—En cierto modo... —respondí, con los ojos fijos en algún lugar por encima de su hombro, no miraba los pasillos brillantes de la escuela, pero sí a una chica que intentaba con desesperación abrir su casillero—. Creo que sí.

Allan siguió hablando como si yo no hubiese dicho nada, que, por irritante que pareciese, tenía que estar agradecida. Si me hubiese oído, habría tenido que explicarme, y eso sería horrible.

—Y podría ser el capitán, ¡y ganaríamos el campeonato! Sería lo mejor...

—Del mundo, lo sé —lo interrumpí, cansada de sus arrebatos.

Para ser honesta, el último año no era gran cosa. Es decir, claro que estaba bien, estaríamos en la parte superior de la cadena alimentaria, y luego entraríamos en nuestra universidad deseada (espero), y nos gustaría tener privilegios de alto nivel, y podríamos conseguir mucha más independencia, y, bueno, sería bastante *guay*.

—¡Y ahora es verano! ¡No hay clases! —Allan me había ignorado, y seguía igual de feliz, perdido en su euforia.

Puse los ojos en blanco con exasperación. Al menos podría tener la cortesía de escucharme de vez en cuando.

—La campana aún no ha sonado —le aconsejé, impulsada más por el demonio de la perversidad que cualquier otra cosa. Ni siquiera me creía a mí misma—. Aún te puedes met... —Pero un sonido fuerte y agudo se escuchó, interrumpiéndome y obligándome a taparme los oídos con dolor. Podía sentir

todo mi cuerpo vibrar—. Nunca olvidaré ese sonido —dije con rabia bajo los aplausos crecientes por los pasillos, casi tan fuertes como la campana.

Por encima y alrededor de ella, podía escuchar en pleno auge a Allan, dominando a los estudiantes de primer y segundo año para que gritasen con él.

Sus grandes manos se cerraron alrededor de mi cintura. Oh, no, él no lo haría. Pero al parecer, lo haría. Antes de que pudiese reaccionar, Allan me estaba haciendo pivotar en un círculo, girándome sobre el suelo con alegría.

—¡Allan! —grité, la mitad con irritación y la otra mitad de risa mientras continuaba girándome a su alrededor, cacareando como un maniaco—. ¡Suéltame!

—La verdad —dijo una voz tranquila, arrastrando las palabras en un lugar cerca de mi casillero, aunque no podía ver quién era por el torbellino de color que era ahora el mundo mientras Allan seguía girándome. Pero la voz era bastante distintiva, al igual que las palabras—. Candy podría ponerse celosa si te ve así con April.

Allan me dejó de forma tan brusca que debería haber caído. Por suerte, logré reaccionar lo bastante rápido para no aterrizar con la cara.

—¿Por qué me iba a importar que Candy se pusiese celosa? —preguntó con una expresión poco sincera que no engañaba a nadie, o al menos no a Darren ni a mí. Necesitaba un poco de práctica. Una gran cantidad de práctica. Y entonces, como si no pudiese resistirse, siguió hablando—. ¿Y por qué Candy iba a estar celosa?

Le sonreí mientras me acercaba a la pared. No quería que me emboscara de nuevo.

—Debido a que la tensión sexual entre ambos podría cortarse con un cuchillo —le expliqué con una paciencia bastante obvia para el mundo exterior—. Y eso va por tus dos preguntas.

Detrás de mí, Darren amortiguó un resoplido divertido.

—No, no es así —protestó Allan. Sin embargo, no pudo ocultar la sonrisa de satisfacción extendiéndose por su cara.

¿Ves? Esta era la razón por la que Cupido no era necesario para ellos dos. Sabían muy bien que eran el uno para el otro, y sabían muy bien lo que el otro también sabía. Ambos (o por lo menos, Candy) disfrutaban el baile.

—Sí es así —indicó Darren.

Todavía no lo había mirado, tenía toda mi atención fija en Allan, pero pude sentir que descansaba feliz en mi casillero. O tal vez esa era la sensación que tienes cuando alguien te mira. Aunque no sabía la razón por la que Darren me miraba, porque estaba hablando con Allan.

Allan sacudió la cabeza de una manera que podría hacerlo parecer un caballo irritado por la forma en la que se movió su pelo, si hubiese sido a cámara lenta. Oh, eso fue gracioso.

—No —insistió—. No lo es.

Darren y yo rodamos los ojos. Bueno, yo lo hice. Supuse que Darren también lo hizo.

—Así que era otra pareja la que iba a bailar todas las canciones juntos —afirmó Darren con ironía.

Un rubor se deslizó por la cara de Allan, pero no le impidió responder.

—Sí. —Estuvoç de acuerdo con alegría, sus ojos cayeron a mis zapatos. Y entonces, bajo la presión combinada de una mirada escéptica y la mirada condescendiente de Darren, agregó, tartamudeando—. Yo, uh, tengo que ir, eh, a hacer algo. ¡Adiós! —Se escabulló pareciéndose a un ratón siendo perseguido por un gato.

—Cinco dólares a que va a buscar a Candy —propuse tan pronto como se fue, sin molestarme en mirar a Allan y girándome sobre mis talones para hacer frente a Darren, mirándolo fijo a los ojos.

Él me sonrió.

—Ya no apuesto —respondió, moviendo la cabeza con una sonrisa—. Aprendí la lección.

Arrugué la nariz ante su respuesta. Esos cinco dólares habrían sido agradables, pero no podía enfadarme con él sin ser una completa hipócrita. Debería estar contento de aprender la lección, y yo lo estaba. De verdad.

—Así que —continué, poniéndome la mochila en el hombro con un gruñido poco elegante y esperando para seguir caminando—. Aparte de esa visión repugnante, ¿cómo fue el baile de graduación?

Nuestra escuela, determinada a ser diferente, había puesto el baile el sábado anterior al último día de clases (hoy era lunes), aunque los exámenes seguirían a lo largo de toda la semana. Yo no había ido al baile a pesar de las insistencias de Candy y Allan. Darren se abstuvo de convencerme y estuve muy agradecida, aunque no se lo había dicho. Sí, habría sido divertido y agradable ver el resultado del trabajo de Cupido, pero no podía correr el riesgo, no con el aniversario de los tres años tan cerca.

Darren, sin embargo, sí había ido.

—No estuvo mal. —Se encogió de hombros con desdén—. Pero el año pasado fue mejor. —Me detuve a pensar lo que eso significaba.

—¿El año pasado? —pregunté, comenzando a caminar hacia la puerta. ¡Libertad, por fin! ¡No hay clases!—. ¿Cuántas veces has estado?

Él se puso a caminar conmigo, una sonrisa arrogante se extendió por su cara.

—Tres veces y contando —me informó, moviendo los dedos en frente de mi cara mientras caminábamos—. Mira y llora.

Dramaticé un suspiro y hablé con un tono falso en mi voz.

—Oh, no, no he ido a un baile en todos mis años en la escuela secundaria. ¿Qué haré con mi vida? —dije con mi mejor voz de sarcasmo, tapándome la boca con las manos.

—No sé —replico con altivez, sin rebajarse a reconocer mi sarcasmo. Bueno, bien. Era simplemente porque no quería seducir a ningún chico para que me invitase a ir al baile—. ¿Qué vas a hacer?

—Vivir la vida —respondí con brusquedad amistosa—. ¿Pero estuvo bien? ¿La banda era buena? ¿Algún drama? ¿Ruptura? ¿Alguna humillación? —Y entonces, con un guiño, añadí—: ¿Alguna chica que te llamase la atención?

Él puso los ojos ante mi diluvio de preguntas, sin comentar mi fisgoneo. Pero, bueno, si la curiosidad mataba al gato, la satisfacción era muy buena y yo no soportaba no saber las cosas.

—Sí lo fue, por supuesto que no y no presté demasiada atención a los temas de los demás y... ¡Oh, dame eso! —Me había parado de nuevo para ajustarme la correa de la mochila. Su paciencia al final me reprendió por mi lentitud, me quitó la mochila de las manos y se la colgó sobre su espalda.

Me estiré sintiéndome afortunada y diez kilos más ligera.

—Gracias —le dije, agradecida.

Por fin, tres meses sin esa carga. Iba a estar muy satisfecha.

—No hay problema. —Empezó a caminar de nuevo, y frunció el ceño cuando sintió la presión total sobre él—. Mierda, April, ¿qué tienes aquí? ¿Pesas?

—Bueno. —Conté con los dedos—. El libro de Biología, el de Historia, el de Latín, el de Matemáticas y media docena de libros de Inglés. Ah, y todas las libretas y otras cosas. —Pensé un momento, contando todo el contenido del casillero. Por razones obvias no podía hablar de Cupido—. Sí, eso es todo —concluí.

Darren me miró con incredulidad.

—Te das cuenta de que la mayoría de las clases están a punto de acabar y que ya hicimos parte de los exámenes, ¿verdad? —preguntó despacio, como si fuese tonta.

—Sí. —Estuve de acuerdo mientras daba un saltito.

Siendo la persona caritativa que era, decidí no caminar más rápido. Después de todo, Darren se había ofrecido a llevar mis cosas.

—Entonces, ¿por qué te traes todo? —exigió.

Me encogí de hombros.

—Supongo que soy una *nerd* —expliqué sin pensarlo mucho—. Puede ser que necesite algo de diversión y ganas de aprender más. —Vi la mirada atónita de Darren—. ¡Oye, nunca se sabe!

—Sí. Sí, claro. —Sostuvo la postura de manera casual, moviendo la cabeza despectivamente hacia mí—. No volverás a utilizar estos libros en tu vida.

—Tal vez, o tal vez no —me permití decir con una ligera sonrisa enigmática que tendía a desquiciarlo.

Me miró. El misterio apareció en él, seguido por su resplandor.

—Oh, haz lo que quieras —declaró con un resoplido de exasperación cuando no pudo soportar mi sonrisa. Pero no me dio la mochila de nuevo.

Cómo me gustaba aprovecharme de la galantería de los demás.

Me detuve frente a la escuela sin saber muy bien a dónde ir. Había estado caminando solo para hacerlo, pero tal vez haber dejado que Allan se fuese había sido un error. Había perdido a mi chófer.

Darren se detuvo a mi lado.

—¿Qué pasa? —preguntó, cambiando la mochila de lado con un gemido ahogado. Pobre chico. Pero no tan pobre como para que recuperase mis cosas.

—No sé cómo volver a casa —respondí con una sonrisa—. No debería de haberle tomado el pelo a Allan.

Darren vaciló unos segundos apenas perceptibles, a continuación, sugirió algo con un poco de timidez (aunque dudaba incluso haberla visto).

—Puedes venir conmigo a recoger a Troy, si quieres.

Miré a mi alrededor y no vi a Allan en ningún sitio. Me encogí de hombros. No tenía nada mejor que hacer; mi primer examen era Matemáticas y siempre había mantenido que era imposible estudiar Matemáticas. Tampoco lo iba a hacer ahora.

—¿Por qué no? —Estuve de acuerdo.

Seguí a Darren hasta su coche. Uno descapotable, cómo no. Tenía el techo bajado y los asientos de cuero negro brillaban al sol.

—Troy se pondrá loco —añadió con brusquedad, tirando la mochila al asiento trasero, donde aterrizó con un golpe que sacudió el coche. Suspiró aliviado, rodando los hombros. La fina tela de su camiseta se estiró un poco contra sus grandes músculos.

—Y no podemos descuidar el placer de Troy, ¿verdad? Incluso si eso significa torturarte con mi presencia —bromeé.

Darren rodó los ojos.

—Es un horror, te aguanto por él.

Me reí y Darren se sentó en su asiento y arrancó el coche. Aceleró lo suficiente como para sonreír de una manera masculina y salir a toda velocidad del aparcamiento con el chirrido de los neumáticos haciendo eco en la calle.

Solo mucho más tarde me daría cuenta de que Darren no había respondido a mi última pregunta acerca del baile de graduación: «¿Alguna chica que te llamase la atención?».

## DARREN

Para mi gran sorpresa, no era tan raro estar con April. Había pensado que sería incómodo después de contarme su historia y de darme cuenta de mis sentimientos, o al menos pensé que sería incómodo incluso estar cerca de ella. Esta era una situación nueva para mí, después de todo, ¿cómo se suponía que debía tratar a una chica que era mi amiga, pero que quería que fuese algo más? ¿O es que solo era raro una April sin secretos? Aunque la verdad es que no era tan diferente. Aún había cosas de las que April no quería hablar como si estuviese ocultando algo y eso alcanzaba el máximo de mi curiosidad. Todavía nos reíamos y bromeábamos y peleábamos igual que siempre, y mi comportamiento no había cambiado hacia ella, gracias a Dios.

Excepto que ahora tenía una mayor conciencia de ella, de lo que estaba haciendo o diciendo, ¿o quizás eso siempre había sido así? La cosa era que en los momentos en los que ella me iba a decir algo, yo no era capaz de responder a la vez, supongo que impresionado por ella. No sé.

Pero por lo general, era el mismo que había sido antes de que Mann lo hubiese jodido todo, solo que ahora teníamos un vínculo mayor. Sabiendo lo que ahora sabía que le había sucedido, me sorprendió incluso que tuviese el valor de entrar en el coche, pero, de nuevo, la cobardía nunca había sido uno de sus puntos débiles. Después de todo, había tenido la valentía de hablar conmigo como nadie más lo hizo.

—Así que... —Rompí el silencio, tratando de sonar casual—. ¿Haces algo el próximo fin de semana? ¿Después de los exámenes?

Se dio la vuelta para mirarme, el viento agitaba su pelo alrededor de su cara como una nube. Fijé mis ojos en la carretera, pero me di cuenta de que había entendido por completo las implicaciones de la pregunta. Por supuesto que lo haría. A veces creo que podía leerme la mente.

—No creo —respondió, tocándose la barbilla con el dedo, de forma elegante. De manera inconsciente fijé mi atención en las delicadas líneas sobre su garganta—. Estaba pensando en ir al dojo. ¿Por qué?

—Bueno, está esta cosa —le informé. Vaya, eso no había tan sonado estúpido. Tuve que ocultar mi mueca de dolor cuando una sonrisa cruzó su rostro. No podría enamorarme de una chica que respetaba por momentos los lapsus, ¿podría? Bueno, claro que podría, si no, ella nunca me habría gustado...

—No lo has dicho. —Arrastró las palabras, con un tono sarcástico.

Opté por ponerle los ojos en blanco, manteniendo mi fachada de desprecio. Era bastante obvio que iba a alguna parte con esto.

—Mis padres están organizando una fiesta, van a invitar a un montón de sus clientes y socios y amigos y otras personas importantes —le expliqué con tolerancia, mirándola por el rabillo del ojo, ya que habíamos llegado a un semáforo. Ella arqueó las cejas, invitándome a darle más detalles—. Y tengo que ir, porque sienten la necesidad de mostrar a su hijo mayor —continué. Si me estaba escuchando con atención, ella debería haber notado el tono de amargura en mi voz—. Y tengo que llevar a una cita, o bien a alguien con ambición.

Ella se movió, casi nerviosa, pero lo cubrió con una risa rápida.

—Pobre Darren —observó con una sonrisa irónica, sacudiendo la cabeza con fingida desesperación—. Tienes mucha demanda.

—Lo sé. —Estuve de acuerdo con fervor, ignorando su sarcasmo por segunda vez (al menos hoy) a favor de la verdad—. Es muy molesto. Solo soy un objeto florero para mis padres.

—Podrías invitar a una de tus *groupies* a ir contigo —sugirió de inmediato, como si estuviese tratando de cambiar de tema—. Sabes que estarían encantadas de ir contigo, cualquiera de los cientos de personas.



—Podría —concedí con amabilidad. Ella realmente no entendía el punto, ¿no? Eso abriría una nueva caja de Pandora y más problemas, puede que incluyendo sus incesantes risas y sus propias interpretaciones de lo que implicaría la noche—. O... —Dudé un segundo. Por fortuna, la luz del semáforo cambió en ese momento, y eso me dio una excusa para no mirarla—. Podrías venir conmigo y protegerme.

—¿Por qué? —respondió de inmediato. No fue ofensivo, sino más bien como si estuviese curiosa—. No voy a ser ni la mitad de buena cita que ellas.

—Si voy con una de ellas, me aburriría todo el día —señalé con lógica irrefutable. Esto, después de todo, era algo agradable. Nada más. Al menos para ella—. Pero contigo me divertiría, en cierto modo.

—Estoy encantada de saber que soy muy querida —resopló con una media sonrisa, sus ojos brillaban tanto como la luz en los espejos—. Aunque solo esté siendo valorada por mi oferta de entretenimiento.

—Nada más. —Asentí con la cabeza, contento de que hubiese aceptado mi excusa por haberla invitado.

Ella se burlaba de mí con elegancia. Siendo honesto, ¿cuántas personas podían ser elegantes mientras se burlaban?

—¿Hablamos de traje semiformal? —preguntó.

Escondí una sonrisa. Eso era sin duda un sí a mi invitación. Oh, dulce venganza sobre todos aquellos que creyeron en Cupido. Sus destinos eran eminentes, en la forma de una pequeña y preciosa chica a mi lado.

—Formal, me temo. —Me estremecí ante la idea. Me gustaba estar presentable, no me malinterpretes, pero pasar horas en una fiesta, en una habitación mal ventilada y bien iluminada, era demasiado—. Mis padres acaban de firmar algo y lo quieren celebrar. Así que hay que parecer impresionantes.

—Oh, alegría. —A pesar de sus palabras que parecían poco entusiastas, había un brillo emocionado en sus ojos ante la idea de un vestido de noche. Chicas. Nunca las entenderé—. Bueno, supongo que podría prescindir de una noche para salvar a un amigo desesperado.

—Estoy conmovido —le informé con sequedad.

No estaba del todo de acuerdo con sus palabras. Bueno, quizá sí. Pero ella no lo sabía y yo no estaba desesperado. No es como si le estuviese pidiendo algo ni nada.

—Oh, cállate. —Me dio un codazo en las costillas en broma—. Sabes lo que quiero decir.

—¡Estoy conduciendo! —grité, frotando mi lado mientras trataba de mantener la atención en la carretera. Maldita sea, me había pegado fuerte. Tenía que fortalecer mis huesos, por si hacía un hábito el darme codazos en las costillas—. ¡Mal momento de comenzar una pelea!

Era como si alguien hubiese encendido un interruptor en su cabeza; su cara cambió al instante. Me arrepentí de inmediato. El recuerdo de Dan no me ayudaría mucho. ¡Maldita sea!

—Oh, está bien —murmuró, sentándose recta y mortalmente quieta—. Lo siento.

Un silencio nos inundó, solo escuchábamos el motor de los coches. Nos detuvimos en el aparcamiento de la escuela primaria, esto se volvió demasiado agobiante y tuve que romper la tensión.

—¿Vas a estudiar para los exámenes de verdad? —le pregunté, como si continuar una conversación sirviese de algo.

El silencio no debería de ser incómodo, después de todo, solo mis emociones rebeldes me hacían sentir eso, y April no podía saber que los silencios eran raros. Bueno, no raro de malo, sino raro de extraño, bueno, casi.

—Pues, claro —exclamó, como si fuese algo obvio. Se detuvo un segundo, y luego, añadió de forma realista—, si tengo tiempo. Y motivación.

—Sabes, no eres como le haces creer a los demás —observé con una sonrisa mientras salíamos del coche.

Ella me sonrió, con los ojos brillantes.

—Y tú no eres ni la mitad de difícil de lo que la gente piensa que eres —respondió con una sonrisa, con las cejas levantadas con astucia—. No diré nada si tú no dices nada.

—Quizá debería. —Me reí con malicia, echando la cabeza hacia atrás como todo buen villano. Ella me dio una mirada y me detuvo—. ¿Qué?

—Necesitas practicar tu risa malvada —me informó con suavidad, sus labios temblaban como si estuviese tratando de no romper en carcajadas. Lo que, conociéndola, casi con certeza era así. Y aunque estaba seguro de que merecía la burla, no me tenía que gustar.

—¿Te estás riendo de mí? —exigí indignado, ocultando la diversión que sentía.

Ella tragó, y su cara se tornó sin emociones de nuevo, a excepción de los ojos, que no dejaban de bailar alegres.

—No, no, por supuesto que no. ¿Por qué me iba a reír?

—No sé, pero lo haces —contradije, entrecerrándole los ojos.

No estaba enojado en absoluto, la verdad, pero al menos podría actuar, aunque sabía que no debía esperar a que se disculpase.

—Tal vez —replicó de manera agresiva, incluso aunque su lenguaje corporal indicase lo contrario—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Pensé rápido, pero ninguna amenaza apareció en mi mente. Tal vez debería reconsiderar mi carrera como villano.

—Algo horrible —le aseguré con desdén—. Pero será cuando menos te lo esperes.

—Perdóname si no contengo la respiración. —Arrastró las palabras, su voz estaba llena de aburrimiento y falta de interés de una manera que combinaba cosmopolitismo e ingenuidad, y de una manera que era puramente de April.

Una campana sonó antes de que pudiese responder, y segundos después, comenzaron a aparecer niños que salían de la escuela, como una invasión. Intercambié una mirada divertida con April, y luego empecé a mirar en los mares de cabezas, tratando de detectar una en específico.

—¡Troy! —grité al ver un atisbo de él.

Miró alrededor y vio la fuente del grito, me vio y sonrió, trotando hacia nosotros con algunos de sus amigos arrastrándose detrás. Ese era mi hermano,

ya desarrollando los genes líderes de la pandilla. Él iba a ser tan popular como yo.

—¡Dar! —lloró con entusiasmo—. ¡No me dijiste que ibas a venir a recogerme!

Le lancé una mirada a April, pero ella pareció no darse cuenta. Por supuesto, ella lo hizo, pero no se sentía encantada por mí.

—Fue en el último momento —expliqué.

Y la verdad es que había sido algo así. Quizás habría sido una pequeña motivación para que April viniese conmigo. Minúscula. Apenas perceptible.

Troy, como era obvio, no lo captó porque ya estaba atendiendo a April.

—¡April! —gritó de alegría, sus ojos azules brillaban tanto como el cielo azul despejado por encima de nosotros—. ¡También has venido! ¡No te he visto desde hace tiempo! —Le echó los brazos y la abrazó, incapaz de expresar su alegría de cualquier otra manera.

—Qué tal, chico —le respondió con una sonrisa, agitando su cabello con cariño.

De acuerdo, empecé a sentir celos de mi hermano pequeño. Algo estaba muy mal conmigo. Tenía que controlarme. No era más que una chica, nada más.

Troy la soltó y dio un paso atrás.

—¿Vas a venir a casa con nosotros? —preguntó con impaciencia, y luego, dirigiéndose a mí—. ¿Ella...?

—Troy —lo interrumpió uno de sus amigos, mirando con curiosidad—. ¿Es la novia de tu hermano?

—¡No! —dijimos April y yo de forma simultánea.

Eso fue raro. Seguro que estaba harta de que todo el mundo le dijese que nos gustábamos. Pero ella parecía no darse cuenta de mi indiscreción, gracias a Dios.

—Solo somos amigos —continué, disparando una mirada a April de soslayo. Ella no reaccionó en absoluto, y no estaba seguro de si eso era bueno o malo. Le pasé una mano por el pelo de forma inconsciente—. Eso es todo.

—Oh, Dios. —El chico levantó la mirada hacia ella, con los ojos muy abiertos. Me di cuenta con diversión (aunque la situación no tenía mucho de divertido) de cómo ella le sacaba un par de cabezas—. Es que es muy guapa.

Ahora sí que ya no era divertido.

—Bueno, pues bien por ella —respondí, abriendo la puerta del coche con demasiada fuerza como para ser sano—. Vamos, Troy, vamos.

No lo vi, pero casi podía sentir los ojos confundidos de April y Troy intercambiar miradas, pero Troy, obediente, se metió en el asiento trasero del coche y April se deslizó en el asiento al lado del mío, recibiendo un guiño por parte del crío que parecía estar a punto de desmayarse de placer.

—Creo que acabo de enamorar a un niño de quinto curso —observó, una mirada en su cara era mitad diversión y mitad disgusto—. No estoy segura de si sentirme halagada o insultada.

—¡Oye! —protestó Troy, lo cual era bueno, porque no me habría gustado decir nada. Habría ido demasiado lejos. Hormonas estúpidas. Malditos celos—. ¿Qué hay de malo en el quinto curso?

No pude evitar sonreír, mi mal humor se disolvió bajo la presión del hermoso día, con la alegría de Troy y la sonrisa de April.

—Ella es un poco mayor para él —señalé.

April movió su pelo, con una mirada molesta. Oh, bien, ¿y ahora qué había dicho?

—Bueno, al menos cree que soy guapa —murmuró lo suficientemente alto para que todo el coche lo escuchase. Y siendo April, estoy seguro de que lo hizo a propósito.

—¿Qué? —exclamé. Dios, chicas—. Yo nunca... Lo que quiero decir... Lo que él dijo... ¡Nunca dije que no fueses guapa! —farfullé, perdiendo los papeles por completo. ¿De verdad estaba así por algo tan tonto como eso?

Pero una sonrisa divertida se mostró en su rostro y un brillo en sus ojos de satisfacción.

—Lo sé. —Sonó con condescendencia, recostándose con comodidad en su asiento—. Eres tan divertido cuando estás nervioso.

Gruñí.

—Tú —le dije, golpeando el volante para enfatizar mi punto, ya que, al parecer, las otras veces que lo había dicho pareció ignorarlo—. Eres una perra.

—Pero me quieres.

Se echó hacia atrás con inocencia, su sonrisa me hacía imposible la tarea de enojarme. Mierda, eso podría ser una desventajada en nuestros argumentos.

—Claro —respondí con sarcasmo—. Por supuesto que sí.

Y de verdad, realmente, esperaba que ella no pudiese detectar la capa de sarcasmo, que solo era una fina capa sobre una verdad mucho más profunda.



Estaba vaciando mi mochila cuando una nota se cayó del bolsillo del lateral. Una nota de Cupido. ¿Cómo demonios había llegado esto aquí? No había vuelto a mi armario después de entregar la nota, por lo que no podría haberla recogido. Sin embargo, estaba allí. Con el tiempo, mi curiosidad sacó lo mejor de mí y, abrumado, leí la nota, dejando a un lado la cuestión de cómo había llegado hasta allí.

«Mejor suerte el año que viene, Darren —se lee—, pero no contengas la respiración».

Espera, ¿dónde había oído esa frase?

## Capítulo 10

### APRIL

—¡Me estás tomando el pelo! —farfulló Rhi con incredulidad. De forma bastante débil, a través de la línea telefónica, pude escuchar el sonido de una bebida que se salía de su boca en estado de *shock*. Por suerte, no tuve que ocultar mi sonrisa satisfecha. Había retenido esta pieza jugosa de información hasta esta noche, solo para ver su reacción. Me encantaba que la sorprendiese tanto—. Eso es increíble. ¿Qué vas a llevar?

—Oh, creo que encontré algo. —Arrastré las palabras, lo que significaba que no se lo iba a decir a nadie.

Había arrastrado a mi madre de compras en el momento en el que llegué a casa el viernes. Por suerte, logré encontrar un vestido con rapidez, antes de que se me juntase con los exámenes y demás. Pero, ahora que me daba cuenta, todo de lo que tenía que preocuparme era de si podía comportarme durante toda la noche, sin fanfarronear a cualquiera de los peces gordos que allí hubiese. Creía que podía, aunque no sin dificultad.

—Tienes que estar impresionante. Ya sabes, impresionante y sorprendente —advirtió Rhi, con la emoción coloreando su respuesta. Incluso me apostaba a que ahora mismo ella estaría temblando de alegría. Rhi era así—. Debido a que estás viviendo el sueño de cualquier chica.

—¿Qué quieres decir?

Miré mi reloj. Eran las seis en punto. Darren me iba a venir a recoger a las seis y media. Yo era demasiado vaga como para caminar y él había aceptado a regañadientes a llevarme, y significaba que era hora de prepararme. Puse a Rhi en el altavoz y caminé hacia el armario para sacar el vestido.

Era de un color verde oscuro casi como de pino, la parte superior apenas rozaba el suelo, y tenía la enorme ventaja de que parecía más alta. El material

se pegaba a mi cuerpo, trazando todos mis movimientos, y brillaba según la luz. Era sin mangas, se envolvía alrededor de mi cuello al estilo *halter*, abrazando a mi clavícula como para ser modesto, pero la parte trasera estaba abierta y no es que quisiese dar ideas a nadie, y menos aún a Darren.

—April —habló Rhi como si estuviese declarando la cosa más obvia en el mundo a unos niños de dos años—. Darren McGavern te invitó a salir. Las chicas de todo el mundo estarían matando por estar en tu lugar.

—No es verdad —respondí con aire ausente, haciendo caso omiso del resoplido de Rhi, volviendo a meter el vestido en el armario. Primero debía maquillarme y peinarme—. Y no me pidió salir. Solo voy para hacerle un favor como amiga.

—Una amiga que pasará la noche con el chico más deseado de la escuela —señaló—. Y no sin razón.

Me encogí de hombros, y luego me di cuenta de que ella no podía verme.

—Sí, bueno, esa no es mi opinión.

Tan pronto como lo dije, deseé no haberlo hecho. Ella tenía el hábito de refutarme las cosas, incluso si era cierto. No me importaba que todo el mundo creyese que Darren era el hombre más *sexy* en la faz de la Tierra. No estaba de acuerdo. En absoluto. La única razón por la que estaba poniendo tanto empeño en arreglarme era porque, como cualquier otra chica, me gustaba verme bien de vez en cuando. No estaba tratando de alcanzar el nivel de Darren en absoluto.

—Oh, ¿en serio? —Y juro que pude ver una mueca de burla en su rostro, sabiendo muy bien lo que iba a venir a continuación, pero me estaba poniendo el rímel y no tenía ganas de matarme el ojo—. Porque creo recordar que...

—Lo sé, lo sé. Lo sé. ¿De verdad tienes que recordármelo? —pregunté.

Esto no era lo que necesitaba en este momento. Acababa de recuperarme de Dan, y ni siquiera me había recuperado del todo. Mi juicio aún estaba defectuoso.

Pero Rhi no se desanimó.



—¡Sí, creo que sí! —insistió, y gemí. A pesar de mi dolor, continuó—. Porque recuerdo que el primer día de clases el primer año, cuando estaba señalando a todas las personas importantes en la escuela, lo viste y me dijiste que era el chico más *sexy* de allí.

—Un pequeño error —objeté, trenzando mi pelo con dedos seguros.

Eso había sido hacía tiempo, ya no podía afectarme. En ese entonces era más joven y tonta, cambié rápido de opinión una vez que me di cuenta de que era un bastardo insoportable.

—Y luego creo que él lo oyó, porque te sonrió y tú le devolviste el guiño, ¡había una conexión!

Eso me irritó un poco, se suponía que eso estaba en un rincón alejado de mi mente, ya me había torturado lo suficiente. Pero aun así, estuvo fuera de lugar.

—Era una persona diferente entonces —le informé con altanería, dejando mi pelo mientras me calmaba.

—No puedes cambiar de la noche a la mañana —replicó.

Aspiré. Funcionaba bastante bien para mí, muchas gracias.

—Y sabes que todavía piensas que es *sexy*.

—Bueno, sí, no estoy ciega —admití—. Pero eso no...

—Lo siento, no entendí bien —habló mi supuesta amiga. Me la imaginaba con los ojos brillando de alegría y diversión.

Poniendo los ojos en blanco, negué con la cabeza de forma experimental. Ningún pelo se movía, gracias a Dios.

—Está bien. Me parece que Darren es en extremo atractivo. ¿Ya estás contenta? —espeté, poniéndome el vestido. A pesar de mi molestia, sonreí mientras lo deslizaba por mi cuerpo, disfrutando de lo bien que me veía—. Pero sigue sin ser una cita.

—Pero quieres que lo sea —respondió de inmediato, sin perder el ritmo.

Eché los ojos hacia arriba en desacuerdo sin esperanza.

—No, no —argumenté—. Somos amigos, nada más. No hay ninguna connotación romántica en absoluto. No nos gustamos. No es como si...

—No te lo crees ni tú —replicó.

Oh, se creía que lo sabía todo porque ella era la experta en relaciones. Había tenido dos novios, y uno de ellos fue a causa de sus padres y otro por mi culpa.

—Los chicos y las chicas no pueden ser solo amigos.

—Pues Darren y yo somos la excepción que confirma la regla —respondí con calma, sin permitir que me provocase—. A pesar de que eso nunca tuvo sentido para mí. ¿Por qué una regla va a necesitar una excepción cuando...?

Rhi me interrumpió.

—Sigue diciéndote eso. —Ella se rio, y frunció el ceño—. No puedo esperar a volver a casa para ver esto.

Oh, sí, eso sería glorioso. Entonces no solo podría burlarse de mí en persona, sino que también me podría humillar delante de la gente. ¿Qué más podría pedir?

—Seguiré diciendo lo mismo —insistí, arrugando la nariz ante ella, antes de recordar que no podía verme. Apuesto a que ella podía percibirlo, y si no era así, entonces no merecía ser llamada mi mejor amiga.

Darren lo hubiese sabido a una milla de distancia.

—¡Claro que no! —Oh, así que quería guerra. Ella era así.

—¡Sí! —Ja, toma.

—No.

—Sí.

—No.

—¡Sí!

—Que no.

—Sí, oye, ¿de verdad vamos a seguir así?

Me refiero a que por lo general arreglábamos nuestros temas como niñas de cinco años.

—Sí hasta que admitas que Darren y tú hacen una linda pareja.

Por alguna razón inimaginable para mí, lo consideraba así. Durante los tres segundos. Y nunca, hasta el día de mi muerte, informaría a Rhi.

—No creo que puedas describir a Darren como lindo —dije con cuidado, tocándome la barbilla con el dedo—. Es decir, no encaja en él. Es guapo y *sexy*,

y de muy buen aspecto, pero no lindo. —Entonces recordé algunas de las notas a Cupido, y gracias a Dios que Rhi estaba a millas de distancia y no podía ver el color rojo en mis mejillas—. No por lo general —modifiqué, dando un paso delante de mi espejo para examinar mi imagen final. Sí, estaba bien.

—¡Ves! Pero puede ser lindo, ¡lo acabas de admitir! —Rhi comenzó a gritar—. ¡Solo tienes que poner de manifiesto su lindura interior!

Oh, por Dios, no acaba de decir eso. ¿Lo acaba de decir? Sí, me temo que sí. Rhi siempre estaba con su lógica ilógica de siempre, eso tenía sentido cuando hablabas de ella. Algo así como la lógica de los locos.

—Rhi, no funciona así —advertí—. Dudo mucho que Darren sea un buen novio, no importa cuán lindo se convierta de forma mágica.

—¿Por qué no? —insistió, pero no pude detectar ninguna burla en su tono de voz. Lo que significaba que le debía una respuesta, incluso aunque fuese igual de evidente como el color azul del cielo.

—Tiene un corazón errante —le dije—. Encaja para romper el corazón de una pobre chica, y ya.

—Supongo que tienes razón. —Rio—. Pero eso podría curarse, ¿no?

—Lo dudo —contradije, rodando los ojos de nuevo. La vida no era una novela romántica; no todo el mundo podía ser curado por una chica y un beso. A veces, el corazón frío y negro del bastardo no estaba hecho de oro, y él solo utilizaba a la chica y luego se iba. No es que Darren fuese malo ni nada (a pesar de que él dejaría a la chica) y yo tampoco es que estuviese pensando en besarlo. De nuevo—. E incluso si eso pudiese pasar, yo no sería la adecuada.

—¿Por qué no? —contrarrestó, rápida como un rayo.

—Porque no soy ninguna princesa de cuento de hadas —contesté con calma—. Rhi, tengo suficientes problemas de los que preocuparme. No tengo pensado estar con otra persona. Si Darren quiere ser un idiota y perder su tiempo, no voy a detenerlo.

—April, no haces más que meterte en la vida de los demás. Eso es lo que hace Cupido. —Rhi rio, con un toque de ironía que empapó la mía.

Pero eso no era cierto, yo solo me inmiscuía si la gente lo necesitaba. A menudo yo sabía lo que era mejor para la gente.

—Cállate, ¿quieres? —respondí de manera cortante—. Estás en el altavoz.

Tenía miedo de que justo en ese momento Allan hubiese decidido aventurarse cerca de mi habitación.

—La gente con el tiempo lo sabrá. No puedes mantener el secreto para siempre —me informó con paciencia, casi suplicante.

No tuve que preguntar de qué hablaba. Ella siempre estaba con lo mismo, siempre me fastidiaba con respecto a ello, y nunca cambiaría de opinión.

—Esperaré un año más —respondí con aspereza, sin preocuparme en absoluto.

Sabía muy bien que nada místico duraba para siempre, y tampoco tenía pensando pasar el título a nadie. Cupido moriría de una forma tranquila cuando me graduase, a menos que alguien decidiese aparecer el año que viene y retomar la tradición, que era muy poco probable. Sin embargo, Cupido no sería tan eficaz si era desenmascarado. Sería un homenaje a mis habilidades si sobrevivía.

—Aun así, Lex y Darren lo descubrirán. Están demasiado cerca para que no suceda. Un día entrarán en tu habitación o algo y lo descubrirán y tendrás que decirles.

Levanté una ceja con escepticismo.

—Um... No. Claro que no. Darren no necesita saberlo.

Escuché unos pasos en la escalera cerca de mi puerta. Demasiado pesado como para ser mamá, demasiado rápido como para ser Jack, demasiado cuidado como para ser Allan. Mierda. Habla del demonio y aparecerá.

—Pero...

Corté la protesta de Rhi con una velocidad un poco inhumana.

—Alguien viene. Tengo que irme. ¡Adiós! —Colgué el teléfono antes de que pudiese responder, al igual que Darren tocó la puerta y habló.

—April, es mejor que estés preparada porque mis padres me matarán si llego tarde. Y estuve como diez minutos intentando convencer a tu madre de que

me dejase venir hasta aquí y... —Darren dejó de hablar. Sus ojos me miraban.

Di un pequeño giro, exaltando su expresión atónita.

—Entonces... —dije, con una pequeña sonrisa maliciosa—. ¿Me veo bien?

Tomé su continuo silencio aturdido como un asentimiento.

## DARREN

April estaba increíble. Impresionante en todos los sentidos de la palabra. Parecía incluso haber crecido un par de pulgadas (¿debido al vestido? ¿Los tacones?). Y sus ojos brillaban enormes (¿por el color del vestido? ¿El maquillaje?). El delicado broche de tela resaltaba las largas y elegantes líneas de su cuello, reveladas por su cabello recogido. El corte de su vestido, algo que incluso un hombre como yo podía ver, no era la última moda, enfatizaba su delgada cintura y sus curvas de una manera que ni siquiera tenía nada que ver con la camiseta sin mangas que había usado en Año Nuevo. Podría mirarla así con gusto para siempre, pero ella no se parecía en nada a la chica afilada y protegida que conocía. Solo la inteligencia sardónica que chispeaba en sus brillantes ojos la distinguía de las otras chicas a las que antes había tomado del brazo, pero incluso allí superaba con creces a todas las chicas que había visto en mi vida.

Tragué saliva, tratando de encontrar mi voz sin mostrarle mucho a April lo mucho que me había encantado. Había percibido a April como alguien lindo, atractivo, *sexy*, pero nunca la había visto tan impresionante y hermosa.

—Te ves bien —dije al final.

Maldita sea, ¿ninguna otra chica me había afectado tanto! ¿Qué tanto tenía de especial, aparte del hecho de que ella era April? No lo sabía, pero ese simple hecho marcaba la diferencia.

—Lo sé. —Estuvo de acuerdo con complacencia.

Dio otro giro vertiginoso que me hizo rogar por que nadie notase que de repente mis pantalones se sentían demasiado apretados, y esperaba que no lo hiciese con demasiada frecuencia esta noche. Pero por más que lo intentase, no

podía apartar los ojos del remolino de tela que le rodeaba las caderas. Tal vez esta noche sería más difícil de lo que pensaba.

—Entonces... —dije, apartando los ojos de su cara para que no pudiese notar mi estado, pero por su sonrisa, podría haber jurado que ya era tarde—. Vamos. No puedo llegar tarde.

—Ya lo has dicho —replicó, y una sonrisa se dibujó en mi rostro. No era la habitual April, armada y peligrosa. Y no podía dejar de alegrarme por eso. Tenía una cita con una chica *sexy* y entretenida. ¿Qué más podía pedir?—. Pensé que querías evitar esto —continuó, agarrando su bolso con una mano y el teléfono con la otra—. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Porque me alejará de lo impresionante que te ves en este momento. Pero, por supuesto, no podía decir eso, y la otra respuesta era una que no quería dar. Quiero decir, sea lo que sea, los anfitriones de la fiesta eran mis padres y en algún momento iba a ser mi compañía, y se lo debía a ellos y, al menos, a mí mismo.

—Porque quiero acabar de una vez —respondí por fin, aunque no era del todo cierto. April no necesitaba saber que estaba omitiendo cosas, aunque, a juzgar por su rápida mirada de soslayo, se lo imaginó.

—Muy bien.

Se encogió de hombros, saliendo rápido de su habitación. Al parecer no le gustaba que entrasen en su habitación, algo que decidí ignorar.

La seguí por el pasillo, balanceando mis hombros con incomodidad debajo del grueso material de mi chaqueta. Todavía nueva, no encajaba del todo bien, solo para aumentar mi irritación. Dios, odiaba estas cosas; aunque no me oponía a lo bien que me veía en un traje.

—¡Mamá, me voy! —gritó en el cavernoso y vacío vestíbulo, tan alto que puse mis manos sobre mis oídos y fruncí el ceño. O bien no se dio cuenta o no le importó (sospeché lo último), y salió fuera, su mano con dedos largos sostuvo su falda con delicadeza fuera de la suciedad del suelo.

—Sabes que ella igual no te oyó, ¿verdad? —pregunté, frotándome las sienes.

April me lanzó una mirada fulminante por encima del hombro, diciéndome con toda claridad que era un completo idiota. Acostumbrado a esas miradas, la ignoré.

—Es un hábito —explicó con impaciencia, tomando asiento y metiendo con cuidado el extremo largo de su vestido—. Sabes, deberías cerrar el coche.

—¿Por qué? Estuve fuera diez minutos —repliqué, caminando hacia mi lado del coche y sentándome con casi tanto cuidado como ella. No quería entrar en esta cosa luciendo como un vago. En primer lugar, era bastante horrible ir.

Ella se rio, una risa cálida, acogedora y entrañable, engatusaba a los demás a reírse incluso aunque hubiese un toque de cinismo en ella. Me quedé mirando el volante, obligándome a no sonreír.

—Conocí a chicos que pueden entrar en tu coche y ponerlo en marcha en menos de ese tiempo —dijo con una sonrisa irónica, como sorprendida de lo inocente que era. Había puesto un dedo sobre su barbilla—. En realidad, incluso yo podría. Aunque tardaría un poco más.

—¿Sabes puentear un coche? —pregunté con escepticismo, levantando una ceja.

Sabía muy bien que ella no había crecido en las mansiones de este vecindario, pero sabía que tampoco había vivido en una choza. No era como si hubiese tenido que formar parte de una banda, o tuviese que robar para sobrevivir o algo así. Eso lo sabía con certeza.

—Sí, Dan me enseñó. —No pude escuchar ningún temblor en su voz al pronunciar el nombre de Dan, o algo diferente en su tono. Tal vez por fin lo estaba superando, y era hora de hacerlo. Podía competir con cualquier tipo vivo, pero con un fantasma era difícil—. En realidad, nunca robé nada, pero fue divertido de aprender. Como abrir cerraduras. Nunca se sabe cuándo cosas así te serán útiles.

—¿Por qué alguna vez necesitarías puentear un coche que no planeas robar? —pregunté, saliendo de la entrada de Lexington. Algo se me ocurrió—. ¿Y cómo sabía Dan cómo puentear un coche?

—Para cuando me olvide de las llaves, obviamente —respondió como si fuese la cosa más evidente en el mundo, ignorando de forma conveniente mi

segunda pregunta—. Y para cuando necesite usar el coche de Allan. O el tuyo.

—¿Así que me robarías el coche? —exclamé en falso horror.

No tenía preocupaciones reales. Era más cuidadosa con los bienes materiales que cualquiera que yo conociese, y si protegía de manera feroz de su espacio personal, era igual de respetuosa con los demás. A menos que, por supuesto, sintiese que jugar con ellos era por su propio bien. Entonces ella no tendría escrúpulos. Incluso si estaba equivocada.

—¡Claro que no! —Hubo un destello ofensivo que había estado esperando, incluso si supiese que sabía que estaba bromeando. Luego, con la media sonrisa maliciosa que siempre me hizo sentir una intensa curiosidad, siguió hablando—. Primero te preguntaría y luego ignoraría tu respuesta.

Eso me hizo reír, y su sonrisa creció en toda regla en respuesta, lo que me hizo reír más fuerte como una defensa contra la sonrisa como un niño embrutecido. Cuando logré tener ambos impulsos bajo control, llegamos a la entrada de mi casa.

—Bueno, ¿hablamos de reunión entre reinas, o algo formal normal, o algo sarcástico y sobrecargado? —preguntó April, con un giro perverso en los labios. Me di cuenta de que de verdad, de verdad, de verdad quería que dijese el último, y también quería hacerlo, tenía que ser honesto.

—Una mezcla de los dos primeros. —Fruncí el ceño, ni siquiera la fantasía de dejar que April se desatase sobre todos esos idiotas me iluminaría el ánimo—. Podemos insultar y apuñalar y todo lo que queramos, pero solo si somos educados.

Para mi sorpresa, un brillo travieso apareció en los ojos de April mientras ladeaba la cabeza, absorbiendo la información. Tragué saliva, casi nervioso. Ella se comportaría. Estaba seguro.

—Entonces —dijo como si tratase de encontrar la manera más clara de expresar algo que le había sido descrito de forma oscura. Me preparé para una especie de frase enrevesada que pretendía confundirme para responder a lo que ella quería, y por eso me sorprendió cuando continuó con bastante sencillez—. ¿Puedo ser tan malvada como quiera, siempre que sea educada y discreta al respecto?



—Básicamente, sí.

Su expresión se volvió inquieta y pensativa cuando salimos del coche, esa mirada casi maliciosa en sus ojos. Apenas perdí un momento por la moral de la situación. Esas personas, mis padres incluidos, todos merecían tener a April sobre ellos. ¿Qué me importaba si los mataba? De forma verbal, por supuesto. No es que ella fuese a hacerlo. Le gustaba fingir que era malvada, pero me di cuenta de que quería causar una buena impresión en esta gente. Después de todo, si ella era grosera, se reflejaría como algo negativo en los Lexington.

Caminamos muy despacio por el camino hacia mi casa, con April entendiendo cuán poco quería llegar. Pero tuvimos que hacerlo, así que llegamos a la puerta y entramos. Mis pies no se arrastraban de forma visible. En mi mente, sin embargo, cada paso requería una mayor cantidad de esfuerzo.

April inclinó la cabeza, escuchando la música de fondo con los labios fruncidos.

—El quinteto de *La trucha* —murmuró después de un momento, con el gesto satisfecho de alguien que había sacado información de un recuerdo olvidado hacía tiempo.

—¿Qué? —No estaba escuchando, tratando de ver a mis padres en la multitud. No es que quisiese verlos por ningún lado, o viceversa, pero tenía que demostrar que había aparecido. De lo contrario, no podía estar seguro de que me verían, y esa sería la única vez que me metería en problemas.

—El quinteto de *La trucha*, es lo que está sonando —respondió.

Todavía no me di cuenta de mi distracción. De repente, y sin ninguna razón aparente, me di cuenta de la única cosa de la que aún tenía que advertirle.

—Mierda —maldije por lo bajo. April me miró, preocupada, jugando sobre sus delicadas caderas—. Mira, April, me olvidé de decirte algo. Mi padre, él... —Me detuve. ¿Cómo podría describir a alguien que no conocía pero que al mismo tiempo sabía tan bien cómo era? No había nada que decir, pero tenía que decir algo.

—No es muy agradable —terminó April por mí. La idea no pareció perturbarla, pero no sabía de qué estaba hablando. Ella nunca lo había

conocido... aún—. Pero es demasiado tarde para que me cuentes, porque están allí y vienen. —Su voz se convirtió en un susurro cuando mis padres se acercaron.

—Darren —reconoció mi madre, con el cabello rubio brillando con la luz blanca.

Tenía que admitir que esta noche se veía hermosa, alta, orgullosa y majestuosa, tenía que haber conseguido mi porte y buena apariencia de algún lado, y había dejado de tratar de convencerme de que fui adoptado hacía años.

Mi padre solo asintió con sequedad, con los ojos del mismo tono marrón que los míos dirigiéndose a April y de vuelta a mí. Podía ver los engranajes en su mente rechinar bajo sus pesadas cejas, y me moví con rapidez para interceptarlo antes de que sacase conclusiones equivocadas.

—Madre, ya conocías a April, creo —anuncié, atrayendo a April desde donde ella se había hundido, de forma más sensible que tímida. El lenguaje formal y fornido se deslizó sin esfuerzo de mi lengua, los años de práctica lo convirtieron en una segunda naturaleza.

—Así es. —Estuvo de acuerdo con una leve sonrisa jugando en su rostro. Le ofreció una mano cuidada a April—. Bienvenida.

—Gracias. —April sacudió la mano con firmeza sin mostrarse modesta, con la misma sonrisa cortés y cautelosa en su rostro.

Dejé escapar un poco el aliento que había estado conteniendo, pero mi madre era más fácil. Me volví hacia mi padre.

—Y este es mi padre —continué, rezando a cualquier deidad que me escuchase para que ambos se comportasen bien. Aunque mi padre no haría una escena aquí, no con toda esta gente mirando—. Padre, ella es April Jones, la hijastra del Sr. Lexington.

Pude ver los ojos de April estudiándonos a mi padre y a mí, sorprendida por nuestro parecido. Pero se recuperó mucho más rápido que la mayoría de la gente y le tendió una mano.

—Encantada de conocerlo, Sr. McGavern.

Mi padre hizo una encuesta subrepticia sobre ella, más intensa ahora que se había dado cuenta de que ella era algo más que una donnadie, y luego tomó su mano. Pero en lugar de sacudirla, se la llevó con cortesía a los labios.

—Encantado —murmuró sobre ella antes de dejarla caer. Por supuesto, lo había olvidado. Podría hechizar la pintura de las paredes cuando quisiese.

Pero vi que las cejas de April se levantaban de manera imperceptible mientras miraba a mi madre, y supo que no la aceptaban. Después de todo, mi suavidad no había funcionado en ella, en mi padre tampoco (aunque no era tan tonto como para pensar que había habido algo sexual en su gesto, era solo que mi padre sabía cómo hacer que la gente estuviese de su lado). Pero esperaba que April hubiese notado cuán poco había condescendido al notar a su propio hijo, y cuán rápido se había ido sin decir una palabra más cuando vio entrar a otra persona. Mi madre nos favoreció con una de sus sonrisas parecidas a las de una esfinge antes de desaparecer, el vestido azul resplandecía con la luz helada.

—Entonces —le dije con una jovialidad falsa, volviéndome hacia April con una sonrisa y ojos muertos—. Ahora que has conocido a mi familia. ¿Qué piensas?

April los miró desde el otro lado de la habitación, sin mostrar nada con su expresión. Eso significaba que no sentía la simpatía que esperaba, pero tampoco la compasión que creo que la habría matado por mostrar. Estaba en blanco, excepto por los ojos que parecían tener una especie de revelación.

—Darren —dijo despacio. Su mirada nunca dejó a mis padres. Su voz era lo bastante silenciosa como para que nadie más pudiese oírla, pero no era suave. Tenía demasiada ira y un atisbo de algo así como arrepentimiento—. Estoy sorprendida de que hayas salido tan bien como lo hiciste.

## Capítulo 10

### APRIL

Este hombre no pararía de hablar. Ni siquiera sabía de qué estaba parlotando, algo un tanto financiero e importante, lo supuse por las pocas palabras que pude entender, pero él había estado pontificando conmigo y con Darren durante más de quince minutos. Mi paciencia, nunca mi punto fuerte, se había desgastado más allá del punto de ruptura. No era yo quien necesitaba ganarse el favor, después de todo.

—Darren —murmuré, poniéndome de puntillas para llegar a su oído, lo bastante silencioso como para que el hombre no pudiese escuchar. Los ojos de Darren se clavaron en mí, aunque su expresión cortés de interés no se movió ni una pulgada—. Tengo que, um... —Busqué una excusa, eligiendo la primera que me vino a la mente. De todas formas, él sabría lo que estaba haciendo—. Ir a tomar algo. Te dejo aquí.

Lanzó una mirada de irritación, que no había notado, luego me miró con ojos divertidos.

—Traidora —dijo por la comisura de su boca, asintiendo con la cabeza cuando el hombre nos miró.

—Por supuesto.

Le devolví una sonrisa maliciosa, también hablando en voz baja, aunque el hombre había vuelto a su discurso. Dudo que se hubiese distraído si hubiese gritado. Darren me lanzó una cara de dolor antes de que retrocediese, pero ignorando la punzada de mi conciencia al dejar a un compañero en la estacada, di un paso detrás de él y me disolví en la multitud antes de que alguien (es decir, el hombre que acababa de dejar), pudiese pararme. Detrás de mí, oí la voz de Darren, sonando cortés.

—¿De verdad?

El hombre siguió hablando.

Sonreí para mis adentros mientras me reclinaba contra una pared, felicitándome por un escape bien hecho. Para ser sincera, algunas personas deberían estar obligadas por ley a usar bozales. O collares eléctricos con mandos a distancia universales que cualquiera podría usar para sorprenderlos.

Algún día inventaría eso. La humanidad me lo agradecería.

Al examinar la habitación desde la seguridad de la pared, me reí sin hacer ruido cuando vi a Darren, que acababa de deshacerse del hombre hablador, abordado por otro fanfarrón. Me sentía mal por él, pero bien por mí. Algunas de estas personas eran amables e inteligentes, estadísticamente hablando, tenía que ser así, pero no sabía cómo se suponía que las ibas a encontrar en el torrente de gente. La gran cantidad de figuras y faltas de sinceridad, que coincidían con las de cualquier instituto que haya conocido, me daba dolor de cabeza. Pensaba que podría escapar de eso una vez que entrase en la vida real. Era bueno saber cuán falsas eran esas ilusiones.

—Así que eres la novia del chico McGavern.

Giré, sobresaltada, para enfrentar la voz regia que había aparecido mientras miraba a Darren.

Una mujer mayor, con arrugas en la cara y el cabello gris, delató su edad. Se paró frente a mí, alta, orgullosa e imperiosa. Su porte hablaba de condescendencia y del conocimiento de que yo no valía mucho, pero no tenía el mismo aire que la señora McGavern. La madre de Darren actuaba como una hechicera, con todo el poder engañosamente bajo su control. Pero esta mujer, con su pelo gris peinado en ondas, era una reina que no se molestaba en ocultar su poder.

—No, no lo soy —la corregí con calma, aunque con el aire cansado de alguien que se veía obligado a hacer las mismas correcciones una y otra vez. Lo que hice. ¿Podría la gente comprender la idea de una amistad platónica entre un chico y una chica? ¡No era tan difícil!—. Solo soy su amiga.

El brillo feo en sus ojos me dijo con claridad lo poco que me creía, pero no insistió.

—Bueno, asegúrate de tenerlo a mano —me amonestó con toda la dignidad de una matriarca al mano de su tribu—. Solía ser un chico muy educado, pero en los últimos años se ha vuelto bastante rebelde.

—¿Y por qué tendría alguna influencia en su comportamiento? —pregunté con delicadeza, tratando de no irritarme. ¿Por qué todos decían siempre lo mismo? Aunque era interesante que la rebeldía de Darren fuese algo reciente... —. Como dije, solo soy su amiga.

—Ya es hora de que alguien hable con él —continuó, como si no hubiese hablado. Si hubiese sido doscientos años antes, su abanico habría estado golpeando de forma amenazadora su palma—. Hará un desastre de su vida si no tiene cuidado, al igual que su padre.

—¿Su padre? —Lo admito, me sorprendió.

Quiero decir, había estado esperando a alguien desagradable por lo que había deducido de él, Troy y Brock, pero ese hombre no había sido desagradable. Era culto y encantador, cordial y frío. De una manera que ni siquiera lo era su esposa, y ni Darren ni yo, a pesar de nuestras capas. Era una frialdad tan fría que se disfrazaba de calor. La única vez que había vislumbrado una pista del hombre debajo de la máscara fue cuando sus ojos se encontraron con los de su esposa, e incluso entonces solo fue un vistazo, algo que nadie más podía leer.

—Oh, sí, Steven fue muy rebelde en su juventud —explicó la mujer con una excitación viciosa, el disfrute malicioso de emitir viejos esqueletos jugando con su voz—. Su hijo es una copia de él a esta edad. Pero luego se fue a la universidad, y volvió como es ahora. En lo personal, creo que fue una mejora, pero no muchas personas están de acuerdo conmigo.

—¿De verdad?

Si ella seguía hablando, esto podría ponerse muy interesante. Era como mirar una historia de lo que Darren podría ser. Lo que sería si le ocurriesen las mismas cosas. No es que esperase, o pensase, que se convertiría en su padre. El señor McGavern no parecía demasiado feliz, al menos no con sus hijos.

La señora se rio, su mirada astuta al ver mi plan. Pero ella respondió de todos modos, como complacida por mi curiosidad o por la forma indirecta de satisfacerla.

—Eso fue antes de conocer a su esposa. La verdad es que le devolvió algo de vida. —Una sonrisa lasciva apareció en sus labios—. Se rumorea que estuvo comprometido en la universidad, pero luego la chica tuvo un bebé, y el momento no fue el correcto. —Me lanzó una mirada significativa que no tuve problemas para descifrar—. No miró a otra mujer durante años, pero en el momento en que conoció a Olivia, comenzó a cambiar, fue atrapado. —Sonrió, un poco nostálgica, aunque no benévola—. Por supuesto, no le dolió en absoluto que su competencia hiciese que las ganancias de la compañía casi se duplicaran. —Entonces, pude haber escuchado el sonido retumbante de una fan—. Pero eso solo son rumores. Tú, jovencita, debes pararlo antes del escándalo.

Abrí la boca para hablar, pero ella me interrumpió.

—Soy una mujer y tengo ojos. Ese chico te está mirando incluso cuando está de espaldas. —Levantó su copa hacia mí en una especie de saludo irónico, y podría haber jurado que vi que me guiñaba el ojo antes de irse, tan elegante y exaltada como un gato de caza.

—Bien —hablé al aire después de un segundo de darme cuenta de que no había respirado desde que ella se había ido—. Eso fue interesante. —Estaba bastante segura de haber conocido a una de esas personas inteligentes, pero el efecto fue... inquietante, por decir algo. Ella no era una persona cómoda.

—Veo que has conocido a Selina Wayne —observó otra voz a mi lado. Una vez más, me giré sobre mis talones en estado de *shock*. Tenía que trabajar para no sorprenderme tanto si esto iba a seguir sucediendo. La señora McGavern se quedó allí, mirando al vacío y, sin embargo, muy, muy alerta. Un vaso de vino estaba en su mano—. Su esposo es dueño de Wayne Enterprise, los mayores fabricantes de tecnología de vanguardia del país.

—Lo siento, señora, no... —tartamudeé, tratando de disculparme por mi falta de atención y reacción indecorosa, pero ella me interrumpió.

—Ella sabe todo de todos, en especial sobre lo que no quieren que nadie sepa. Se deleita aprendiendo los secretos, y más cuando los cuenta. Sin embargo, puedes estar segura de que lo que diga será cierto, y de alguna

manera, ayuda a la compañía de su marido, ya sea pidiéndole favores o chantajeando. He estado allí lo suficiente como para saberlo.

—Um... —Dudé.

¿Había un punto en decirme esto? Darren dijo que su madre no hacía nada sin un motivo ulterior, pero no podía ver qué podría significar que dijese esto. Por otra parte, no había nadado con estos tiburones el tiempo suficiente como para conocerlos.

—En veinte años seré como ella —continuó la madre de Darren sin ninguna emoción, ojos cristalinos, firmes y apáticos, solo haciendo una observación objetiva—. Su hija nunca le habla a menos que la obliguen, pero Selina no la necesita. Está feliz con su marido, su dinero y sus secretos.

—Eso no suena muy satisfactorio —me atreví a decir.

¿Qué pasaba con la gente que quería hablar conmigo? O era solo una especie de guante que los recién llegados tenían que correr. Una especie de ritual de novatadas. Si así era, deseé que acabasen de una vez. Esto era mucho más tortuoso. Aunque también bastante intrigante.

—Tal vez —permitió, tomando un sorbo pausado de su bebida. Me quedé callada mientras tragaba, tratando de leer su expresión en blanco, pero ella habló antes de que pudiese—. Pero, para personas como nosotros, que no siempre tuvimos el dinero que tenemos ahora, ¿en verdad es tan malo querer la seguridad que te brinda? —Parecía interesada de una manera impersonal, como un profesor que plantea a una clase una pregunta que espera que provoque una discusión.

Suspiré. A pesar de todas mis poses y paternalismo, me regocijé cuando escuché que mi madre se iba a casar con un hombre rico, solo porque significaba más dinero y una vida más fácil.

—No.

—No teníamos casi nada al principio —explicó, con su voz y su mirada perdidas en algún lugar y en algún momento muy lejos, en un pasado que no podía imaginar—. Toda mi vida lo único que quise era... algo. Dinero, seguridad, comodidad, amor. Y lo conseguí, lo tengo todo. —Hizo un gesto con la mano, abarcando no solo la habitación, sino también a la gente, la casa,



su vida—. Todo esto... Era mi sueño. Este es el producto de un trabajo constante y agotador.

Se calló. Le copié, siguiendo su mirada hacia la multitud que nos rodeaba. ¿A dónde demonios iba con todo esto? ¿Había un mensaje entre sus palabras? ¿O era solo una historia divertida?

—Ser mujer en un mundo de hombres no es fácil, April —pronunció, con un tono apenas explicativo, casi como si me estuviese justificando algo. Pero sus ojos seguían siendo nítidos, claros y sin disculpas, asimilando todo incluso mientras hablaba—. Tienes que luchar por cada centímetro que escalas. Timidez, escrúpulos. Desaparece más rápido en una mujer que en un hombre, porque no se puede permitir demostrar debilidad. En especial una que surgió de la nada. Hay que ser dura, como el hielo.

Sus ojos se fijaron en la espalda de Darren. Había sido detenido por dos personas, todos farfullando. Por la tensión en sus hombros, podía decir que su temperamento estaba llegando a un punto máximo, pero nada en las caras de sus compañeros decía que estaba mostrando algo de su enojo.

—Tener un marido es casi un requisito. De lo contrario, circulan todo tipo de rumores. Aunque los hay de todas formas. Todo es parte de este mundo: su sexualidad es el objetivo más fácil para un hombre cuando una mujer empieza a amenazarlo, como si fuese importante. —Una sonrisa ligera y despectiva estalló en su cara, una que me invitaba a compartir la insensatez de los hombres—. Incluso amar a tu marido no está en absoluto mal visto. La mayoría de mis amigos por lo menos quieren a sus esposas. Ya pasamos la época de los matrimonios arreglados...

Mis labios se torcieron incrédulos, recordando a Rhi. Me estremecí de manera involuntaria, pero ella no pareció darse cuenta.

—Pero actuando como una madre para tus hijos, mostrando la menor ternura, eso es algo que los hombres no entienden. Ven el instinto maternal como una debilidad, y luego los lobos se abalanzan y no vuelves a levantarte. Aprendí cómo ser fuerte y cómo querer. Si perdiese algo de esto —otra vez movió la mano—, sería peor que la muerte. Sería la muerte de todo por lo que alguna vez luché.

—Pero Darren. Y Troy... —protesté sin pensar. Sí, conocía la lujuria de los bienes materiales. Pero no a expensas de alguien cercano a mí. Ni siquiera lo consideraría, y de nuevo, no había hablado con ninguno de mis amigos actuales antes del matrimonio de mi madre, ¿verdad?

—Quiero a mis hijos —respondió, fría y serena, aunque la mirada que se había quedado pegada a su hijo ya no era inexpresiva. Sin embargo, no pude leer la emoción en él, ¿anhelo? ¿Lamento? ¿Aceptación?—. Pero ser una madre para ellos significaría arriesgar todo por lo que alguna vez luché, en especial Darren. Cuando era pequeño, yo todavía estaba esculpiendo mi territorio. Su amor infantil me convenció de que podía ignorarlo y que todavía lo querría. Ahora lo miro y veo a un extraño. Troy pronto será igual. Pero todavía estoy aquí, en la cima.

—¿Valió la pena? —inquirí con entusiasmo.

Su agarre apretó la copa y el aire alrededor se tensó, pero su respuesta fue tranquila como un día de verano.

—Tal vez —respondió pensativa, con los ojos fijos en su hijo—. No sé. Tengo todo lo que siempre quise en la vida. —De repente, se giró para contemplarme, con la mirada atravesando todas mis defensas, y vi a la mujer que se había levantado de la nada—. Siempre pensé que éramos bastante parecidas. Nacimos pobres, listas, orgullosas, desesperadamente ambiciosas, pero no serás como yo. Lo sé. —Sus ojos volvieron a su hijo—. Y tal vez sea una fortuna.

Mi cabeza iba a explotar por curiosidad si no preguntaba pronto.

—Sra. McGavern —le pregunté, casi tímida. No quería sacarla de este estado de ánimo en el que estaba—. ¿Por qué me está diciendo todo esto?

—Como dije —respondió, con los ojos fijos en Darren—, sí quiero a mi hijo.

—Pero...

Si esa no era la respuesta más irritante que había escuchado, no sabía cuál era. Nunca había estado en este extremo. Dios, mis enigmáticas respuestas debían ser molestas para las personas. Tal vez debería parar... Sí, claro. Tendría más

posibilidades de averiguar cómo viajar en el tiempo. Era una parte de mí demasiado cómoda como para cambiarla. Aunque tampoco es que quisiese.

—¿Por qué no vas a rescatarlo? —sugirió, sin ninguna de las cualidades soñadoras de antes. La mujer de negocios habría regresado, y como ella había dicho, la debilidad era fatal.

El cambio abrupto en el tema me sobresaltó, pero estaba mejorando. No apagó mi boca inteligente.

—¿Y cómo propone que haga eso?

Observé a la multitud que Darren había atraído con cautela. Hombres pomposos y madres ansiosas. Ninguno reaccionaría bien ante mi interrupción.

—Eres una chica inteligente. —Me miró de forma conspiratoria, y me permití una leve sonrisa hacia atrás, aceptando el cumplido—. Pensarás en algo. —Y se derritió en la multitud.



## DARREN

—De verdad Sr. Robinson, eso es muy interesante —intervine con debilidad ante la avalancha de palabras.

Este hombre parecía completamente absorbido por su jactancia sin sentido. Después de todo, me había criado en esto, y mi máscara era igual de perfecta que la de las demás personas aquí. Pero debajo de esa máscara, estaba ardiendo en cólera. Todo esto era estúpido. Había estado hablando por diez minutos seguidos, y él aún no se había dado cuenta de si tenía algo interesante que contar. No pensaba ni que fuese posible.

Tomé un sorbo de mi bebida, deseando que el aburrimiento terminara ya. April no sabía la suerte que tenía al haber huido (se supone que había ido a buscar algo para beber, pero aún no había vuelto). Seguro estaría flotando por algún lugar, tal vez podría ir en su busca para divertirme un rato. Creo que antes la vi hablando con la Sra. Wayne...

A través de la bruma tediosa de gente, sentí una presencia reaparecer a mi lado.

—Hola —sopló una suave voz en mi oído—. ¿Vamos a dar una vuelta?

Tragué una sonrisa (la primera desde que había entrado) y, aunque mi atención estaba sobre el Sr. Robinson, murmuré desde la esquina de mi boca:

—Me encantaría. Pero no puedo escapar.

Ni siquiera el infierno me daría permiso para escapar de esta mierda.

—No te preocupes. —Sonrió, y luego, levantando un poco la voz, interrumpió al hombre que no se callaba—. Lo siento mucho, Sr. Robinson —dijo, disculpándose con sus dulces ojos verdes, aún más verdes de lo habitual debido a su maquillaje. Pude ver cómo la mirada del hombre se suavizaba. Oh, ella era buena. A pesar de su molestia, este hombre no era idiota—. ¿Puedo robarle a Darren? Su madre lo busca. —Le sonrió, su cara ancha de repente parecía el rostro de Papá Noel.

—Por supuesto, señorita Jones. —Estuvo de acuerdo con amabilidad, su tono más cariñoso que en todo el tiempo que lo había escuchado hablar—. No se atreva a mantener a la Sra. McGavern esperando, ¿no?

—Claro que no, señor —respondió ella, su tono era diferente y respetuoso—. ¿Vamos, Darren? —Sus ojos brillaban sobre la luz mientras me miraba.

—Como ella dice, el deber me llama —dije sonriendo.

Con rapidez, le tendí mi brazo como el caballero que era, inclinando la cabeza en señal de despedida. A continuación, April le dio una sonrisa mucho más cálida como un adiós. Me llevó lejos, con su mano firme sobre mi brazo. Supuse que tenía un destino en mente.

—Entonces, ¿mi madre de verdad me busca? —pregunté, permitiendo que April me arrastrase por una de las puertas que daba a un balcón. ¿Íbamos a bajar por la espaldera? A mi padre no le gustaría, pero si decía que había sido idea de April... A pesar de que no tenía ni idea de cómo tenía pensado bajar con ese vestido.

—Me dijo que te rescatase —respondió. Sus labios se torcieron en una sonrisa traviesa, muy satisfecha con la forma en la que estaba llevando a cabo

su misión—. Y estoy segura de que aprobaría la mentira por una buena causa como esta.

Sentí que mis labios se enrollaban en una sonrisa involuntaria. Divertido por parte de April y desprecio hacia mí mismo.

—Debería haberlo sabido. —Era irracional que mi madre pidiese de mi presencia.

—Sí, deberías.

Abrimos una puerta y pasamos a la terraza, tomando una respiración profunda. Su pecho subía y bajaba mientras la miraba relajarse.

—¿Cómo lo soportas? —preguntó.

Dio un paso hacia el centro de la terraza y extendió los brazos, como si reclamase el espacio que no podía tener en su interior. La luz que traspasaba a través de la puerta de cristal y la luz de la luna iluminaban su vestido brillante, como si fuese una princesa.

—¿Qué quieres decir? —Me apoyé en la pared junto a la puerta, dejándome hundir en las sombras mientras veía a April con admiración, con una sonrisa en la cara.

—Todo es falso y sin sentido, ¡son estúpidos! —Se dio la vuelta para mirarme—. Es una tortura.

—Bah, no es tan malo —admití, seguro de que no era la cosa que más odiaba. Tal vez porque, por mucho que despreciase estas cosas, seguían formando parte de mi vida—. Nuestras fiestas son así, y esta suele ser de las más bonitas.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó, tomando otro agraciado aliento—. Las fiestas deben estar llenas de música y vida. Esto solo es aburrido.

—Solo si no sabes qué buscar —repliqué—. Y estas personas no son estúpidas, lo que quieren es ser subestimados. Al igual que mi madre, la verdad. La gente la subestima porque ella es la esposa de mi padre, y entonces pueden sacar provecho de esa idiotez mientras no estén mirando.

Sus ojos se abrieron por un segundo, luego sus párpados cayeron de nuevo para disfrazar lo que ella pensaba. April se había unido a mí en la puerta y nos

asomábamos, tratando de no parecer unos espías. Lo que, supongo, éramos.

—Y en cuanto al drama, bueno, ¿ves a esa mujer? —Hice un gesto a una mujer joven y bonita, solo unos pocos años mayor que nosotros—. Está comprometida con él. —Asentí con la cabeza a otro hombre al otro lado de la habitación—. Pero todo el mundo sabe que ella lo está engañando con ese tipo. —Señalé al último actor en ese pequeño drama. April alzó la ceja sorprendida, con los ojos emocionados—. ¿Y ese hombre? —April siguió mi mirada hacia la persona de la que estaba hablando—. Los rumores dicen que su joven y apuesto secretario es en realidad su amante, aunque no ha habido confirmación. En lo personal, me lo creo. Siempre pensé que estaba demasiado bien vestido para ser heterosexual. Lo que ves aquí es la vida real, tan real como nuestras fiestas, solo que mejor escondido. —Podía sentir una mueca de desprecio en mi rostro y agregué con sarcasmo—. Cupido podría hacerlo tan bien aquí como en el instituto.

Por un instante, algo parecido al miedo apareció en su rostro, pero estaba oscuro y se había ido demasiado rápido como para creer que lo había visto. Casi decidí que lo había imaginado, casi.

—Sabes, te das muy poco crédito —observó con suavidad. Con los ojos fijos en el cristal, la luz se hundía en sus mejillas enrojecidas por el calor y hacía que brillasen—. Tú también podrías hacerlo bien.

—Eso nunca estuvo en duda —acepté. No fue arrogancia. Solo conocía mis puntos fuertes—. Pero no quiero estar aquí. No quiero ser mi padre. —Me detuve tan pronto como me di cuenta de lo que había dicho. Mucho más de lo que había querido divulgar, pero me había zambullido de cabeza, y ahora no había una manera elegante de liberarme—. Y quedarse aquí me convertiría en él.

Sus ojos se ensancharon por un segundo, luego sus párpados cayeron para disfrazar cualquier cosa que pensase, observándome desde debajo de sus pestañas.

—No sé —respondió, y de repente, su mirada intensa volvió—. ¿Podemos irnos?

—¡No puedo! —protesté, ella hizo ademán de arrastrarme junto a ella, pero aparté su mano con renuencia oculta—. Mis padres me matarían por eso.

—Oh, pues échame a mí la culpa. —Puso los ojos en blanco con desdén, la seguí a través de la puerta de cristal. No es como si me estuviese resistiendo demasiado—. Estoy harta de estar aquí. Vamos a mi casa.

Antes de saber lo que estaba pasando, me encontraba descansando en el sofá de la casa Lexington. April había sustituido su brillante vestido de fantasía y el maquillaje por un chándal que de manera anormal le sentaba igual de fenomenal que el vestido. Mierda, se veía impresionante con todo.

Se sentó al otro lado del sofá.

—Esto es mucho mejor que esa cosa —anunció.

—Sí... —acepté sin saber muy bien lo que estaba diciendo. Al parecer, ella lo notó y me lanzó una mirada escéptica, cuestionándome. Tragué saliva a toda prisa—. Quiero decir, supongo que sí.

—¿De verdad disfrutas con esas cosas? —preguntó, acurrucándose en el extremo del sofá de dos plazas.

Mis ojos estaban fijos en algún lugar por encima de su cabeza. ¿Me gustaba?

—Me gusta ser bueno en eso —dije, tratando de averiguarlo mientras hablaba. April no habló, solo se quedó mirándome fijo a los ojos—. Pertenezco a ello. Encajo. Y me gusta. Así que sí, supongo que sí.

—Una afirmación abrumadora. —Arrastró las palabras con una sonrisa, cortando el silencio demasiado largo después de mis palabras.

—Claro que lo es —repliqué con orgullo. Mi mirada cayó de nuevo a ella—. Lo dije.

—Y eso significa que es un hecho —bromeó con una sonrisa irónica—. Porque nunca estás equivocado.

—Nunca. —Ella levantó las cejas—. En raras ocasiones —modifiqué con un resignado encogimiento de hombros—. Acierto más que la mayoría de la gente.

—Eso no dice nada —respondió, echando hacia atrás el cabello sobre su cara. Miró su reloj y luego me miró con un tono de disculpa—. ¿Has hablado

con nuestro grado últimamente?

—No si puedo evitarlo. —Pasé una mano distraída por mi pelo revuelto—. ¿Por qué crees que te hablo?

—¿Quieres decir que no es por mi belleza deslumbrante, encanto chispeante e ingenio abrumador? —preguntó, alegre, apartando una mano de su mascota para enfatizar su punto.

Bueno, sí, eso lo resumía todo.

—¿No es brillante ingenio? —pregunté, pensativo y muy consciente de que había evitado por completo la pregunta.

Por fortuna, Carl, que había siseado en señal de queja por su mano ocupada, la distrajo lo suficiente como para que no se diese cuenta. Se encogió de hombros.

—Quizá —permitió, bostezando—. Mira, Darren, sé que solo son las once de la noche, pero solo dormí tres horas y si me quedo hasta tarde, no volveré a ser persona. Debería ir a dormir.

—Claro —dije, levantándome. Claro, ahora me echaba cuando ella había sido la que me había invitado, pero parecía cansada. Y April así no era divertida—. Viendo que me estás echando.

—¡No, no es así! —exclamó levantándose—. Es solo que... —Pero un bostezo la cortó.

Sonreí, dándome cuenta de lo cerca que habíamos terminado. Cuando la miré, ella no podía estar a más de seis pulgadas de distancia, incluso con la diferencia de altura...

—Está bien —le aseguré con suavidad, con un tono de voz guardado en el fondo de mi mente. Un tono que solo utilizaba con Troy. Pero de alguna manera, no me molestó utilizarlo—. Duerme un poco.

Ella me miró, con la cara aún más cerca de la mía. Por completo inconsciente de ello (creo).

—Gracias —murmuró, con una expresión tímida en su cara, y me dio un rápido vistazo a través de sus largas pestañas.



No sé lo que estaba planeando hacer, si ella estaba cerrando las pocas pulgadas entre nosotros a propósito. Pero sabía muy bien lo que yo estaba haciendo: iba a besarla, en la tranquilidad de su casa y estando los dos sobrios.

Le aparté un mechón de su cara. Y esta vez no sería como la última vez. Esta vez sería muy diferente, quería dejarla sin palabras.

Estábamos a cinco pulgadas. Cuatro. Tres. Dos. Uno...

—¡April! ¡Estás en casa! —Lex abrió la puerta de golpe, sorprendiéndonos a los dos mientras nos apartábamos con torpeza. Miré la cara enrojecida de April—. ¿Interrumpo algo...? —preguntó con recelo.

—¡No! —exclamó April, mirándolo. El rubor desapareció de sus mejillas—. Darren ya se iba.

—¿De verdad? —Lex me miró con cautela, lo cual era un gran logro para él, porque nunca pensaba mal de nadie—. April, dijiste que te irías a la cama tan pronto como llegases a casa. —Me miró fijo, como si estuviese tratando de desafiarlo y de mantenerla aquí.

—Cierto, dije eso. —Estuvo de acuerdo con calma—. Adiós, Darren. —Adiós —le contesté, dejando que Lex me abriese la puerta.

Todavía estaba confundido acerca de lo que había sucedido. Casi besaba a April, lo más sorprendente de todo es que no había sido por un instinto de embriaguez. Lo mejor es que, mientras volvía a casa con una sonrisa, me había dado cuenta de una cosa. ¿April había estado a punto de besarme?

## Capítulo 10

### APRIL

—No puedo creer que me hayas convencido para venir aquí —murmuré entre dientes a Candy.

Lancé la bolsa llena de ropa para el día siguiente a la alfombra de color blanco de su dormitorio y miré a las otras dos chicas con recelo. Parecían copias de Candy, excepto por el pelo peinado a la perfección que en vez de rubio era marrón. Llevaban pantalones de chándal y una camiseta; lo mismo que estaba usando yo, aunque sus camisetas eran bastante más ajustadas que la mía.

—No voy a fiestas de pijama.

Candy me sonrió con inocencia, colapsando con gracia sobre su colcha de encaje amarilla.

—Es porque soy tan genial —explicó sin molestarse en bajar la voz. Las otras chicas me miraban con curiosidad descarada. Puse los ojos en blanco y me senté en el suelo al lado de Candy, apoyándome contra el borde de la cama. Puede que estuviese vestida de forma adecuada, pero la combinación de colores no lo era; llevaba los pantalones azul marino y una camiseta escarlata, que destacaban de forma dolorosa contra los colores pastel de la habitación—. Y... —añadió después de un momento de reflexión—. Porque Darren te ha dicho que vinieras.

—¿Y por qué debería importarme lo que diga Darren? —pregunté con delicadeza.

Candy me sonrió más (y con más burla, como si supiese algo que yo no), pero la chica vestida de lila me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Debido a que Darren McGavern es, o sea, el hombre más *sexy* de la faz de la Tierra! —exclamó la chica con horror, como si se me hubiese olvidado mi

propio nombre—. Haría, o sea, cualquier cosa que él dijese.

Abrí la boca para replicar, pero la chica morena se me adelantó, levantando la vista del trabajo de pintarse las uñas. Ahora que la veía bien, me di cuenta de que parecía mucho más pequeña que Candy y yo, puede que fuese de primer año, ¿o de segundo? Sin embargo, la expresión de sus ojos era una que reconocí, exasperada pero tolerante. Bueno, en realidad no la había visto antes, pero la había sentido muchas veces. Era la mirada que le daba a Rhi cuando ella se comportaba como una idiota.

—Eso es porque te aterroriza, Marie —le informó a la otra chica, quien hizo un puchero y cruzó los brazos sobre su amplio pecho, pero no negó nada. La morena se volvió fría, sus ojos frescos de chocolate me miraron, interesados en mí—. Así que eres April Jones —observó, examinándome sin molestarse en ocultarlo.

—¿Cómo lo sabes? —contrarresté, dándole mi sonrisa enigmática mientras arrojaba mi pelo sobre los hombros.

Ella me devolvió la sonrisa, aunque no era tan misteriosa como la mía, era mucho más abierta y triunfante.

—Nunca te he visto con Candy, ni siquiera en las fiestas a las que Marie me lleva, así que supongo que eres una amiga nueva —me informó con emoción oculta—. Marie nunca me habló antes de ti, por lo que no andas con ella. Pero es obvio que tú andas con McGavern, y él no parece intimidarte, o atraerte. April Jones es la única persona que cumple los requisitos.

Levanté las cejas, impresionada.

—No está mal —me permití decir. La chica hizo lo posible para mantener una cara seria, pero sonrió con orgullo a través de sus labios—. Pero... —continué. Su cara cayó—. Estoy segura de que Candy te dijo que iba a venir.

Ella se encogió de hombros, no avergonzada. Sonreí; me gustaba esta chica.

De repente, Candy, que había estado observando el intercambio de palabras, se llevó las manos a la boca.

—¡Oh, Dios mío! —lloró. Tres cabezas se volvieron hacia ella con diferentes grados de irritación ante su volumen y estridente voz—. ¡No sabes quién eres!

—Bueno, ¿quién lo hace realmente? —corté, tocándome la barbilla con un dedo—. Es decir, solo somos adolescentes. Nos estamos encontrando a nosotros mismos...

Candy me hizo un gesto molesto. La chica más pequeña ocultó una risa. La otra se limitó a mirar.

—No, no —continuó Candy, haciendo caso omiso de mis palabras—. ¡Aún no las he presentado!

Las tres nos encogimos de hombros. La verdad, no me había esperado demasiado, y ese sentimiento parecía hacer eco en las otras chicas.

—De alguna manera, nos las ingeniaremos para perdonarte. —Arrastré las palabras, mordiéndome los labios para no resoplar. Nunca entendería a Candy.

La morena no pudo ocultar más su sonrisa, pero la otra chica se limitó a asentir seria, tomando mis palabras con valor nominal.

Una vez más, nuestra anfitriona me ignoró.

—Chicas, ella es April. —Rodé los ojos, pero les di una inclinación de cabeza y una sonrisa de lado—. Ella es Marie Jacobs. —Candy hizo un gesto hacia la chica mayor en el suelo.

—¡Hola! —exclamó, su sonrisa de bienvenida era brillante.

Le devolví la sonrisa de manera cordial. Ella parecía agradable, aunque no precisamente inteligente.

—Y ella es Ellie, su hermanita. —Ellie hizo una mueca ante eso, pero de todos modos sonrió—. Es de primer año, pero no nos importa demasiado.

—¿Hermanita? —pregunté, con los ojos oscilando sobre ella en una rápida evaluación, desde sus pantalones de franela azul bebé.

—Sí. —Me miró directo a los ojos, nada avergonzada de su juventud, bueno para ella. Esa era la forma de encajar con los mayores: no pretender ser más viejo o más experimentado que tú. Lo había aprendido, como ella parecía haber hecho. Pero esperaba que, en su caso, no por mis mismas razones—. Soy como un bebé, Marie no para de recordármelo.

Su hermana se rio.

—¡Lo eres! —insistió, mientras Candy y yo nos reíamos. Oh, amor fraternal —. Eres, o sea, tres años más pequeña.

—¡Tres años! Menuda diferencia —se burló Ellie, girando la cabeza mientras su pelo se movía. Volvió a sus uñas con renovado rigor, un pincel morado sacudía sus lienzos con movimientos delicados y experimentados.

—Lo es, chica. —Le lancé una sonrisa condescendiente y malvada—. Lo es.



—No.

—¡Vamos, April!

—No.

—Sabes que quieres...

—Ni loca.

—¿Por favor?

—No. —Me crucé de brazos y la miré majestuosamente a los tres rostros ansiosos que me suplicaban—. No jugaré a verdad o reto.

—Pero, April...

Corté la protesta de Candy con firmeza, sin darle oportunidad de responder. Verdad o reto podía ser el juego más estúpido del mundo, y el hecho de que una vez hubiese tenido que correr en ropa interior por la calle no tenía nada que ver.

—No sirve de nada. No voy a jugar.

Candy me hizo un puchero. Marie frunció el ceño con decepción. Ellie se hizo eco de la expresión de su hermana, pero, luego, una sonrisa comenzó a brotar en su cara. La miré con desconfianza; ella era la única persona que podría convencerme, aunque lo dudaba.

—Pues bien, ¡a la segunda opción! —exclamó, saltando y poniéndose de pie mientras sonreía emocionada—. Vamos a buscar algo de beber para jugar al yo nunca.

La miré, considerándolo. Ella me miró con una expresión de júbilo en sus ojos, una que no se desvaneció cuando el silencio se prolongó. Candy y Marie

se miraron entre sí, no muy seguras de lo que estaba pasando, pero ambas siendo conscientes de que Ellie tenía algún tipo de plan.

Poco a poco, empecé a aplaudir.

—*Touché* —admití, con los labios en una sonrisa de derrota—. Lo admito. —Ellie se volvió a sentar en el suelo, sonriendo con orgullo a su hermana.

Candy sonrió y se inclinó a un lado de la cama para poner la cabeza en nuestro círculo, la cola de caballo cayó sobre su lado izquierdo.

—Así que... —anunció sibilante, con una expresión de aire bromista que me hacía preocuparme de las consecuencias de este juego. Este tipo de cosa nunca lleva a nada bueno—. ¿Quién quiere empezar?

Miré, socarrona, a Marie y Ellie. Ellie miraba fijo sus uñas, no muy buena para ser invisible, estaba evitando los ojos, pero no estaba mal para alguien como ella; no había tenido el ímpetu que tuve que aprender a su edad.

Sin embargo, su hermana, deslumbrante y siempre el centro de atención, no tenía ninguna posibilidad de desaparecer.

—¡Marie! —gritó Candy, con los ojos brillantes decidiéndose por su compañera. La chica se encogió de hombros, pero levantó la vista con valor—. ¿Verdad o reto?

La barbilla de Marie se levantó en un arranque de coraje (o tontería).

—¡Reto! —declaró, con los ojos muy abiertos de sorpresa por lo que acababa de decir. Lo pensamos por un momento. Esto habría sido más fácil si la hubiese conocido mejor; las mejores amigas son las que más daño te podían hacer.

—¡Oh, lo tengo! —exclamó su hermana. Los ojos de Ellie estaban iluminados, y Marie estaba disparándole miradas temerosas. Era evidente que sabía que su hermana sabía lo suficiente como para no darle un buen augurio—. Quiero que llames a Darren, ahora, y le digas lo mucho que lo adoras.

La hermana chilló, consternada, haciendo muecas de dolor.

—No me va a coger —aseguró. Nos miró intentando buscar una vía de escape—. Son, o sea, las doce de la noche, y, o sea, no sabe mi número. No me va a responder.

Saqué mi teléfono del bolsillo y se lo lancé. Ella lo cogió, pero a duras penas, nerviosa.

—Responderá —le aseguré, sin ocultar mi risa ante su pánico—. ¡Ahora, llama!

Marie cogió con cuidado el teléfono, su cara estaba llena de terror. Con una lentitud insoportable, desbloqueó el teléfono y comenzó a mirar los contactos, entonces, se llevó el teléfono al oído. Sin decir una palabra, se lo quité y puse el altavoz. El sonido del timbre llenó la habitación.

—¿Sí? —respondió Darren, no del todo aturdido. Débilmente, de fondo, se podía escuchar la música de algo que sonaba como *Harry Potter* y la risa encantada de Troy.

—Hola, ummm, ¿Darren? —comenzó Marie, encogiéndose de hombros. Ellie resopló y la fulminé con la mirada diciéndole que callase. Aunque de todas formas, él pronto sabría lo que estaba pasando, pero no quería que nadie arruinase la broma—. Solo quería decirte que eres, umm, muy guapo, y *sexy*, y sorprendente, impresionante y... —Su voz se fue apagando, su cara estaba roja. Candy se tapó la boca con la colcha, Ellie se mordía el brazo para amortiguar la risa y yo me estaba mordiendo el labio.

—Gracias —respondió Darren, como si fuese algo normal. Por supuesto, para él lo era, pero sospechaba que esto era debido a su arrogancia—. Pero ¿por qué tienes el teléfono de...?

—¡Adiós! —gritó, colgando antes de que Darren pudiese terminar la frase. Ella se volvió hacia nosotras, riendo muy a su pesar—. Os odio.

—Lo sabemos. —Me atraganté, pronto explotamos en risas.

Marie nos frunció el ceño.

—¿Han terminado de reírse? —preguntó con malicia, después de un minuto de risa histérica. Aún sin habla, Candy encontró fuerzas para asentir—. Bien. April. —Se volvió hacia mí. La miré a los ojos con miedo. Ella se inclinó más cerca—. ¿Verdad o reto?

No tenía pensado humillarme así.

—Verdad —indiqué de manera inequívoca.

Después de todo, no tenía ningún reparo en mentir si era necesario. No sabrían la diferencia.

Marie no dudó, al parecer había estado esperando para hacer la pregunta.

—¿Qué hay entre Darren y tú? —exigió. La cabeza de Candy se giró. Ellie se volvió tan rápido que su cuello debería haberse roto. Me alegraba saber que era tan interesante—. ¿Te gusta?

Parpadeé una vez, lento, con los ojos en blanco y la piel pálida.

—No.

Ellie levantó una ceja (maldita sea, ¿por qué no puedo hacer eso?).

—¿Entonces por qué estabas tan segura de que te iba a responder? —preguntó con discreción, con sus labios curvándose en una sonrisa.

—Somos buenos amigos —expliqué con paciencia—. Y aun así —añadí—, eso no dice nada sobre mí, más bien sobre él.

—Entonces, ¿cómo te convenció para que vinieras? —preguntó Marie con entusiasmo indecente.

—Porque...

—Mi madre dijo que parecían muy elegantes juntos en la fiesta de los padres de Darren —dijo Ellie.

—Me gusta verme bonita, así que...

Una vez más fui interrumpida.

—¿Qué pasa con Año Nuevo? —insistió Candy.

Podía sentir mis mejillas calientes.

—Estaba bor...

—Y luego está esa cosa con Mann —añadió Ellie—. Te defendió.

—No lo sabes todo y...

—¿Por qué siempre están juntos? —preguntó Marie, aunque era bastante obvio que ella sentía saber la respuesta.

—Te lo dije, somos bu...

—Lex dijo que después de la fiesta McGavern, ambos estaban muy juntos —acabó Candy, con un toque de gracia.



Mi cara estaba roja, y sabía que podían verlo, pero por fin me había dado cuenta de mi escape.

—¿Y qué pasa contigo y Lex, Candy? —intervine antes de que cualquiera de ellas pudiese interrumpirme—. Se nota la atracción entre vosotros. —Como había esperado, las hermanas comenzaron a acosar a su nueva presa, y de inmediato la perforaron con preguntas.

Agradecida, suspiré. Mi cara estaba volviendo a su palidez habitual, pero sus palabras resonaron en mi mente. Es cierto que todo eso era verdad, y si no hubiese sido yo, mi opinión profesional habría sido incuestionable. ¿Por qué nada de lo que ellas habían dicho podía ser falso?

¡Pero no me gustaba Darren! Excepto que me había dado cuenta, con un *shock* agonizante, de que desde Dan, no había sentido esa descarga dolorosa que comenzaba en los dedos de los pies y se elevaba en ligeros aleteos hacia mi pecho, haciéndome sentir que podía volar, hasta ahora.

## DARREN

Era la una cuando la película terminó. Troy no había parado, pero ahora estaba acurrucado en el sofá, durmiendo a pesar de que la música de los créditos estaba prendida. Demasiado perezoso como para apagar la película o hacer cualquier movimiento, estaba tendido en el sofá, con mi mente vagando por un pantano de niebla de casi sueño.

No habíamos tenido una noche como esta desde hacía tiempo, con solo Troy y yo (y, a veces, Brock). April había estado aquí con nosotros, o yo había estado en una fiesta, o Troy había estado con alguno de sus amigos... Las cosas estaban cambiando. La gente estaba en mi casa, personas que no asistían a muchas fiestas. Pero ahora Brock y April estaban casi todos los días en mi casa. Incluso mi madre de vez en cuando cenaba con nosotros, y aunque todavía estaba un poco dudoso al respecto, Troy se moría de la alegría.

Estas noches eran divertidas, solo nosotros dos, pero nuestras vidas no habían sido así antes; habían cambiado. No solo éramos Troy y yo. De alguna manera, a lo largo del año, más personas estaban empezando a formar parte de mi vida

y a convertirse en un selecto grupo de personas que me importaban, y no podía evitar sentirme desconfiado. Una vez, había amado a mis padres, y mira lo que pasó.

Mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos. Rápido, miré a mi hermano y lo cogí, no sin antes mirar el identificador de llamadas. Era April.

—¿Sí? —respondí un poco a tientas de que una de sus amigas hubiese cogido de nuevo su teléfono.

Aunque no estaba seguro de si se lo habían robado, había escuchado la risa de April de fondo mientras colgaba. Había sido algo favorecedor y raro. No tenía ganas de hablar con Candy o con cualquiera de sus amigas. Por suerte, fue la voz de April quien respondió.

—Hola —dijo, un tanto tímida. Tenía la sensación de que (con su misteriosa habilidad de leer mentes) ella sabía por qué había contestado con ese tono de voz—. Soy yo.

—Oh, bien. —Troy se agitó y me obligué a ponerme de pie y salir de la habitación.

Caminé hacia el fondo del pasillo.

—¿Qué, no disfrutaste de que Marie te dijese lo increíble que eres? —preguntó. Casi podía ver la sonrisa maliciosa sobre su cara, y no podía evitar sonreír ante esa imagen mental—. Por cierto, solo fue un reto.

—No me dijo nada que no supiese ya —dije con altanería. En serio, se volvió un poco tedioso después de la décima chica que me lo dijo. Y tampoco quería decir nada. Mira los chicos con los que acaban saliendo, tipos como Mann o incluso *nerds*. Ese tipo de palabras no tenían ningún poder sobre mí y no me afectaban en lo absoluto, no a no ser que cierta chica lo dijese, y ella no parecía pensarlo—. ¿Quién demonios era?

—Marie Jacobs. Guapa, morena, no del todo intolerable. —Sonreí ante la lista de atributos de April. Era tan April; nadie pensaba así—. Deberías considerarlo. —Se detuvo con brusquedad.

—¿El qué? —pregunté con curiosidad.

No había dudado de antemano; ella no parecía estar ocultando nada. Esto era diferente. ¿O estaba alucinando?

—Nada. —Su voz de repente se volvió seria, y sabía que no podría conseguir ninguna información. Mierda. Eso había sonado interesante. Ahora tenía curiosidad—. Pero ella y su hermana Ellie están aquí con Candy y conmigo, y la mente de Ellie es bastante retorcida.

—¿Bastante incluso para ti? —Me reí, sentándome en las escaleras—. Eso es aterrador.

—Lo sé. —Se rio también, y pude sentir un escalofrío que no tenía nada que ver con las corrientes de aire que pasaban por mi cuerpo, ya que resonó con el sonido—. Creo que he encontrado a mi alma gemela... —Su voz se apagó con cuidado. Era como si tuviese miedo, o al menos eso parecía por su tono de voz.

Cambié de tema.

—Así que, aparte de tus amigas potencialmente malignas, ¿cómo fue todo? —le pregunté, no muy interesado por la respuesta. Sería bueno si April tenía más amigas dentro de mi círculo, pero siendo ella, nada le importaría. Ella estaba bien sola, era independiente, una ley en sí misma, sin necesidad de compañeros. Y aunque a veces ese conocimiento me irritaba hasta el extremo, era consciente de que era necesario, o al menos ella nunca podría admitirlo. También era reconfortante saber que ella no se convertiría en un clon.

El mundo necesitaba más de April.

—Eh, bien. Hablé un montón con las chicas. —Casi pude oír su estremecimiento—. No creo haber tenido tanta cantidad de esmalte de uñas desde hace años.

—¿Esmalte de uñas? —pregunté con una risa enterrada, escondida por instinto en mi sonrisa, antes de recordar que no podía verlo.

Aunque no me extrañaría si ella la sentía.

—No sabes de lo que tres chicas te pueden obligar a hacer —replicó. Tal vez ella lo había sentido... Su tono se volvió nostálgico—. Y no había ido a una fiesta de pijamas... desde hace años.

Yo nunca había ido a una fiesta de pijamas. Bueno supongo que para los chicos era diferente. Tendía a quedarme dormido en casa de algún amigo después de los partidos, pero eso no podía llamarse fiesta de pijamas. Quedarse dormido por accidente no contaba.

—Uf, ¿nunca tuviste amigos? —bromeé, mirando por la ventana al cielo estrellado.

Una vez estuve interesado en la astronomía, durante unos tres meses. Pero, por supuesto, mis padres no aprobaron la idea de pintarrapear mi habitación con constelaciones ni nada por el estilo, por lo que mi interés hacia ello se estancó. Un testimonio de mi antigua capacidad de entusiasmo.

—Tenía una mejor amiga, ya te contaré —contestó, con la suficiente rapidez para posar mi atención en la conversación—. Pero se mudó muy lejos el año pasado, y, bueno, el año antes de irse había estado inmersa en su novio...

—¿Oh? —Oye, ¿eso de allí era una constelación? Desde este ángulo se parecía mucho a la Osa Mayor. Ah no, espera, no. Eso es una mancha, no una estrella.

—No podía decir mucho —continuó. ¿Estaba habladora o me lo parecía a mí? Quizá Candy le había dado algo de alcohol, pero decidí que esa no era una opción. April no habría consumido ni una gota incluso aunque se lo hubiesen ofrecido—. Eran muy lindos juntos, y yo los junté. Pero me sentía sola.

—Sé lo que quieres decir. —Estuve de acuerdo—. Cuando Brock estuvo saliendo con Rhianna... —De repente, me di cuenta de lo que estaba diciendo. Tomé una respiración profunda y continué—. Cuando Brock tenía una novia estable, bueno, la mayor parte del tiempo la pasaba con ella.

—Aw, ¿te sentiste desplazado? ¿Lo echaste de menos?

Para la mayoría de la gente, April podía parecer burlona y alegre, por completo desdeñosa de lo que tenía que decir. Pero yo la conocía mejor, o al menos, eso creo. De hecho, sonaba como si estuviese nerviosa en vez de tranquila, pero April no estaba nerviosa, ¿verdad?

—Un poco, sí —admití, reconociendo algo que nunca podría haber dicho a cualquier otra persona—. Estoy acostumbrado a que siempre esté ahí, cuidándome la espalda. Es el único que nunca me deja de lado y, bueno...

Después con ella pasaba cada minuto y no había nadie más que... —Escuché un resoplido desde el otro lado de la línea—. Rhianna. —El desprecio que sentía por ese nombre no se podía medir. Entonces me pregunté si April habría tenido más relaciones. Que yo supiese solo había tenido una. Aunque, para ser justos, ¿qué sabía yo?

—Aunque al final todo ha vuelto a la normalidad.

Me encogí de hombros. Todo volvió a la normalidad, y mi plan de Cupido estaba progresando bien. Todo estaba bien ahora, sin Rhianna.

—No me gusta la monogamia.

Un sonido que era una especie de risa se escuchó.

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso? —preguntó.

—Hombre, ¿no es un poco aburrido? Es decir, ¿estás todo el tiempo con la misma persona! —A pesar de que yo no me aburriría de ti, añadí en mi mente, pero no me atreví a decirlo en voz alta. Pero, siendo sincero, si fuese cualquier otra persona, la idea me parecería estúpida. La gente por lo general era aburrida.

Pude sentir sus ojos en blanco.

—Darren, eres un cerdo —observó, la decepción coloreó su respuesta—. ¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez, si encuentras a la persona adecuada, cada día será un nuevo descubrimiento?

Sí.

—Funciona con algunas personas. —Imágenes pasaron por mi mente. Mis padres. Los Lexington. Brock y Rhianna, riendo juntos. Lex y Candy, bailando el uno con el otro, pero solo retrasando lo inevitable. April, con una sonrisa satisfactoria que nunca podría evocar. Cerré los ojos con un estremecimiento, deseando alejar la imagen.

—Pero no para mí.

—Una pena.

—¿Por qué? —No podía realmente importarle, ¿podía?

—Porque... —Vaciló un segundo, buscando algo a mitad de frase—. Porque si piensas eso, no sucederá.

—¿Sabes cuantos clichés has dicho en un minuto? —repliqué, dejando a un lado su comentario.

Tal vez era cierto, pero eso no importaba. La única chica que podía ver en este momento de esa forma estaba fuera de mis límites como nadie había estado antes. Y de una manera muy real, estaba contento con eso. Las cadenas nunca me habían parecido tan atractivas, pero aún eran cadenas.

—Sí, bien... —Se detuvo de repente otra vez, y pude oír un crujido, sabiendo que se había cambiado el teléfono de oreja—. Sí, es él —murmuró. Escuché unas voces femeninas y luego unas risitas (reconocí la de Candy), y en algún lugar en el fondo pude escuchar un grito.

—¡Oh, qué lindo! —Una sonrisa se extendió por mi cara. Esta era una de las pocas veces que una de las *groupies* tenía razón en algo.

—¡Marie, cállate! —dijo entre dientes—. ¡Te puede oír!

—Bueno, Darren —gritó la chica—. ¡Pregúntale si quiere salir contigo! Te prometo que va a decir...

—¡Adiós, Darren! —gritó April, colgando el teléfono.

Maldita sea. Justo cuando ahora estaba todo muy, muy, muy interesante. Pero esa chica (creo que se llamaba Marie) había dicho que le preguntase a April si quería salir conmigo. Marie no parecía alguien maliciosa o celosa de que la invitase a salir. ¿Tal vez era posible que April me correspondiese? Casi me había besado, éramos grandes amigos y no quería arruinar eso, ella era hermosa, había rechazado a Mann y me había perdonado, cuando ella no perdona a nadie.

Pero si la invitaba a salir, ¿qué? No quería echar a perder nuestra amistad, como cliché que era, y no sabía cómo ser un novio. No sabía sobre relaciones ni sobre fidelidad. Pero, Dios, April... Miré por la ventana y pensé en su pelo castaño, suave como la seda. Estaba en la deriva cuando de repente, un pensamiento horroroso me sacudió.

¡Esto desordenaba por completo mis planes para Cupido!

## Capítulo 10

### APRIL

—¡April! —Un grito agudo (lo bastante fuerte como para haberme golpeado los oídos con dureza por el volumen y tono) se escuchó a través del atestado aeropuerto, haciendo que la gente se estremeciese ante el movimiento borroso que corría hacia mí tras el grito.

Segundos más tarde, me sentí envuelta en un abrazo abrupto, tan grande como para avergonzar a un oso.

—¡April! —chilló Rhi de nuevo, por fin liberándome y buscando las maletas que había dejado caer en su loco torbellino—. ¡Dios mío, no puedo creer que en verdad seas tú! ¡Y en persona! —Ella sonreía con la verdadera sonrisa de Rhi, la que se extendía de oreja a oreja y hacía que su rostro brillara con deleite. Creo que Brock se enamoró solo de esa sonrisa.

—Lo sé, ya era hora, ¿verdad? —Le devolví la sonrisa, tan emocionada como ella, aunque algo más tranquila. No creo que pudiese alcanzar esa nota.

Rhi asintió con entusiasmo, recogió sus maletas y comenzó a caminar, charlando sin detenerse. Sí, la misma y vieja Rhi, alta y pecosa y pelirroja, con una boca tan rápida como su risa.

—Quiero decir, siento que todo ha cambiado mucho desde que estuve aquí. Sé que solo ha pasado un año, pero todavía siento que has cambiado muchísimo. Apuesto a que todos los demás también.

Solo estaba escuchando a medias, está bien, tal vez solo un cuarto. Hice un gesto hacia el coche de Allan (todavía no había conseguido conseguir mi propio coche... Bien, no estaba segura de querer uno). Ella arrojó sus maletas, todavía hablando.

—Mis padres no vendrán hasta la semana que viene, porque tenían asuntos que terminar o algo así, pero las clases comienzan antes así que me dejaron

volver porque dicen que ahora puedo cuidarme sola. —Bufé con escepticismo—. O, al menos, piensan así —modificó, sonriéndome con culpabilidad—. Pero ¿cómo está la gente? —continuó sin apenas respirar—. Estoy tan emocionada de estar de vuelta. ¿Cómo está Lex? Es tan raro que ahora sea tu hermano. Quiero decir, sabía que lo era, ¡pero ahora voy a verlo! Si tuviese un hermano, no habría tenido que irme. Pero, en cierto modo, era mejor así. Brock y yo ahora estamos seguros de nosotros mismos, o al menos, yo lo estoy. —Ah, ahora llegamos a la parte de sus divagaciones que había estado esperando y que ella había estado esperando lanzar—. ¿Cómo está él, por cierto?

—Está bien —le respondí con calma, con la mayor parte de mi atención en el camino. No había conducido por un tiempo. Después de todo, por lo general me podían llevar, y muchas veces no tenía ganas de coger un coche, o conducir para ese asunto. Aunque, me di cuenta con sorpresa, no había pensado en Dan por semanas. ¿Al final lo había superado? O, mi conciencia susurró en mi mente, ¿alguien más lo había reemplazado? A toda prisa, antes de que Rhi pudiese notar mi caída en la introspección, continué—. Todavía está apenado por ti, por supuesto. Podría seguir el progreso de tu relación a través de su estado de ánimo en un día cualquiera.

Ella rio alegre, su risita tan musical como la de Candy (¿por qué siempre tenía que ser amiga de gente que puede reírse con tanta gracia? No era mi culpa que no pudiese reírme con esa delicadeza), pero de alguna manera más real, menos artificial.

—Eso está bien. ¿Qué tan horrible y deshonesto sería si me hubiese superado? No es que incluso pensase que eso podría suceder, porque es Brock, pero aun así... Estaba un poco preocupada.

¿De qué diablos tenía que estar preocupada? Ella estaba viviendo un maldito cuento de hadas. Su príncipe nunca haría nada tan innoble como olvidarla. Su vida terminaría con un «Felices para siempre», tal como había comenzado con un «Érase una vez».

—Bueno, no te preocupes, eso no ha sucedido —le aseguré.

Una tímida sonrisa curvó sus perfectos labios de arco de Cupido, y no pude amargarme. Todo estaría bien su mundo, después de un año de desorden, y no



podría envidiarle eso. Ni siquiera cuando supe que mis propios problemas no podían remediarse con el beso de un chico.

Nos detuvimos en su camino de entrada después de quince minutos más de su charla amable y mi silencio satisfecho. Era lindo tenerla de vuelta. Los teléfonos no podían hacerle justicia. Mis nuevos amigos eran geniales y todo eso, pero había algo liberador en un amigo que te conocía desde hacía diez años, desde que vino a buscarme a un antiguo patio de recreo junto al jardín de infantes que su madre estaba visitando.

—Entonces —jadeó Rhi cuando conseguimos cargar las últimas maletas en tres tramos de escaleras hasta su habitación—. Debería llamarlo. —Como de costumbre, no había dudas sobre quién era él. Con ella, siempre lo sabía.

Su mano ya estaba en su teléfono cuando mi dramática interior levantó su cabeza, Cupido había poseído mi boca.

—Espera —espeté. Se congeló a mitad de camino al coger el teléfono, sus ojos grises y plateados, grandes y asustados.

—¿Por qué? —Pude ver el pánico en su rostro, el terror de que hubiese mentido o suavizado la verdad por su bien (pero ¿cuándo había tenido compasión de alguien alguna vez?)—. ¿Está con una chica? ¡Lo sabía! ¡Estabas mintiendo! ¿Por qué no solo me lo dijiste? ¡Ya se olvidó de mí! ¡Cómo se atrevió!

Las lágrimas crecían en su interior. Enormes gotas silenciosas que Rhi podía invocar cuando lo necesitaba. Eso la hacía verse tan atractiva y vulnerable que estaba bastante segura de qué había capturado a Brock.

—No, no es eso —la interrumpí antes de que pudiese golpear su zancada espasmódica. Rhi en verdad podría irritarme cuando su melodrama estallaba en una nube de lágrimas y gritos—. Es solo que, bueno, ¿no quieres una mejor entrada?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cautela, dejando el teléfono.

Le sonreí dejando entrever algo de malicia, acercándome con complicidad. La conocía demasiado bien.

—¿No quieres una sorpresa mayor que solo llamarlo? ¿No prefieres hacer una entrada? Un cuento de hadas, una entrada dramática que quitará el aliento y

les recordará a todos por qué creen en el amor.

La había atrapado. Al final de mi discurso, la expresión de Rhi coincidía con la mía, traviesa y excitada, con los ojos brillantes de anticipación.

—¿Tenías algo en mente?

Su teléfono estaba de vuelta en su bolsillo. Había ganado. La escena se jugó detrás de mis ojos, el final de su novela romántica, el «felices para siempre».

—Cómo suena esto —propuse, despacio al principio, pero cada vez más rápido a medida que el plan tomaba forma tan clara como un día sin nubes—. El cumpleaños de Brock es mañana, como estoy segura de que ya sabes. —Ella asintió—. Nosotros, Darren, Allan y yo, le vamos a hacer una fiesta de cumpleaños esa noche, en nuestra casa. Si llegas un poco tarde, me envías un mensaje o algo así para que pueda dejarte entrar, y luego podría decir algo como «Brock, tengo un regalo para ti...».

Una hora más tarde, ya habíamos desarrollado nuestro esquema hasta el último detalle de su atuendo, que Rhi insistió en que era la parte más importante. Ella estaba sentada en el borde de su cama, yo estaba sentada con las piernas cruzadas en la cabecera de la cama y el suelo azul rugoso estaba cubierto con un arco iris de ropa que había sido considerada y desechada.

—Basta de mí —dijo, desplomándose extenuada hacia el suelo y acurrucándose allí, como un pájaro en un nido de cuervos—. ¿Qué te pasó? ¿Cómo está Darren? —Ella le tendió a su nombre una tensión provocadora.

—Está bien —admití a regañadientes, sin mirarla a los ojos. El hecho de que tuviese razón no significaba que tuviese que dejar que me lo frotase en la cara—. Quizá me guste. Mucho.

—¡Lo sabía! —gritó, saltando y rociando ropa por todas partes, olvidando todo su cansancio. Esto la excitó aún más que regresar a casa, al parecer. Y la gente me llamaba romántica, solo porque era Cupido. Rhi me superaba por una milla—. ¡Te lo dije! ¡Tenía razón!

—Sí, la tenías —murmuré mirando mis manos, rodando los ojos.

Por eso me había resistido a contárselo. Ella hacía un gran problema al respecto. No es que mi epifanía hubiese cambiado ni siquiera la amistad entre Darren y yo.

—Entonces —chirrió, con sus ojos grises fijos en mí con toda la penetrante intensidad de cualquier interrogador entrenado—. ¿A él también le gustas?

Ella estaba rebotando en las puntas de sus pies, el cabello deslumbrante balanceándose alrededor de sus hombros. Se lo había cortado, me di cuenta en un desesperado *non sequitur* para distraerme, pero no funcionó por mucho tiempo. Me dio una mirada aguda y me derrumbé. No había podido hablar con nadie sobre esto, y había estado deseando confesarlo.

—¡No lo sé! —gemí, volviendo sobre la colcha de ojal blanco, mis manos sobre mis ojos. No disfrutaba esta cosa aplastante. Había una razón por la que lo llamaban agonía. Pero nunca se veía tan doloroso desde el exterior, como Cupido. No había pasado esto desde Dan. Maldito Darren y sus estúpidas tendencias que inducen emociones—. Ha estado actuando más raro que de costumbre. Primero está demasiado atento, y te juro que lo he sorprendido mirándome, y algunas veces empieza a decir algo que es muy significativo, pero luego se enfría y huye de mí. Me evita, y luego aparece detrás de mí y es comunicativo y amistoso. Hay momentos en que sé que le gusto, el otro día casi me besa de nuevo, lo habríamos hecho de no ser porque nos interrumpieron, pero luego actúa como si no le gustase. Ayer lo llamé dos veces. —Rhi me lanzó una mirada de risa llena de significado, y fruncí el ceño—. Era para lo de la fiesta, cállate. De todos modos, no respondió. Y eso no significaría nada, de no ser porque Allan lo llamó entre esas dos veces y contestó, y negó haber recibido mis llamadas cuando Allan preguntó. ¡Dios! —Gruñí y me golpeé la cabeza con frustración—. ¡No lo entiendo!

Rhi resopló.

—¿Qué? —exigí, todavía fijándome en las palmas de mis manos, considerando las líneas sobre ellas. Dos líneas se cruzaban, me pregunté si eso significaría algo para los lectores de palma, y si me importaría. Preferiría tener mi destino en mis propias manos. Odiaba la predestinación. Necesitaba tener el control de mi propia vida. Lo cual, por supuesto, era la razón por la cual esta vacilación era tan dolorosa.

—Eres Cupido —respondió con voz ahogada, conteniendo la risa con dificultad. Levanté mi cabeza para mirarla. Tenía los labios apretados, como si

abrirlos soltase su alegría. A ver si soy comprensiva la próxima vez que tenga problemas con Brock—. ¿Cuál es tu opinión al respecto? Deberías saberlo. Quiero decir...

—¡No lo sé! —repetí, la cabeza cayendo de vuelta a la cama. Ella lo hacía sonar tan fácil, pero no era así, no cuando me involucraba—. Te lo dije, parece que le gusto. Por lo general. A veces. Pero sigue siendo Darren, y todavía coquetea con todas las chicas a la vista, y...

—Podría estar tratando de ponerte celosa —sugirió Rhi con facilidad, aún con esa voz alegremente amortiguada.

Me apoyé en mi codo para poder mirarla. Esto no era tan simple como ella pensaba.

—¿Crees que no se me ha ocurrido? —repliqué, irritada pero no tan enojada como para no reconocer la ironía de nuestras posiciones conmutadas. Hace cerca de un año y medio habíamos tenido exactamente la misma conversación. Solo que los chicos eran diferentes y nuestras partes estaban invertidas. Y mi historia no terminaría como la de ella—. Pero sí parece entusiasmado con un truco como ese.

—Bueno, eh. Es un chico —dijo arrastrando las palabras, como si fuese la cosa más obvia del mundo, lo que supongo que era. La favorecí con mi mejor mirada de «no me estás ayudando» (que había perfeccionado años atrás) y ella se encogió de hombros—. Bueno, solo hasta que empiecen las clases. Estoy segura de que Cupido puede resolverlo. —Se inclinó y comenzó a recoger sus paños dispersos, como el monstruo aseado que se esconde en lo más profundo de su ser—. La semana que viene todo volverá a la normalidad.

Normal. Darren mandando notas a Cupido, tratando de cortejarme por alguna razón desconocida. Yo, negándome a coquetear con él por temor a mostrar mi propia vulnerabilidad, pero anhelando que iniciase. Rhi y Brock volviendo a estar juntos, maldita sea. A menos que Darren fuese mucho más tonto de lo que pensaba (y no lo era), el regreso de Rhi sería el catalizador de la revelación que había estado temiendo durante un año. Tenía que ser capaz de conectar los puntos una vez que supiese sobre mi conexión con Rhi. Maldita sea. Maldición, maldita sea, maldita sea.

Caí de nuevo sobre las mantas, mirando al techo y pensando en unos ojos orgullosos y amables de un azul tan variable como el mar. Rhi tenía razón, en cierto modo. La semana que viene todo se decidiría.

## DARREN

Esta noche sería la noche. Estuve indeciso el tiempo suficiente, casi confesándoselo a April una docena de veces en las últimas dos semanas y luego echándome hacia atrás. Pero decidí que eso iba a terminar. Yo no era un cobarde, fuese lo que fuese. Ninguna chica podría decirme que no de todos modos, y April Jones no sería la excepción. Esperaba. Yo era Darren McGavern, después de todo, y me negaba a ser gobernado por una chica. Para el final de esta noche, tendría un sí o un no, y eso sería el final de eso o el principio.

Fue con esa mentalidad decisiva que entré en la casa de April, justo antes de que comenzase la fiesta. Por una vez, llegué temprano, pero como oficialmente era uno de los anfitriones, pensaba que tenía que hacerlo. April había estado trabajando por un tiempo. La planta baja, el área pública de la casa, ya estaba dispuesta con los accesorios de la fiesta. Alguien (sospechaba que April, o al menos, apostaba que había sido ella quien lo había pensado) había colgado una enorme pancarta de un extremo a otro de la pared, en la que se leía «¡Feliz cumpleaños, Brock!».

—¡Hola, Dar! —Lex entró arrastrando los pies en la habitación desde la cocina, mirando por encima del hombro con miedo. Al verme, aceleró y corrió detrás de mí. Siendo que era cien libras más pesado y cuatro pulgadas más alto, no lo escondí muy bien—. Gracias a Dios que estás aquí. Puedes protegerme de... —April entró en la habitación por la misma puerta, golpeando el pie con impaciencia—. Ella —terminó Lex con un chillido.

Al parecer, no de forma inesperada, ella estaba en pie de guerra.

—Oh, bien, Darren, estás aquí —reconoció con sequedad en un horrible contraste con la bienvenida de su hermano—. Puedes ayudar. —Lex hizo un ruido en algún lugar entre un suspiro de alivio y un chillido de protesta. Ella lo

miró fijo con una mirada dura por la que casi me acobardé, a pesar de que no estaba dirigida hacia mí—. Tú —ordenó sin espacio para la desobediencia—. Te quedarás aquí. La gente debería llegar pronto.

—Pero...

Ella puso los ojos en blanco.

—Estás perfecto. —Con una única mirada de arriba hacia abajo. Se quitó el cuello de su camisa de polo y alborotó su pelo con cuidado—. Candy caerá muerta. Ahora, Darren. —Colocó una mano sobre mi muñeca—. Vamos.

Me arrastró al comedor, donde una mezcla enorme y azucarada de chocolate decorado de la misma manera que la pancarta dominaba la mesa.

—Es inútil —confesó con una risa, su comportamiento anterior se disolvió en la ironía—. Todo lo que ha estado haciendo durante la última hora ha sido mirarse en el espejo. Lo juro, es casi peor que Candy.

Sonreí, tratando de convencerme de que no estaba nervioso. Este era el momento de verdad. Lo tenía todo planeado, estaba listo para encender todo mi encanto, podía oírme decir las palabras, ¡si tan solo dejase de hablar!

—Así que creo que estamos listos, lo cual es bueno, porque la gente debería llegar pronto, pero siento que me estoy olvidando de algo, que puede que no sea así, pero ¿conoces esa sensación fantasmal? —Frotó las palmas de sus manos contra la apretada y oscura tela de sus vaqueros—. Es tan...

—April —la interrumpí, mirándola con una sonrisa cariñosa y exasperada, colocando un solo dedo sobre su boca para detenerla—. Estás balbuceando.

Pude sentir calor, los labios secos se curvaron en una sonrisa tímida contra mi piel, pero se calló con obediencia, sus ojos brillaban nerviosos como el sol en un día de verano, en contraste con su camiseta verde. ¿Pero por qué estaría ella nerviosa? Yo era quien debería estarlo. No es que lo estuviese, ni nada.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunté, dándome un golpe mental por lo estúpido que sonaba. Por supuesto que podría, ¡ya estaba hablando con ella! ¿Por qué demonios me hacía sentir como un preadolescente incómodo preguntándole salir a su primera chica?

—Um... Claro, pero ya lo estás haciendo, ya sabes, por lo que preguntar fue bastante tonto. —Comenzó a hablar de nuevo tan pronto como moví la mano, pero antes de que pudiese interrumpirla, sonaron campanas alegres por toda la casa—. Oh, mira eso, alguien está aquí. Deberíamos ir a saludar. —Al parecer, olvidando que había dejado a Lex allí por ese motivo, corrió a la otra habitación.

La seguí, desconcertado. ¿Qué demonios estaba mal con ella esta noche? Nunca la había visto asustada y apenas controlándose a sí misma. En cierto modo, eso hablaba de la confianza que ella me daba para que mostrase esa tensión, pero también me asustaba. Todo lo que hacía que April estuviese tan confundida no era un buen augurio para el resto de nosotros. ¿Podía saber ella lo que iba a hacer? Eso no importaba. Tendría mi opinión esta noche, no importaba cuánto me evitase.



Dos horas después, la fiesta ya estaba a la mitad, y todavía no había conseguido arrinconar a April. Debería haber sabido que sería difícil. Esta era la chica que podía ir tan bien como invisible a voluntad. Pero tenía que hacer eso a propósito, ¿por qué iba a huir de mí? Ella no podía saber lo que iba a hacer, porque eso significaría que lo encontraba indeseable, y eso no era posible. De todos modos, a pesar de toda su presumida percepción, no podía saberlo. ¿Y a qué chica no le gustaría escucharme?

—¡April!

Por fin, identifiqué su cabeza negra y agarré su sudoroso antebrazo, sacándola de la masa de cuerpos danzantes. Sorprendida, tropezó y casi cayó sobre mí. La atrapé por instinto y la obligué a ponerse de pie, tratando de olvidar la sensación de ese ágil cuerpo contra el mío. ¿Estaba borracha? Nunca antes la había visto así, sobria o no.

—¡Oh, hola, Darren! —brotó, apartando su cabello mojado de sus ojos. Debía haber estado bailando durante un tiempo, porque ya no tenía el aire relajado que solía tener. Hilos marrones empapados de sudor pegados a su rostro, ojos enmarcados que brillaban febriles, casi histéricos. Su camisa

colgaba del centro sobre sus delgados hombros, el modesto escote caía tentador hacia un lado para revelar la piel lo bastante pálida como para ser provocativa—. Esta es una buena fiesta, ¿no? Nos fue bien. La gente se está divirtiendo, creo. Brock se está divirtiendo, lo cual es bueno porque es...

—Cállate. —La mirada que me dio fue pura April, y me alegré de saber que algo era normal. Ella seguía siendo ella misma, si estaba de mal humor—. ¿Puedes quedarte quieta por un segundo y dejarme hablar sin salir corriendo? Tengo algo que decir, y lo voy a decir.

Se mordió el labio, pero asintió con la cabeza levantada como si estuviese a punto de enfrentarse al pelotón de fusilamiento, solemne como un criminal frente a un juez.

Tomé una respiración profunda. Ahora era el momento del discurso que había escrito. Era uno bueno, también, golpeando la nota correcta entre la arrogancia y el autodesprecio.

—April, hemos sido amigos por un tiempo, y disfruto eso. Pero... —Ella ahora me miraba fijo, y la mirada en sus ojos, medio aterrorizada y medio excitada, expulsó mi oración ensayada por la ventana—. Mira, April, me gustas. Mucho. De una manera más que una amiga. Así que, um... —Su mirada incrédula estaba trabajando su magia sobre mí, anulando mi mente de palabras como solo ella podía. Por supuesto, tenía que ser la chica que de verdad me gustaba quien me hiciese sonar como un completo idiota—. Sí —terminé sin convicción, esperando a que se cayera el hacha.

Un momento de silencio en medio del mar de ruido. Es posible que el tiempo se hubiese detenido cuando sus ojos se clavaron en mí y los encontré tan directo como pude. Por ese instante interminable e infinitesimal, parecía que ella me estaba juzgando, considerando si era digno, y me ericé de orgullo ofendido.

Entonces ella me estaba besando como nunca antes me había besado, y solo tuve medio segundo para asegurarme de que ella, de hecho, no había estado bebiendo antes de que todos los demás pensamientos hubiesen huido. Esto no era como el beso descuidado y borracho de Año Nuevo, pero no fue el beso casi tierno de hace un mes. Ella me atacó con pasión, como si estuviese



tratando de quemar algo de sus labios, o dentro de ellos. Y esta vez no tuve ningún reparo, y mis brazos encontraron su camino alrededor de su cintura mientras enterraba sus manos en mi cabello y, maldita sea, estaba tan jodidamente caliente y sus labios ya no estaban calientes y secos, sino húmedos y ardientes.

Entonces, tan rápido como había comenzado, April se apartó, con una expresión de pánico en su rostro, y antes de que pudiese reaccionar, se había escabullido entre la multitud.

Me puse de pie, congelado, por un segundo. Eso fue un sí. Tenía que serlo. Ella solo tenía la costumbre de desaparecer en tiempos de intenso estrés emocional. Sin embargo, un beso tenía que significar que le gustaba, en especial un beso así. Ni siquiera April podía fingir ese tipo de pasión. ¿No?

Con eso en mente, mi parálisis se rompió y me fui, una vez más a buscarla. Después de todo, la confirmación siempre era buena. En palabras, eso es. ¿Qué se supone que debemos hacer ahora? ¿Salíamos? ¿Acaso yo, Darren McGavern, el soltero de oro, tenía novia? ¿O solo éramos amigos que nos gustábamos? Maldita sea, ¿por qué no podía recordar que no podía leerla? Allí, esa era su camisa.

—Brock. —April entró en el círculo rodeando al chico del cumpleaños igual que yo desde el otro lado, luciendo segura y emocionada, nada parecida a la chica que acababa de besar. Las luces danzantes reflejaban el marrón absoluto de su pelo y el blanco de su piel, dándole un aire misterioso de otro mundo—. Tengo un regalo de cumpleaños para ti. —Y, mientras levantaba la vista con la risa todavía resonando en su rostro, se hizo a un lado para revelar a una chica alta con el pelo rojo como el fuego y los ojos grises de plata fundida, sonriendo con alegría incierta.

La risa desapareció de la cara de Brock mientras miraba fijo a la chica que tenía delante. Moviéndose como si estuviese en una especie de gel, con movimientos largos, lentos e inciertos, se puso rígido, todavía mirándola como si tuviese miedo de mirar hacia otro lado y que ella se disolviese.

—¿Rhi? —Se atragantó, una mano recorrió su cabello castaño rojizo—. ¿Rhianna?

—Brock —dijo, y su propia voz era una caricia que me hizo sentir indecente por estar en la misma habitación que ellos, como si no lo hubiese abandonado hacía un año. Levantó la mano, como para tocarle la cara, pero cuando él todavía no se movió, ella se detuvo, insegura—. Brock —repitió con creciente desesperación—. He vuelto.

Sin embargo, él la miró con ojos inexpresivos. El círculo que los rodeaba estaba congelado, como si moverse fuese a romper el hechizo de cuento de hadas en el centro. Nosotros éramos el telón de fondo, no más, y todos lo sentimos y quedamos atrapados en él.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó con brusquedad.

Ella dejó caer la mano por la ira en su voz. Ja, toma eso. ¡Cómo se atrevía a venir aquí como si nada, tan segura de que la llevaría de regreso después de todo el dolor que le había causado! Ella había roto su corazón. Ella se merecía todo esto y mucho más. Desde el otro lado del círculo, vi a April, tensa pero preparada para saltar en cualquier momento. El silencio se extendió mientras Rhianna estudiaba el piso.

De repente, levantó la cabeza y, con una nueva resolución, dio un paso adelante.

—Para siempre —murmuró, su mano se levantó una vez más para descansar contra la mejilla de Brock. Sus puños apretados a un lado. Pude ver el esfuerzo que le costaba permanecer allí impasible, pero sería mejor que se mantuviese firme. Tirarla al suelo, eso es lo que debería hacer—. Nunca te dejaré otra vez —dijo de nuevo con la voz horriblemente suave, tierna y seductora.

Pude ver, con agonizante claridad, justo cuando Brock se derritió. Su mano grande engulló la suya mientras la llevaba a su pecho.

—Gracias a Dios —murmuró ronco, acercándola—. No podría volver a perderte. —Él se inclinó más cerca con su cabeza hacia abajo para encontrarse con ella y salí del círculo, incapaz de soportarlo más.

¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo podía perdonarla, como si ella no hubiese destrozado su corazón en pedazos? ¿Cómo podría...?

April vagó por el rincón en el que me encontraba intentando dominar mi furia lo suficiente como para ponerme en forma para el contacto humano. La

agarré con brusquedad y la tiré a mi lado, sin ninguna solicitud por su sorpresa. Esta vez, ella no tropezó ni chilló. Su humor de antes había pasado, y ella estaba fría una vez más. Pero eso no importó.

—Cómo diablos —siseé con furia contenida, nada de la incómoda y tropezada pasión de hacía solo unos minutos en cualquier lugar evidente en mi voz—. ¿Conoces a Rhianna?

April me miró con calma, sin angustia, ansiedad o negación en ellos, solo fría resignación. Eran los ojos de un mártir en la cuadra, que sabe que debe morir, pero ha hecho las paces con el hecho, o de uno de los viejos patriarcas romanos, a punto de beber su amarga copa rodeado de sus amigos.

—Ella es mi mejor amiga —respondió tranquila, su voz solo fue lo bastante fuerte como para ser escuchada por mí, pero de ninguna manera vacilante o avergonzada, tan impasible como su rostro—. Lo ha sido durante años.

Un velo se levantó de forma abrupta, la noche se convirtió en día, el rompecabezas encajó en su lugar. Por fin, un engranaje cayó en su hueco y todo el mecanismo comenzó a girar. Todos los consejos, todo lo que había aprendido el año anterior pero que no había entendido, se unieron y pude ver el horrible y condenatorio final.

Rhianna, la mejor amiga de April. April había juntado a su mejor amigo. Cupido había juntado a Brock y Rhianna. Cómo April sabía mucho más de lo que tenía derecho a saber. Por qué ella tenía mi nota, en aquel entonces. Cómo Cupido sabía de mí. ¿Dónde estaba el casillero de April, maldita sea, justo debajo del de Cupido! Todo tuvo un sentido horrible.

—April —le dije con una fría y absoluta certeza que no dejaba lugar para discusiones o dudas—. Tú eres Cupido.

## Capítulo 10

### APRIL

La música aún latía a nuestro alrededor. La gente todavía gritaba, reía, bailaba y vitoreaba. La vida normal fluía en su camino habitual. Pero para mí, el mundo entero se había enfocado en una sola cara y las cuatro palabras que había declarado, palabras que había temido y esperado desde nuestra primera reunión, hacía menos de un año. April, tú eres Cupido...

Luego, con la misma rapidez, mi pánico disminuyó y el mundo regresó con un estallido de sonido lo bastante fuerte como para aturdirme. Darren estaba mirándome, la revelación incrédula luchando con la furia en su rostro cuando su propia conmoción disminuyó. Mi cerebro estaba trabajando a hipervelocidad, la adrenalina de la confrontación que ya corría por mi cuerpo y lo hacía estremecer de anticipación. No podía dejarlo explotar aquí, donde todos podían oírlo. Con un poco de suerte, pude contener esta información, aunque al parecer mi suerte se había agotado. Rápida como un rayo (o al menos, más rápida que él), mi mano estaba alrededor de su muñeca y lo estaba arrastrando fuera de la fiesta, escaleras arriba y lejos de las personas que podrían ser fatales para mi *alter ego*. Atrapado en la parálisis de su sorpresa, me dejó llevarlo a la guarida donde, hacía solo unas semanas, casi nos habíamos besado, pero cuando mi mano se aflojó, sacudió la suya por instinto, como si estuviese contaminada. Hmm. No estaba objetando mi toque hacía veinte minutos.

—Tú eres Cupido —repitió despacio, como si todavía se estuviesen haciendo conexiones en su mente mientras toda la odiosa red se extendía frente a él en toda su gloria fatal.

No tenía sentido negarlo. No después de ver a Rhi, no después de todo lo que le había contado en mi estúpida vulnerabilidad, y no después de mi reacción demasiado reveladora.

—Sí —le dije con calma, posada en el brazo del sofá en una relajación cuidadosamente tensa. Él ya tenía una ventaja de altura sobre mí. No estaba a punto de sentarme para darle una más grande—. Lo soy. —Mantuve mi voz firme, no beligerante.

Parecía que muchos pensamientos pasaban por su cabeza para expresar cualquiera de ellos. Me preparé para un grito furioso, una súplica herida o algún tipo de indignación. Lo que no esperé que dijese, con una voz tan apretada que estaba medio esperando oír cómo se rompía como una banda de goma sobreestirada, fueron sus siguientes palabras:

—¿Sabes lo que has hecho?

La presunta condenación me irritó.

—¿Ayudé a docenas de personas a encontrar a su pareja? ¿Les di algo a algunas personas que de forma normal no tendrían? ¿Les di a alguien para ellos? —le dije con sarcasmo. No había hecho nada malo. Él no tenía que echarme la culpa de nada. No había hecho en absoluto nada mal—. ¿He añadido un poco de misterio a la vida prosaica del instituto?

—¿Arruinaste vidas? —escupió.

La luz tenía un reflejo extraño en sus ojos y los hacía arder con rayos enjaulados. Me negué a ser provocada. Siempre había sabido que reaccionaría así, sabía cuánto odiaba a Cupido, aunque todavía no sabía por qué, puede que lo descubriese muy, muy pronto. Pero si era tan omnisciente, ¿por qué su furia dolía tanto?

—No he hecho daño —sostuve con firmeza, defendiéndome. No me retiraría, no ahora. Demostrar debilidad sería ser destruida. O, al menos, destrucción para Cupido.

—¡No hiciste daño! —Por un momento, se perdió por las palabras, sus puños se apretaron y se aflojaron con ominoso control—. ¡Has roto corazones!

—Así que tuviste el corazón roto —le respondí con facilidad, recostándome contra el sofá.

Mi desinterés lo estaba enloqueciendo, podía decirlo, pero no me importaba. De hecho, disfrutaba esta pelea: la lucha que terminaría con todas las peleas.

Había estado siendo construida por mucho tiempo, había sido hervida a fuego lento. Al final de esto, todo se decidiría.

—Sí, pero... —Hizo un gesto inútil en el aire frente a él, sin apretar nada en un intento desesperado de articular lo que hervía en su interior. Debería haberse visto ridículo. Pero no—. Esos corazones rotos... fueron corazones honestos. ¡Ni siquiera tienes el coraje de hacer lo que hiciste!

Él no. Él no había ido allí. Por un segundo, solté los lazos de mi propia ira por haber sido injustamente acusada.

—¿Honestos? ¿Qué diablos sabes tú de la honestidad? —pregunté con sarcasmo letal y burlón. Mis ojos nunca dejaron los suyos—. Sé cuándo me he equivocado, y trato de arreglarlo. Tú, tú has roto más corazones de los que Cupido pudo haber tenido. ¿Alguna de ellas te ha importado? ¿Alguna vez has mirado el dolor a tu alrededor? ¿El que tú creaste? —No me había movido de mi postura de descanso, pero Darren se enderezó, resistiéndose a un golpe—. ¿Alguna vez te has dado cuenta de que, por el corazón roto de Brock, causaste que los corazones de muchas chicas se rompiesen, solo porque estabas aburrido y ellas estaban allí?

Le había tocado un nervio. Darren dio un paso más, un tigre acechando a su presa.

—Esas chicas nunca se preocuparon por mí como Brock lo hizo por Rhi...

Me reí, una risa fría y despectiva que me puso los dientes de punta. La voz que vino de mi boca no era la de April, la chica que estaba enamorada de Darren y que dependía de sus amigos. Era la de una April diferente, que se había graduado de la primaria con una ropa y un diploma manchados de sangre y tragedia, y no le importaba ni necesitaba a nadie. Y nunca lo haría de nuevo.

—Oh, sigue diciéndote eso. —Me reí entre dientes sin regocijo, con los ojos helados clavados en los de Darren, que se encontraron con el fuego de su propia mirada—. No sabes nada de ellos. Tal vez todo fue un amor caprichoso, o algo infantil. Tal vez fue una coincidencia que Mia Smith se haya vuelto anoréxica y depresiva después de que la abandonases. —Darren abrió la boca, pero no le permití hablar. De todos modos, hubiese apostado a que no tenía

respuesta para ello. No podía discutir los hechos—. O tal vez —continué, acercándome con mi voz bajando a un susurro sibilante—. Esas chicas te quisieron como adolescentes, como Brock y Rhi, y las devastas usándolas y tirándolas.

—No lo hice... —comenzó a insistir, pero luego lo pensó mejor. Era demasiado hábil en esta batalla de palabras para dejarse atrapar a la defensiva. Ataque, como siempre decía mi sensei, nadie gana por defensa—. Todo lo que hice o no hice es inmaterial. Rhianna y tú... —El odio en su voz cuando pronunció su nombre casi me hizo estremecer. Esto era más profundo que un mero resentimiento contra una chica que le había robado a su mejor amigo—. Las dos rompieron el corazón de Brock. Casi lo destruyen.

—¿Crees que tenía la intención de hacer eso? —exigí, mi calma helada se derritió un poco a pesar de mis mejores esfuerzos. Podría haber sido muchas cosas, mentirosa, manipuladora, cobarde, pero no tenía derecho a acusarme de eso. Ninguno en absoluto—. ¿Crees, incluso por un segundo, que Rhi quería irse? Estaba tan apegada a Brock como él a ella, ¿cómo pudiste siquiera concebir que ella quisiese irse?

—¿Entonces por qué se fue sin decir una sola palabra? —replicó. Él no tenía pretensiones de su control habitual. Su temperamento, tan rara vez despertado, había ardidido en fuego furioso. Había pasado por alto la callada y dura ira que solía complacer, o tal vez solo no había llegado aún. Esa era la parte que temía. El hielo podía apagar el fuego, pero no tenía poder contra algo tan congelado como sí mismo—. ¿Por qué lo dejó para descubrir que se había mudado a Inglaterra con una maldita carta?

—No lo sé —disparé, un desprecio vagamente sardónico. Yo no era la conciencia de Rhi, después de todo, y esa decisión nunca había tenido sentido para mí, por todo lo que podía decir sobre querer protegerlo de saber sobre su compromiso. No iba a tomar sus elecciones por ella—. ¿Por qué no le preguntas? Tal vez no quería que Brock supiese que sus padres la habían comprometido. Tal vez pensó que eso le dolía más. O tal vez solo era una cobarde. Odio decírtelo. —Uno de mis labios se crispó en una expresión que era en parte burla y en parte gruñido—. Pero las personas que no son tan

perfectas como tú cometes errores. Somos criaturas terriblemente falibles, humanos, a veces los mortales hacen las cosas mal. No es que tengas que saberlo... No podrías dignarte a equivocarte. —Mi irritación por su arrogancia, enterrada por los meses de amistad.

—Bueno, perdóname si no cometo errores que demuelen a la gente —gruñó, dando un paso más cerca, una mano recorría su cabello con furia distraída—. Pero no sabes el costo de tu error. ¡No tienes que volver a unir a tu mejor amiga con él de nuevo!

—¿Qué te hace pensar que no? —Ahora estaba de pie, mi calma ganada abrumada por la ira ante su persistente e idiota ceguera. ¿Cómo se atrevía a sugerir eso? Él no sabía nada—. Rhi no se fue a propósito. Fueron sus padres, gente rica, aristocrática y atrasada como tú, quienes la forzaron a hacerlo. Por el bien de la familia. Dime, McGavern, ¿habrías arrojado todo a los perros, por algo que de todas formas habría terminado? Dímelo. —Lo fulminé con la mirada, desafiándolo a que pensase por una vez—. ¿Qué hubieses hecho?

Él no tomó mi oportunidad. Por supuesto. Podía criticarme por mi *alter ego*, pero un poco de autointrospección no estaba mal y decidió alejarse como un perro de su maestro.

—¡Seguro que no habría escapado! No habría abandonado a mi novia sin una explicación. ¿Sabes cuál fue la peor parte, Cupido? —Si me había estremecido cuando pronunció el nombre de Rhi, no fue nada a cómo escupió mi propio apodo. El absoluto disgusto contorsionó su hermoso rostro en una máscara de troll—. Fue el no saber. Fueron los constantes paroxismos de la duda, de preguntarse por qué desapareció, qué había hecho mal. Dime, Cupido, ¿te parece una buena pareja ideal para mi amigo?

—¿Por qué no está molesto Brock con Rhianna? —exigí. Eso siempre me había parecido la única nota falsa en su cólera ardiente contra Cupido. ¿Por qué estaba tan ansioso de venganza cuando su amigo, el que fue el objeto de injusticia, no lo estaba? Siempre había sentido que había algo más que la ira justa que él reclamaba, algo más primario que eso. ¿Tal vez envidia por su influencia? ¿Miedo de su poder sobre él?—. ¿Por qué no participó en tu plan para destruir a Cupido? Por cierto, ¿cuál era tu plan? ¿Qué ibas a hacer?



¿Romper mi corazón? —resoplé—. Un poco tarde para eso. —Como si fuese lo bastante estúpida como para permitir que me apegase a alguien de nuevo. Me habían enseñado la lección hacía tiempo. Sin embargo, me había olvidado de ella por un periodo.

Su cara se volvió de un rojo más intenso de lo que su furia justificaba, y supe que había acertado. Una seca sonrisa se extendió por mi rostro. Necesitaba bajar a la tierra, darse cuenta de que podía ser tocado y derrotado por nosotros, simples personas menores que él. Él no estaba en la cima del mundo. Y estaba encantada, con esa desagradable voz que se manifestaba en mí, de haberle enseñado eso. Me reí, cruel con todos los desaires que pude reunir.

—¡Oh, madura, Darren! No eres un dios, no puedes usar gente...

—No, madura tú —me interrumpió. La furia helada que significaba que su ira había alcanzado su forma más verdadera y peligrosa por fin apareció. Al menos esa ira lo hacía casi aterradoramente lógico. Podría discutir con esa ira—. El mundo no es un libro de cuento de hadas, un escenario contigo como directora. No puedes manipular a todos a tu alrededor, no puedes jugar con sus vidas y hacer como si fuesen juguetes.

Avanzó y, acobardada muy a mi pesar por la fuerza de su convicción, retrocedí un paso, aunque aún encontraba sus ardientes ojos con audacia. Él no sabía, no sabía nada. Pero, una vez más, sabía todo lo que importaba.

—Te has quejado una y otra vez de lo arrogante que era. Bueno, al menos dejo que las personas tomen sus propias decisiones. Las dejo que sean libres. No las fuerzo a hacer cosas a través de intimidación o manipulación. Tú no las dejas vivir sus propias vidas. Cupido, tú te sientas en tu nube de dramatismo y misterio y utilizas esos cuentos como una herramienta para poder controlar a los demás, por mucho que digas cuánto valoras tu independencia y tu toma de decisiones. Brock era muy feliz con Rhianna, pero quizás él habría sido mucho más feliz con otra persona. No lo sé, pero podrías haberlo dejado escoger, cometer sus propios errores. No permites que nadie con un mínimo de inteligencia haga eso. Y, siendo sincero —sus ojos llenos de electricidad y poder—, no voy a dejar que manipules mi vida. Ya tengo suficiente de eso en casa.

Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta. Me quedé inmóvil detrás de él, pegada al suelo por sus palabras ardientes. Nunca había pensado en algo así, no podía estar en lo cierto. Me embargó un repentino y desesperado deseo de hacerle comprender, de obligarlo a ver cómo estaba, tenía que estar equivocado.

—Darren —llamé cuando su mano llegó al picaporte y lo giró. No reaccionó. El orgulloso conjunto de su espalda no cambió—. Una vez gané una apuesta. Quiero utilizar lo que gané ahora.

Se congeló en la puerta con su mano aún apretada alrededor del mango.

## DARREN

—¿Qué? —escupí, mi voz tan tensa como mi cuerpo. Más que nada, quería salir de esta habitación, dejarle a ella todas las promesas tácitas que había roto, pero no pude. Había dado mi palabra, y ahora estaba atado con firmeza como si hubiese sido una soga alrededor de mi cuello.

—Quédate. —Estaba hablando con esa maldita voz razonable y seductora que, sin el fuego de mi ira, me habría convencido sin el collar de mi honor. Mis dedos se apretaron de forma convulsiva alrededor del picaporte, los nudillos blancos contra la madera pulida—. Quédate y escucha. No espero que lo entiendas. Ni siquiera espero que me creas, pero... solo quiero que lo sepas.

De manera insoportablemente lenta, solté mi mano y me volví, mi cara inexpresiva contra el vago aturdimiento de su rostro. ¿Qué derecho tenía ella a parecer razonable? No quería que Cupido fuese razonable. Quería que fuese la criatura despreciable que siempre había imaginado.

—Bien. —La encaré, sin emociones como podría ser. Ella no me sacaría una reacción, no se la merecía. Ni siquiera me estaba mirando, sus ojos miraban al aire detrás de mí como si hubiese visto algo que nadie más podría ver. La fulminé con la mirada. Si ella me iba a mantener aquí, maldita sea, ¡debería al menos mirarme!

—Comenzó cuando llegué por primera vez a este instituto. —No fue como la última vez que compartió su historia, hacía tanto tiempo en la cálida y

cargada penumbra, cuando tuve mi fatal revelación y que era toda una mentira. Todo. Ella no era más que otra faceta de Cupido, y Cupido destruyó vidas y controló a las personas—. No conocía a nadie excepto a Rhi, hemos sido amigas desde siempre, incluso con las diferencias demográficas, y llegué a finales de ese año, todavía con muletas y recién abandonando la terapia. Estaba lista para cambiar, para ser alguien diferente que la novia de Dan, para dejarlo atrás.

Yo resoplé. Siempre había sido por él, ¿verdad? Ese nivel de obsesión era despreciable. Para alguien tan defensora de su independencia, ella había pasado mucho tiempo dejando que otras personas la definiesen.

—No quise que fuese tan grande, nunca lo hubiese esperado, incluso si lo hubiese deseado —continuó con la misma voz mesurada y desapasionada, como si estuviese contando una historia poco interesante sobre alguien a quien apenas conocía—. Al principio, fue porque dos de mis conocidos se querían y no lo admitieron. No le dije a nadie que era yo porque, bueno, no se lo conté a nadie. —Por supuesto que no lo haría, con su necesidad de mantener el secreto más profundo que el hueso—. Y funcionó muy bien. Entonces lo intenté de nuevo, con gente que no conocía tan bien, gente con la que solo tenía mi propia habilidad para trabajar. Y siguen felices juntos.

Me dedicó una mirada desafiante, pero no me molesté en responder. Ella me había obligado a escuchar. No lo haría. Gastar mi energía más de lo necesario. Estaba parado y fuera de lugar, justo delante de la puerta, tenso como un oso en el centro de un círculo de perros a punto de atacar. Mis ojos despreocupados nunca la abandonaban.

—Así que la cosa mística se extendió a través de los rumores, los chismes y la innegable verdad de que existía Cupido. No comencé a hablar ni a crear, lo único que hice fue encontrar el casillero. —Siempre había sido ella, me di cuenta. Ella nunca hablaba de Cupido en primera persona. ¿Por qué no podía ser honesta y dejar de negar que Cupido era ella? No estaba avergonzada de eso, en su orgullo desmesurado. Ella ni siquiera se molestaba en aceptar mi ira como válida. Esos ojos anchos me habían mirado mientras yo le gritaba, al parecer sin siquiera comprender por qué lo hacía, pero no confiaba en eso. Ella

había demostrado muy bien cómo podía ocultar una serpiente detrás de una fachada fascinante, y todos sabían lo bien que podía mentir—. Cupido creció debido a todos los demás, a tus compañeros, ellos lo crearon. Entonces, dime, ¿cómo puedo controlar a las personas si apenas tengo algo que ver con eso?

Una parte de mí, pequeña y cada vez más por segundo, se dio cuenta de lo increíble que se veía con las mejillas sonrojadas, enojada, pero con una cara impasible: una figura tranquilizadora en medio de la habitación con el aire de una pelea por suceder. Pero la mayor parte de mí, la parte que se enfurecía contra el mal hecho a mi amigo y el poder de Cupido, solo veía a una chica desapasionada, sin emociones, demasiado cerrada para preocuparse por nadie. Y esa visión de ella, de la chica que había conocido frente al casillero de Cupido (el suyo), no era la amiga en la que se había convertido. Estaba abrumando con rapidez cualquier cariño persistente que tenía por ella.

—Lo empezaste, pero no lo terminaste —le informé, con voz acerada. Incluso a medida que retrocedía en la criatura sin rostro y maliciosa, podía sentir que volvía a la persona que solía ser, la que por lo general era, la persona que no recibía órdenes de nadie—. Podrías haberte alejado y haber salvado a la gente de un mundo de dolor cuando tu llamada «pareja ideal» se esfumó.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Enojada ahora, a la defensiva de Cupido, ya que ella nunca había estado en otra cosa, ya sea amigos o familiares—. ¿Por qué te niegas a ver que Cupido es algo bueno? Claro, no tiene una tasa de éxito de cien, pero ¿quién la tiene? Hago feliz a la gente, les gusta. Eres la única persona que tiene un problema con él, que no puede entender a través de su espesa calavera que el mundo no es malditamente perfecto, y que la gente sale lastimada, y que tienes que aprender a protegerte. ¿Quién sabe? —Y ahora su voz tenía una cualidad cruel, primordial en ella, un placer sádico que se regodeaba en el sufrimiento de otras personas—. Tal vez le hice un favor a Brock. Ahora no será tan fácil lastimarlo por segunda vez. Porque va a haber otro momento, siempre lo hay.

—Bueno, discúlpame por no tener una historia de sollozos en mi pasado —respondí, con los labios apretados tan fuerte como pude—. Pero el hecho de que mi novia no haya muerto no significa que no sepa que la vida no es solo

rosas y campanas. —Tal vez fue duro, pero fue merecido—. Mi vida tampoco es perfecta, tengo problemas. Solo no voy a convertir mis problemas en una nube de control y cinismo...

—Oh. —Se rio, ya no había ira en su voz, sino solo una fría burla, cada nota era una daga helada arrojada para matar—. Pobre niño rico con sus juguetes, sus putas y su mansión. Lo siento muchísimo por ti. —Había una mirada salvaje en sus ojos, como la de un tigre capturado, enjaulado pero listo para atacar a sus captores.

—No hables, ¿o eres una niña depravada, señorita Lexington? —A decir verdad, estaba cansado de que ella siempre usase mi dinero como una carta de triunfo. Sí, nunca había sabido lo que era querer algo y no conseguirlo. Pero eso no significaba que siempre estuviese contento. Sabía que el dinero no podía comprar la felicidad. Ella era la única persona que aún no se había dado cuenta—. Al menos tus padres se preocupan por ti.

—Tus padres se preocupan por ti —replicó—. No puedes verlo porque estás demasiado concentrado en lo que quieres ver, demasiado ciego y convencido de que eres una especie de víctima, descuidado. ¿Es por eso que eres tan promiscuo? ¿Porque las chicas, al menos, te prestan atención? —Se tocó la barbilla, con expresión pensativa, excepto por sus ojos, que brillaban como la luz del sol en un glaciar—. Estoy segura de que Freud tendría algo que decir al respecto.

—Oh, ¿entonces ahora me estas psicoanalizando? —Ella podía haber leído más, pero podría dar lo mejor que tengo. Incluso si nunca antes hubiese sido víctima de su veneno no diluido, sus palabras finamente diseñadas se formaron con el único propósito de penetrar cada punto débil que tenía. La había visto destrozar a Mann, burlarse de mis *groupies*, pero nunca me había apuntado como antes. Y sabía cómo herir, pero no había contado con una cosa: en su enojo o irritación, no se había dado cuenta de que cuanto más cruel era, menos la veía con afecto—. Mis problemas de intimidad no se han demostrado en un intento desesperado de mantener a todos fuera con una capa tras otra de secretos. No soy un esquizofrénico, siendo dos personas. — Podía oír su respiración pesada y enojada, los ojos casi cerrados mientras

trataba de contener su ira. Sería, no triunfante—. No habría juntado a mi mejor amigo con alguien del cual se desharía un año después.

—¿Crees que yo quería? —Por fin estalló, su voz se elevó alta y áspera por encima de mi siseo controlado—. ¿Crees que me dignaría a tener a mi mejor amiga con alguien como Brock? —Mis uñas se clavaron en mi palma. Ella respiró hondo, y luego habló de nuevo con voz suave, pero aún más peligrosa—. Es bastante irónico, la verdad. —Una larga mano descansaba sobre el cuero del sofá, y sus ojos lo siguieron, estudiando el contraste de blanco contra marrón con intensidad abstraída. Ella ni siquiera podía mirarme—. Mi mayor fracaso y mi mayor éxito, todo en la misma pareja. Fracaso, no solo porque ella se fue, sino también porque nunca lo hubiese hecho. Éxito, porque eran más felices que los demás. —De repente dura, sus ojos marrones suplicantes se lanzaron para encontrarse con los míos, demasiado rápido para evitarlos.

—¿Por qué no? —pregunté, porque era evidente que debía hacerlo y que estaba obligado a escuchar. No tenía curiosidad, lo que ocurría en esa mente loca y enrevesada no era asunto mío.

—Porque él no era lo bastante bueno para ella —expresó cada palabra con desdén enunciado, como si fuese un hecho que todos conocían. Sus ojos ahora estaban aburridos en los míos, cualquier deseo de que yo lo entendiese era ahogado por una maliciosa alegría por lo furioso que me estaba poniendo—. Porque lo vi estúpido y espeso, aburrido y terrenal, no apto para alguien airoso y encantador como Rhi. Porque sabía, en mi experiencia, que no funcionaría. —Ella dio un paso adelante. Me negué a retirarme—. Le dejé tomar su propia decisión, la suya, Darren, y yo capitulé, y tú sabes el resto. No la controlé, la dejé hacer lo que ella quería, ¿y sabes lo que pasó? La vida pasó, gloriosa y horrible a la vez. ¿Por qué te importa tanto lo inevitable?

No tuve que ponerle excusas. No estaba obligada a explicarme nada, que era evidente que nunca me había dicho nada sincero sobre ella.

—Porque es mi amigo, Cupido, y no tuvo oportunidad de luchar. Lo pusiste con una chica que iba a romperle el corazón. Lo hiciste, por todas tus excusas. Y nadie me hace eso, o a mis amigos. —Terminé aquí, terminé de escuchar las injustificables justificaciones de la chica que se había metido con mi amigo.

Giré e intenté salir de nuevo, pero una vez más su suave voz me detuvo.

—Darren —dijo mientras me encontraba con la puerta abierta, su voz amable y desapasionada y nada beligerante. En todo caso, era suplicante y vulnerable. Pero sabía lo bien que podía mentir—. ¿Vas a contárselo a la gente?

Hice una pausa, considerando. Ella tenía tanto conmigo como yo con ella, los amigos siempre podían lastimarte más, pero contarles la verdad a todos sobre Cupido... Era una proposición muy tentadora. Esa sería una venganza apropiada, de hecho.

—No —decidí, girándome despacio, con frialdad, para mirarla. Mi rostro se convirtió en una mueca despectiva, como si algo desagradable oliese en mis narices—. No vales la pena.

Y luego salí por la puerta y bajé las escaleras lejos de la fiesta, ignorando la pregunta preocupada de Brock de «amigo, ¿estás bien?» y la mirada aguda y preocupada de Rhianna (¿podría saberlo? Por supuesto que sí, su compañera y mejor amiga). Pero no podía quedarme. La fiesta había sido arruinada para mí por completo. No dejé de moverme, no comencé a pensar hasta estar en casa, en mi habitación, notando vagamente los ojos abiertos de Troy y la ceja sorprendida de Alfred a través de la bruma de la ira y la confusión y las emociones puras que cubrían mis ojos desde que había conocido su oscuro secreto. El velo se había levantado, y en ese momento, solo por un segundo, deseé desde el fondo de mi corazón olvidarme de todo y hacer como que nada había pasado. Habría dado cualquier cosa por volver a bajar ese velo y olvidar todo lo que había pasado, y volver a tener a April en mis brazos. Pero ella ya no era April. No más. Ahora solo era la chica —Cupido— que había destrozado el corazón de mi mejor amigo.

—Dios, April —gemí, arrojándome sobre mi cama y mirando hacia mi techo estrellado—. ¿Por qué tienes que hacerme esto?

## Capítulo 10

### APRIL

—¡April! —No reaccioné. Un mes después de que comenzasen las clases, y no tenía ganas de hablar con nadie. Nadie quería hablar conmigo, de todos modos, a excepción de Rhi o Allan, y cosa extraña, Candy, que había desobedecido la orden táctica de Darren y todavía charlaba conmigo (aunque no cuando Darren podía ver)—. ¡April, espérame!

Una voz demasiado aguda para ser masculina, demasiado incierta para ser un estudiante de último año, demasiado insistente para ser una de las personas que habían decidido que me conocían a causa del escándalo causado por mi ruptura con Darren, ¿quién demonios podría ser? En realidad no me importaba. Asociarme con gente nueva no funcionaba para mí. Me arrodillé en mi casillero, ignorando los pasos fuertes que se detuvieron a mi lado.

—April... —Escuché la voz, y por fin le puse cara. Ellie Jacobs, la estudiante de primer año que conocí en la fiesta de pijamas de Candy. Mi vida parecía estar dividida en una gran cantidad de antes y después y ahora. Pero me sorprendió que ella me hablase. La mayoría de la gente era demasiado esclava de Darren para hacer algo más que desairearme—. ¿Cómo estás? —Intentó mientras el silencio se extendía.

Una vez más, la ignoré. Acababa de tener otro almuerzo solitario que parecía mucho más tranquilo que el del año anterior (Rhi, como de costumbre, se había sentado con Brock, perdidos en su pequeño mundo) y no estaba de buen humor. Aunque no sabía por qué.

—No te he visto mucho. —Lo intentó de nuevo, con un pie pateando nervioso contra el suelo. Estaba ansiosa por algo, pero ¿por qué iba a asustarla? Solo asustaba a las personas que conocía bien o que quería asustar, y ella no estaba en ninguna categoría.



Había llegado al final de mi tolerancia, que siempre era breve y que durante el último tiempo se había reducido a nada. Cerré mi casillero y me puse de pie sin mirarla.

—¿Qué quieres? —exigí, beligerante, mis brazos se apretaron con fuerza alrededor de mis libros, estudiando los números del casillero de Cupido con incalculable intensidad.

Aunque sorprendida por mi abrupta ofensiva, ella se recuperó a una velocidad admirable.

—Quiero saber qué pasa contigo y Darren —me informó con calma, adoptando mi propia estrategia de franqueza.

Me apoyé contra el casillero de Cupido, enseñando mi rostro a la impasibilidad.

—Ha decidido que no soy digna de su tiempo, me recordó lo mucho que es y lo poco que soy. Por lo tanto, ya no nos conocemos. —Mi voz era tranquila, controlada, y solo estaba diciendo la verdad, entonces, ¿por qué no me sentía sincera?

Ellie inspiró profundo, reuniendo valor mientras su pie se movía más rápido. No la culpé por la timidez. Nunca fui la persona más acogedora, no era amigable.

—¿Esto tiene que ver con que tú seas Cupido?

Me volví hacia ella, que me estaba mirando con los ojos muy abiertos y casi asustados, pero iluminada con una luz desafiante y emocionada. Al menos, no cometería el mismo error dos veces. No iba a delatarme de nuevo.

—¿Por qué sugerirías algo tan ridículo como eso? —pregunté en un tono medio, examinando distraída mis uñas.

—¡Porque te he estado observando! —exclamó animada. Levanté una ceja hacia ella, y ella se sonrojó, dándose cuenta de lo incómodo que sonaba—. No te estaba acosando ni nada —se apresuró a enmendar, el rubor desapareció rápido de sus mejillas—. Solo sospechaba de ti, y de verdad, de verdad, de verdad quería averiguarlo porque no puedo dejar un misterio a medias y porque tenía mucha curiosidad sobre Cupido desde que Marie me habló de ti, y porque creo que lo que haces es realmente genial y... digno, supongo. Así

que he estado observando el casillero de Cupido, y lo he estado pensando, y llegué a algunas conclusiones obvias, y...

—Ellie —la interrumpí, permitiendo que mis labios se torciesen en una leve sonrisa. Dios, me estaba sintiendo vieja. Y solo tenía tres años más que ella—. Estás balbuceando.

Sus mejillas se volvieron rojas otra vez, pero el flujo de las palabras se detuvo. La miré con cuidado. Si hablaba mal con la persona equivocada... Pero, de nuevo, aún no había confirmado nada. Podría irme ahora, y ella no podría hacer nada.

—Así que —le pregunté, como si no me importase y solo fuese un observador imparcial—. ¿Has encontrado alguna evidencia concluyente?

Ella abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir, esta vez menos impulsivamente.

—Bueno, no —admitió, con la cara caída—. Nada en realidad. —Escondí una sonrisa. Cubrí mis huellas bien, por lo general. Nadie me había encontrado antes o lo haría otra vez—. Pero —agregó triunfante— sé que eres tú. No puedes engañarme, yo... —Se detuvo de repente, como si la hubiesen atrapado haciendo algo que no debería hacer.

—¿Tú qué? —pregunté. Mi curiosidad alcanzó su punto máximo. Nadie había llegado tan cerca o había sido tan insistente con la identidad de Cupido antes. ¿Por qué era tan diferente? Nadie había siquiera sospechado antes de mí.

Ella miró hacia otro lado con timidez, las emociones jugando sobre la cara tan rápido que no pude leerlas.

—Me perdí y te escuché a ti y a Darren pelear en la fiesta de cumpleaños de Brock —confesó. Sus botas Prada comenzaron el ritmo anterior de nuevo.

¡Estúpida! ¿Cómo pude haber sido tan idiota? ¿Sabía que esa habitación podría ser escuchada por cualquiera que pasase por allí! ¿Por qué demonios no lo había llevado a otro lado, donde no nos podrían escuchar? Tuve suerte de que fuese ella quien lo había oído, y no algún chismoso que no habría dudado en extender el rumor por toda la escuela al día siguiente. Pero ahí estaba mi plan para negarlo por completo. Lo mejor que podía hacer ahora era contenerla.

Suspiré.

—Está bien —murmuré, mirando a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie allí—. Tienes razón. —La contemplé con mi mirada más firme e intimidante, la creada para sofocar a los fiesteros borrachos y perfeccionada manteniendo a Allan en línea—. Pero no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Ella sonó horrorizada ante la idea. No tenía otra opción que confiar en ella. Ninguna venganza podía funcionar en retroactivo—. ¡Eres buena para el instituto! No, pensé... —Sus ojos se alejaron de los míos, de repente tímidos—. Pensé que podría ayudar, o algo así.

—No necesito ninguna... —Interrumpí mi protesta instintiva de una criatura solitaria cuando se hizo eco otra oferta. A través de ella, entraba en círculos que ahora evitaba, y ella conocía a los alumnos más jóvenes mejor que yo. Ella podría proporcionarme información y conexiones...—. En realidad, podrías ser útil. —Ella levantó la vista, una sonrisa emocionada se extendió por su rostro. Como una niña en una tienda de dulces—. Ven a mi casa... el sábado, y entonces podrás intentar ayudarme. Ya veremos cómo va. Mientras tanto —advertí mientras sus ojos brillaban—, mantén tus ojos abiertos y tu boca cerrada. Ahora —hablé. Esta no era una especie de favor para ella. Era pura pereza, egoísmo. Un aprendiz significaba menos trabajo para mí—. Tengo que ir a Inglés.

Me alejé antes de que ella pudiese decir algo más, una sonrisa se extendió de forma involuntaria sobre mi rostro. Me había preocupado de la muerte de Cupido después de graduarme, pero ¿quién dijo que tenía que desaparecer cuando yo me fuese? Podría entrenar a Ellie todo este año, y entonces tal vez el título podría ser transmitido sin que nadie lo supiese. Nos permitían elegir nuestros propios casilleros cada año, y Ellie podría tener mi casillero, así que eso no sería problema. Nadie se daría cuenta si la criatura de Cupido cambiaba...

Perdida en mis pensamientos y planes, no presté atención a lo que me rodeaba, así que cuando me encontré con una espalda fuerte, ni siquiera noté el bloqueo hasta que caí y mis libros salieron en todas direcciones.

Volví la espalda, y eché un vistazo a los fríos ojos azules y oscuros antes de apartar la mirada, agarrando mis libros con la mayor dignidad que pude reunir mientras escarbaba en el suelo. Por supuesto, él no iba a tener la cortesía común de ayudarme, a pesar del hecho de que la colisión también había sido culpa suya.

Darren me dio una sola y burlona exploración (condenaba mi torpeza, ¿por qué tenía que parecer una imbécil frente a él?). Resopló, y se volvió hacia sus *groupies* con una leve mueca burlona en su rostro, demasiado leve para cualquier persona que no fuese alguien que lo conociese o lo hubiese sabido atrapar. Mi cara no cambió de expresión en absoluto, me levanté y me alejé sin mirar atrás, toda mi satisfacción previa se me borró de la mente por un par de ojos helados.

Esto no fue como el momento en que peleamos por Mann. Esa vez, después del primer arrebato de ira, todo lo que nos había impedido disculparnos había sido el orgullo que (bueno, en principio) yo, al menos, no había podido tragar. Pero ahora nuestra furia era muy, muy real y con más orgullo para alimentarla. No había sido solo por el hecho de que Cupido hubiese sido revelado. Todo lo pequeño, las picaduras de mosquito que nos habían estado irritando durante meses, habían quedado expuestas en la gloriosa supernova de nuestra amistad. Y todo había terminado. Esta no era otra de nuestras peleas habituales. Esta vez no nos ignorábamos ostensiblemente. Ni siquiera nos conocíamos. No estábamos evitando los ojos del otro. Era burla y fingir que nunca habíamos sido más que enemigos.

Excepto que habíamos sido mucho más, y estaba teniendo problemas para olvidar eso.

Me deslicé en mi asiento habitual en la esquina de la clase y saqué un libro, tratando de descartar la idea de que, si no fuese por un secreto, habría estado charlando feliz con Darren.

—Como siempre —anunció la Sra. Corman, devolviendo nuestros exámenes con su habitual sonrisa invitante y reprimida bajo un ceño triste y serio. Nueva en la enseñanza y en el instituto, con una disposición amistosa, iluminada por el sol y una ropa que combinaba, era mi profesora favorita de

este año—. No me habéis impresionado demasiado. Sé que no es el libro más fácil, y sé que la mitad de ustedes me odian por obligarlos a leerlo, pero en general, no es vuestro mejor trabajo. Con algunas excepciones notables —dijo.

Agregué una sonrisa que se adaptó a mi rostro mucho mejor cuando me devolvió mi examen con una gran A roja garabateada en la parte superior. Me mordí el labio. Bueno, tenía que hacerlo bien. Adoraba ese libro.

—Todos sabemos que lo único que Jones hace es estudiar y leer. —Vino el desdeñoso acento de Darren desde la esquina opuesta, cortando mi orgullo por un trabajo bien hecho. Podía sentir sus ojos en mí, burlones, pero me negué a permitir que eso me afectase. Darren no significaba nada para mí, nada en absoluto. No lo extrañaba. Ni su sonrisa, ni su risa, ni su ingenio, ni sus ojos, ni su voz, ni su... No lo extrañaba para nada. No estaba sola.

La Sra. Corman dirigió una mirada de desaprobación a Darren. Nunca había visto nuestra amistad, y, por lo tanto, no estaba confundida por el cambio repentino y amargo. Para ella, éramos dos personas con visiones de vida tan radicalmente diferentes que no nos podíamos llevar bien—.

Darren, eso no es...

Interrumpí la reprimenda, regalando a Darren una mirada fría y condescendiente.

—O tal vez, McGavern —observé, la mordedura en mi voz apenas enmascarada por mi tono casual—, soy más inteligente que tú.

Me volví para mirar hacia adelante, hacia donde la maestra observaba la interacción con tanto interés como cualquiera de los estudiantes, y saqué un lápiz y una libreta para detener la discusión. Solo podía imaginar, con bastante satisfacción, el ceño fruncido de Darren, el de mala gana que tenía cada vez que alguien más ganaba.

—Así que, clase, seamos... —Una vez más, la Sra. Corman fue cortada, esta vez por el crepitar del altavoz cuando se encendió.

—April Jones, a la oficina del director —dijo la voz impersonal de la secretaria—. April Jones, a la oficina del director.

Por un segundo, toda la habitación quedó en silencio con sorpresa, yo no menos que los demás. ¿Por qué demonios me estaban buscando? Claro, había

olvidado mi teléfono en casa, pero ¿por qué alguien tendría que ponerse en contacto conmigo? Mi madre o Jack serían los únicos desesperados, y siempre podían llamar a Allan si se trataba de una emergencia.

—Bueno, ¿por qué no vas a por tu último premio? —disparó Darren, rompiendo el silencio. Una vez, eso habría sido una broma juguetona. Esto era desprecio digno de cualquier matón de instituto.

Sin decir una palabra, me levanté y, con una rápida mirada a la profesora Corman, salí de la habitación, con una extraña sensación de aprensión sobre mí, nublando el resto del mundo como si el volumen hubiese sido bajado. A través de los pasillos, caminé hacia la oficina sin estar muy segura de hacia dónde iba. La secretaria me entregó sin palabras el teléfono con una expresión amable que nunca había visto antes. Podía sentir la espada colgando sobre mí, el tsunami a punto de romperse.

—¿April? —La voz de mi madre era tranquila y ferozmente controlada, un tono que no había escuchado desde que me había despertado hacía cuatro años en una habitación que emitía señales sonoras y estaba llena de máquinas—. Es tu hermano, Allan. —¿Allan? No lo había visto desde la noche anterior, porque había ido a una de las fiestas de Greco y había sido sensato y se había quedado, por supuesto—. Anoche tuvo un accidente. Está en la UCI. No están seguros de si lo logrará.

La espada cayó.

## DARREN

La vida volvió a la normalidad. Bienaventurado, sin incidentes, donde sabía que estaban las normas. Las clases habían comenzado y yo caminaba alrededor del edificio rodeado de bandadas de chicas y algunos chicos que esperaban que mi encanto los contagiase. Iba de fiesta en fiesta, ahogando la irreversible comprensión de lo inútiles que eran en música alta, pistas de baile y chicas dispuestas. Volvía a estar en equilibrio, a partir del revoltijo de emociones que Ap... esa chica me había causado. Era grandioso. Me sentía como yo mismo después de un año de sentimientos emasculados, romance y conversaciones

profundas, y no podía creer que alguna vez hubiese deseado algo más. En resumen, todo era perfecto. Absoluta, indudable, monótonamente perfecto.

Me quedé fuera de la clase de Inglés, pasando el tiempo entre esta clase y la siguiente con mi chica de la semana. Alta, rubia y curvilínea, Rachel era por completo mi tipo, incluso si nunca dejaba de hablar, solo que, a corto plazo, sin ninguna expectativa de nada más que lo físico. El año pasado, ella pudo haber mantenido mi atención durante al menos dos semanas. Pero ahora, aunque nada había cambiado, ni mi mentalidad ni mis deseos, ya estaba aburrido de ella, y nos habíamos conocido el fin de semana anterior. No había profundidad en ella, por buena que estuviese, y... Maldición, ¿cuándo comencé a preocuparme por las profundidades? Ella estaba buena y tenía su atención y era todo lo que importaba.

Ahora si solo pudiese meter eso en mi estúpido y poco cooperativo subconsciente...

Me incliné hacia la cara de Rachel, sus labios generosos se encontraron con los míos con entusiasmo. Con un encogimiento mental de hombros, me volví a medias para clavarla en el casillero, y Ap... Jones pasó caminando, y me alejé por instinto, como si estuviese haciendo algo desagradable.

Ella pasó junto a mí con los ojos muy abiertos, en blanco. Me irritó. ¿Quién era ella para ignorarme?

—¿Qué, Jones, no te gustó tu medalla? —grité detrás de ella.

Era probable que tuviese una conmoción porque uno de sus planes de Cupido se había desmoronado. Ella ni siquiera reaccionó ante mis palabras, pasó junto a mí con un paso suave y mecanizado que parecía decidido e inconsciente a la vez. Sin siquiera una pizca de preocupación (aunque esto no era normal, y algo tenía que estar mal para que ella actuase así), volví mi atención a Rachel, antes de ser interrumpido una vez más.

—Amigo, ¿dónde has estado? —exigió Brock, que apareció a mi lado con una mirada furtiva a la espalda de Jones que se alejaba—. Te he estado buscando por todas partes.

Lo favorecí con una mirada exasperada.

—He estado aquí por un tiempo. —Como si eso no fuese obvio—. Salimos temprano de clase. ¿Dónde está Rhianna? —Miré con disimulo, esperando que saliese por detrás. Donde iba uno, era seguido por el otro, esa era la regla entre Brock y Rhi.

—Yo... —Le lanzó una mirada a Rachel, que nos miraba con ojos ávidos y chismosos—. No sé.

—¿Eh? —Levanté una ceja. Se movió nervioso sobre sus pies, sin querer decir nada delante de la chica. Puse los ojos en blanco (estaba seguro de que Rhianna se lo contaría a todos), pero sacudí mi cabeza hacia ella—. ¿Quieres darnos algo de privacidad, Rachel? —A pesar del fraseo, no era una pregunta, y ella lo tomó como tal. Haciendo una mueca infantil, giró sobre sus talones de cuarenta centímetros y se alejó, su pelo de seda de maíz demasiado corto para moverse.

Brock exhaló un suspiro de alivio, feliz de contarle a alguien. Él nunca fue una persona para guardar algo embotellado.

—Estamos pasando un tiempo separados —admitió, con la cabeza caída.

Me quedé boquiabierto, pero la volví a cerrar antes de que nadie pudiese ver.

—¡Rompiste! —Por mucho que odiase a Cupido y a Rhianna por hacerle esto, y a pesar de mi cinismo, eso no era una posibilidad. No una ruptura con los dos aquí y juntos. Ni siquiera lo aprobaba o desaprobaba. Solo no entraba en la ecuación. Al igual que la última vez, no podía entenderlo.

—No... No, todavía estamos juntos —me aseguró, el pánico se alzó en su voz ante el pensamiento que solo sirvió para confundirme más. ¿Por qué estaban separados si era obvio que querían estar juntos? Brock debió haber visto mi desconcierto, porque sonrió y continuó—. Decidimos, ambos, que teníamos que recordar cómo éramos separados.

—¡Has estado solo durante el último año! —escupí, mirándolo sin expresión. ¿Era realmente estúpido?—. Separado eres miserable. ¡Ya lo sabes!

—Sí, pero... —Vaciló por un segundo, tratando de encontrar las palabras (nunca su punto fuerte)—. ¿Sabes cómo, cuando algo o alguien se va, siempre piensas que es mucho mejor que cuando lo tenías? Como las personas muertas.



Acababa de tomar un trago de agua de la fuente, sintiéndome como si tuviese que quitar el sabor de mi boca de Rachel. En sus palabras, casi escupí el agua, y en el proceso casi me ahogo.

—¿Qué demonios? —balbuceé, tosiendo de una manera en extremo indigna.

—Bueno, nadie nunca piensa mal de los muertos, ¿verdad? —intentó explicar sus pensamientos desordenados. Fruncí el ceño, lanzando una mirada ceñuda para ver quién había sido testigo de mi reacción humillante. Conociendo mi suerte, Jones estaría por allí riéndose de mí, pero no había nadie más que Bock, que estaba haciendo un gran esfuerzo para no sonreír. ¿Dónde estaba ella?—. Hacemos que las personas que no están parezcan grandes. Yo y Rhi... —Rhi y yo, una pequeña voz en mi mente lo corrigió, una que no reconocí como la mía y me negaba a reconocer como la de alguien más—. Nosotros habíamos olvidado cómo era cuando estuvimos juntos, porque éramos tan miserables. Y luego ella regresó, y yo estaba como «es todo increíble», y ella también, pero ninguno de nosotros en realidad lo pensó bien, y, bueno, ahora es lo que estamos haciendo.

Parpadeé.

—Entonces habéis roto —aclaré, inexpresivo—. No estás seguro de que en verdad quieras estar con ella, porque idealizaste demasiado tu relación y ahora estás confundido, a pesar del gran momento que tuviste cuando ella regresó. —Este chico no tenía sentido, incluso con diez años de experiencia sobre él. ¿Sabía que la mayoría de la gente (está bien, incluyéndome a mí) quería lo que él tenía con Rhianna?

Él se encogió de hombros.

—Sí. —Estuvo de acuerdo con timidez, supuse que podía leer mis pensamientos—. Esos momentos no son reales, ¿sabes? Son geniales y todo, pero esa es la parte fácil de una relación. La parte difícil es entre esos momentos, cuando es vida normal. —Se calló, perdido en sus propias reflexiones.

Me mantuve en silencio, pensando en sus palabras. Fuese una tontería o no, no podía evitar estar de acuerdo con él. La pasión, la parte física era fácil para

mí, como cualquier chica podría responder. Era mantener la llama viva lo que yo no podía hacer. Me aburría de mis presuntas novias durante los tiempos intermedios. Excepto con una, pero esa relación había muerto antes de nacer, y April siempre había sido diferente. Alejé de mi mente ese tema peligroso. Por supuesto que ella había sido diferente, ella no era April, ella era Cupido, y no tenía atracción ni afecto por ella, fuesen cuales fuesen los momentos y los intermediarios.

—Sabes, nunca has tenido problemas como ese con April —observó de repente Brock, su propia línea de pensamiento misteriosamente similar a la mía—. ¿Por qué no solo...?

—Déjalo, Brock —suspiré.

Esta no era la primera vez que alguien me había instado a disculparme o dejar que mi ira se fuese, y dudaba que fuese la última. Candy, Lex y Brock lo habían intentado y habían fallado. Esperaba que Rhianna hubiese instado a Brock a intentarlo de nuevo, pero ninguno de ellos, excepto, tal vez, Rhianna (no sabía cuánto le habían dicho, sabiendo que era probable que April no supiese nada), entendía por qué estaba tan furioso, y ninguno de ellos estuvo cerca de convencerme. No escucharía a nadie ni ninguna de sus súplicas. Ella se merecía toda mi furia y más.

—Pero no lo entiendo —protestó Brock, como lo había hecho antes. Le dije que tuvimos una pelea y que ya no la conocía, pero nada más. Como había dicho, ella no valía la pena—. ¿Fue porque Rhi se interpuso entre los dos?

—No —le expliqué con paciencia. Me abrumaba la cantidad de veces que había tenido que usarla—. Hacía tiempo que habíamos estado ocultando tensiones, y todas salieron. No fue tu culpa. Nos dimos cuenta de que éramos demasiado diferentes para ser algo.

—Habéis peleado antes —respondió, sonaba casi a una súplica. Había tomado el distanciamiento como su propia responsabilidad personal, sin importar la frecuencia con la que le había dicho que no tenía nada que ver con eso. Habría sucedido en algún momento. No lo sabía entonces, pero cualquier cosa en la que April y yo pudiésemos haber tenido tenía un límite de tiempo. Cupido habría salido tarde o temprano—. Es lo que hacéis. Peleáis, y luego

uno de los dos, bueno, por lo general tú, entierras el orgullo y hacéis las paces y estáis más cerca que nunca. ¿Por qué no puedes hacer eso esta vez?

—Porque esta vez no me doy por vencido —contesté con calma helada, mi paciencia se desvanecía ante el agotamiento de tener que ignorar de manera constante la presencia de April, en persona, en una conversación y en mi mente—. Descubrí lo poco que confiaba en mí y lo cruel que puede ser, y no me voy a disculpar por eso.

—Pero al menos parecías más feliz con ella —dijo con la certeza que solo un mejor puede tener—. Rachel, sabes que no te gusta. No es como... April.

—¡Para! —solté, cualquier tolerancia que tenía se había esfumado. Terminé con ella, terminado, era el final. Ella no necesitaba ser discutida—. Ella está muerta para mí. Y eso es todo.

Brock me ignoró.

—Es decir, cuando tú y April estabais muy cerca, siempre estaban riendo y sonriendo. Te hacías cargo de ella, y nunca te he visto hacerlo antes, excepto con Troy. Demonios, Dar, le regalaste un gato. No piensas tanto para los regalos de Troy.

—¡Lo sé! —grité. Brock se retorció en estado de *shock* ante mi repentina e inesperada vehemencia, pero lo tomó con calma—. Sé lo que era, ¿vale? Sé que era diferente, tal vez mejor. Pero eso ya pasó. Hecho. Terminado.

Tomé un aliento largo y desigual. Brock esperó en silencio, paciente.

—Esta vez no voy a caer —anuncié por fin, con una voz firme que no pensé que fuese mía, sino que salió de mi boca sola—. No tengo ningún motivo para hacerlo, y ni siquiera estoy seguro de si lo haría. Ella me traicionó, Brock, en un par de formas, y no puedo perdonar eso. No, a menos que ella tome la iniciativa y se disculpe. Una disculpa sincera, aceptable y humilde. Y ella nunca hará eso, nunca. Por el orgullo y la obstinación y una docena de cosas más, una de las más importantes es el hecho de que no puede ver lo que hizo. Esta vez, está todo hecho. No voy a ser yo quien lo cambie.

Me alejé, dejando que Brock me mirase con pesar, sus ojos grises muy seguros de que sabían más de mí que yo sobre mí mismo.

## Capítulo 10

### APRIL

Nunca supe cómo llegué al hospital después de esa fatídica llamada. Para ser sincera, esperaba no haber conducido. Tal vez cogí un autobús, tal vez mi madre vino a recogerme. No pregunté y nadie me lo dijo. La incertidumbre era parte integrante del estado de ánimo onírico que había descendido sobre mí como un velo, amortiguando la realidad y enviándola lejos, muy lejos, de modo que solo podía ver, oír o sentir vagamente.

Caminé por el pasillo del instituto en ese estado, sin darme cuenta de nada y, sin embargo, viendo algunos pequeños detalles. Una parte de mí vio a Darren besándose con una zorra. La misma parte reconoció que no hacía mucho tiempo, eso habría dolido. Todavía lo hacía, en cierto modo, pero el dolor se ahogó en un choque abrumador. Las palabras de mi madre resonaron en mi mente. «Allan... No saben... En urgencias... Inconsciente...». Incluso aunque lo intentase, el disco no se apagaba, impulsándome hacia adelante y hacia adelante hasta que, al siguiente momento, estaba en el hospital y mi madre me guiaba a la sala de espera.

No había visto esta parte del último hospital en el que estuve (nunca quise averiguarlo, nunca quise volver). Había estado inconsciente cuando entré y en estado de *shock* cuando me fui, la misma conmoción en la que estaba ahora pero diferente. Sabía que esto iba a suceder, sabía que podía tener una experiencia horrible y sangrienta. ¿Por qué no le advertí? ¿Por qué no meforcé a traerlo a casa? Podría haberlo parado, debería haberlo hecho.

Las palabras flotaban en la niebla que me rodeaba. Un doctor estaba hablando con mi madre. Estaba demasiado cómoda en esta silla, mirándome las manos y solo viendo el brillante color escarlata de la sangre. «Contusión cerebral... Brazo roto... Hemorragia cerebral... Cuatro días...». Nada de eso

significaba nada. Todo lo que sabía era que Allan, como Dan... como Dan... El destello del coche aproximándose, el súbito choque...

Pasó poco tiempo mientras mi madre, Jack y yo estábamos sentados en nuestra silenciosa vigilia. Ninguno de los tres habló. Hablar podía hacerlo real. La habitación tenía una copia de *Starry Night* en la pared. Eso era lo único que era real. No era el suelo, esa cosa en la que me había sentado. No era nada. No podía sentir, no podía pensar, pensaba demasiado.

Sentí una mano en mi hombro y me giré. De algún modo, Rhi estaba allí, su cara pálida y pecosa flotando en el borrón de las paredes beige. A ciegas, dejé que ella me abrazase. Se movió hacia mi madre y Jack, también para abrazarlos y salir de allí.

Mi madre podría haber hecho algo para comer, yo no tenía hambre. ¿O sí? La comida no parecía muy importante, Allan podría estar muriendo. ¿Por qué me iba a molestar en comer? Esa noche no dormí. Miré el techo mientras un pensamiento corría como una cinta rota en mi mente. No estaba llorando. ¿Por qué no lloraba? Mi madre había llorado, Jack había llorado. Parte de mí lo había visto, pero no podía. No había llorado por Dan y él había muerto. Quizás ahora, si lloraba, mi hermano lograría vivir. ¿Por qué no lloraba? Había sido el *shock* de esa muerte, había sufrido un accidente de coche hacía tanto tiempo y lo sufrí tan de cerca, yo había cambiado. ¿Por qué no podía llorar?

Me quedé dormida mientras el sol salía, con los ojos secos.

Debí haberme despertado temprano al día siguiente, porque parecía interminable. Llegamos al hospital, no fui a clase. Mi madre y Jack ni siquiera consideraron ir a trabajar. La neblina no se levantó. Pasé horas en la sala de espera en una de esas sillas terriblemente cómodas, sin hablar ni oír ni hacer nada. Esta vez, no pensé, no dormí, no viví. Solo existía, en algún lugar entre la vida y los sueños, donde nada era real y nada importaba.

De alguna manera, llegué a casa esa noche. Tal vez Rhi nos llevó a casa, tal vez mi madre y Jack encontraron la fuerza suficiente para que nos moviéramos, tal vez una enfermera nos echó. No pude hacer nada. Pensaba que era fuerte, que me había recuperado, que había superado el dolor. Estaba equivocada. Todo lo que podía recordar era la voz de mi madre mientras

luchaba por la conciencia del sueño en la droga, diciéndome que Dan había muerto. Dan-Allan-dolor-horror-entumecimiento, siempre esa sensación infernal de supervivencia que me había sobrevenido, alejando el hecho de su muerte en el rincón más profundo de mi mente agonizante, donde nunca tendría que lidiar con eso de nuevo. Había funcionado bien, por un tiempo, pero ahora todos esos rincones oscuros estaban desprotegidos y el ciclo volvía a tomar su horrible peaje, y Allan y Dan se difuminaban detrás de mis ojos hasta que todo lo que podía ver u oír o saber era Allan-Dan-Allan-Dan-muerte-sangre-vida-muerte.

Cuando llegamos a casa, fui directo a mi habitación. Una vez más, no comí, no dormí, no lloré.

Candy apareció al día siguiente, tomó asiento a mi lado, sin mirarme con sus ojos manchados de lágrimas.

—Rhianna me lo dijo —dijo, y su voz era ronca. Ella había llorado, ¿por qué yo no podía? Lo necesitaba tanto como ella—. T-tenía que venir.

Si lo hubiese pensado, habría estado de acuerdo con que Allan la hubiese querido. Tal como estaban las cosas, apenas sabía que ella era sólida. Asentí sin comprender y me miré las manos. Tenía suerte: estaba allí, esperando noticias, preparándose. Yo no había tenido ese lujo. Todo había sucedido tan rápido. Había sido un choque y dolor y un grito y sangre tan brillante que resplandecía en la oscuridad y despertar y morir, y siempre, el entumecimiento.

Muerte... Era algo divertido, la verdad. ¿Por qué a todos nos asustaba? Tenía que ser mejor que aquello que no existía, que estaba tan cerca de la vida pero que no lo era, como un coma, y las heridas habían vuelto a abrirse y la sangre brotaba porque esta insensibilidad me había envuelto. Me habían arrancado las vendas y yo tenía catorce años de nuevo y estaba de luto por la muerte de un novio que había amado y la vida que había conocido, antes de envolverme en capas de secretismo y desconfianza para proteger la lenta y agotadora herida que se encontraba en mi interior, la que no sanaría hasta que el fantasma de Dan dejase de mirar por encima de mi hombro y me preguntase, aunque nunca supiese que lo había escuchado. «¿Por qué, por qué, por qué...?».

No podía soportarlo más, el silencio, la tensión y el entumecimiento de la habitación. Tenía que irme, largarme lejos, tal vez si me movía podía escapar de los fantasmas y encontrar algo que me anclase a este lado del velo, no al reino de los pasados y los usados.

Tuve suerte. Tenía puestas unas zapatillas y la misma ropa con la que no había dormido. No había tenido la energía para cambiarme. Sin embargo, no me importó porque habría corrido en vaqueros o en tacones.

Era un día fresco de otoño y no tenía chaqueta, o tal vez la había dejado en el hospital. No podía sentir el frío. No podía sentir el dolor en mis piernas después de una cantidad indeterminada de tiempo o el sudor helado que me empapaba hasta los huesos. No sabía a dónde iba o si iba a ir a algún lado. Solo corrí, el martilleo de la sangre en mi cabeza me recordaba con cada paso que daba que había vivido y Dan no y ahora Allan iba a morir y ¿qué había hecho mal para merecer esto?

No estaba lloviendo, debería haber estado lloviendo. Si la Tierra hubiese llorado, tal vez yo también podría haberlo hecho. También había sido un hermoso día hacía años. Maldita sea, necesitaba lluvia. Necesitaba lavar toda la sangre y la muerte. Las duchas no habían ayudado, pero tal vez la lluvia lo haría. Lluvia impura, manchada como yo por las sombras del pasado que no podía superar ni esconder.

Había estado corriendo durante horas, los pies batiendo su ritmo constante a ninguna parte. Algo mojado estaba pegado a la parte posterior de mi cuello: cabello sudoroso. Tropecé, me levanté y seguí. Ahora la sangre en mis palmas coincidía con la sangre que fluía en la película detrás de mis ojos abiertos, con espinas rotas y cráneos agrietados y extremidades retorcidas de formas horriblemente antinaturales.

¿Por qué, por qué, por qué? Mis temblores habían comenzado a resonar en esa melodía, la sinfonía de sangre latía a través de mis sienes y mis músculos palpitaban en mis piernas, añadiendo música de fondo a las letras. ¿Por qué me pasaba todo esto? ¿Por qué era tan estúpida? ¿Por qué no me había sucedido a mí, pero sí a los que me rodeaban, a los que amaba? ¿Por qué no había tratado con Dan cuando tuve la oportunidad, en lugar de que tuviese que caer todo

sobre mí con todo lo demás en este momento, la espada que me rompía la espalda, al igual que Dan se había roto? Y, sobre todo, ¿por qué no podía llorar?

Estaba de regreso en mi vecindario, corriendo por las casas que reconocía. Sabía que debía ir a un destino, me lo dijo la minúscula parte de mí que podía pensar y que no comprendía. Pasé por el parque, donde le había hablado a Darren de mi padre. Él no lo había tomado mal del todo, no había dejado que afectase a su interacción con mi madre. Incluso Dan había estado incómodo con ella por un tiempo.

Pasé por mi casa, la casa de Allan. ¿Volvería allí alguna vez? Habían sucedido tantas cosas en esa casa. ¿Me había cambiado? Esa primera fiesta, donde Darren descubrió que yo era una Lexington, nos había acercado más: Darren y yo, yo y Allan. ¿No le había dicho la verdad a Darren porque quería el poder? ¿O era porque los secretos me impedían a mí y a los demás darme cuenta de que me estaba autodestruyendo con lentitud, congelándome porque tenía miedo del destino de Dan? ¿O un poco de ambos? ¿Por qué importaba? ¿Por qué no podía poner al fantasma de Dan en un descanso infinito y seguir adelante? ¿Por qué sentía que lo estaba traicionando por mi vínculo con Darren, por estar mil veces más cerca de lo que nunca había estado con Dan? ¿Por qué...?

Sonó un timbre. Me tomó un segundo darme cuenta de a donde había llamado, y que estaba parada en la puerta de Darren, mi movimiento por fin se detuvo, pero la orquesta de dolor punzante, tembloroso y palpitante continuó. Me balanceé un poco en el lugar, pero me mantuve erguida sin voluntad propia.

Darren abrió la puerta, ¿no era ese el trabajo de Alfred? No lo cuestioné, no tuve la capacidad de hacerlo. La realidad ya no existía, solo su rostro fuera de la niebla en todos lados.

—Lo siento —dije sin preámbulo, mi voz ronca y seca por desuso. No había hablado durante quién sabía cuánto. Darren me miró, la conmoción y la confusión jugaban sobre su cara de cristal en igual medida—. No sé con exactitud lo que siento, todo, nada, pero no importa. La vida es demasiado corta para que importe. —Las palabras iban de mi subconsciente a mi boca sin



pasar por mi cerebro, pero eso no me molestó, no entonces—. Lo siento. Por todo lo que te hice a ti o a cualquier otra persona, por ser estúpida, por Dan y Allan y...

Sin decir una palabra, Darren dio un paso adelante y me rodeó con sus brazos, encerrándome en un círculo benditamente seguro de calidez, fuerza y realidad, y entonces, de la nada, la vida se estrelló contra mí con toda la fuerza de un rayo, y por fin, por la muerte de Dan y el dolor de Allan, por la angustia de mi propia alma y el exorcismo de los viejos fantasmas, estaba llorando.

## DARREN

Durante mucho tiempo, sostuve a April lo más fuerte que pude, sintiendo sus sollozos y estremeciéndose contra mi cuerpo, sus manos agarrando mi camisa en un agarre desesperado, como si fuese su único vínculo con el mundo. Le acaricié con suavidad el cabello mojado, dejándola llorar mientras trataba de descubrir qué demonios estaba pasando. Nunca antes había visto así a April, ni siquiera cuando estuvo borracha. Estas lágrimas traicionaron una vulnerabilidad absoluta y abierta que no habría sido nunca capaz de imaginar, y justo después de la desaparición de Lex del instituto...

Todavía estaba enojado con ella, incluso furioso, cuando apareció en la puerta de mi casa como un espectro lejos de la luz, apenas substancial bajo el resplandor del sol, pero luego tartamudeó su disculpa, sin premeditación ni control ni su habitual aire de deliberación, y toda esa rabia se desvaneció ante su lastimoso estado. Ella estaba aquí. Ella había dado el primer paso, ella había hecho lo imposible y se disculpó, e incluso si eso no calmaba mi enojo por completo, era un comienzo.

Al final, esos horribles sollozos que salieron del fondo de su corazón se detuvieron, aunque su temblor empeoró. Poco a poco, por fin, me di cuenta de que, aunque hacía frío, la mejilla desnuda contra mi cuerpo estaba ardiendo, y no parecía temblar por la emoción.

Con suavidad me alejé de ella cuando su agarre en mi camisa se aflojó, para poder mirarla bien. Los ojos inyectados en sangre me miraron vagamente, el

marrón ardía con una luz febril que me hizo pensar en Cassandra, o en Sibila, en una cara que no era natural. Su cabello colgaba lánguido y mojado alrededor de su cabeza, inclinado como si tuviese un peso demasiado grande para soportarlo. Sus extremidades se inclinaron flojas alrededor de su cuerpo vibrante, y cuando la vi, se balanceó hacia adelante, desequilibrada y descoordinada por primera vez. Ella todavía era mil veces más hermosa que cualquier chica como Rachel.

Sin previo aviso, tropezó, con los ojos muy abiertos por el miedo cuando vio que el suelo se acercaba, pero al parecer incapaz de hacer nada para detenerse. La atrapé y la puse de pie, pero no me atreví a soltarla, estaba apoyada en mi mano como si fuese la única forma de mantenerla de pie. Algo estaba muy, muy mal, y con algo más que ella. Algo la había hecho actuar así, pero en este momento, lo único que importaba era su... condición.

—Dios, April —exclamé, tomándola en mis brazos por sus débiles protestas (gracias a Dios por eso, April todavía estaba allí en algún lugar) y llevándola adentro, fuera del frío—. ¿Cuánto tiempo has estado fuera?

Ella se encogió de hombros, su camiseta húmeda de sudor contra mis brazos.

—No sé. ¿Cuatro horas? Salí del hospital por la mañana, ¿no? No creo que haya sido tanto tiempo. —Su cabeza descansaba con pesadez en mi hombro. Parecía confiar, dependiente, como si se hubiese roto una pared y pudiese permitirse necesitar a alguien más. ¿Qué había pasado para sufrir este cambio que la hacía actuar como si fuese más joven y aún le daba a sus ojos una mirada tan madura?

—¡Son las tres en punto! ¡Y el hospital está a doce kilómetros! —jadeé incrédulo, cerré la puerta de casa con un golpe y atravesé la casa a zancadas hacia la superficie cómoda más cercana que teníamos... Casualmente, mi habitación—. ¿Corriste todo el camino? —Ella asintió—. ¿Te molestaste en beber agua en tu maratón? —Negó con la cabeza despacio, como si tuviese que pensar mucho para recordar. Gruñí—. Necesitas que te cuiden —informé, dejándola en mi cama con una ternura que contradecía la exasperación de mi tono—. Déjame adivinar, tampoco has comido.

—No... No lo creo —respondió vacilante, mientras yo cogía una manta de los pies de la cama y la arrojaba sobre ella. No sabía mucho sobre medicina, pero correr tan lejos sin agua, toda su ropa empapada en sudor, el aire frío, no parecía una buena receta para la salud—. Los últimos días no han sido muy claros. Desde que Allan... —Se interrumpió al instante, no a la manera antigua de ocultar un secreto, sino más bien como si no quisiese recordar un tema perturbador.

—Así que no has comido en tres días —aclaré, omitiendo la mención de Lex, aunque me quemaba por saber qué había pasado. Nada bueno, al parecer, pero me negaba a creer los rumores que volaban alrededor. Él estaba en el hospital, eso era conocido, pero a las historias sobre muerte o prisión no les daba ningún crédito. Sin April, y con Candy desapareciendo al día siguiente, no tenía forma de refutar ninguna, y después del segundo día me estaba preocupando. No podía imaginarme que algo malo sucediese al más inofensivo de los chicos. Por otra parte, también había visto lo imprudente que podía ser cuando estaba borracho, y la última vez que había visto a Lex, no estaba sobrio, pero eso vendría después.

April sonrió, débil, tímida, y no desde sus ojos, sino con una sonrisa contra las lágrimas en sus mejillas escarlata.

—Mi madre hizo algo para desayunar ayer —consideró—. Pero... No. —Puse los ojos en blanco, y pensé que ella podría cuidarse sola—. La verdad es que tampoco he dormido —agregó, como si estuviese ansiosa por hacer una lista limpia de cosas.

—Dios. —Pasé una mano distraída por mi cabello—. Lo primero es lo primero. Necesitas comida y agua, y luego necesitas dormir. —Abrí la puerta de mi armario y escogí un pantalón de chándal y una camiseta, arrojándolos a la cama. Ella los miró, inexpresiva—. No deberías quedarte con esa ropa mojada —expliqué. Era obvio que estaba tardando un poco en procesar todo—. Voy a por algo de comer, y mientras, te puedes ir cambiando. —Salí de la habitación, en efecto cortando cualquier protesta que pudiese haber hecho, y siendo April, no habría hecho una, sino muchas.

Me dirigí con rapidez a la cocina, agradeciendo a las estrellas que estuviesen de mi parte y que hoy estuviese solo. Troy estaba en casa de un amigo, Brock había optado por no venir hoy porque prefería ir con Rhianna (su pequeño experimento de separación no había durado mucho) y era el día libre de Alfred. Incluso si eso significase que tendría que hacer (o encontrar) su comida, sabía que no querría que la gente la viese así, ni una vez que volviese a estar en su sano juicio. Me sorprendió incluso que me hubiese dejado verla.

Reflexioné sobre eso mientras me arrastraba por la cocina buscando algo para que April comiera. ¿Esto significaba que estábamos de vuelta en donde estábamos antes, solo amigos? ¿O algo más? No habría actuado así hacía dos meses, pero nunca había sabido que alguien actuase como lo hizo ahora, y en cuanto a mí, bueno... Sí, ella era Cupido y dudaba que eso fuese a cambiar, ni para mí ni para nadie más, pero ella tenía razón. La vida era demasiado corta para que me importase, sobre todo sabiendo que algo muy malo le había pasado a Lex y que ella parecía que iba a colapsar en cualquier momento. Rhianna había sido una casualidad, después de todo. Ni siquiera podía llegar a imaginarme unas malas intenciones con Brock. No cuando había visto cuán perdida estaba Rhianna sin él durante su interminable separación de dos días. Lastimar a Brock significaba lastimar a Rhianna, eso era obvio, y fuesen cuales fuesen sus defectos, April no lastimaba a sus amigos.

Y aunque todavía no confiaba en ella, ya no podía creer que Rhianna tuviese la capacidad de conspirar para romper el corazón de Brock. No cuando vi, hace tres días, la ternura que usó para manejar a April, que parecía tan perdida como cuando apareció en mi puerta. Había visto a Rhianna escuchar un murmullo de su amiga y luego, sin una palabra, dirigirla a un coche y llevarla lejos. Cupido, ¿quién era en realidad? Solo un fantasma, y ahora todo mi afecto anterior (nunca destruido, a pesar de todos mis esfuerzos por ocultarlo tan profundo como pude) había aparecido de nuevo. Todavía la quería, tanto que dolía, pero como siempre, no sabía lo que ella pensaba.

Volví a entrar en mi habitación con una bandeja con un vaso de agua, un sándwich de queso y un plato de sopa. Ofrendas que parecían bastante miserables cuando April me miró desde mi cama, vistiendo mi ropa y

pareciendo bastante cómoda allí. Se veía bien en mi cama. Corté esos pensamientos, que rara vez llevaban a cualquier lugar seguro.

Tomó la bandeja con una media sonrisa, y sin decir palabra, comenzó a comer su contenido. Ella no estaba mintiendo acerca de no haber comido. Idiota.

Me moví alrededor de la puerta, inseguro de si debería irme o no. No parecía correcto, April estaba tan necesitada, incluso si cuidaba de ella, pero yo quería asegurarme de que no le había sucedido nada malo.

Después de unos minutos (la sopa ya había volado, y el agua también), ella me miró.

—Te invitaría a que te sentases, si no fuese tu habitación —observó con un buen intento de su habitual sonrisa irónica, aunque todavía tenía opresión en la mandíbula y pena en sus ojos—. No soy contagiosa, ya sabes, a menos que la locura lo sea —enmendó, con un brillo meditabundo simulado en sus ojos que parecían menos inyectados en sangre.

Sonreí y me senté en la cama junto a ella. Esta era la April que conocía.

—¿Estás o... vas a estar bien? —pregunté, casi tentativamente.

Quería saber qué era lo que estaba mal, pero no quería perturbar el equilibrio que ella había logrado y provocar otro ataque de llanto. Las chicas que lloraban me hacían sentir incómodo.

Ella pensó un segundo, la sonrisa no muerta del todo.

—Lo estaré —dijo, comiendo mientras hablaba—. Si Allan está bien. —Suspiró, y la mirada aterrorizada y salvaje regresó a sus ojos—. Tuvo un accidente de coche, ¿sabes? —¡Por fin! ¡Iba a saber lo que había sucedido! Pero la blandura en su voz me asustó, porque mostraba lo asustada que estaba. Era el tipo de voz que usaba para ocultar la profundidad de los sentimientos debajo de ella—. Ahora está en la UCI, lo ha estado durante días. Hemorragia cerebral o algo así, su estado es muy inestable. —Su agarre alrededor del vaso se tensó. Mis ojos se agrandaron. ¿Qué tenía que decir uno a eso? No pensaba que sería tan malo—. Si el también muere... Dios, no sé lo que haré. —Fue una declaración, no una súplica, pero podía escuchar su desesperación debajo de eso.

—Te las arreglarás —le aseguré, tratando de transmitir toda mi convicción a pesar del terrible miedo por mi amigo que se apoderó de mi corazón como un tornillo. ¡Maldita sea, Lex tenía que mejorar! ¡Tenía que hacerlo, porque dije que iba a suceder!—. Llorarás y luego aprenderás a vivir con eso, porque eso es lo que haces y eres la persona más fuerte que conozco. Nadie más podría haber manejado toda la mierda por la que has pasado. Pero no tienes de qué preocuparte, porque todo estará bien.

Ella me sonrió, con tristeza, con pesar.

—No soy fuerte, Darren —me dijo, y esa admisión me preocupó más que cualquier otra cosa que hubiese visto u oído. Expulsó el punto de cuán mala era la situación. Pero, también, el hecho de que ella me lo estaba confesando... era una buena señal, ¿verdad?—. Y nunca manejé nada. Lo enterré todo bajo muchos secretos, cinismo y *alter ego*. Decidí dejar de ir a terapia, no debería haberlo hecho. Tal vez si hubiese seguido, estaría mejor. No lo sé. Pero intentaré mejorar de nuevo, pase lo que pase. —Suspiró, pero esto era un suspiro de alivio—. Creo, sin embargo, que al fin me deshice del fantasma. Puedo... Ahora puedo pasar página.

Ella había terminado de comer y estaba mirándome con toda la intensidad de su ardiente mirada. Tragué saliva con algo que me negué a reconocer como nervios.

—Dan vino y me conquistó. Era una niña pequeña, queriendo ser mayor y una princesa, y él llegó a ser mi príncipe —dijo, y de alguna manera su mano encontró la mía y la agarró con suavidad—. Pero nunca creí en los cuentos de hadas, y tú eres diferente. Eres real y mi mejor amigo, y me desafías y me haces más fuerte y toda esa basura que suena cursi. —No, no lo hizo. No estuve esperando que dijese esto (lo supiese o no) desde que me encontré con ella en el casillero de Cupido. Ella se mordió el labio con suavidad—. Sé que tengo problemas que no se van a ir y me cuesta seguir adelante y todo eso, pero... me gustas. Como algo más que amigos, como un novio. No... No seré la mejor novia del mundo, y no voy a renunciar a Cupido, pero... Eso es todo. —Ella levantó el brazo como diciendo «aquí estoy, haz conmigo lo que quieras».

Pasó un largo momento en el que no podía hablar y ella me miró asustada por algo más que solo por Lex. Luego me incliné, lo bastante cerca como para sentir el calor que salía de sus mejillas encendidas.

—No quiero a la mejor novia, y no me importa que seas Cupido y tengas problemas y esas cosas —murmuré—. Si no te lo había dicho antes, debería hacerlo ahora. No quiero que seas una persona diferente de la que eres. Me gustas tal y como eres, con tus pros y tus contras, me gusta que no seas igual a los demás, que me trates diferente. Me gusta estar a tu lado porque me he dado cuenta de que gracias a ti puedo llegar a ser mejor persona, quizá no del todo, pero desde que te conocí puedo decir que me he convertido en una versión mejorada de Darren McGavern Tercero. Juntos sé que podremos mejorar.

Una sonrisa dividió su rostro, una que hizo que mi interior se moviese en círculos, aunque aún estaba tocada por la tristeza. Su agarre se apretó en mi mano y mi sonrisa debió haber coincidido con la de ella, porque también estaba brillando. Me incliné en esa última pulgada y choqué mis labios contra los suyos. No fue agresivo, ni pasional, ni nada que haya sentido antes. Fue suave, íntimo, y logré sentir cosas que nunca había experimentado.

Entonces, en medio de la magia, igual que había aparecido, desapareció los cinco segundos que duró ese toque. La bandeja se cayó de la cama con un estrépito ensordecedor. La tensión se disolvió, ambos nos separamos y la miramos por un segundo, antes de disolvernó en una risa que nos hizo un mundo de bien, aunque sonaba como algo más que un poco de histeria por su parte. Finalmente, nos pusimos serios.

—Entonces —dijo sin la timidez que la mayoría de chicas tendrían, aunque no tenía su habitual confianza inquebrantable—. ¿Ahora estamos juntos?

Mi sonrisa no desapareció, a pesar de las preocupaciones sobre Lex que persistían en el fondo de la habitación, debajo del romance y de los fantasmas exorcizados.

—Sí —le respondí, incapaz de ocultar mi alegría—. Sí, lo estamos. —Ella no me había soltado la mano, pero ahora que la miré, vi lo pálida que estaba y recordé por qué estaba acostada en mi cama—. Pero necesitas dormir.

Ella me hizo una mueca, con seguridad por destruir el romance del momento, pero quería que se fuese a dormir antes de que comenzase a sentirse culpable por eso, ser feliz mientras Lex se estaba muriendo. Sabía que Lex estaría feliz por nosotros, así como también sabía que ella no estaría tan segura.

—Oh, bien —aceptó a regañadientes, volviendo a acostarse.

Sintiéndome en especial atrevido, me incliné y le di un beso en la frente mientras le pasaba la manta por el cuerpo, luego recogí la bandeja y salí de la habitación. Ella estaba dormida antes de que la puerta se cerrase.

Cuando volví para asegurarme de que ella estaba dormida, un teléfono vibró en la mesita de noche. Confundido, revisé mi bolsillo. Mi teléfono no estaba allí, pero también había un teléfono en mi mesa: el de April. Lo miré y en el identificador de llamadas pude leer «Mamá». Dudando de que April se despertase, me decidí por informar a su madre de dónde estaba y respondí a la llamada.

—¿April? —La voz de la señora Lexington estaba llena de tantas emociones que no pude comenzar a extraer una. ¿Dónde estaba, en el hospital? De repente, la ansiedad por Lex abrumó todos mis pensamientos.

—No, soy Darren —respondí. ¿Podría preguntar por Lex? ¿Por qué estaba llamando? ¿Pasó algo? ¿Acababa de darse cuenta de la desaparición de April?—. Está en mi casa, pero está dormida. ¿Quiere que la despierte?

—Oh, no. —Y ahora podía escuchar el alivio en su voz, que parecía emanar de su corazón y algo más profundo aún que eso, y tuve que admirar la fuerza de carácter de esta mujer para estar tan calmada frente a una tragedia—. Está bien. Pero cuando se despierte, ¿puedes decirle que Allan estará bien?

La presión de mi terror me liberó. Pude respirar de nuevo. Otro espectro flotó fuera de la habitación y se disolvió en la nada.

—Sí, se lo diré —le aseguré a la señora Lexington con un alivio que casi coincidía con el de ella, y colgó con un rápido agradecimiento por cuidar a su hija, como si necesitase gratitud por eso.

Miré a April, acurrucada en mi cama, pareciendo pequeña y felizmente dormida. Una sonrisa leve y pacífica se extendía por su rostro, sin ser tocada por ninguna línea de pesadilla, como si hubiese escuchado a su madre.



—Sí. —Me hice eco de la felicidad de la habitación—. Todo estará bien.

## Epílogo

Cupido ha visto muchas relaciones durante mi tiempo en el instituto. Algunas de ellas no han necesitado su ayuda, como Allan y Candy, que se irán a la universidad en Boston (ella para estudiar Diseño y él para estudiar Relaciones Internacionales —con el fútbol ya no era posible, pensó que al menos era bueno con la gente—). Oficialmente no eran pareja, como de costumbre, pero se mantenían unidos, siempre volviendo el uno al otro por una amistad más profunda que cualquier romance. Tal vez (lo más probable) terminen juntos, tal vez no. Son el tipo de personas que serían felices de cualquier manera.

Algunas relaciones han necesitado la ayuda de Cupido. Brock y Rhi han decidido permanecer juntos aunque él se irá a Boston por el fútbol y ella a McGill. Hicieron que la relación a distancia funcionase y no tuve valor para señalar los agujeros en esa lógica. Podría funcionar, pero incluso si no fuese así, ya han hecho que los recuerdos duren toda la vida.

Incluso Darren y yo necesitamos la ayuda de Cupido, aunque de forma indirecta. Sin él, nunca se habría dignado a fijarse en mí y yo no me habría molestado en mirar más allá de su arrogancia, pero ahora, cuando yo me dirigía a MacAllister y él a Amherst, estábamos en buenos términos. No estaba segura de si íbamos a durar, tan lejos y con temperamentos como los nuestros. Resistir las tentaciones no siempre fue el fuerte de Darren, y a ninguno de los dos nos gustaba estar atados, pero pasase lo que pasase, me ayudó a ahuyentar a mis fantasmas e hizo que mis últimos años en el instituto fuesen los mejores que había tenido, y todo ello fue por Cupido.

Darren dijo, en medio de la explosión que despejó el aire lo suficiente como para que algo nuevo creciese, que Cupido trató de crear amor, de manipular a las personas para que se preocupasen por los demás, pero lo pensé un poco, y no creo (en realidad, ¿quién lo iba a saber mejor que yo?) que tuviese razón. Cupido no podía crear esa emoción. Nadie podía. Lo que él hizo, lo que yo

hice, lo que Ellie continuará haciendo después de que me vaya, es construir el escenario para que crezca algo más. Juntamos a personas que, por lo general, nunca se considerarían entre sí, pero les corresponde a ellas pasar la fría lógica de la persona A y la persona B.

Esa distancia era el misterio del sentimiento humano que no podía penetrar, no importaba cuánto lo intentase. Esa era la razón por la que los ojos azules de Dan se estaban desvaneciendo de mi memoria, pero siempre vivirán en algún lugar de mi corazón, enviando aún paroxismos de histeria. Es Darren aguantándome en esos ataques de temblor. Es ahora la Sra. McGavern cenando casi todos los días con sus hijos y mi madre mimando a su hijo herido. Es romance, familia y rendición. Es devoción, altruismo y aceptación. Es algo que no puedo nombrar y en lo que no creo, pero que sí he visto: en mis padres, en Brock y Rhi, en Allan y Candy, incluso en Darren y yo. Es el enigma del casillero 420, de una cita que aparece en tu casillero. Es el fantasma que fue, es y será.

Cupido.